



se

La llamada de la luna

PATRICIA
BRIGGS

Lectulandia

Los hombres lobo pueden ser peligrosos si te cruzas en su camino, pero si tienes cuidado, te dejarán en paz. Saben cómo ocultar su auténtica naturaleza ante la población humana, pero yo no soy humana. Cuando me encuentro con uno, lo reconozco, aunque ellos también me reconocen a mí.

El atractivo vecino de Mercy Thompson es un hombre lobo. La furgoneta VW que repara en su taller mecánico pertenece a un vampiro. Aunque Mercy Thompson tampoco puede considerarse una persona normal... y su relación con el mundo de las cosas que se mueven en la noche está a punto de provocarle un montón de problemas.

Lectulandia

Patricia Briggs

La llamada de la luna

Mercy Thompson - 1

ePub r1.0

Titivillus 27.12.2018

Título original: *Moon Called*
Patricia Briggs, 2006
Traducción: Daniel Aldea Rossell

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Al principio no me di cuenta de que era un hombre lobo. Mi olfato pierde mucho cuando estoy rodeada de grasa de motor y aceite usado, y además no es muy habitual encontrar merodeando a un hombre lobo descarriado. De modo que cuando alguien hizo un educado ruidito junto a mis pies para atraer mi atención, pensé que se trataba de un cliente.

Me encontraba tendida bajo el motor de un Jetta, instalando una transmisión que había reconstruido. Uno de los inconvenientes de regentar sola un garaje es dejar el trabajo y volver a retomarlo cada vez que suena el teléfono o aparece un cliente. Me pone de mal humor, lo que no resulta muy adecuado para tratar con los clientes. Mi fiel ayudante y dispensador de herramientas se había marchado a la universidad y aún no le había encontrado sustituto. Es difícil encontrar a alguien que se ocupe de todas las tareas que yo no quiero hacer.

—Estoy contigo en un segundo —dije intentando no parecer demasiado desagradable. Hago todo lo que puedo para no asustar a mis clientes.

Malditas transmisiones. El único modo de colocar una en un viejo Jetta es mediante la fuerza bruta. En ocasiones, el hecho de ser mujer me facilita el trabajo; mis manos son más pequeñas, por lo que puedo introducir las en sitios donde jamás entrarían las de un hombre. Sin embargo, por mucho levantamiento de pesas y karate que haga nunca podré ser tan fuerte como un hombre fuerte. Habitualmente puedo compensarlo con la ayuda de una palanca, pero a veces lo único que vale es el músculo, y yo tengo justo el suficiente para mi trabajo.

Con un gruñido que denotaba el esfuerzo, mantuve la transmisión en su lugar ayudándome con las rodillas y una mano, mientras que, con la otra, coloqué el primer tornillo y lo apreté. Aún no había terminado, pero la transmisión aguantaría mientras atendía a mi cliente.

Respiré hondo y ensayé una brillante sonrisa antes de deslizarme desde debajo del coche. Cogí un trapo para deshacerme del aceite de las manos y dije:

—¿En qué puedo ayudarte?

Lo dije antes de fijarme bien en el chico y descubrir que no era un cliente, aunque por su aspecto resultaba evidente que alguien tenía que ayudarlo.

Llevaba las rodillas de los tejanos rotas y manchadas de sangre y suciedad. La camisa de franela demasiado ajustada sobre una camiseta sucia no era el vestuario más adecuado para el mes de noviembre en el este de Washington.

Estaba demacrado, como si hubiera pasado varios días sin comer. Mi olfato me dijo, pese al olor a gasolina, aceite y anticongelante que impregnaba todo el garaje, que también había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había dado una

ducha. Y bajo la suciedad, el sudor y el miedo primitivo, percibí la esencia del hombre lobo.

—Me gustaría saber si tiene algún trabajo para mí —me preguntó con cierta duda en la voz—. No un trabajo de verdad, señora. Solo para unas horas.

Olí su ansiedad, pero mi olfato se vio afectado por una oleada de adrenalina al no rechazar inmediatamente su petición. Empezó a hablar atropelladamente, hasta que sus palabras se amontonaron.

—Un trabajo también estaría bien, pero no tengo carné de la seguridad social, así que tendría que pagarme en metálico.

La mayor parte de los que aparecen pidiendo trabajo a cambio de dinero en metálico son ilegales que intentan sobrevivir entre la temporada de recolecta y la de siembra. Aparte de ser un hombre lobo, aquel chico era un americano blanco, de cabello castaño y ojos marrones. Por su altura supuse que tendría unos dieciocho años, aunque mi instinto, que es bastante bueno, me dijo que no pasaría de los quince. Tenía los hombros anchos aunque huesudos, y sus manos eran demasiado grandes, como si todavía tuviera que crecer un poco antes de convertirse en un hombre.

—Soy fuerte —dijo—. No sé mucho de mecánica, pero solía ayudar a mi tío a mantener en marcha a su Bug.

Evidentemente, era fuerte; todos los hombres lobo lo son. En cuanto percibí el olor a almizcle y menta, tuve la imperiosa necesidad de echarlo de mi territorio. Sin embargo, al no ser una mujer lobo, soy yo la que controlo mis instintos y no ellos los que me controlan a mí. Pero aquel chico, que no dejaba de temblar ligeramente por culpa del aire húmedo de noviembre, despertó otro tipo de instintos en mí, mucho más poderosos.

Tengo la política de no infringir la ley. Nunca supero el límite de velocidad, tengo al día los seguros de los coches y les pago a los federales más impuestos de los que me corresponden. He dado uno o dos de veinte a gente que me lo ha pedido, pero nunca he contratado a nadie que no pudiera incluir en la nómina. El hecho de que fuera un hombre lobo, y uno muy reciente, según supuse, también era un problema. Los jóvenes suelen tener menos control sobre sus lobos.

El chico no había hecho ningún comentario sobre lo extraño que resultaba encontrar a una mujer mecánico. Es probable que me hubiera estado observando durante un rato, para hacerse a la idea, pero, aun así, no había dicho nada, lo que le hizo ganar bastantes puntos. Aunque no los suficientes para lo que estaba a punto de hacer.

Se frotó las manos y se sopló los dedos para calentarlos; estaban entumecidos por el frío.

—De acuerdo —dije lentamente. No era la respuesta más inteligente pero, tras observar la forma en que tiritaba, era la única posible—. Veremos qué tal te apañas. Detrás de esa puerta hay un lavadero y una ducha —añadí señalando la puerta trasera de la tienda—. Mi anterior ayudante dejó algunos monos de trabajo. Los encontraras

colgados en el perchero del lavadero. Si quieres darte una ducha y ponerte un mono, puedes poner la ropa que llevas en la lavadora. También hay una nevera con sándwiches de jamón y algunos refrescos. Come y vuelve aquí cuando estés listo.

Hice especial hincapié en el «come»: no me apetecía trabajar con un hombre lobo hambriento, ni siquiera a dos semanas de la luna llena. La gente piensa que los licántropos solo se transforman durante la luna llena, pero también hay gente que no cree en los fantasmas. Cuando escuchó la orden, se enderezó y me miró directamente a los ojos.

Tras un instante, murmuró un gracias y se dirigió hacia la puerta, cerrándola con cuidado detrás de él. Dejé escapar el aliento que había estado conteniendo. Sabía que no era buena idea dar órdenes a un hombre lobo; tienen un instinto de dominación demasiado agudo.

Los instintos de los hombres lobo son un problema. Por eso no suelen vivir demasiado. Esos mismos instintos son la razón por la que sus hermanos salvajes perdieron la batalla contra la civilización mientras que los coyotes continuaron prosperando, incluso en zonas urbanas como Los Ángeles.

Los coyotes son mis hermanos. Aunque yo no soy una mujer coyote, si es que alguna vez ha existido algo parecido. Soy una caminante.

El término deriva de «caminante con pieles», una hechicera de las tribus indias del suroeste que utiliza una piel para transformarse en coyote o en cualquier otro animal y que recorre el territorio provocando enfermedades y sembrando la muerte. Los colonos blancos aplicaron de forma incorrecta el apelativo para referirse a todos los cambiantes nativos y el nombre hizo fortuna. Actualmente, ya no estamos en disposición de protestar; incluso si saliéramos a la luz pública, como hicieron los feéricos menores, somos tan pocos que nadie nos haría caso.

Tuve la impresión de que el chico no me había reconocido, porque, de haberlo sabido, jamás habría dado la espalda a otro depredador antes de entrar en la habitación trasera para ducharse y cambiarse. Los lobos tienen un gran olfato, pero el garaje estaba lleno de olores extraños, y, además, me dio la sensación de que nunca había olido a alguien como yo.

—¿Has contratado a un sustituto de Tad?

Me di la vuelta y vi a Tony entrar en el garaje por la puerta metálica, desde donde, evidentemente, había estado observándonos sin que ni el chico ni yo reparáramos en su presencia. Tony era muy bueno en eso; era su trabajo.

Llevaba su pelo oscuro peinado hacia atrás y recogido en una cola corta, y se había afeitado hacía poco. Me di cuenta de que en su oreja derecha tenía cuatro agujeros: tres aros pequeños y un pendiente en forma de diamante. Se había hecho dos agujeros más desde la última vez que nos vimos. Llevaba puesta una sudadera con capucha desabrochada sobre una camiseta fina que revelaba las horas que pasaba en el gimnasio. Parecía un anuncio ambulante para atraer nuevos miembros a una de las bandas hispanas de la ciudad.

—Estamos negociando —dije—. Por el momento es temporal. ¿Estás trabajando?

—No. Me han dado el día libre por buen comportamiento. —Sin embargo, seguía interesado en mi nuevo empleado, porque a continuación dijo—: Lo he visto merodeando los últimos días. Está limpio... tal vez un fugitivo. —Limpio significaba que no tenía nada que ver con drogas o actos violentos; esto último era tranquilizador.

Cuando empecé a trabajar en el garaje, nueve años atrás, Tony regentaba una casa de empeños a la vuelta de la esquina. Dado que allí estaba la máquina de bebidas más cercana, nos veíamos con bastante frecuencia. Tras un tiempo, la tienda de empeños cambió de manos. No pensé mucho en él hasta que un día le olí en una esquina con un letrero que rezaba trabajo por comida.

He dicho que le olí porque el chico ojeroso que sujetaba el letrero no se parecía mucho al tranquilo y alegre hombre de mediana edad que había regentado la casa de empeños. Sorprendida, le saludé con el nombre con el que lo había conocido. El chico me miró como si estuviera loca, pero, a la mañana siguiente, Tony me esperaba en la puerta de mi tienda. Fue entonces cuando me contó a qué se dedicaba. Ni siquiera sabía que un lugar como Tri-Cities tuviera policía secreta.

Tras aquello, se dejaba caer por la tienda de vez en cuando, al principio con una apariencia distinta en cada ocasión. Tri-Cities no es muy grande, y mi garaje limita con el barrio de Kennewick que más se acerca a una zona altamente conflictiva. Por tanto, era probable que se pasara por allí cuando le asignaban la zona, aunque no tardé en darme cuenta de que la auténtica razón era que le preocupaba el hecho de que le hubiera reconocido. No podía decirle que simplemente le había oído, ¿verdad?

Su madre era italiana y su padre venezolano, por lo que la mezcla genética le había dotado de unos rasgos y un color de piel que le permitían adoptar cualquier personalidad entre mejicano y afroamericano. Si era necesario, todavía podía pasar por un chico de dieciocho años, aunque debía de ser algunos años mayor que yo, treinta y tres o algo así. Hablaba español correctamente y podía utilizar una docena de acentos para aderezar un poco su inglés.

Todos aquellos atributos le habían encaminado hacia el trabajo encubierto, pero su especialidad era el lenguaje corporal. Podía caminar con el típico movimiento de caderas de los atractivos jóvenes hispanos o el cansino y nervioso deambular de los drogadictos.

Le costó bastante tiempo llegar a aceptar que pudiera reconocerlo con disfraces que lograban engañar a su jefe y, según decía, a su propia madre, pero por entonces ya éramos amigos. Cuando estaba en el barrio, continuaba pasando por el garaje para tomar una taza de café o de chocolate caliente y para charlar un rato.

—Tienes un aspecto muy joven y muy macho —dije—. ¿Los pendientes son una nueva moda del DPK? ¿Como la policía de Pasco lleva dos, la de Kennewick tiene que llevar cuatro?

Sonrió abiertamente, lo que le hacía parecer mayor y más inocente.

—He estado trabajando en Seattle los últimos meses —dijo—. También tengo un nuevo tatuaje. Por suerte está en un lugar que mi madre no verá jamás.

Tony aseguraba vivir aterrorizado por su madre. Yo no la conocía, pero cuando Tony hablaba de ella, no olía a miedo sino a felicidad, de modo que no podía ser tan gruñona como la pintaba.

—¿Qué te ha hecho venir hasta mi puerta? —le pregunté.

—Quería preguntarte si podrías ocuparte del coche de alguien que conozco —dijo.

—¿Volkswagen?

—Buick.

La sorpresa me hizo levantar las cejas.

—Le echaré una ojeada, aunque no estoy preparada para coches americanos. No tengo los ordenadores. Él tendría que llevarlo a algún sitio especializado en Buicks.

—Mi amiga lo ha llevado a tres mecánicos. Le han cambiado el sensor de oxígeno, las bujías y no sé qué más. Sigue sin funcionar. El último mecánico le dijo que tendría que cambiar el motor, lo que le costaría el doble de lo que vale el coche. No tiene mucho dinero, pero lo necesita.

—No le cobraré por mirarlo, y si no puedo arreglarlo, se lo diré. —Tuve una repentina sensación, provocada por el malestar que transmitía al hablar de los problemas de la chica, por lo que le pregunté—: ¿Es tu novia?

—No, no es mi novia —protestó con poca convicción.

Durante los últimos tres años, Tony había sentido algo por una de las oficinistas de la comisaría, una viuda con un montón de hijos. Nunca había hecho nada al respecto porque amaba su trabajo, y su trabajo, solía comentar con cierta nostalgia, no encajaba muy bien con las citas, el matrimonio y los niños.

—Dile que me lo traiga. Si puede dejarlo durante uno o dos días, le diré a Zee que se pase por aquí. —Zee, mi antiguo jefe, se había jubilado cuando me vendió el negocio, pero pasaba de vez en cuando para «no perder la costumbre». Sabía más de coches y de lo que los hacía funcionar que un equipo de ingenieros de Detroit.

—Gracias, Mercy. Eres un as. —Comprobó su reloj—. Tengo que irme.

Me despedí de él y regresé a la transmisión. El coche cooperó, lo que no es muy habitual, por lo que no tardé mucho en tenerlo listo. Cuando mi nuevo recluta apareció limpio y enfundado en un viejo mono de Tad, ya estaba empezando a montar de nuevo el coche. El mono no le protegería mucho del frío exterior, pero en la tienda, con la calefacción a tope, estaría bien.

Era rápido y eficiente. Obviamente había pasado varias horas bajo el motor de un coche. No se quedó merodeando, sino que me iba pasando las piezas antes de que se las pidiera, como si se hubiera dedicado toda la vida al papel de mozo de herramientas. No sé si era de naturaleza reticente o bien había decidido mantener la boca cerrada, pero las dos horas que trabajamos juntos fueron bastante silenciosas.

Acabamos con el primer coche y empezamos con otro antes de decidirme a arrancarle alguna palabra.

—Me llamo Mercedes —dije mientras aflojaba el perno del alternador—. ¿Cómo quieres que te llame?

Sus ojos se iluminaron brevemente.

—¿Mercedes, la mecánica de Volkswagen? —Su rostro se ensombreció rápidamente y murmuró—: Lo siento. Seguro que lo has oído muchas veces.

Le sonreí y le pasé el perno que acababa de sacar; me puse con el siguiente.

—Sí. Pero también arreglo Mercedes; cualquier cosa hecha en Alemania: Porsche, Audi, BMW, incluso algún que otro Opel. Sobre todo coches antiguos que ya no tienen garantía, aunque también tengo ordenadores para los nuevos.

Dejé de mirarlo para tener una mejor perspectiva del segundo perno, ya que se me estaba resistiendo.

—Puedes llamarme Mercedes o Mercy, como quieras. ¿Cómo quieres que te llame?

No me gusta arrinconar a la gente cuando tienen que mentirte. Si era un fugitivo, probablemente me daría un nombre falso, pero necesitaba algo mejor que «chico» o que «oye, tú» si iba a trabajar con él.

—Llámame Mac —dijo tras una pausa.

La pausa fue la pista definitiva para saber que aquel no era su verdadero nombre. Pero por ahora serviría.

—Bien, Mac —dije—. ¿Puedes llamar al propietario del Jetta y decirle que su coche está listo? —Señalé con la cabeza en dirección al vehículo que acabábamos de terminar—. Hay una factura en la impresora. El número de teléfono está en la factura, y también el importe final del cambio de la transmisión. Cuando termine de cambiar este cinturón, te llevaré a comer. Será un adelanto.

—De acuerdo —dijo. Parecía un poco perdido. Se encaminó hacia la puerta del vestuario pero lo detuve. El lavadero y la ducha estaban en la parte trasera de la tienda, pero la oficina estaba junto al garaje, en la zona donde los clientes aparcaban el coche.

—La oficina está tras la puerta gris —le indiqué—. Al lado del teléfono hay un trapo para no manchar de grasa el auricular.

Aquella noche conduje hasta casa preocupada por Mac. Le había pagado en metálico por su trabajo y le había dicho que podía volver al día siguiente. Me había dirigido una débil sonrisa, se había metido el dinero en el bolsillo trasero del pantalón y después se había marchado. Dejé que se marchara pese a saber que no tenía dónde pasar la noche. No tenía muchas más opciones.

Le hubiera ofrecido mi casa, pero habría sido peligroso para los dos. Aunque parecía no usar demasiado su olfato, tarde o temprano acabaría averiguando mi

auténtica naturaleza, y los hombres lobo, incluso en forma humana, disponen de la fuerza que se les otorga en las películas antiguas. Estoy en buena forma, y soy cinturón violeta en el *dojo* que hay frente al garaje, al otro lado de las vías del tren, pero no soy rival para un hombre lobo. El chico era demasiado joven para tener el control necesario que le permitiría evitar que su bestia matara a cualquier depredador que amenazase su territorio.

Y también estaba mi vecino.

Vivo en Finley, una zona rural a unos diez minutos del garaje, el cual está situado en la antigua zona industrial de Kennewick. Mi casa es un remolque ancho y de un solo piso, tan viejo como yo, aparcado en medio de dos acres de terreno vallado. En Finley existen muchas propiedades reducidas con remolques y casas prefabricadas, pero junto al río solo hay mansiones como la de mi vecino.

Doblé en el camino de entrada con un crujido de grava y detuve el viejo Rabbit diésel frente a mi casa. Vi la cesta del gato frente a la puerta en cuanto bajé del coche.

Pese a que Medea me ofreció un lastimero maullido, antes de dejarla salir, cogí la nota sujeta a la parte superior de la cesta y la leí.

SRTA. THOMPSON, decía en una enorme letra mayúscula, *POR FAVOR, MANTENGA A SU FELINO ALEJADO DE MI PROPIEDAD. SI VUELVO A VERLA POR AQUÍ, ME LA COMERÉ.*

No estaba firmada.

Deshice el nudo, cogí a la gata en brazos y hundí la cara en su pelaje de conejo.

—¿El viejo y malvado hombre lobo ha encerrado a la pobre gatita en la caja y se ha largado? —le pregunté.

Olía a mi vecino, lo que me dijo que Adam la había tenido un rato sobre el regazo antes de traerla hasta aquí. A la mayoría de los gatos no les gustan los hombres lobo, ni tampoco los caminantes como yo. Pero a Medea le gusta todo el mundo, pobrecilla, incluso mi malhumorado vecino. Por eso es habitual que termine en la cesta junto a mi puerta.

Adam Hauptman, con quien compartía la valla trasera, era el Alfa de la manada local de hombres lobo. El hecho de que existiera una manada en Tri-Cities era una anomalía, ya que la mayor parte de las manadas suelen asentarse en ciudades más grandes, donde es más fácil ocultarse, o, en pocas ocasiones, en lugares más pequeños donde pueden hacerse fácilmente con el control. No obstante, los hombres lobo tienen tendencia a sentirse cómodos en el ejército y en agencias gubernamentales secretas con nombres acrónimos, y el complejo nuclear próximo a Hanford dispone de multitud de agencias de nombres alfabéticos con algún tipo de relación con la planta.

Aunque sospecho que la razón por la que el Alfa decidió comprar tierras justo al lado de mi casa tenía más que ver con la necesidad de los hombres lobo de dominar a aquellos que consideran seres inferiores que con la magnífica vista de la orilla del río.

A Adam no le gustaba que mi viejo remolque devaluara su espacioso edificio de adobe, aunque, como solía recordarle, el remolque ya estaba allí cuando compró el terreno y empezó a construir en él. Él también solía recordarme, siempre que tenía la oportunidad, que yo estaba allí únicamente porque él daba su consentimiento: una caminante no era rival para un hombre lobo.

En respuesta a aquellas quejas, inclinaba la cabeza, me dirigía a él respetuosamente —casi siempre— y aparcaba el destartado Rabbit, que conservaba por las piezas, en la parte de atrás del remolque, donde era perfectamente visible desde el dormitorio de Adam.

Estaba bastante segura de que no se comería a mi gata, pero de todos modos la próxima semana la dejaría encerrada en casa para dar la impresión de que sus amenazas me intimidaban. Con los hombres lobo, el truco consiste en no enfrentarse a ellos frontalmente.

Medea maulló, ronroneó y meneó su corta cola al dejarla en el suelo para llenar su plato de comida. Era una gata callejera que un día apareció por mi casa, y durante un tiempo pensé que algún maltratador le había cortado la cola hasta que el veterinario me dijo que era una Manx y que había nacido así. Le di una última caricia y me dirigí a la nevera para reunir algo de cena.

—Habría traído a Mac a casa si supiera que Adam le dejaría en paz —le dije—, pero los hombres lobo no aceptan muy bien a los extraños. Insisten en el cumplimiento de multitud de protocolos cuando un nuevo lobo entra en el territorio de otro, y algo me dice que Mac no ha pedido permiso a la manada. Un hombre lobo no se morirá de frío por dormir a la intemperie, por muy mal tiempo que haga. Por el momento estará bien. Aun así —añadí mientras calentaba en el microondas un resto de espaguetis—, si Mac está en peligro, Adam podría ayudarle. —Lo mejor sería esperar a explicarle la situación con cuidado, cuando supiera la historia del chico.

Comí de pie y lavé el plato antes de tumbarme en el sofá y encender la tele. Medea aulló y saltó sobre mi regazo antes del primer anuncio.

Mac no apareció al día siguiente. Era sábado, y no debía de saber que trabajo casi todos los sábados si tengo coches pendientes. Tal vez se hubiera marchado.

Confié en que ni Adam ni ninguno de sus lobos lo hubiese encontrado antes de poder contarles la noticia con más tranquilidad. Las reglas que habían permitido a los hombres lobo vivir durante siglos entre humanos sin ser detectados solían tener consecuencias fatales para aquellos que las infringían.

Trabajé hasta el mediodía, momento en el que llamé a la agradable y joven pareja para comunicarles que su coche era una causa perdida. Cambiar el motor costaría más de lo que valía el coche. Lo que menos me gustaba del trabajo era dar malas noticias. Cuando Tad, mi anterior ayudante, trabajaba aún aquí, le encargaba a él la tarea.

Colgué el teléfono casi tan deprimida como los desventurados propietarios del reluciente, cuidado y amado vehículo cuyo único destino probable era el desguace.

Me froté las manos y extraje toda la mugre acumulada bajo las uñas que pude, tras lo cual me puse con el interminable papeleo que también había sido tarea de Tad. Me alegraba que hubiera conseguido la beca que le permitió matricularse en la Facultad de la Ivy League de su elección, pero le echaba de menos. Tras diez minutos, decidí que no había nada que no pudiera esperar al lunes. Con algo de suerte, para entonces tendría alguna reparación urgente y podría retrasar el papeleo hasta el martes.

Me puse unos tejanos limpios y una camiseta, cogí la chaqueta y me dirigí a O'Leary's para comer. Después, fui a hacer la compra sin demasiado entusiasmo y compré un pequeño pavo para compartir con Medea.

Mi madre me llamó al móvil cuando subía al coche e intentó hacerme sentir culpable invitándome a Portland para el Día de Acción de Gracias o para Navidad. Logré esquivar las dos invitaciones; durante los dos años que viví con ella asistí a más reuniones familiares de las que una persona puede soportar en toda su vida.

No es que sean malas personas, todo lo contrario. Curt, mi padrastro, es una persona tranquila y centrada, justo el tipo de hombre que equilibra a mi madre. Posteriormente descubrí que no había sabido nada de mí hasta que cierto día me presenté frente a su puerta a los dieciséis años. Aun así, me abrió las puertas de su casa sin hacer preguntas y me trató como si fuera su propia hija.

Mi madre, Margi, es una mujer vivaz y alegremente despreocupada. No es muy difícil imaginarla teniendo una relación con un jinete de rodeo (como mi padre), como tampoco lo sería que lo dejara todo para trabajar en el circo. Lo que resulta más sorprendente es que sea la presidenta de la APA local.

Mi madre y mi padrastro me caen bien. Incluso me gustan mis medio hermanos, quienes acogieron mi repentina aparición en sus vidas con entusiasmo. Viven todos juntos formando una de esas familias muy unidas que la televisión pretende hacernos pasar por normales. Me alegra saber que existe ese tipo de gente, pero yo no me encuentro cómoda entre ellos.

Los visito un par de veces al año para evitar que invadan mi casa, y siempre me aseguro de que no sea en vacaciones. La mayoría de mis visitas no duran mucho. Los quiero, pero los quiero mejor desde lejos.

Cuando colgué, me sentía culpable y triste. Conduje hasta casa, puse el pavo en la nevera para que se descongelara y di de comer a la gata. Cuando me di cuenta de que limpiar la nevera no me tranquilizaba, aunque no sé muy bien por qué tenía esa esperanza, subí de nuevo en el coche y me dirigí a Hanford Reach.

No voy muy a menudo allí, ya que existen lugares más cercanos para correr o, si me apetece conducir, las Blue Mountains tampoco están tan lejos. Pero a veces mi alma anhela los espacios áridos y desolados de la reserva, en especial después de hablar con mi madre.

Aparqué el coche y caminé durante un rato hasta tener la razonable certeza de que no había nadie cerca. Entonces me quité la ropa, la guardé en la pequeña mochila y me transformé.

Los hombres lobo pueden tardar unos quince minutos en transformarse, y hay que recordar que para ellos es un proceso doloroso. Los hombres lobo no son los animales más amistosos que existen, por lo que, si acaban de transformarse, el mejor consejo es no acercarse a ellos durante un rato.

La transformación de los caminantes —por lo menos mi transformación, ya que no conozco a ningún otro— es rápida e indolora.

El paso de humana a coyote es instantáneo: pura magia. Lo único que hago es pasar de una forma a otra.

Me froté el hocico con la pata delantera para deshacerme del último estremecimiento producido por el cambio. Siempre tardo unos instantes en ajustar el movimiento al pasar de dos a cuatro patas.

Había leído en alguna parte que los coyotes tienen mejor vista que los humanos, aunque en mi caso las diferencias son mínimas. Tengo mejor oído en forma de coyote, y mi olfato también mejora ligeramente, pero en forma humana mis sentidos son superiores a los de la mayor parte de la gente.

Cogí la mochila, llena ahora con mi ropa, y la oculté bajo unos matorrales. Me despojé de los restos de mi existencia humana y me adentré en el desierto.

Tras cazar tres conejos y atraer la atención de una pareja en un bote con la mera presencia de mi adorable pelaje junto a la orilla del río, me sentí mucho mejor. No tengo que transformarme con la luna llena, pero si paso mucho tiempo en forma humana me pongo inquieta y malhumorada.

Felizmente cansada, en forma humana y vestida de nuevo, me metí en el coche y recité la habitual plegaria antes de girar la llave en el contacto. En aquella ocasión el motor diésel arrancó a la primera y se puso a ronronear. Nunca sé si el Rabbit arrancará. Lo conservo porque es barato, no porque sea un buen coche. El dicho es cierto: todos los coches con nombre de animal son un cacharro.

El domingo fui a la iglesia. Es tan pequeña que comparte el pastor con otras tres, una de esas iglesias aconfesionales tan preocupadas por no condenar a nadie que tienen pocas posibilidades de atraer a una gran congregación. Hay relativamente pocos asistentes regulares, y la mayor parte del tiempo procuramos ir a la nuestra. Desde mi envidiable posición, concibo perfectamente lo que sería un mundo sin un Dios y sus iglesias que mantuvieran controladas a las fuerzas del mal, por lo que soy una de las asistentes más devotas.

No es por los hombres lobo. Si te cruzas con ellos, pueden ser peligrosos, pero si eres cuidadoso, te dejarán en paz. Son tan malvados como pueden serlo un oso pardo o una gran ballena blanca.

No obstante, existen otras cosas, cosas que se ocultan en la oscuridad, que son mucho, mucho peores. Y los vampiros son solo la punta del iceberg. Tienen una gran habilidad ocultando su naturaleza ante la población humana, pero yo no soy humana. Los reconozco cuando me cruzo con ellos, y ellos también me reconocen a mí. De modo que voy a la iglesia cada semana.

Aquel domingo, nuestro pastor estaba enfermo y el hombre que lo sustituía decidió dar un sermón basado en la cita de las escrituras Éxodo 22: «A la hechicera no la dejarás con vida». El nuevo pastor amplió el término para incluir a los seres feéricos, y desde el púlpito se elevó un miasma de miedo y odio que pude sentir desde mi asiento. Eran personas como aquellas las que obligaban al resto de la comunidad preternatural a permanecer oculta dos décadas después de que los feéricos menores fueran obligados a salir a la luz pública.

Treinta años atrás, los Señores Grises, los poderosos magos que gobiernan a los seres feéricos, empezaron a preocuparse por los avances de la ciencia, en especial la ciencia forense, y vaticinaron el principio del fin de la Era de la Ocultación. Decidieron iniciar un control de daños con la esperanza de que el descubrimiento por parte de los humanos del mundo mágico fuera lo menos traumático posible. Esperaron el momento adecuado.

Cuando Harlan Kincaid, el anciano multimillonario y magnate inmobiliario, fue hallado muerto junto a sus rosales con unas tijeras de jardinería en el cuello, todas las sospechas recayeron en su jardinero, Kieran McBride, un hombre tranquilo y agradable que llevaba trabajando para Kincaid, también un laureado jardinero, varios años.

Seguí el juicio de forma intermitente, como la mayoría de los americanos. El sensacionalista asesinato de uno de los hombres más acaudalados del país, quien además estaba casado con una actriz joven y popular, aseguró unos altos niveles de audiencia.

Durante varias semanas, el asesinato copó los canales de noticias. El mundo entero presenció a Carin Kincaid, con lágrimas deslizándose por sus bronceadas mejillas californianas, mientras describía su reacción al encontrar a su marido muerto junto a su rosal preferido, el cual había quedado hecho trizas. Su testimonio estuvo a la altura del Oscar, pero quedó eclipsado por lo que ocurrió a continuación.

A Kieran McBride lo defendía un costoso equipo de abogados, quienes, tras la adecuada publicidad, habían aceptado trabajar para él *pro bono*. Llamaron a Kieran McBride al estrado y con gran habilidad lograron que el fiscal le pidiera a McBride que sujetara las tijeras de jardinería entre las manos.

Lo intentó. Sin embargo, tras un instante, sus manos empezaron a humear y las tijeras cayeron al suelo. A petición de su abogado, McBride mostró al jurado sus palmas llenas de ampollas. Él no podía ser el asesino, había dicho al juez, al jurado y al mundo entero, porque Kieran McBride era un duende, un espíritu de jardín, y era incapaz de sostener entre sus manos el frío hierro, ni siquiera con guantes de piel.

En un momento de gran dramatismo, McBride se deshizo de su *glamour*, el hechizo que le daba apariencia humana. No era hermoso, sino todo lo contrario, pero cualquiera que haya visto a un cachorro Shar Pei sabe que cierto tipo de fealdad posee un gran carisma. Una de las razones por las que los Señores Grises eligieron a McBride era que los espíritus de jardín son seres tiernos y fáciles de aceptar. Durante semanas, sus enormes y afligidos ojos marrones ocuparon las portadas de las revistas junto a fotografías menos favorecedoras de la esposa de Kincaid, quien finalmente fue encarcelada por el asesinato de su marido.

Y de este modo, los feéricos menores, los débiles y atractivos, se revelaron ante el mundo siguiendo órdenes de los Señores Grises. Los grandes y desagradables, los poderosos o terriblemente feos, continuaron ocultos, esperando la reacción del mundo ante los más aceptables de entre los suyos. Aquí, dijeron los representantes de los Señores Grises que habían hecho de abogados de McBride, aquí están los ocultos: el amable brownie^[1] que enseñaba puericultura porque le encantaban los niños; el joven selkie^[2] que arriesgó su vida para salvar a las víctimas de un accidente naval.

Al principio pareció que la estrategia de los Señores Grises saldaría la deuda contraída con todos los seres preternaturales, feéricos o no. Los ricos y famosos acudían a ciertos restaurantes de Nueva York y L. A. donde el personal estaba compuesto por espíritus de la madera o muryans. Los magnates de Hollywood hicieron una nueva versión de *Peter Pan* con un chico que podía volar de verdad y un auténtico duendecillo en el papel de Campanilla. La película batió récords de taquilla.

No obstante, desde el principio se produjeron algunos problemas. Un famoso telepredicador utilizó el miedo a los seres feéricos para consolidar el control sobre su rebaño y sus cuentas bancarias. Los legisladores conservadores empezaron a reclamar la instauración de una política de registro. Las agencias gubernamentales iniciaron la elaboración de listas secretas de aquellos seres que podían serles de utilidad, o que podían ser usados en su contra, ya que en toda Europa y en partes de Asia los Señores Grises también obligaron a los feéricos menores a revelarse.

Cuando, cinco o seis años atrás, los Señores Grises le dijeron a Zee, mi jefe, que se revelara, este me vendió el garaje y, al principio, se retiró durante unos meses. Había sido testigo de lo que les había ocurrido a los feéricos que intentaron continuar con sus vidas como si nada hubiese pasado.

Un duende podía dedicarse al mundo del espectáculo o convertirse en una atracción turística, pero el brownie que había sido profesor de puericultura fue jubilado anticipadamente. Nadie quería a un duende de profesor, mecánico o vecino.

A los duendes que vivían en barrios exclusivos les rompieron los cristales de las ventanas y pintaron groseros grafiti en las paredes de sus casas. Aquellos que vivían en lugares menos respetuosos con la ley sufrieron atracos y palizas. No osaron defenderse por miedo a los Señores Grises. Por mucho que les hicieran los humanos, la respuesta de los Señores Grises sería mucho peor.

La oleada de violencia desembocó en la creación de cuatro grandes reservas para los seres feéricos. Zee me dijo que algunos feéricos en el Gobierno consideraban las reservas como un modo de protección y que utilizaron todos los recursos a su alcance para convencer al resto del Congreso.

Si un feérico aceptaba vivir en una reserva, se le garantizaba una casa pequeña y un estipendio mensual. A sus hijos (como Tad, el hijo de Zee) les ofrecieron becas para asistir a buenas universidades, donde podrían convertirse en miembros útiles de la sociedad... si podían encontrar trabajo.

Las reservas levantaron una gran controversia por ambos lados. Personalmente, creo que los Señores Grises y el Gobierno deberían haberse preocupado un poco más por los innumerables problemas en las reservas de los Nativos Americanos, aunque Zee estaba convencido de que las reservas eran solo el primer paso en los planes de los Señores Grises. Pese a lo poco que sé de ellos, debo admitir que puede que Zee tenga razón, aunque la preocupación sigue siendo la misma. Por muchas incomodidades que creara, el sistema de reservas había disminuido los crecientes problemas entre humanos y feéricos, al menos en los EE. UU.

Sin embargo, personas como el pastor sustituto demostraban que los prejuicios y odios continuaban siendo elementos que se debían tener en cuenta. Alguien detrás de mí expresó en voz baja la esperanza de que el Pastor Julio estuviera recuperado la semana próxima, y la oleada de murmullos aprobatorios me animó un poco.

He oído que existe gente que ha visto o sentido la presencia de los ángeles. No sé si es Dios o alguno de sus ángeles, pero en la mayor parte de las iglesias existe una presencia acogedora. Al tiempo que el pastor incidía en su arenga intimidatoria, sentí aumentar la tristeza de aquel espíritu.

El pastor me dio la mano cuando salí del edificio.

No soy un feérico, por muy amplio que sea ese término. Mi magia viene de Norteamérica, no de Europa, y no tengo el *glamour* (ni lo necesito) necesario para mezclarme con la población humana. Aun así, aquel hombre me habría odiado si hubiese descubierto lo que era.

Le sonreí, le agradecí el servicio y le deseé lo mejor. Ama a tus enemigos, eso dicen las escrituras. Mi madre adoptiva siempre añadía: «Como mínimo, sé amable con ellos».

Capítulo 2

Cuando llegué en coche al garaje el lunes por la mañana, me encontré a Mac, el hombre lobo, sentado en el escalón frente a la puerta de la oficina. Mantuve el rostro impassible, ocultando la sorprendente e intensa satisfacción que sentía. Me limité a pasarle la pesada bolsa llena de sándwiches para el desayuno para poder sacar la llave y abrir la puerta. Me he criado rodeada de animales salvajes; sé cómo dominarlos. Si no juzgaba mal a este, un saludo cordial sería mucho más útil que la severidad, aunque la comida era siempre un buen señuelo.

—Come —le dije mientras me dirigía al baño para ponerme la ropa de trabajo—. Déjame uno, el resto son para ti.

Cuando regresé, solo quedaba uno.

—Gracias —me dijo mirándome los zapatos.

—Te los ganarás. Venga, ayúdame a levantar la puerta. —Salí de la oficina y me dirigí al garaje. Mac me siguió—. Hoy no hay trabajo pendiente, así que podremos trabajar en mi proyecto, el Escarabajo.

Por el momento, el Beetle no parecía muy prometedor, pero cuando terminara con él, estaría pintado, reluciente y ronronearía como un gatito. Lo vendería por el doble de lo que me había costado y buscaría otro para hacerlo resucitar. Consigo casi la mitad de mis ingresos reconstruyendo VW clásicos.

Tras trabajar unas cuantas horas en un agradable silencio, Mac me preguntó si podía hacer una llamada de larga distancia.

—Espero que no sea a China —le dije mientras me peleaba con un tornillo sujeto por treinta años de óxido.

No me acerqué sigilosamente a la oficina. No me gusta espiar a la gente para escuchar sus conversaciones privadas. No me hace falta.

Tengo muy buen oído.

—Hola —dijo Mac—. Soy yo.

Por muy bueno que fuera mi oído, no podía escuchar a la persona con la que estaba hablando.

—Estoy bien. Estoy bien —dijo rápidamente—. Mira, es que ahora no puedo hablar mucho. —Una pausa—. Es mejor que no lo sepas. —Pausa—. Ya lo sé. He visto las noticias. No recuerdo nada de lo que pasó después del baile. No sé qué la mató o por qué no me mató a mí.

Ah, no, pensé.

—No. Mira, lo mejor es que por el momento no sepas dónde estoy. —Pausa—. Ya te lo he dicho, no sé qué ocurrió. Lo único que sé es que yo no la maté. —Pausa—. No lo sé. Solo quiero que le digas a mamá y papá que estoy bien. Diles que les

quiero, y que estoy buscando a los que la mataron. Ahora tengo que colgar. —Pausa—. Yo también te quiero, Joe.

Una docena de historias podían encajar con la mitad de la conversación que acababa de escuchar. Dos docenas.

Pero los relatos aleccionadores más habituales entre los hombres lobo son los que tienen que ver con lo que ocurrió la primera vez que se transformaron, sobre todo si desconocían lo que eran.

Traduje mentalmente las palabras de Mac a una escena en la que un chico se marcha del baile del instituto con su novia una noche de luna llena sin saber lo que es. Los nuevos hombres lobo, a no ser que dispongan de la orientación de un macho fuerte y dominante, tienen poco control sobre su lobo durante las primeras transformaciones.

Si hacía poco que Mac era un hombre lobo, eso explicaría por qué no se había dado cuenta de que yo era distinta del resto de humanos a su alrededor. Alguien debe enseñarte cómo usar tus sentidos.

En los EE. UU., la mayor parte de los hombres lobo son criados por amigos o familiares. Existe una estructura de apoyo para educar al nuevo lobo y para mantener la seguridad de todos aquellos que le rodean. Sin embargo, siguen produciéndose ataques de licántropos descontrolados. Una de las funciones de la manada es matar a esos elementos desmandados y encontrar a sus víctimas.

A pesar de las historias que circulan, no todas las personas mordidas por un hombre lobo se convierten en uno. Es necesario un ataque muy violento, en el que la víctima quede a las puertas de la muerte, lo que permite que la magia del lobo se imponga a su sistema inmunológico. Ese tipo de ataques provocan titulares de periódico del tipo «Hombre Atacado por Perros Rabiosos».

Normalmente la víctima muere como consecuencia de las heridas o de la Transformación. Si sobrevive, entonces se recupera rápida, milagrosamente; hasta la siguiente luna llena, cuando descubre que en realidad no sobrevivió. Al menos no como la persona que había sido. Habitualmente, una manada dará con él antes de la primera transformación y le ayudará a habituarse a su nueva forma de vida. Las manadas ven las noticias y leen los periódicos para evitar que un nuevo lobo se quede solo y para proteger sus secretos.

Tal vez nadie había encontrado a Mac. Tal vez mató a su cita y cuando recuperó la forma humana se había negado a creer lo que había hecho. Lo que era. Al principio creí que había abandonado a su manada, pero si era un nuevo lobo, uno sin instrucción, era aún más peligroso.

Partí el tornillo oxidado porque no estaba concentrada. Cuando Mac regresó de hacer la llamada, estaba ocupada sacando el resto de tornillo con un extractor rápido, la herramienta con el nombre más equívoco que existe: no hay nada menos rápido que extraer un tornillo roto.

No tenía previsto decirle nada, pero las palabras salieron de forma espontánea.

—Conozco a algunas personas que podrían ayudarte.

—Nadie puede ayudarme —respondió cansadamente. A continuación sonrió, un gesto que podría haber resultado más convincente si sus ojos no hubieran transmitido tanta tristeza—. Estoy bien.

Dejé en el suelo el extractor rápido y le miré a la cara.

—Sí, creo que lo estarás —dije con la esperanza de no estar cometiendo un error al no presionarle más. Tendría que contárselo a Adam antes de la próxima luna llena—. Solo recuerda que antes del desayuno he tenido que creer en seis cosas imposibles.

Su boca se torció en un gesto muy peculiar.

—Lewis Carroll.

—Y dicen que los jóvenes de hoy no tienen una buena educación —dije—. Si confías en mí, descubrirás que mis amigos pueden ayudarte más de lo que crees. —El teléfono empezó a sonar y volví a mi trabajo—. Mac, contesta al teléfono, por favor —le dije.

En aquella época del año, a las seis, cuando terminamos y salimos al exterior, ya era noche cerrada. Mac se quedó de pie y me observó mientras yo cerraba la puerta, obviamente dándole vueltas a algo. Jugueteeé deliberadamente con la cerradura para darle un poco más de tiempo, pero no lo aproveché.

—Hasta mañana —dijo finalmente.

—De acuerdo. —Y a continuación añadí impulsivamente—: ¿Tienes algún sitio donde pasar la noche?

—Claro —dijo con una sonrisa, y empezó a caminar como si se dirigiera a algún lugar.

Tendría que haberme mordido la lengua, ya que le había obligado a mentirme. En cuanto empezara a hacerlo, sería más difícil conseguir que confiara lo suficiente en mí como para contarme la verdad. No sé por qué las cosas funcionan de ese modo, pero lo hacen. Por lo menos según mi experiencia.

Me estuve martirizando durante todo el trayecto hasta casa, pero en cuanto le puse la comida a Medea y me preparé algo de cena, se me había ocurrido otro modo de conseguirlo. Mañana le llevaría una manta y dejaría abierta la furgoneta VW de Stefan, la cual esperaba pacientemente a que llegaran las piezas del freno desde Oregón.

No creía que a Stefan le importara que Mac acampara en ella durante una o dos noches.

Llamé a Stefan para asegurarme, ya que no es muy recomendable sorprender a los vampiros.

—Claro —me dijo sin preguntar siquiera a quién iba a dejar dormir en su furgoneta—. No me importa, cariño. ¿Cuándo estará lista mi furgoneta?

Para ser un vampiro, Stefan era muy majo.

—Las piezas deberían llegar pasado mañana —le dije—. En cuanto lleguen, te llamo. Si quieres echarme una mano, podríamos tenerla lista en un par de tardes. Si no, me llevará todo un día.

—De acuerdo —dijo él, lo que parecía ser un adiós ya que lo siguiente que oí fue el tono intermitente.

—Bueno —le dije a la gata—, supongo que me toca ir a comprar una manta. —Tenía que ser una manta nueva porque las mías olían todas a coyote, y un hombre lobo no se sentiría muy cómodo envuelto en mi olor.

Perdí varios minutos buscando el bolso hasta darme cuenta de que me lo había dejado en la caja fuerte del garaje. Por suerte, me pillaba de camino a la tienda.

Como era de noche, aparqué el coche en la calle tras el garaje, donde había un farol para desanimar a posibles vándalos. Crucé el aparcamiento y cuando pasé por delante de la furgoneta de Stefan, aparcada junto a la puerta de la oficina, le di un golpecito cariñoso.

Estaba pintada como la de Scooby Doo, lo que decía mucho del vampiro que la conducía. Stefan me dijo que le había pasado por la cabeza pintarla de negro cuando empezó a ver Buffy, pero que, al final, había decidido que la cazavampiros no podía competir con Scooby Doo.

Abrí la puerta de la oficina, aunque no me molesté en encender las luces porque veo perfectamente en la oscuridad. Mi bolso estaba donde recordaba. Lo saqué de la caja fuerte y volví a cerrarla. Llevada por la costumbre, comprobé que la calefacción estuviera al mínimo. Todo estaba apagado y recogido. Todo estaba como debía estar, y sentí la habitual satisfacción al saber que era mío; bueno, mío y del banco.

Cuando salí de la oficina y me di la vuelta para cerrar la puerta, estaba sonriendo. No me movía silenciosamente a propósito, pero al haberme criado con una manada de hombres lobo había aprendido a ser más sigilosa que la mayor parte de la gente.

—Márchate.

La voz de Mac llegó desde el otro lado de la furgoneta de Stefan. Hablaba en un tono bajo y ronco que no había escuchado hasta entonces.

Creí que me estaba hablando a mí y me di la vuelta en su dirección, pero lo único que vi fue la furgoneta de Stefan.

Entonces otra persona contestó a Mac:

—No sin ti.

La furgoneta tenía las ventanillas tintadas pero pude ver lo suficiente a través de ellas para descubrir que la puerta lateral estaba abierta, enmarcando las difusas y oscuras siluetas de Mac y uno de los visitantes. Al otro no podía verlo. El viento era el correcto, soplando débilmente en mi dirección, por lo que pude oler a otras dos personas junto a Mac: otro hombre lobo y un humano. No reconocí a ninguno de los dos.

Pese a conocer a la mayoría de lobos de Adam por su olor, no sería extraño que este hubiese ampliado la manada con un nuevo lobo sin que yo me hubiera enterado.

Sin embargo, quien me preocupaba era el humano. Por lo que sabía, Adam nunca había enviado a un humano con uno de sus lobos para ocuparse de sus negocios.

Aunque lo más extraño era que ninguno de ellos parecía darse cuenta de que yo estaba allí. Me movía sigilosamente, pero, aun así, los dos hombres lobo tendrían que haberme oído. No obstante, parecía que ni Mac ni el otro lobo habían reparado en mi presencia.

—No —dijo Mac mientras me decidía—. Se han acabado las jaulas. Y las drogas. No me servían de mucho.

¿Jaulas?, pensé. ¿Alguien ha encerrado a Mac en una jaula? Aquello no era necesario, sobre todo con Adam cerca. A pesar de que algunos Alfa tienen que recurrir a los barrotes para controlar a los nuevos lobos, Adam no era uno de ellos. Y tampoco los comentarios de Mac acerca de las drogas tenían mucho sentido: no existe droga alguna que funcione con los hombres lobo.

—Sí que lo hacían, chaval. Solo tienes que tener un poco de paciencia. Te prometo que podemos invertir tu maldición.

¿Invertir su maldición? No existía ninguna droga que pudiera invertir la Transformación, y, además, existían muy pocos hombres lobo que consideraran su estado una maldición tras unos cuantos meses. Con el tiempo, la mayoría de ellos pensaba que el mal genio transitorio y el pelaje ocasional era un precio justo a cambio de una fuerza, velocidad y sentidos extraordinarios, por no mencionar el beneficio colateral de un cuerpo inmune a las enfermedades y al paso del tiempo.

Incluso si el hombre lobo pertenecía a Adam, tenía serias dudas de que supiera que uno de los miembros de su manada estaba contando historias descabelladas. Al menos confiaba en que no lo supiera.

Pero Mac sí que parecía conocerlos, lo que me hizo deducir que su historia era más complicada de lo que había pensado en un principio.

—Hablas como si tuvieras alguna opción —estaba diciendo el tercer hombre—. Pero tu única opción es cómo llegar hasta allí.

Llegué a la conclusión de que aquellos no eran hombres de Adam. La mención de maldiciones, jaulas y drogas los convertían en el enemigo. Si Mac no quería marcharse con ellos, no permitiría que se lo llevaran.

Eché una ojeada rápida a mi alrededor, pero las calles estaban vacías. Después de las seis, el polígono industrial se queda desierto. Me quité la ropa lo más silenciosamente que pude y me transformé en coyote.

En forma humana no tenía ninguna posibilidad contra un hombre lobo. Como coyote seguía siendo inferior pero era más rápida, mucho más rápida que un coyote de verdad y una milésima más que un hombre lobo.

Salté sobre la verja y, desde allí, me encaramé hasta el techo de la furgoneta de Stefan para obtener la ventaja de la altura, aunque también perdí el efecto sorpresa. Por muy sigilosamente que me moviera, un hombre lobo oiría el repiqueteo de mis uñas sobre el techo metálico.

Me preparé para lanzarme, pero me detuve. Desde la parte superior de la furgoneta vi a Mac y a los dos hombres. Ninguno de ellos parecía haber reparado en mi presencia. Mac estaba de espaldas, pero lo único que debían hacer los otros tres era levantar la mirada. No lo hicieron. Algo no iba bien.

Detrás de los dos desconocidos había un gran SUV negro, el tipo de coche que esperas que conduzcan los malos.

—Creo que no hay forma alguna de revertir lo que me hicisteis —estaba diciendo Mac—. No podéis devolverme mi vida, ni a mí ni a Meg. Lo único que podéis hacer es dejarme en paz.

El humano llevaba un corte de pelo al estilo recluta, pero lo que realmente me hizo pensar en el ejército fue el gran revólver negro que le asomaba de la pistolera del hombro. La postura de los dos desconocidos era muy marcial; Adam también la tenía. Los hombros ligeramente rígidos, la espalda demasiado recta. Tal vez sí que fueran de Adam. Aquel pensamiento me hizo dudar. Si hería a uno de los lobos de Adam, tendría que enfrentarme a las consecuencias.

—Se acerca la luna —dijo el hombre de pelo largo, el hombre lobo—. ¿La sientes?

—¿Cómo piensas sobrevivir durante el invierno, chaval? —preguntó de nuevo Pelo Corto. Tenía una voz agradable, protectora, incluso condescendiente—. En diciembre hace mucho frío, incluso en este desierto.

Reprimí un gruñido mientras trataba de decidir el mejor modo de ayudar a Mac.

—Tengo un trabajo —dijo Mac señalando el garaje—. Cuando haga más frío creo que, si se lo pido, ella me dejará dormir en el garaje hasta que encuentre algún lugar para vivir.

—¿Pedírselo? —Pelo Corto parecía comprensivo—. Ella te retuvo aquí hasta que llegamos. Es una de los nuestros, chaval. ¿Cómo crees que dimos contigo?

Al principio olí la conmoción de Mac, después su derrota. Cada emoción tiene un olor, pero solo en forma de coyote mi olfato es lo suficientemente preciso como para distinguirlas todas y no solo las más intensas. Los colmillos asomaron entre mis labios; no me gustan los mentirosos, especialmente los que cuentan mentiras sobre mí.

La voz del hombre lobo sonaba distraída.

—Cuando llegue la luna, no podrás detener la transformación —dijo balanceándose—. Entonces podrás correr y beber el miedo de tu presa hasta que muera entre tus fauces.

Lunático, pensé, sorprendida por la intensidad de mi ira. Si aquel lobo era tan reciente que aún seguía dominado por la luna, entonces seguro que no pertenecía a Adam, y quienquiera que lo había enviado era un idiota.

—No voy a ninguna parte —dijo Mac dando un paso atrás. Dio otro paso atrás, pegando la espalda contra la furgoneta. Se puso tenso, respiró hondo y miró a su alrededor—. ¿Mercy?

Pero ninguno de ellos se dio cuenta de que Mac me había oído. El hombre lobo continuaba ensimismado en sus sueños lunáticos, y el humano estaba sacando el arma.

—Lo hemos intentado por las buenas —dijo, y oí su satisfacción. Puede que hubiera intentado hacerlo por las buenas, pero disfrutaba mucho más haciéndolo por las malas. Su arma era de las que suelen encontrarse en los catálogos para futuros mercenarios, donde el aspecto exterior es tan importante como el rendimiento—. Entra en el coche, chaval. Llevo balas de plata. Si te disparo, estás muerto. —Parecía un matón de una película de gánsteres de los años cincuenta; me pregunté si lo haría deliberadamente.

—Si me meto en el coche, estaré muerto de todos modos, ¿verdad? —dijo Mac lentamente—. ¿Matasteis a los dos que estaban en las otras jaulas? ¿Por eso desaparecieron?

Nadie se dio cuenta de que el hombre lobo estaba empezando a transformarse, ni siquiera él mismo. Vi sus ojos brillando en la oscuridad y percibí el olor almizcleño del lobo y de la magia. Emitió un gruñido.

—Silencio —dijo el humano bruscamente antes de mirar en su dirección. Se detuvo, tragó saliva y apuntó con el arma, con mucha calma, al que había sido su socio.

En forma humana, el hombre lobo debía de pesar unos noventa kilos. Cuando se transforman, pueden pasar de los ciento diez. No, no sé de donde proviene el peso extra. Es magia, no ciencia. Yo soy un poco mayor que el coyote medio, pero, aun así, aquello significaba que el hombre lobo todavía tenía cinco veces mi peso.

Había estado intentado descubrir un modo de convertir mi velocidad en una ventaja, pero cuando el hombre lobo, con sus alargadas mandíbulas cubiertas de afilados colmillos blancos, se fijó en Mac y volvió a gruñir, supe que me había quedado sin tiempo.

Salté desde el techo del vehículo y caí sobre el hombre lobo. Estaba en plena transformación, por lo que sus movimientos eran aún algo lentos. Intenté morderle para atraer su atención y le alcancé en el cuello, todavía sin la gruesa piel diseñada para protegerle de ataques como aquel.

Noté cómo mis colmillos se hundían en la carne, y la sangre empezó a manar a chorros, bombeada por su corazón y por la creciente presión sanguínea que acompaña a la transformación. No era una herida mortal —los hombres lobo se curan rápidamente— pero lo detendría momentáneamente y me daría la oportunidad de alejarme mientras la herida se curaba.

Pero no se detuvo.

Lo tenía pegado a mi cola mientras pasaba a la carrera junto a la furgoneta de Stefan, cruzaba el callejón que da acceso a las entradas para vehículos de mi garaje y saltaba la alambrada de tela metálica del almacén logístico Ahorre Más. Si el hombre lobo hubiera estado completamente transformado, habría salvado la valla más

fácilmente que yo, pero su pesado cuerpo le dificultaba los movimientos, por lo que tuvo que detenerse y rasgarla para pasar al otro lado.

Espoleado por el ardor de la caza, me superaba en velocidad, incluso a dos patas. No debería ser así. Me he deshecho de bastantes hombres lobo para saber que soy más rápida que ellos; pero nadie se lo había dicho a este. Me estaba alcanzando. Volví a saltar sobre la valla porque la primera vez había conseguido detenerlo.

Si hubiera habido viviendas próximas, los impacientes y frustrados aullidos del hombre lobo al verse forzado a detenerse y rasgar la alambrada de nuevo habrían atraído a la policía, pero las residencias más cercanas estaban a varias calles de allí. Aquel pensamiento me recordó que debía preocuparme tanto de los testigos inocentes como de Mac y de mí misma.

Cambié de dirección y me dirigí a toda velocidad hacia el garaje con la intención de alejar al hombre lobo de la ciudad en lugar de llevarlo a ella. Sin embargo, antes de llegar al garaje, mi perseguidor tropezó y cayó en medio de la calle.

Al principio creí que la transformación se había completado, pero ningún hombre lobo se pone a cuatro patas para continuar la caza. Reduje la velocidad y después me detuve completamente para escuchar, pero lo único que oí fue mi corazón bombeando aterrorizado.

La transformación estaba en su última fase; aunque su cara era ya la de un lobo, el pelaje aún no había empezado a cubrir su cuerpo. Sus manos, estiradas flácidamente sobre el asfalto, estaban deformadas, demasiado delgadas, con una distancia inhumana entre los dedos y el pulgar. Tenía las uñas más gruesas y habían empezado a asomar por la punta de los dedos. Pero estaba inmóvil.

Temblando y con el deseo de echar a correr, me obligué a acercarme a él. Temí que saltara y me agarrara, como siempre ocurre en las películas de serie Z, pero continuó inmóvil. Olía a sangre y a adrenalina.

Un reguero de líquido se extendía a su espalda como si fuera un coche al que se le hubiera roto la manguera del radiador y hubiera vertido anticongelante por toda la carretera; pero el líquido que brillaba bajo los faroles era sangre.

Solo entonces me di cuenta de que no oía el latido de su corazón ni el susurro de su respiración.

Oí encenderse el motor de un coche y aparté los ojos del hombre lobo justo a tiempo para ver al SUV negro salir chirriando del aparcamiento y girar en mi dirección. El enorme vehículo se tambaleó mientras el conductor intentaba adecuar la velocidad al giro. Aunque los faros me deslumbraron momentáneamente, ya había decidido mi ruta de escape y la ejecuté a ciegas.

El coche redujo la velocidad, como si considerara la posibilidad de detenerse junto al cuerpo tendido en medio de la calle, pero poco después el motor de ocho cilindros rugió y el SUV ganó de nuevo velocidad.

Estuvo a punto de chocar contra el farol que yo había eludido no hacía mucho. No sabía si Mac iba en el coche o no. Observé las luces traseras del SUV hasta que se

incorporó a la autopista y se mezcló con el tráfico.

Me aproximé al hombre lobo para asegurarme; no quedaba ninguna duda, estaba muerto.

Nunca había matado a nadie anteriormente. No tendría que estar muerto. Los hombres lobo son difíciles de matar. Si se hubiera molestado en contener la herida, o si no me hubiera perseguido, el corte se habría cerrado y no habría muerto desangrado.

El sabor de su sangre en mi boca me puso enferma; vomité junto a su cuerpo hasta que el sabor de la bilis cubrió todo lo demás. A continuación lo dejé en medio de la calle y volví corriendo al garaje. Debía comprobar si Mac seguía allí antes de deshacerme del cuerpo.

Para mi alivio, cuando llegué al aparcamiento a grandes zancadas, me encontré a Mac apoyado en la furgoneta de Stefan. Sujetaba el arma sin demasiada convicción, con el cañón inclinado.

—¿Mercy? —me preguntó cuando me acerqué a él como si esperara que le respondiera.

Incliné la cabeza una vez y después me dirigí a la parte delantera del garaje, donde había dejado mi ropa. Mac me siguió, pero cuando me transformé y vio que estaba desnuda, se dio la vuelta para que pudiera vestirme.

Lo hice rápidamente; hacía mucho frío.

—Ya estoy decente —le dije, y volvió a mirar en mi dirección.

—Tienes sangre en la barbilla —me dijo con voz queda.

Me limpié con la parte baja de la camiseta. Aquella noche no iba a ir de compras, así que no me importaba mancharme la ropa de sangre. *No vuelvas a vomitar*, me reprendí severamente. *Piensa que era un conejo*. Aunque no sabía a conejo.

—¿Qué eres? —me preguntó—. ¿Eres uno de ellos? ¿Dónde está... el lobo?

—Está muerto. Tenemos que hablar —le dije, y me detuve para poner en orden mis dispersos pensamientos—. Pero antes debemos sacar al hombre lobo de la calle. Y antes de eso, creo que deberíamos llamar a Adam.

Lo acompañé hasta la oficina. Esta vez encendí la luz. Aunque ninguno de los dos la necesitábamos, era más confortable.

Cuando alargué la mano para coger el teléfono, Mac puso la suya encima.

—¿Quién es Adam y por qué le llamas? —preguntó.

No me deshice de su mano.

—El Alfa local. Tenemos que sacar el cuerpo de la calle, a no ser que quieras que los dos desaparezcamos en algún laboratorio federal para que nos hagan pruebas durante varios años hasta que decidan que pueden aprender más de nosotros muertos que vivos.

—¿Alfa? —preguntó—. ¿Qué es eso?

Era nuevo.

—Los hombres lobo viven en manadas —le dije—. Cada manada tiene un Alfa, un lobo lo suficientemente fuerte como para mantener al resto bajo control. Adam Hauptman es el Alfa local.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Mac.

—Metro cincuenta y cinco, ochenta y dos kilos. Pelo oscuro, ojos negros. No creo que tenga nada que ver con tus lobos —dije—. Si Adam quisiera tenerte, no podrías hacer nada por evitarlo; te hubiera encontrado mucho antes. Puede que sea un imbécil, pero es muy competente.

Mac me miró fijamente, sus ojos marrones parecían amarillos bajo las luces fluorescentes de la oficina. En realidad, me sorprendía que continuara en forma humana, ya que presenciar la transformación de un lobo tiende a animar al resto. Sostuve su mirada con calma y después bajé la mía hasta su hombro.

—De acuerdo —dijo él al tiempo que retiraba lentamente su mano—. Esta noche me has salvado, y aquella cosa podría haberte hecho pedazos. He visto cómo matan.

No le pregunté cuándo ni dónde. Era importante que las acciones siguieran un orden para evitar problemas. Llamar a Adam. Quitar el cuerpo de la calle para que nadie lo viera. Después hablar. Marqué el número de Adam de memoria.

—Hauptman —respondió con un ligero tono de impaciencia a la cuarta llamada.

—He matado a un hombre lobo en mi garaje —dije, y colgué. Dado que Mac había levantado las cejas, se lo aclaré—: Eso le hará reaccionar más rápido que veinte minutos de explicaciones. Venga, debemos sacar el cuerpo de la calle antes de que alguien lo vea. —Cuando el teléfono empezó a sonar, el contestador automático respondió a la llamada.

Cogí la furgoneta de Stefan porque transportar algo pesado en ella es más fácil que hacerlo en el pequeño Rabbit. La furgoneta olía a Mac, y me di cuenta de que no me había mentido cuando me dijo que tenía un lugar donde pasar la noche. Había estado durmiendo en ella durante al menos dos noches.

La furgoneta no tenía frenos —debíamos arreglarlos— pero conseguí hacerla deslizar y detenerla junto al cuerpo. Mac me ayudó a introducirlo en la furgoneta y después volvió corriendo al garaje mientras yo la conducía. Cuando llegué, vi que había abierto la puerta.

Colocamos el cadáver en el suelo de cemento junto al elevador, volví a aparcar la furgoneta en el mismo sitio y bajé la puerta del garaje, por lo que nos quedamos los dos solos con el cuerpo.

Caminé hasta la esquina opuesta al hombre lobo muerto y me senté en el suelo, junto a uno de mis enormes cofres de herramientas. Mac se sentó a mi lado y los dos nos quedamos mirando el cadáver.

A media transformación, el cuerpo parecía incluso más grotesco bajo las luces del segundo foso que a la luz de la farola, como algo salido de una película de Lon

Chaney. Desde donde estábamos, distinguía perfectamente el corte del cuello que había acabado con él.

—Se había acostumbrado a curarse rápidamente —dije para romper el silencio—. Por eso no hizo caso de la herida. Pero algunas tardan más en curar que otras. No sabía mucho más que tú. ¿Desde cuándo eres un hombre lobo?

—Desde hace dos meses —dijo Mac apoyando la cabeza en el arcón de las herramientas y mirando al techo—. Mató a mi novia, pero yo sobreviví. Más o menos.

Había tenido suerte, pensé al tiempo que recordaba mis suposiciones tras escuchar la llamada telefónica. Por lo menos no había sido él quien había matado a su novia. Sin embargo, no parecía sentirse demasiado afortunado, por lo que no iba a decirle que podría haber sido mucho peor.

—Cuéntame lo que te ocurrió después. ¿De dónde venían esos hombres? ¿Eres de Tri-Cities? —No había oído nada de muertes o desapariciones sospechosas durante los últimos seis meses.

Mac negó con la cabeza.

—Soy de Naperville. —Puse cara de póquer y especificó—: Illinois. Cerca de Chicago. —Volvió a mirar el cadáver, cerró los ojos y tragó saliva—. Quiero comérmelo —susurró.

—Completamente natural —le dije, aunque debo admitir que deseaba alejarme de él. Cielo santo, atrapada en un garaje con un hombre lobo reciente y carne fresca a su disposición no es el lugar más seguro del mundo. Pero teníamos que esperar a que llegara Adam. Podría haber sido peor: podría faltar menos para la luna llena, o podría estar tan hambriento como el primer día que apareció por allí.

—El ciervo no solo sabe mejor sino que además no tienes que cargar con remordimientos —le dije antes de darme cuenta de que lo mejor sería no tocar más el tema de la comida—. ¿Qué te ocurrió después del primer ataque? ¿Alguien te llevó al hospital?

Me miró brevemente, pero no supe averiguar en qué estaba pensando.

—Después... después del ataque, desperté en una jaula, en una especie de sótano. Había alguien en la habitación y cuando abrí los ojos, me dijo: «Bien, vivirás. Leo estará satisfecho».

—Espera un momento —dije—. Leo. Leo. Chicago. —Entonces me acordé—. ¿Leo James? ¿Se parecía a un campeón de esquí nórdico? Alto, pelo largo y rubio.

Leo era uno de los alfas de Chicago; había dos. Leo controlaba los barrios del oeste de la ciudad. Lo había visto en una o dos ocasiones. Ninguno de los dos nos habíamos sentido impresionados, pero, como ya he dicho, los hombres lobo no se sienten muy cómodos junto a otros depredadores.

Mac asintió con la cabeza.

—Me parece que sí. Bajó al sótano con el primer hombre y otro tipo. Ninguno de ellos me habló ni respondió a mis preguntas. —Tragó saliva y me miró ansiosamente

—. Toda esta mierda parece tan extraña, ¿sabes? Increíble.

—Hablas con alguien que puede transformarse en coyote —le dije cuidadosamente—. Solo dime lo que crees que ocurrió.

—De acuerdo. —Asintió lentamente—. Muy bien. Aún estaba débil y confuso, pero parecía como si Leo discutiera de dinero con el tercer tipo. Me dio la impresión de que me había vendido por doce mil dólares.

—Leo te vendió por doce mil dólares —dije más para mí misma que para Mac. Puede que por mi tono de voz pareciera que aceptaba aquello sin pestañear, pero solo porque Mac estaba en lo cierto: aquello era increíble. Y no creía que me estuviera mintiendo—. Hizo que uno de sus lobos os acatara, a ti y a tu novia, y cuando sobreviviste, te vendió como un hombre lobo a estrenar.

—Creo que sí —dijo Mac.

—¿Has llamado a tu familia esta mañana? —le pregunté. Contesté a su mirada cautelosa con una sonrisa—. Tengo muy buen oído.

—A mi hermano. Al móvil. —Volvió a tragar—. Se me rompió, y no tengo busca. Tenía que decirles que estaba bien. Supongo que la policía pensará que fui yo quien mató a Meg.

—Le dijiste que ibas tras el asesino —dije.

Mac emitió una risita triste.

—Como si pudiera encontrarlo.

Podía. Todo era una cuestión de aprender a usar sus nuevos sentidos, pero no iba a decirle aquello, aún no. Si Mac encontraba al hombre que le atacó, lo más probable es que el muerto fuera él. Un hombre lobo reciente no tiene muchas posibilidades contra uno experimentado.

Le di un golpecito en la rodilla.

—No te preocupes. En cuanto avisemos a la gente adecuada, y Adam es uno de ellos, Leo será hombre muerto. El Marrok no permitirá que un Alfa cree progenie y la venda por dinero.

—¿El Marrok?

—Lo siento —dije—. Como te he dicho antes, a excepción de algún caso aislado, los hombres lobo están organizados en manadas bajo el control de un lobo Alfa.

Normalmente, organizados hasta donde permite la naturaleza de los hombres lobo. Lo único que se requiere para convertirse en un Alfa es la fuerza; la inteligencia y el sentido común son intrascendentes. En la Edad Media, tras la Peste Negra, la población de hombres lobo fue prácticamente eliminada junto a los auténticos lobos porque algunos alfas fueron demasiado indiscretos. Tras aquello, se decidió que siempre habría un líder por encima de todos los hombres lobo.

—En los EE. UU., todas las manadas respetan al Marrok, un título que descende de uno de los caballeros del Rey Arturo que también era un hombre lobo. El Marrok y su manada mantienen el control sobre todos los licántropos de Norteamérica.

—¿Hay más como nosotros? —preguntó Mac.

Asentí.

—Tal vez unos dos mil en los EE. UU., cinco o seis mil en Canadá y unos cuatrocientos en México.

—¿Por qué sabes tanto de hombres lobo?

—Me crié con ellos. —Esperé a que me preguntara por qué, pero su atención volvió a dirigirse al cadáver. Respiró profundamente y un escalofrío de ansia le recorrió todo el cuerpo.

—¿Sabes qué querían de ti? —le pregunté apresuradamente.

—Me dijeron que estaban buscando una cura. No dejaban de ponerme cosas en la comida, y aunque lo olía, estaba tan hambriento que me la comía de todos modos. A veces me ponían inyecciones y, en una ocasión, cuando no colaboré, me dispararon un dardo.

—Afuera, cuando hablabas con ellos, dijiste que había otros como tú.

Mac asintió.

—Me tenían encerrado en una jaula, dentro de un tráiler de camión. Había cuatro jaulas. Al principio éramos tres, una chica de mi edad y otro hombre. La chica parecía un poco ida, solo miraba al frente y se balanceaba de adelante a atrás. El hombre no hablaba inglés. Parecía polaco, aunque también podría haber sido ruso o algo así. Un día que estaba atontado con algo que me habían dado, me desperté y estaba solo.

—Las drogas no funcionan con los hombres lobo —le dije—. Tu metabolismo es demasiado fuerte.

—Pues aquellas sí que funcionaban —dijo él.

Asentí.

—Te creo. Pero no deberían funcionar. ¿Te escapaste?

—Conseguí transformarme mientras intentaban darme algo más. No recuerdo mucho, solo que me puse a correr.

—¿El tráiler estaba aquí, en Tri-Cities? —le pregunté.

Asintió.

—Pero no pude volver a encontrarlo. No recuerdo todo lo que ocurre cuando... —Su voz se desvaneció.

—Cuando eres un lobo. —Los recuerdos regresan con experiencia y control, o al menos eso es lo que me habían dicho.

Un vehículo desconocido se aproximó al garaje con el suave ronroneo típico de los motores caros.

—¿Qué ocurre? —preguntó cuando me puse en pie.

—¿No oyes el coche?

Empezó a agitar la cabeza pero se detuvo.

—Yo... sí. Sí, lo oigo.

—Ser un hombre lobo tiene sus ventajas —dije—. Una de ellas es un oído y un olfato superior al humano medio. —Me puse en pie—. Está entrando en el

aparcamiento. Voy a salir para ver quién es.

—Quizá es el tipo al que has llamado. El Alfa.

Negué con la cabeza y dije:

—No es su coche.

Capítulo 3

Atravesé la oficina y abrí la puerta exterior con cautela, pero el aroma a perfume y a hierbas que impregnaba el aire nocturno me dijo que no estábamos en peligro.

Un Cadillac negro se extendía a lo largo del asfalto justo detrás de la furgoneta de Stefan. Empujé la puerta para abrirla completamente al tiempo que el chofer uniformado inclinaba el sombrero para saludarme y abría la puerta trasera del coche para revelar a una mujer anciana.

Volví a meter la cabeza en la oficina y grité:

—No pasa nada, Mac. Es solo el equipo de limpieza.

Mantener a los humanos ignorantes de la magia entre la que viven es un negocio especializado y lucrativo, y la manada de Adam tenía en nómina a la mejor bruja del Pacífico Noroeste. Los rumores sobre los orígenes de Elizaveta Arkadyevna Vyshnevetskaya y sobre cómo llegó a un lugar como Tri-Cities variaban cada semana. Creo que tanto ella como su prole de nietos y biznietos promovían las versiones más escandalosas. Lo único que sabía con certeza era que había nacido en Moscú, Rusia, y que había vivido en Tri-Cities durante al menos veinte años.

Elizaveta emergió de las profundidades del enorme vehículo con la misma teatralidad con que una *prima ballerina* se inclina ante su público. Su aspecto merecía toda aquella ceremonia.

Medía casi un metro ochenta y era poco más que piel y huesos, con una nariz prominente y unos penetrantes ojos grises. Su estilismo se encontraba en algún punto intermedio entre el de una babushka y Baba Yaga. Diversas capas de ricas telas y texturas descendían hasta sus pantorrillas, todo cubierto con una larga capa de lana y un pañuelo usado con el que se tapaba el cuello y la cabeza. El conjunto no daba sensación de autenticidad, por lo menos no de los periodos históricos ni de los lugares de que había oído hablar, pero nunca he conocido a nadie lo suficientemente valiente como para decírselo.

—Elizaveta Arkadyevna, bienvenida —dije mientras pasaba junto a la furgoneta y me situaba frente al coche.

Me frunció el ceño.

—Mi Adamya me ha llamado y me ha dicho que tienes a uno de sus lobos muerto. —Su voz tenía la frescura de un aristócrata británico, por lo que supe que estaba enfadada. Su acento habitual era tan cerrado que siempre debía esforzarme mucho por entenderla. Cuando estaba enfadada de verdad, no hablaba inglés.

—Un hombre lobo, sí —confirmé—. Pero no creo que sea de Adam. —Según había averiguado, Adamya era un apelativo cariñoso de Adam, aunque no creía que

nunca le hubiera llamado de ese modo en persona. Elizaveta no solía ser cariñosa con la gente que podía escuchar sus conversaciones furtivamente.

—El cuerpo está en mi tienda —le dije—. Pero hay sangre por todas partes. El hombre lobo me persiguió con una arteria desgarrada y se desangró desde aquí hasta el almacén logístico, donde despedazó la valla por dos sitios distintos antes de morir desangrado en medio de la calle. El almacén tiene cámaras y utilicé la furgoneta de Stefan —la señalé— para mover el cuerpo.

Elizaveta dijo algo en ruso a su chofer, a quien reconocí como uno de sus nietos. Este se inclinó y le contestó algo antes de ir hasta la parte trasera del coche y abrir el maletero.

—Vete —dijo, e hizo un gesto con las manos como si me empujara—. Me ocuparé de este desorden sin tu ayuda. Tú espera con el cuerpo. Adam estará aquí pronto. En cuanto lo vea, me dirá qué quiere que haga con él. ¿Tú mataste a ese lobo? ¿Con una bala de plata? ¿Tengo que buscar los casquillos?

—Con mis colmillos —le dije; ella sabía lo que era—. Fue una especie de accidente. Por lo menos su muerte.

Cuando me di la vuelta para regresar a la oficina, me cogió del brazo.

—¿En qué pensabas, Mercedes Thompson? Un Lobo Pequeño que ataca a uno grande no tardará en estar también muerto. Algún día se te acabará la suerte.

—Habría matado a un chico bajo mi protección —le dije—. No tenía alternativa.

Me soltó y emitió un resoplido de desaprobación, pero cuando volvió a hablar, su acento ruso era firme.

—Siempre hay alternativa, Mercy. Siempre hay opción. Si atacó al chico, entonces supongo que no podía ser uno de los lobos de Adanya.

Miró a su chofer y le ladró otra indicación. Finalmente desestimada, regresé junto a Mac y a nuestro lobo muerto.

Encontré a Mac arrodillado junto al cuerpo, lamiéndose los dedos como si hubiera tocado la sangre seca e intentara limpiárselos. No era una buena señal. De algún modo supe que si Mac hubiera tenido el control, no habría estado haciendo aquello.

—Mac —dije mientras pasaba a su lado y me dirigía al rincón más alejado del garaje, donde nos habíamos sentado anteriormente.

Me gruñó.

—Para de una vez —dije bruscamente, intentando que mi voz no revelara el miedo que sentía—. Contrólate y ven aquí. Debes saber ciertas cosas antes de que llegue Adam.

Había estado evitando una lucha por el dominio porque mis instintos me decían que Mac era un líder natural, un dominante que podía perfectamente convertirse en un Alfa en el futuro... y yo era una mujer.

La liberación de la mujer no había hecho muchos avances en el mundo de los licántropos. Una hembra emparejada obtenía su posición en la manada de su pareja, pero las que no lo estaban solían ocupar una posición inferior a la de los hombres, a

menos que estos sean anormalmente sumisos. Este pequeño detalle me causó un dolor sin límites al crecer en el seno de una manada de hombres lobo. No obstante, sin alguien más dominante que él, Mac aún no podía controlar a su lobo. Adam no estaba allí, de modo que me tocaba a mí.

Me quedé mirándolo fijamente en la mejor imitación de mi padre adoptivo y levanté una ceja.

—Mac, por el amor de Dios, deja a ese pobre hombre en paz y ven aquí.

Se puso lentamente en pie, con la amenaza aún tensándole el cuerpo. A continuación, sacudió la cabeza y se frotó la cara, tambaleándose ligeramente.

—Eso ha sido muy útil —dijo—. ¿Puedes hacerlo otra vez?

Puse todo mi empeño.

—Mac. Ven aquí ahora mismo.

Se acercó tambaleándose levemente como si estuviera bebido y se sentó a mis pies.

—Cuando llegue Adam —le dije con firmeza—, apáñatelas como quieras, pero no le mires a los ojos durante más de uno o dos segundos. Confío en que lo hagas por instinto. No hace falta que te encojas, recuerda que no has hecho nada malo. Déjame hablar a mí. Lo que queremos es que Adam te lleve a su casa.

—Me las apaño bien solo —objetó Mac. Su voz parecía normal, pero su cabeza continuaba inclinada hacia el cadáver.

—No, no es verdad —dije con firmeza—. Si no existiera una manada, quizás sobrevivirías. Pero si te cruzas con uno de los lobos de Adam sin que la manada sepa que existes, lo más probable es que te maten. Y, además, la luna llena se acerca. Adam puede ayudarte a controlar tu bestia antes de eso.

—¿Puedo controlar al monstruo? —preguntó Mac, más calmado.

—Por supuesto —le dije—. Y no es un monstruo, como tampoco lo es una ballena asesina. Los hombres lobo tienen mal carácter y son agresivos, pero no son malos. —Pensé en el que había vendido a Mac y me corregí—: Al menos no más malos que cualquier otra persona.

—Ni siquiera recuerdo lo que hace la bestia —dijo Mac—. ¿Cómo puedo controlarla?

—Al principio es más difícil —le dije—. Un buen Alfa puede ayudarte a conseguirlo. Una vez tengas el control, si quieres puedes regresar a tu vida anterior. Tendrás que ir con cuidado; incluso en forma humana tendrás que habituarte a los accesos de ira y a una fuerza muy superior a la que solías tener. Adam puede enseñarte.

—Nunca podré regresar —murmuró.

—Primero aprende a controlarte —le dije—. Hay gente que puede ayudarte con el resto. No te rindas.

—Tú no eres como yo.

—No —reconocí—. Soy una caminante. Es distinto a lo que tú eres. Nací así.

—Nunca he oído hablar de los caminantes. ¿Es algún tipo de duende?

—Algo así —dije—. No tengo muchas de las ventajas de los hombres lobo: ni fuerza extraordinaria ni curación rápida ni manada.

—Ni tampoco te comes a tus amigos —apuntó Mac. No supe si estaba intentando hacerse el gracioso o si lo decía en serio.

—También tiene sus ventajas —reconocí.

—¿Cómo sabes tantas cosas de los licántropos?

Abrí la boca para darle la versión corta pero decidí que la historia completa le distraería más rato del cadáver.

—Mi madre era una fan de los rodeos —empecé al tiempo que me sentaba junto a él—. Le gustaban los *cowboys*; todos. Le gustaba especialmente un Pie Negro que montaba toros llamado Joe Viejo Coyote, de Browning, Montana, que la dejó embarazada de mí. Ella me contó que mi padre afirmaba proceder de una antigua estirpe de chamanes, aunque creía que solo le dijo aquello para impresionarla. Murió en un accidente de coche tres días después de conocerla.

Mi madre tenía diecisiete años. Sus padres intentaron convencerla para que abortara, pero ella no quiso ni oír hablar de aquello. Entonces intentaron que me diera en adopción, pero estaba determinada a criarme sola... hasta que cumplí los tres meses y encontré un cachorro de coyote en mi cuna.

—¿Y qué hizo?

—Intentó encontrar a la familia de mi padre —le dije—. Fue a Browning y encontró a varias familias con el mismo apellido, pero le dijeron que no conocían a nadie llamado Joe. Evidentemente era un nativo americano. —Hice un gesto para indicarle que se fijara en mi apariencia. No parezco una purasangre, ya que mis facciones son demasiado anglosajonas. Pero tengo la piel morena incluso en noviembre, y mi pelo liso es tan oscuro como mis ojos.

Aunque poco más sé sobre él.

—Viejo Coyote —reflexionó Mac.

Le sonreí.

—Te parece que toda esta historia de la transformación debe de ser algo familiar, ¿verdad?

—¿Y cómo acabaste creciendo en medio de una manada de hombres lobo?

—El tío de mi bisabuelo era un hombre lobo —dije—. En principio tenía que ser un secreto familiar, pero es muy difícil ocultar secretos a mi madre. Se limita a sonreír a la gente y estos le cuentan toda la historia de sus vidas. En resumen, que consiguió su número de teléfono y le llamó.

—Guau —dijo Mac—. Yo no conocí a mis bisabuelos.

—Yo tampoco —dije con una sonrisa—. El hombre lobo era solo uno de sus tíos. Una de las ventajas de los licántropos es que viven mucho tiempo. —Si puedes controlar al lobo, aunque Adam le explicaría esa parte mejor que yo.

Volvió a dirigir la mirada hacia nuestro amigo muerto.

—Sí, bueno. —Suspiré—. La estupidez es la forma más rápida de morir. El tío de mi bisabuelo era lo suficientemente listo como para sobrevivir a su propia generación, aunque todos aquellos años no evitaron que una noche muriera destripado por un alce al que perseguía. En resumen —continué—, vino a vernos y en cuanto me vio supo lo que era. Aquello fue antes de que los feéricos se dieran a conocer, por lo que la gente aún creía que la ciencia había anulado la posibilidad de la magia. Convenció a mi madre de que estaría más a salvo en el interior de Montana, criada por la manada del Marrok. Disponen de su propio pueblo en las montañas, donde los forasteros no suelen acercarse. Me acogió una familia que no tenía hijos.

—¿Y tu madre se limitó a entregarte?

—Mi madre venía todos los veranos, aunque tampoco le pusieron las cosas muy fáciles a ella. El Marrok no es demasiado indulgente con los humanos, a excepción de sus esposas e hijos.

—Creía que el Marrok era el lobo que gobernaba en Norteamérica —dijo Mac.

—A veces las manadas adoptan el nombre público de su líder —le dije—. De modo que la manada del Marrok se llama a sí misma el Marrok. Lo más habitual es que recurran a alguna característica del territorio. Los lobos de Adam son la Manada de la Cuenca del Columbia. La otra manada de Washington es la Manada Esmeralda, de Seattle.

Mac tenía otra pregunta, pero levanté la mano para que guardara silencio. Había oído detenerse el coche de Adam.

—Recuerda lo que te he dicho sobre el Alfa —le dije a Mac mientras me ponía en pie—. Es un buen hombre y necesitas su ayuda.

Quédate aquí sentado, mantén los ojos en el suelo, déjame hablar a mí y todo irá bien.

La pesada puerta del garaje que daba acceso al primer elevador chirrió y, a continuación, resonó como un címbalo gigante al ser elevada completamente con más fuerza de la necesaria.

Adam Hauptman apareció en el umbral. Un manto de silencio cubría su cuerpo y, durante un instante, le vi únicamente con mis ojos, como lo haría un humano. Resultaba agradable observarlo.

Pese a su apellido alemán, tanto su rostro como el color de su piel eran eslavos: piel morena, pelo oscuro —aunque no tan oscuro como el mío—, pómulos prominentes y una boca estrecha pero sensual. No era ni alto ni corpulento, por lo que muchos humanos podían preguntarse por qué todos los ojos se dirigían a él cuando entraba en una habitación. Entonces, observarían su rostro y supondrían, erróneamente, que se debía a su atractivo. Adam era un Alfa, y si hubiera sido feo, habría ejercido la misma atracción sobre cualquiera que se encontrara cerca, ya fuera lobo o humano. Aunque la belleza masculina que paseaba con tanta indiferencia tampoco era muy molesta.

En circunstancias normales, sus ojos tenían el color del chocolate negro, pero en aquel momento la ira los había iluminado con un tono amarillento. Oí cómo Mac daba un grito sofocado cuando le alcanzó todo el efecto de la ira de Adam, de modo que me preparé y dejé que la oleada de poder me purificara como hacía el agua de mar con el cristal.

Tal vez tendría que haberle explicado mejor las cosas cuando le llamé por teléfono, pero ¿dónde estaría la gracia?

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con una voz más suave que la primera nevada del invierno.

—Es complicado —dije manteniendo su mirada durante dos segundos antes de girar la cabeza y señalarle con un gesto el cadáver—. El muerto está ahí. Es nuevo, y si es uno de los tuyos, significa que no has hecho tu trabajo. Era tan sordo y ciego como un humano. Conseguí sorprenderlo, lo que indica que era demasiado ignorante para saber que la herida producida por una criatura preternatural no se cerraría tan rápido como las otras. Acabó desangrándose porque estaba demasiado pendiente de la caza...

—Ya basta, Mercedes —gruñó mientras se aproximaba con resolución al cuerpo del hombre lobo y se arrodillaba a su lado. Movié el cuerpo y uno de los brazos cayó pesada y flácidamente sobre el suelo.

Mac aulló ansiosamente, inclinó la cabeza y la apoyó contra mi muslo para no tener que presenciar aquello.

El sonido hizo que Adam dirigiera su atención del cuerpo a mis pies.

—Este no es uno de los míos —dijo con un gruñido—. Y tampoco ese.

—Qué cortés —dije—. Tu madre estaría orgullosa de tus modales, Hauptman.

—Ten cuidado —susurró. No era una amenaza, sino una advertencia.

De acuerdo. Daba miedo. Mucho miedo. Probablemente ya daba miedo cuando solo era un simple humano. Pero no serviría de nada que supiera que podía intimidarme.

—Adam Hauptman —dije amablemente para demostrarle cómo se hacía—. Deja que te presente a Mac. Es el único nombre que me ha dado. Hace dos lunas fue atacado por un hombre lobo en Chicago. Mató a su novia pero él sobrevivió. Su atacante se lo llevó y lo encerró en una jaula. Un hombre que se parece mucho al Alfa de Chicago lo vendió a alguien que lo retuvo en una jaula dentro de un remolque de camión y que lo usó para lo que parece algún tipo de experimento con drogas hasta que consiguió escapar. El viernes pasado apareció en mi puerta buscando trabajo.

—¿No me informaste de que había un lobo desconocido en tu puerta?

Di un suspiro de impaciencia.

—No soy uno de los miembros de tu manada, Adam. Sé que te cuesta asimilarlo, de modo que te lo diré con calma: no te pertenezco. No tengo obligación alguna de contarte nada.

Adam maldijo ásperamente.

—Los nuevos licántropos son peligrosos, mujer. Especialmente si tienen frío y hambre. —Miró a Mac y su voz cambió completamente, sin rastro de la ira y vehemencia anterior—. Mercy, ven aquí.

No bajé la mirada para descubrir qué había visto en el rostro de Mac. Di un paso adelante, pero Mac me tenía cogida por la pierna izquierda. Me detuve antes de caer al suelo.

—Mmm. Ahora mismo estoy un poco inmovilizada.

—Para ser una chica lista, a veces pareces un poco estúpida —dijo Adam en un tono sonoro y amable que pretendía no asustar al hombre lobo a mis pies—. Quedarte encerrada en un garaje con un lobo reciente y un cadáver no es la idea más inteligente del mundo. Aún no tengo una conexión para él. Me ayudaría saber su verdadero nombre.

—Mac —murmuré—. ¿Cómo te llamas?

—Alan —dijo como en un sueño mientras se ponía de rodillas y apoyaba su cabeza en mi estómago—. Alan MacKenzie Frazier, por mi abuelo, que murió el mismo año en que nací yo. —La fricción de sus movimientos provocó que mi camisa se levantara y que empezara a lamerme la piel. Para un observador podría parecer una escena sensual, pero el abdomen es uno de los puntos más vulnerables del cuerpo y uno de los favoritos de los depredadores—. Hueles muy bien —susurró.

Él olía a hombre lobo y yo estaba empezando a asustarme, lo que no era la reacción más aconsejable.

—Alan —dijo Adam envolviendo el nombre con su lengua—. Alan MacKenzie Frazier, ven conmigo.

Mac apartó bruscamente la cabeza de mi estómago y apretó dolorosamente las manos contra mis caderas. Miró a Adam y emitió un gruñido, un ruido sordo que hizo vibrar su pecho contra mi pierna.

—Mía —dijo Mac.

Los ojos de Adam se estrecharon.

—De eso nada. Es mía.

En otras circunstancias me hubiera sentido halagada, pero en aquel momento uno de ellos hablaba de comida y el otro de algo de lo que no estaba completamente segura. Aprovechando que Adam tenía distraído a Mac, alargué la mano y cogí una gran palanca que había sobre la estantería a mi espalda. La descargué en la clavícula de Mac.

Fue un golpe extraño, porque no pude dar mucho impulso, pero la clavícula, incluso la de los hombres lobo, es un hueso bastante fácil de romper. Oí el crujido, me deshice del abrazo de Mac y corrí hasta el otro extremo del garaje antes de que pudiera recuperarse del inesperado dolor.

No me gustó hacerle daño, pero en unas horas se curaría y al menos había evitado que me comiera. Si no estaba equivocada, me pareció que era el tipo de persona que se recupera más fácilmente de un hueso roto que del asesinato.

Adam se había movido casi tan rápido como yo. Cogió a Mac por el pescuezo y le obligó a ponerse en pie.

—Adam —le dije desde la relativa seguridad al otro extremo del garaje—. Es nuevo e inexperto. Una víctima. —Hablé en voz baja para no añadir más excitación.

Colaboró el hecho de que en aquellos momentos Mac no resultara particularmente peligroso, ya que colgaba flácidamente de los brazos de Adam.

—Lo siento —dijo en un tono casi inaudible—. Lo siento.

Adam soltó un jadeo exasperante y dejó a Mac en el suelo, al principio sobre sus pies, pero cuando las rodillas de este se mostraron demasiado débiles para sostener su cuerpo, Adam lo tendió con cuidado sobre el cemento.

—Me duele —dijo Mac.

—Lo sé. —Adam ya no parecía enfadado; aunque, por supuesto, no estaba hablando conmigo sino con Mac—. Si te transformas, se curará más rápido.

Mac parpadeó mientras miraba a Adam.

—Creo que no sabe hacerlo conscientemente —ofrecí.

Adam dirigió una mirada pensativa al cuerpo y después miró en mi dirección.

—¿Has dicho algo sobre una jaula y experimentos?

Mac no dijo nada, de modo que asentí.

—Eso es lo que me dijo él. Parece ser que alguien tiene una droga que pretende utilizar con los hombres lobo. —Le expliqué lo que me había contado Mac y después le di los detalles de mi encuentro con el lobo muerto y su camarada humano. Ya le había contado a Adam casi todos los acontecimientos más destacados, pero no estaba muy segura de que la información hubiera atravesado su barrera de ira, por lo que se lo expliqué todo de nuevo.

—Maldita sea —fue el único comentario de Adam cuando terminé—. Pobre chaval. —Volvió a dirigirse a Mac—: De acuerdo. Estarás a salvo. Lo primero que haremos será sacar a tu lobo para que te recuperes antes.

—No —dijo Mac, primero mirándome aterrorizado a mí y después al lobo muerto. No puedo controlarme cuando me transformo. Haré daño a alguien.

—Mírame —dijo Adam, y a pesar de que la profunda y áspera voz no iba dirigida a mí, no pude apartar los ojos de él. Mac estaba fascinado.

—No pasa nada, Alan. No dejaré que hagas daño a Mercy, aunque se lo merezca. Ni tampoco permitiré que te comas al muerto —añadió demostrando su capacidad de observación.

Cuando Mac dejó entrever cierta duda, me acerqué y me arrodillé junto a Adam para poder mirar a Mac directamente a los ojos.

—Ya te lo he dicho, él puede controlar a tu lobo hasta que tú aprendas a hacerlo. Por eso es un Alfa. Confía en él.

Mac me miró fijamente, cerró los ojos y asintió.

—De acuerdo. Pero no sé cómo hacerlo.

—Aprenderás rápido —dijo Adam—. Pero por el momento yo te ayudaré. — Adam me apartó con la rodilla al tiempo que sacaba una navaja de bolsillo—. Será más sencillo sin la ropa.

Me levanté con toda la cautela de que fui capaz e intenté no estremecerme cuando Mac gritó.

Normalmente, la transformación es difícil y dolorosa, y aún es peor sin el favor de la llamada de la luna. Desconozco por qué no pueden transformarse como lo hago yo, pero tuve que cerrar los ojos ante los desgarradores sonidos procedentes del otro extremo del garaje. Seguramente la clavícula rota no ayudaba mucho. Con práctica, algunos hombres lobo pueden transformarse con relativa rapidez, pero uno inexperto tarda bastante.

Salí del garaje a través de la oficina para darles un poco de intimidación y porque no podía soportar más el sufrimiento de Mac. Me senté en el único escalón de cemento frente a la oficina y esperé.

Elizaveta regresó cogida del brazo de su biznieto justo en el momento en que los gritos de Mac se transformaron en los aullidos de un lobo.

—¿Hay otro hombre lobo? —me preguntó Elizaveta.

Asentí y me puse en pie.

—El chico de que te hablé —dije—. Pero Adam está con él, o sea que estamos a salvo. ¿Has limpiado la furgoneta de Stefan? —le pregunté con un gesto de la cabeza.

—Sí, sí. ¿Crees que soy una *amateur*? —dijo con un resoplido de indignación—. Tu amigo vampiro nunca descubrirá que en su furgoneta durmió un cadáver, aparte del suyo.

—Gracias. —Hice una inclinación de cabeza, pero como no oía nada procedente del garaje, abrí la puerta de la oficina y grité—: ¿Adam?

—No pasa nada —dijo. Parecía cansado—. Es seguro.

—Elizaveta está aquí con su chofer —le advertí por si acaso no había reparado en su presencia al llegar precipitadamente.

—Dile que pase también.

Habría sostenido la puerta, pero el biznieto de Elizaveta me la arrebató de las manos y la sostuvo para que entráramos. Elizaveta pasó la huesuda mano de su brazo al mío, aunque por la fuerza con que me agarró deduje que no necesitaba ayuda alguna para caminar.

Mac estaba hecho un ovillo donde le había dejado, en el rincón más alejado del garaje. El pelaje de su lobo, gris oscuro, se mezclaba con las sombras en el suelo de cemento. Tenía un pie blanco y una raya también blanca sobre el hocico. Los hombres lobo suelen tener marcas que los asemejan más a los perros que a los lobos. No sé a qué se debe. Bran, el Marrok, tiene una mancha blanca en la cola, como si la hubiera metido en un cubo de pintura. Creo que le queda muy mono, aunque nunca he tenido agallas para decírselo.

Adam estaba arrodillado junto al cuerpo, ignorando completamente a Mac. Levantó la mirada cuando entramos en el garaje desde la oficina.

—Elizaveta Arkadyevna —la saludó formalmente y, a continuación, añadió algo en ruso. De nuevo en inglés, continuó—: Robert, gracias también a ti por venir esta noche.

Elizaveta dijo algo en ruso dirigido a Adam.

—Todavía no —le respondió este—. ¿Puedes revertir su transformación? —le preguntó señalando al cadáver—. No reconozco su olor, pero me gustaría verle bien la cara.

Elizaveta se encogió de hombros y habló a su nieto rápidamente en ruso. Su respuesta hizo que Elizaveta asintiera con la cabeza, e intercambiaron unas cuantas palabras más antes de que esta volviera a dirigirse a Adam.

—Puede funcionar. Al menos lo intentaré.

—Supongo que no tienes una cámara aquí, ¿no, Mercy? —preguntó Adam.

—Sí, tengo una —le dije. Trabajo con coches antiguos. A veces trabajo con coches que otras personas han «restaurado» con nuevas e interesantes formas. Descubrí que hacerles una foto antes de empezar a trabajar en ellos resultaba útil para volver a montarlos—. Voy a por ella.

—Y trae también una hoja de papel y un tampón de tinta. Enviaré sus huellas a un amigo para que lo identifique.

Cuando regresé, el cuerpo volvía a estar en forma humana, y el agujero que le había abierto en la garganta se abría como un globo reventado. La pérdida de sangre había dejado su piel de un tono azulado. Aunque ya había visto otros cadáveres, aquel era el primero por el que me sentía responsable.

La transformación había destrozado su ropa, y no del fascinante modo en que suelen representarlo los cómics o los dibujantes de temas fantásticos. Los pantalones estaban desgarrados en la zona de la entrepierna y la camiseta empapada de sangre estaba rota a la altura del cuello y los hombros. Tenía un aspecto muy poco digno.

Adam cogió la cámara digital y tomó algunas instantáneas desde distintos ángulos. Cuando terminó, volvió a guardarla en la funda y se la colgó del hombro.

—Te la devolveré cuando descargue las fotos —me prometió distraídamente mientras cogía el papel y la tinta y, con bastante habilidad, mojaba los flácidos dedos en la tinta y los transportaba al papel.

Después de aquello, las cosas se aceleraron. Adam ayudó al nieto de Elizaveta a introducir el cuerpo en las lujosas profundidades del maletero para su posterior eliminación. Elizaveta llevó a cabo algunos balbuceos y sacudidas para limpiar el garaje con su magia y, afortunadamente, eliminó toda evidencia que pudiera revelar la presencia de un cadáver. También se llevó la ropa de Mac.

—Shh —dijo Adam cuando Mac hizo una objeción con un gruñido—. De todos modos no eran más que harapos. En casa tengo algo de ropa que te irá bien, y mañana iremos a comprar más.

Mac se quedó mirando a Adam.

—Vienes a casa conmigo —le dijo este en un tono que ponía fin a la discusión—. No dejaré que un hombre lobo inexperto deambule solo por mi ciudad. Vendrás conmigo y aprenderás una o dos cosas y después podrás decidir si quieres quedarte o marcharte. Pero no hasta que decida que puedes controlarte por ti mismo.

Yo me voy. No es bueno que una mujer de mi edad esté levantada a estas horas —dijo Elizaveta, y dirigiéndome una avinagrada añadió—: Mercedes, si puedes evitarlo, no hagas nada estúpido durante una temporada. No me gustaría tener que volver.

Lo dijo como si viniera a poner orden cada dos por tres, pese a que aquella era la primera vez. Estaba cansada, y la sensación de mareo que había dejado en mi estómago el hecho de matar a un hombre continuaba amenazando con hacerme arrojar lo poco que quedaba en él de la cena. Tenía los nervios demasiado de punta, por lo que su mordacidad hizo que mi respuesta no fuera todo lo diplomática que debería haber sido.

—A mí tampoco me gustaría —dije con calma.

Elizaveta captó el insulto implícito, pero como mantuve los ojos bien abiertos y cristalinos, no supo decidir si lo decía en serio o no. En la lista de cosas estúpidas que se pueden llegar a hacer, insultar a una bruja ocupa uno de los primeros lugares, junto a enfurecer a un Alfa y abrazar a un hombre lobo inexperto cerca de un cadáver; y aquella noche había hecho las tres cosas. Aunque no pude evitarlo. El desafío era un hábito que había desarrollado para sobrevivir mientras crecía en el seno de una manada de hombres lobo dominantes y mayoritariamente machos. Los hombres lobo, como otros depredadores, respetan la bravuconería. Si pones demasiado empeño en no enfurecerlos, lo interpretarán como debilidad. Y las cosas débiles se convierten en presas.

Mañana repararía coches viejos y mantendría la cabeza gacha por un tiempo. Aquella noche había agotado toda mi suerte. Adam parecía estar de acuerdo porque cogió la mano de Elizaveta y se la colocó bajo el codo, atrayendo hacia él nuevamente su atención mientras la acompañaba hasta el coche. Su nieto Robert me dirigió una sonrisa cansada.

—No presiones demasiado a la babushka, Mercy —me dijo suavemente—. Le caes bien, pero eso no la detendrá si cree que no le demuestras el respeto adecuado.

—Ya lo sé —dije—. Me iré a casa a ver si unas cuantas horas de sueño contienen mi lengua antes de que me meta en problemas. —Intenté que sonara gracioso, pero solo conseguí revelar mi cansancio.

Antes de marcharse, Robert me dirigió una sonrisa de complicidad.

Algo pesado se apoyó en mi cadera y, cuando miré hacia abajo, vi a Mac. Me miraba con ojos compasivos, o eso es lo que interpreté. Adam seguía con Elizaveta, pero Mac no parecía tener problemas. Le rasqué suavemente tras su oreja erguida.

—Vamos —le dije—. Cerremos el garaje.

En aquella ocasión no me olvidé de coger el bolso.

Capítulo 4

Por fin en casa, decidí que solo existía un remedio para una noche como aquella. Mi alijo de chocolate negro había desaparecido, y me había comido la última galleta de jengibre, de modo que abrí el horno y extraje el cuenco de las mezclas. Cuando alguien llamó a mi puerta, estaba añadiendo virutas de chocolate a la masa de las galletas.

En el umbral de la puerta apareció una niña con un pelo naranja fosforito que le caía sobre los hombros en desenfrenados rizos y con el suficiente maquillaje de ojos como para proveer a un equipo completo de animadoras durante un mes. Llevaba mi cámara en la mano.

—Hola, Mercy. Papá me ha enviado para devolverte esto y para deshacerse de mí mientras soluciona un problema de la manada. —Hizo girar los ojos al tiempo que me pasaba la cámara—. Actúa como si no supiera que debo mantenerme alejada de los hombres lobo desconocidos.

—Hola, Jesse —dije mientras hacía un gesto para que pasara.

—Además —continuó mientras entraba y se limpiaba la suela de los zapatos—, este lobo era muy mono. Tenía una pequeña raya aquí... —Se pasó un dedo por la nariz—. No iba a hacerme nada. Solo estaba frotándole el ombligo cuando mi padre entró y empezó a... ah, ¡mmm!, ¡masa de galletas! ¿Puedo comer un poco?

Jesse era la hija de Adam; tenía trece años, casi catorce. La mayor parte del año vivía con su madre en Eugene, por lo que debía de estar aquí para pasar el Día de Acción de Gracias con Adam. Me pareció un poco pronto para eso, ya que Acción de Gracias no era hasta el próximo martes, pero Jesse iba a una escuela privada para chicos brillantes y excéntricos, por lo que probablemente sus vacaciones fuesen más largas que en la escuela pública.

—¿Te has teñido el pelo especialmente para tu padre? —le pregunté entregándole una cuchara con una saludable cantidad de masa.

—Por supuesto —dijo ella, y continuó hablando como si su boca no estuviera completamente llena—: Se siente mejor padre si tiene algo de que quejarse. Además —añadió con un aire de honradez—, en Eugene está de moda. En una semana o dos habrá desaparecido. Cuando me cansé de su sermón, le dije que tenía suerte de que no me hubiera puesto púas con pegamento como mi amigo Jared. Quizá lo haga las próximas vacaciones. Quedan superbien. —Intentó coger un poco más de masa con la cuchara pero le di un golpe en la mano.

—Con la misma cuchara no —le dije. Le di otra, acabé de mezclar las virutas y empecé a colocar la masa de galletas en los moldes.

—Ah, casi me olvido —dijo Jesse tras otra cucharada—, mi padre te envía la cámara con un mensaje. Es innecesariamente críptico, porque sé que me explicarás lo que significa. ¿Preparada?

Introduje el primer molde en el horno y empecé a llenar el siguiente.

—Dispara.

—Dijo: Has dado en el blanco. No te preocupes. Era un mercenario. —Jesse me apuntó con la cuchara—. Ahora explícamelo.

Supongo que tendría que haber respetado la necesidad de Adam de proteger a su hija, pero había sido él quien la había enviado.

—Esta noche he matado a un hombre. Tu padre ha descubierto quién era.

—¿De verdad? ¿Y era un asesino? Qué guay. —Dejó la cuchara en el fregadero junto a la otra, dio un saltito para sentarse en la encimera e inició una vertiginosa sesión de preguntas y respuestas—: ¿Por eso le llamaste esta noche? Se puso como loco. ¿Cómo se te ocurrió llamarle? No, espera. El hombre que mataste también era un hombre lobo, ¿verdad? Por eso papá se marchó como una exhalación. ¿Quién es el hombre lobo que trajo a casa? —Se detuvo—. ¿Tú mataste a un hombre lobo? ¿Tienes un arma?

Varias. Pero no había llevado ninguna al garaje. Aproveché su silencio para contestar a las dos últimas preguntas.

—Sí y no.

—Increíble —dijo con una amplia sonrisa—. Oye, pero ¿cómo lo hiciste?

—No lo hice a propósito —le dije reprobadoramente. Tuvo el mismo efecto que si hubiera intentado detener un maremoto con mis manos.

—Por supuesto que no —dijo ella—. A no ser que estuvieras realmente cabré... —Levanté una ceja y optó por otra palabra sin reducir el ritmo— enojada. ¿Tenías un cuchillo? ¿O lo hiciste con una palanca?

—Con los colmillos —le dije.

—Ajj... —Hizo una rápida mueca—. Qué asco. Ah, ya entiendo. ¿Quieres decir que te enfrentaste a él en forma de coyote?

La mayoría de los humanos solo conocen a los seres feéricos. Y todavía son muchos los que creen que estos no son más que una broma de mal gusto perpetrada por el Gobierno o contra el Gobierno, como se prefiera. Jesse, no obstante, como hija de un hombre lobo, por muy humana que fuera, era totalmente consciente de la existencia de lo que ella denominaba «Cosas Salvajes». En parte aquello era culpa mía. La primera vez que la conocí, poco después de que el Alfa instalara a su familia junto a mi casa, me preguntó si yo también era un licántropo, como su padre. Le conté lo que era, y no dejó de darme la lata hasta que le mostré cuál era mi aspecto cuando me transformaba. Creo recordar que tenía nueve años y ya era una apisonadora experta.

—Sí. Solo intentaba atraer su atención para que me persiguiera a mí y dejara en paz a Mac, el hombre lobo a rayas —dije pasándome el dedo por la nariz en una

imitación de su gesto—. Es un buen chico —añadí. Entonces, consciente de que debía interpretar el papel de adulto con ella para ser justo con su padre, añadí—. Pero es un novato, y no es que tenga mucho control todavía. Así que haz caso a tu padre, ¿de acuerdo? Si Mac te muerde o te hace daño, se sentirá fatal, y ya lo ha pasado bastante mal hasta ahora. —Tuve ciertas dudas. No era asunto mío, pero Jesse me caía bien—. Debes mantenerte alejada de unos cuantos lobos de tu padre.

Jesse asintió con la cabeza y dijo con seguridad:

—No me harán daño porque saben quién es mi padre. Pero te refieres a Ben, ¿no es cierto? Papá me advirtió que no me acercara a él. Le conocí ayer cuando pasó por aquí. —Arrugó la nariz—. Es un *snark*, aunque tenga ese acento británico tan guay.

No estaba muy segura de lo que era un *snark*, pero seguro que Ben encajaría en la definición.

Nos comimos las galletas a medida que iban saliendo del horno, y le di un plato rebosante y cubierto con papel de aluminio para que se lo llevara a casa. Salí al porche con ella y vi un montón de coches aparcados frente a la casa de Adam. Habría avisado a toda la manada.

—Te acompañaré a casa —le dije mientras me ponía los zapatos que dejaba en el porche para cuando el suelo estaba embarrado.

Jesse puso los ojos en blanco pero me esperó.

—En serio, Mercy, ¿qué harás si un lobo de la manada intenta molestarnos?

—Puedo gritar muy fuerte —dije—. O también puedo decidir utilizar mi técnica recién patentada y matarlo.

—Muy bien —dijo ella—. Pero te recomiendo más lo del grito. No creo que a papá le guste mucho que empieces a matar a sus lobos.

Probablemente Jesse tenía razón y a ninguno de ellos se le ocurriría ponerle la mano encima. Estaba bastante segura de que estaba en lo cierto. Pero uno de los coches aparcados era la camioneta roja de Ben. Pese a ser hija de Adam, no dejaría sola a una niña de trece años mientras Ben estuviera cerca.

Nadie salió a nuestro encuentro mientras cruzábamos el campo que había tras la casa.

—Bonito coche —murmuró Jesse al pasar junto al cadáver donante del Rabbit—. Papá te agradece sinceramente que lo tengas aquí aparcado, a su vista. Muy bien hecho. Le dije que la próxima vez que se meta contigo, lo más probable es que lo pintes con grafiti.

—Tu padre es un hombre muy perspicaz —le dije—. Me guardo la carta del grafiti para más adelante. He decidido que la próxima vez que se vuelva demasiado odioso, le quitaré tres ruedas. —Levanté la mano y la incliné, como un coche con una sola rueda.

Jesse emitió una risita tonta.

—Le pondría como loco. Tendrías que verlo cuando los cuadros están un poco torcidos. —Llegamos a la valla trasera y Jesse saltó con cuidado sobre el viejo

alambre de espino—. Si algún día decides pintarlo, ¿me dejarás ayudarte?

—Por supuesto —le prometí—. Esperaré aquí hasta que te vea entrar.

Volvió a poner los ojos en blanco, pero sonrió abiertamente y se puso a correr en dirección a la parte trasera de su porche. Esperé hasta que me despidió con la mano una vez desde la puerta trasera de Adam y desapareció en el interior.

Cuando saqué la basura antes de irme a la cama, vi que la casa de Adam seguía llena de coches. Supuse que sería una reunión larga. Agradecí no ser un licántropo.

Me di la vuelta para volver al interior y me detuve. Qué estúpida había sido. No importa lo buenos que sean tus sentidos si no prestas atención.

—Hola, Ben —le dije al hombre que estaba de pie frente a mi casa.

—Has estado chismorreando, Mercedes Thompson —dijo amablemente. Como había dicho Jesse, su acento británico era agradable. Tampoco es que fuera feo, aunque demasiado afeminado para mi gusto.

—¿Mmm? —dije.

Lanzó sus llaves al aire y las cogió con una mano, una vez, otra y otra más, sin apartar los ojos de los míos. Si hubiese gritado, Adam me habría oído, pero, como le había dicho aquella misma noche, no le pertenecía. Ya era suficientemente posesivo, muchas gracias. No creía que Ben fuera tan estúpido como para intentar hacerme algo mientras Adam estuviese cerca.

—«Quédate aquí un momento, Ben» —dijo Ben en una exagerada imitación del acento que aún conservaba Adam tras pasar buena parte de su infancia en el Sur profundo—. «Espera hasta que mi hija haya llegado a su habitación. No me gustaría exponerla a tus inclinaciones». —En la última frase renunció al acento de Adam y recuperó su agudo acento británico. Más que al Príncipe Carlos, me recordaba al Fagan de *Oliver*.

—No sé por qué piensas que tiene que ver conmigo —dije con un encogimiento de hombros—. Yo no soy el que expulsaron de la manada de Londres. Si Adam no te hubiera acogido, tendrías muchos problemas.

—Yo no era el que lo hizo —gruñó agramaticalmente. Tuve que esforzarme por no corregirle—. Y respecto a tu implicación en esto, Adam me dijo que le recomendaste que mantuviera a Jesse alejada de mí.

No recordaba haber dicho aquello, aunque es probable que lo hiciera. Me encogí de hombros. La aparición de Ben en la ciudad hacía unos meses se había visto acompañada de un vendaval de habladurías. Tras tres violaciones particularmente brutales en el barrio de Londres en el que residía, la policía había empezado a seguirle la pista. Fuera o no culpable, el Alfa de su manada pensó que lo mejor era alejarlo de la luz de los focos y se lo había enviado a Adam.

La policía no tenía pruebas que lo incriminaran, pero en cuanto se fue del país las violaciones cesaron. Lo había comprobado; internet es un invento increíble. Recuerdo

que hablé con Adam del tema y que le recomendé que vigilara a Ben, especialmente cuando se encontraba cerca de mujeres vulnerables. Estaba pensando en Jesse, pero estaba bastante segura de que no la había mencionado explícitamente.

—No te gustan las mujeres —le dije—. Eres grosero y mordaz. ¿Qué esperabas que hiciera?

—Vete a casa, Ben —dijo una voz profunda y melosa sobre mi hombro derecho. Maldita sea, era evidente que necesitaba descansar un poco. Todo el mundo conseguía sorprenderme.

—Darryl —dije mientras me daba la vuelta para mirar al segundo de Adam.

Darryl era un hombre grande, de más de metro ochenta. Su madre era china, según me había contado Jesse, y su padre un miembro de una tribu africana que la había conocido mientras estudiaba ingeniería en una universidad de los EE. UU. Las facciones de Darryl eran una mezcla interesante de las dos culturas. Parecía un hombre que se dedicara a recorrer las pasarelas o a actuar en películas, aunque tenía un doctorado en ingeniería y trabajaba en los Laboratorios del Pacífico Noroeste en algún tipo de proyecto gubernamental secreto.

Pese a que no le conocía muy bien, tenía aquel aire eminentemente respetable que en ocasiones desprenden los profesores universitarios. Prefería mucho más que fuera él quien estuviera a mi espalda, pero no me gustaba nada estar entre dos hombres lobo, independientemente de quienes fueran. Me desplacé hacia un lado hasta que mi ángulo de visión los cubrió a los dos.

—Mercy. —Inclinó la cabeza sin perder de vista a Ben—. Adam se dio cuenta de que no estabas y me ha enviado a buscarte. —Ben no respondió, por lo que añadió—: No lo jodas ahora. No es el mejor momento.

Ben apretó los labios pensativamente y después sonrió, un gesto que transformó completamente su rostro. Durante un instante, pareció tan encantador como un niño.

—No pasa nada. Solo le estaba deseando las buenas noches a una mujer hermosa. Buenas noches, encantadora Mercedes. Sueña conmigo.

Abrí la boca para hacer un comentario mordaz, pero Darryl me miró fijamente y me cortó con un gesto de la mano. Si hubiera tenido una buena respuesta, la habría dicho de todos modos, pero no la tenía, de modo que mantuve la boca cerrada.

Darryl esperó hasta que Ben empezó a marcharse, y entonces dijo bruscamente:

—Buenas noches, Mercy. Cierra las puertas con llave.

Y se dirigió hacia la casa de Adam a grandes zancadas.

Supongo que entre el lobo muerto y el deseo de Ben debería haber tenido pesadillas, pero dormí profundamente y sin sueños. Al menos ninguno que recordara.

Dormí con la radio encendida porque si no, con mi oído, lo único que consigo es ir echando cabezadas durante toda la noche. Lo he intentado con tapones, pero estos bloquean demasiado los sonidos para mi paz mental. De modo que opté por la música

a bajo volumen para aislar los sonidos habituales de la noche, confiando en que cualquier otro ruido más fuerte me despertara.

Algo me despertó por la mañana una hora antes de que sonara el despertador, pero pese a apagar la radio y escuchar con atención, lo único que oí fue el ruido ahogado de un Chevy 350 alejándose por la carretera.

Me di la vuelta con la intención de continuar durmiendo, pero Medea percibió que estaba despierta y empezó a maullar para que la dejara salir. Aunque no era muy escandalosa, era persistente. Decidí que había pasado el tiempo suficiente desde la nota de Adam para que dejarla salir no hiciera creer a este que le estaba desafiando deliberadamente. Y además conseguiría un poco de tranquilidad para aprovechar una hora más de sueño.

A regañadientes, salí del calor de la cama y me puse unos tejanos y una camiseta. Feliz tras haber conseguido levantarme, Medea me acarició las espinillas y se interpuso en mi camino mientras me tambaleaba perezosamente desde el dormitorio, cruzaba el comedor y llegaba a la puerta. Bostecé mientras daba vueltas a la cerradura, pero cuando intenté abrir la puerta, esta se resistió. Algo la bloqueaba.

Con un suspiro exasperado, apoyé el hombro contra la puerta y conseguí moverla dos o tres centímetros, lo suficiente como para permitirme reconocer el tufillo de lo que me esperaba al otro lado: la muerte.

Totalmente despierta, cerré la puerta y eché la llave. También había olido algo más, pero no quería reconocerlo. Fui corriendo hasta el dormitorio, me puse los zapatos y abrí la caja fuerte de las armas. Cogí la SIG de 9 mm y coloqué un cargador con balas de plata. Me la puse en los pantalones. Estaba fría, era incómoda y muy tranquilizadora. Aunque no lo suficiente.

De hecho, hasta entonces solo había disparado a dianas, ya que, cuando cazaba, lo hacía a cuatro patas. Mi padre adoptivo, un hombre lobo, había insistido en que aprendiera a disparar y a fabricar balas.

Si aquello era un asunto de hombres lobo, y tras la noche anterior debía asumir que así era, necesitaba un arma mayor. Cogí la Marlin.444 y la cargué para hombres lobo. Era un rifle corto, y parecía pequeño a no ser que te fijaras en el tamaño del cañón. Las balas de plata, del tamaño de una barra de pintalabios, garantizaban, como solía decir mi padre adoptivo, que incluso un hombre lobo se levantara y prestara atención. Y seguidamente le gustaba tocarse la nariz con el dedo y añadir: «O caerse al suelo y prestar atención, me entiendes, ¿verdad?». El Marlin era su arma preferida.

El rifle se erigió en una presencia confortable y reparadora cuando abrí silenciosamente la puerta trasera y salí a la noche previa al amanecer. El aire era suave y frío: respiré hondo y olí, innegable y definitivamente, a muerte.

En cuanto rodeé la esquina del tráiler vi el cuerpo en el porche delantero, frente a la puerta principal. Pese a estar boca abajo, mi olfato me dijo de quién se trataba, tal y como había hecho cuando abrí la rendija de la puerta. La persona que lo había traído

hasta allí había sido muy sigilosa, ya que solo me había despertado al marcharse con el coche. Ahora no había nadie más: solo Mac y yo.

Subí los cuatro escalones del porche y me agaché junto al chico. Mi aliento condensó el aire a mi alrededor, pero su rostro no despedía vaho alguno y su corazón no latía.

Al darle la vuelta para ponerlo de espaldas noté que su cuerpo aún estaba caliente y que había fundido el rocío de la superficie del porche donde había estado tendido. Olía a la casa de Adam: una mezcla fragante compuesta de leña y del ambientador favorito de la mujer de la limpieza de Adam. No olí nada que me diera una pista sobre quién lo había asesinado y traído hasta aquí como advertencia.

Me senté en el porche cubierto por el rocío, dejé el rifle a mi lado y le acaricié el pelo con ternura. No le conocía lo suficiente para que dejara una huella imborrable en mi corazón, pero lo poco que había visto de él me había gustado.

Un chirrido de ruedas me hizo ponerme de nuevo en pie con el rifle preparado. Un SUV oscuro se alejó de la casa de Adam como si lo persiguiera el mismo diablo. La débil luz del amanecer no me permitió vislumbrar el color del vehículo: negro o azul oscuro o incluso verde. Puede que fuera el mismo que el de los villanos de la pasada noche, aunque los coches recientes con un diseño similar me parecen todos iguales.

No sé por qué tardé tanto en darme cuenta de que el cadáver de Mac en mi porche significaba que algo malo había ocurrido en casa de Adam. Abandoné al muerto con la esperanza de ayudar a los vivos y atravesé a la carrera el campo que se extendía tras mi casa con el rifle bajo el brazo.

La casa de Adam estaba encendida como un árbol de Navidad. A no ser que tuviera compañía, normalmente estaba más oscura. Los hombres lobo, como los caminantes, se mueven muy bien en la oscuridad.

Cuando llegué a la valla que dividía nuestras propiedades, separé el rifle de mi cuerpo y salté el alambre de espinos con una mano en el poste. Hasta ese momento había llevado el Marlin sin amortillar, pero en cuanto crucé la valla, la dejé a punto para disparar.

Habría optado por la puerta de atrás si no se hubiese producido un tremendo estrépito procedente de la principal. Cambié de objetivo y rodeé la casa justo en el momento en el que el sofá salía volando por la ventana del salón, aterrizaba en el parterre de flores que rodeaba el porche y quedaba suspendido sobre la barandilla.

Exceptuando al hombre lobo que había matado la noche anterior, a los licántropos se les enseña a luchar en silencio. Es una cuestión de supervivencia. Oí los gruñidos a través de la ventana rota y la puerta principal, la cual colgaba de sus bisagras.

Mientras corría, y para envalentonarme, susurré las maldiciones que normalmente reservo para los pernos oxidados y los productos que no coinciden con el anuncio. *Dios bendito*, recé con sinceridad mientras subía rápidamente las escaleras del porche, *no permitas que les haya pasado nada permanente ni a Adam ni a Jesse*.

Cuando crucé el umbral me detuve dubitativa con el corazón en la boca y el Marlin listo. Estaba jadeando, tanto por la excitación como por el esfuerzo, y el ruido interfería en mis sentidos.

La mayor parte de la destrucción parecía concentrarse en la sala de estar de altos techos junto a la entrada. La alfombra blanca berebere no volvería a ser la misma. Una de las sillas del comedor había quedado hecha pedazos al estrellarse contra una pared, y esta también mostraba las señales de la lucha: el suelo estaba cubierto de yeso desprendido.

La mayor parte del vidrio de la ventana había ido a parar al exterior, al porche; el que había sobre la alfombra era de un espejo descolgado de la pared y arrojado sobre la cabeza de alguien.

La mujer lobo aún estaba allí, con un fragmento de vidrio clavado en la espina dorsal. No la conocía. No era una de las lobas de Adam porque en su manada solo había tres hembras, y las conocía a todas. Estaba gravemente herida, por lo que por el momento no representaba un peligro. La ignoré.

Encontré a otro hombre lobo bajo el diván. (Disfrutaba burlándome de Adam sobre su diván: ¿Cuántas mujeres esperas que se desmayen en tu sala de estar, Adam?). Tendría que comprarse uno nuevo. El asiento estaba roto y las astillas de madera asomaban a través de la tela afelpada. El segundo hombre lobo yacía en el suelo, boca abajo. Tenía la cabeza torcida hacia atrás, y sus ojos sin vida me observaban, acusadores.

Pasé por encima de unas esposas con los brazaletes torcidos y rotos. No eran ni de metal ni de aluminio, sino de algún tipo de aleación de plata. O estaban diseñadas específicamente para contener a un hombre lobo o eran un objeto exclusivo de un *sex shop*. Debían de haberlas utilizado con Adam, ya que este nunca habría traído a su casa mientras Jesse estuviera allí a un lobo al que tuviera que esposar.

Los ruidos de la lucha procedían ahora de la otra punta de la sala de estar, en la parte de atrás de la casa. Corrí pegada a la pared, el vidrio crujiendo bajo mis pies, y me detuve justo donde terminaba el comedor mientras la madera crujía y el suelo vibraba.

Asomé la cabeza con cautela, aunque no tendría que haberme preocupado de hacerlo. Los hombres lobo estaban tan concentrados en la lucha que no repararon en mi presencia.

El comedor de Adam era grande y se abría a un patio en el que crecían varios rosales. El suelo era de parqué de roble auténtico. Su exmujer había comprado una mesa para quince personas a juego con el suelo. Aquella mesa estaba ahora de patas arriba e incrustada en la pared del fondo a más de un metro del suelo. La parte frontal del armario para la vajilla estaba rota, como si alguien hubiese lanzado sobre él algo pesado y grande. Como resultado de la destrucción, los hombres lobo disponían de una amplia zona despejada para luchar.

Lo único que pude hacer al verlos fue contener el aliento ante la rapidez y elegancia de sus movimientos. Pese a su tamaño, los hombres lobo se parecen más a su elegante primo el lobo salvaje que al mastín o al San Bernardo, que se acercan más a su peso.

Cuando los licántropos corren, se mueven con una elegancia mortal y silenciosa. Pero su constitución no está diseñada para correr, sino para luchar, y desprenden una belleza letal que solo aparece en la batalla.

Solo había visto a Adam en su forma de lobo cuatro o cinco veces, pero era algo que no se olvida fácilmente. Su cuerpo era gris oscuro, casi azul, con una base de pelaje más clara. Como ocurre con los gatos siameses, su hocico, orejas, cola y piernas se oscurecían progresivamente hasta el negro.

El lobo con el que combatía era mayor, y su pelaje *beige* grisáceo era más habitual en coyotes que en lobos. No le conocía.

Al principio, la diferencia de tamaño no me preocupó demasiado. No llegas a ser un Alfa sin saber luchar, y Adam había sido un guerrero incluso antes de la Transformación. Entonces me di cuenta de que casi toda la sangre del suelo procedía del estómago de Adam y que el destello blanco en su costado era una costilla.

Me desplacé para obtener mejor posición de tiro y levanté el rifle, apuntando al hombre lobo desconocido y esperando el momento para dispararle sin alcanzar a Adam.

El lobo *beige* agarró a Adam por la nuca y lo agitó como un perro matando a una serpiente. Pretendía partirle el cuello, pero el otro lobo no lo aferraba con la suficiente firmeza, así que lo único que consiguió fue lanzarlo contra la mesa del comedor, hacer que todo aquel desorden cayera al suelo con estrépito y brindarme la oportunidad que estaba esperando.

Le disparé en la parte de atrás de la cabeza a menos de dos metros de distancia. Tal y como me había enseñado mi padre adoptivo, lo hice en un ángulo ligeramente descendente para impedir que la bala del Marlin le atravesara y fuera a alojarse en el cuerpo de cualquier persona que se encontrara en el lugar equivocado en una distancia de unos cuatrocientos metros.

El Marlin.444 no estaba diseñado para la autodefensa doméstica, sino para matar a osos pardos y, en una o dos ocasiones, a elefantes. Exactamente lo que el médico recomienda para los hombres lobo. Un disparo a quemarropa y estaba muerto. Me acerqué y volví a disparar, por si acaso.

Normalmente no soy una persona violenta, pero me sentí bien tras apretar el gatillo. Calmó la creciente rabia que sentía desde que me había arrodillado en el porche junto al cuerpo de Mac.

Miré a Adam, estirado en medio de su mesa de comedor, pero no se movió, ni siquiera para abrir los ojos. Su elegante hocico estaba cubierto de sangre y su pelaje grisáceo lleno de manchas oscuras, lo que impedía reconocer el alcance real de las heridas. Aunque lo que pude ver me dijo que estaba muy malherido.

Alguien se había tomado muy en serio el trabajo de destriparlo: los pálidos intestinos y los huesos blanquecinos asomaban donde la piel se había separado de las costillas.

Puede que aún esté vivo, me dije. Todavía notaba un zumbido en mis oídos, continuaba respirando demasiado deprisa y el corazón me latía demasiado rápido y demasiado fuerte, lo que tal vez me impedía oír los latidos de su corazón o su respiración. Jamás había visto a un hombre lobo recuperarse de heridas como aquellas. Eran mucho peores que las que habían acabado con los otros dos hombres lobo o con el que había matado la noche anterior.

Volví a quitar la bala del cargador y rodeé los restos de la mesa para tocar el hocico de Adam. No pude decidir si continuaba respirando o no.

Necesitaba ayuda.

Corrí hasta la cocina, donde Adam, en perfecta armonía con su carácter, guardaba una lista de nombres y números en el mueble bajo el teléfono. Recorrí la lista con el dedo hasta dar con el nombre de Darryl junto a los números de su trabajo, casa y busca en letras mayúsculas negras. Dejé el arma donde podía volver a cogerla rápidamente y marqué primero el número de su casa.

—Has llamado a casa del Dr. Darryl Zao. Puedes dejar un mensaje en el contestador o llamar a su busca al 543... —La grave voz de Darryl sonaba íntima pese a lo impersonal del mensaje.

Colgué y lo intenté con el número del trabajo, pero tampoco lo encontré allí. Empecé a marcar el número de su busca, pero, mientras intentaba dar con él, había empezado a pensar en nuestro encuentro de la pasada noche.

No es el mejor momento, le había dicho a Ben. En aquel momento no le había dado mucha importancia, pero ¿había dado a su voz un énfasis especial? ¿Se había referido, como había supuesto, a todo el esfuerzo que había hecho Ben para comportarse adecuadamente tras su expulsión de Londres? ¿O se había referido a algo más específico, como, por ejemplo, ahora no, tenemos asuntos más importantes a los que enfrentarnos? Asuntos más importantes como matar al Alfa.

En Europa, el asesinato era el método más habitual para que la manada cambiara de manos. El Alfa mayor gobernaba hasta que uno de los machos dominantes, más joven y hambriento, decidía que el viejo se había vuelto débil y lo atacaba. Sabía de la existencia de, como mínimo, un Alfa europeo que había matado a todos los machos que habían mostrado señales de ser dominantes.

En el Nuevo Mundo, gracias al puño de hierro del Marrok, las cosas eran un poco más civilizadas. El liderazgo normalmente se imponía desde arriba, y nadie cuestionaba las decisiones del Marrok, por lo menos desde que le conocía. Pero ¿podría alguien entrar en casa de Adam y causar toda aquella destrucción sin ayuda de alguno de su manada?

Colgué el teléfono y me quedé mirando la lista de nombres. No me atrevía a llamar a ninguno de ellos para pedirle ayuda hasta saber algo más de lo que estaba

ocurriendo. Bajé la mirada y me fijé en una fotografía con un marco de madera que había junto a la lista.

Una Jesse más pequeña me sonreía con un bate de béisbol sobre el hombro y una gorra ligeramente inclinada.

Jesse.

Cogí el rifle al vuelo y subí las escaleras de dos en dos hasta su habitación. No estaba, aunque no pude decidir si se había producido una pelea en ella o no, ya que Jesse solía vivir en un tumulto que se reflejaba en el modo en que mantenía su habitación.

En forma de coyote mis sentidos son más agudos, de modo que oculté las dos armas bajo la cama, me quité la ropa y me transformé.

El olor de Jesse estaba por toda la habitación, pero también percibí la pista del humano que se había enfrentado a Mac en el garaje la noche anterior. Seguí el rastro de su olor escaleras abajo porque el de Jesse era demasiado intenso como para distinguir alguna pista.

Estaba a punto de salir por la puerta cuando un sonido me detuvo en seco. Abandoné temporalmente el rastro para investigar su procedencia. Al principio pensé que sería simplemente un elemento del mobiliario que se habría recolocado, pero entonces me di cuenta de que Adam movía la pata delantera izquierda.

En cuanto vi aquello, descubrí que también oía el casi imperceptible sonido de su respiración. Quizá fueran los sentidos más agudos del coyote, pero hubiera jurado que antes no respiraba. Si estaba vivo, existían muchas probabilidades de que saliera de aquella. Los hombres lobo son fuertes.

Aullé de felicidad, trepé por encima de los restos de la mesa y le lamí el rostro ensangrentado antes de continuar buscando a su hija.

La casa de Adam está situada al final de una carretera sin salida y justo enfrente hay una rotonda. El SUV que había visto marcharse —seguramente con Jesse— había dejado un rastro corto de goma quemada, aunque la mayoría de coches tienen un olor poco definido cuando son nuevos. Aquel había dejado poco para permitirme seguir su pista, ya que el penetrante olor de goma quemada se iba desvaneciendo progresivamente.

Me quedé sin rastro que seguir. No podía hacer nada por Jesse, ni tampoco por Mac. Volví a concentrarme en Adam.

El hecho de que siguiera con vida significaba que no podía contactar con la manada; estaba demasiado indefenso. Si alguno de los dominantes tenía esperanzas de convertirse en Alfa, lo mataría. Tampoco podía llevarlo a mi casa. En primer lugar, porque en cuanto descubrieran que había desaparecido, sería el primer lugar donde buscarían. Y segundo, un hombre lobo herido era peligroso tanto para sí mismo como para todos aquellos a su alrededor. Aunque hubiera podido confiar en sus lobos, no existía ningún dominante en la Manada de la Cuenca del Columbia lo

suficientemente fuerte como para mantener bajo control al lobo de Adam hasta que este se recuperara lo suficiente para controlarlo por sí mismo.

Aunque sabía dónde encontrar a uno.

Capítulo 5

Una Vanagon^[3] se parece básicamente a un fosquito con ruedas: un fosquito de cuatro metros y medio de largo y metro ochenta de ancho con la misma aerodinámica que la puerta de un granero. Durante los doce años que la Volkswagen la importó a los EE. UU., no la equiparon con nada más potente que el motor de cuatro cilindros *wasserboxer*. La mía, de 1989, con un motor de 180 kilos y tracción a las cuatro ruedas, disponía de unos fabulosos noventa caballos.

En otras palabras, circulaba por la interestatal con un cadáver y un hombre lobo herido a noventa kilómetros por hora. En bajada y con viento de cola, la furgoneta podía alcanzar los ciento veinte. En subida, debía contentarme con llegar a los ochenta. Podría haberla forzado un poco más, pero lo más probable es que acabara rompiendo el motor definitivamente. Por alguna razón, la idea de quedarme tirada en la carretera con mi actual cargamento fue suficiente para mantener el pie alejado del acelerador.

La autopista se extendía ante mí en una serie de suaves curvas prácticamente sin tráfico y con escasas vistas interesantes, a no ser que alguien sienta una especial debilidad por los matorrales del desierto, lo que no es mi caso. No quería pensar en Mac, ni tampoco en Jesse, asustada y sola, y menos en Adam, quien podría estar muriéndose porque había decidido llevármelo en lugar de avisar a su manada. De modo que saqué el móvil.

Primero llamé a mis vecinos. Dennis Cather era un fontanero jubilado y su mujer, Anna, una enfermera también jubilada. Se habían mudado hacía dos años y me adoptaron después de arreglarles el tractor.

—Sí. —La voz de Anna sonaba tan normal después de todo lo que había pasado aquella mañana que tuve que detenerme brevemente antes de contestar.

—Siento llamar tan pronto —le dije—. Pero he tenido que marcharme por una emergencia familiar. No creo que tarde mucho en volver, pero no me ha dado tiempo de comprobar si Medea tenía agua y comida.

—No te preocupes, cariño —dijo—. Cuidaremos de ella. Espero que no sea nada grave.

No pude evitar echar una ojeada a Adam a través del retrovisor interior. Aún respiraba.

—Es grave. Uno de mis familiares adoptivos está herido.

—Tú haz lo que tengas que hacer —dijo rápidamente—. Nosotros nos ocuparemos del resto.

No fue hasta que hube cortado la conexión cuando pensé que, tal vez, los acababa de implicar en algo peligroso. Alguien había dejado a Mac frente a mi puerta por un

motivo: como advertencia para que mantuviera alejado el hocico de sus asuntos. Y era bastante probable que en aquellos momentos estuviera metiendo toda la cabeza.

Estaba haciendo todo lo que estaba en mi mano para ayudar a Adam. Se me ocurrió algo que podía hacer por Jesse. Llamé a Zee.

Siebold Adelbertsmiter, Zee para los amigos, me había enseñado todo lo que sabía sobre coches. La mayoría de duendes son muy sensibles al hierro, pero Zee era un Metallzauber, una categoría bastante amplia que incluye a todos los seres feéricos capaces de manipular dicho metal. Zee prefería el término moderno acuñado en América, «gremlin», ya que creía que se adaptaba mejor a su talento. No le llamaba por su talento, sino por sus contactos.

—*Ja* —dijo una áspera voz masculina.

—Hola, Zee. Soy Mercy. Tengo que pedirte un favor.

—*Ja* claro, *Liebling* —dijo él—. ¿Qué ocurre?

Me entraron dudas. Incluso después de tanto tiempo, resultaba difícil incumplir la regla de mantener ocultos los asuntos de la manada, pero Zee conocía a toda la comunidad feérica.

Le conté todo lo que había ocurrido hasta entonces lo mejor que pude.

—¿De modo que crees que ese chico lobo tuyo es quien trajo todos los problemas? ¿Y entonces por qué se han llevado a nuestra *kleine* Jesse?

—No lo sé —le dije—. Confío en que cuando Adam se recupere me cuente algo más.

—¿Así que me pides que averigüe si alguien conocido ha visto a esos lobos desconocidos con la esperanza de encontrar a Jesse?

—Había, como mínimo, cuatro hombres lobo rondando por Tri-Cities. Es probable que algún feérico los haya visto. —Como Tri-Cities se encontraba muy cerca de la Reserva Feérica Walla Walla, la población de feéricos que residía allí era muy superior a la media.

—*Ja* —confirmó Zee gravemente—. Es cierto. Preguntaré por ahí. Jesse es una buena chica; no debería estar en manos de esos tipos más de lo necesario.

—Si te pasas por el garaje, ¿te importaría colgar una nota en la puerta? —le pregunté—. Bajo el mostrador de la oficina hay un cartel de «Cerrado por vacaciones».

—¿Crees que vendrán a por mí si te sustituyo en el garaje? —me preguntó. Zee solía encargarse del garaje cuando yo tenía que marcharme de la ciudad—. Puede que tengas razón. *Ja, gut*. Abriré el garaje hoy y mañana.

A pesar de que hacía mucho tiempo que ya no se cantaba a Siebold Adelbertsmiter del Bosque Negro, tanto que ya nadie recordaba aquellas canciones, en su interior aún residía algo del espíritu del *Heldenlieder*, las antiguas canciones heroicas alemanas.

—Un hombre lobo no necesita una espada ni un arma para hacerte pedazos —le dije. Me sentía mal por dejarlo solo, aunque también sabía que no era muy

recomendable discutir con el viejo gremlin cuando ya había tomado una decisión—. Tu magia de herrero no te serviría de mucho.

—No te preocupes por mí, *Liebling* —dijo tras un resoplido—. Ya mataba a hombres lobo cuando este país no era más que una colonia vikinga. —Muchos feéricos menores solían hablar sobre lo viejos que eran, pero Zee me había dicho que la mayoría de ellos tenían una esperanza de vida similar a la de los humanos. Zee era mucho mayor que eso.

Me di por vencida con un suspiro.

—De acuerdo. Pero ten cuidado. Ya que vas a estar allí, ¿podrías comprobar las piezas que van a llegar? Es la primera vez que las pido a este proveedor. El habitual las tenía agotadas.

—*Ja wohl*. Yo me ocupo.

La siguiente llamada que hice fue al contestador de Stefan.

—Hola, Stefan —le dije—. Soy Mercy. Estoy camino de Montana y no sé cuándo volveré. Seguramente la semana que viene. Te llamaré cuando llegue. —Dudé brevemente, pero no había ningún otro modo de decirle aquello—. He tenido que trasladar un cadáver en tu furgoneta. Está bien, Elizaveta Arkadyevna se ha encargado de limpiarla. Te lo explicaré cuando vuelva.

Mencionar a Elizaveta me hizo pensar en otra cosa de la que debía ocuparme. La casa de Adam se encontraba al final de la carretera, pero era visible desde el río. Si no se ponía orden rápidamente, alguien vería que el sofá estaba sobre el parterre de flores y llamaría a la policía.

Tenía su número en el móvil, aunque aún no había tenido ocasión de utilizarlo. Saltó el contestador y le dejé un mensaje en el que le decía que la casa de Adam estaba patas arriba, que había encontrado un cadáver en mi porche, que Jesse había desaparecido y que llevaba a Adam, que estaba herido, a un lugar seguro. Cuando terminé, cerré el teléfono y lo guardé. No sabía lo que habría ocurrido en casa de Adam, pero aquello no me impedía sentirme culpable y responsable. Si la pasada noche no hubiera intervenido cuando los dos matones vinieron a llevarse a Mac, ¿seguiría todo el mundo con vida? Si hubiese enviado a Mac a Montana, con el Marrok, en lugar de permitir que Adam se lo llevara, ¿podría haber evitado todo aquello?

No se me había ocurrido en ningún momento la posibilidad de enviar a Mac con el Marrok. No me había puesto en contacto con Bran desde que este me separó de la manada, y él me había devuelto el favor. Eché un vistazo a la parte de atrás de la furgoneta, a la lona azul que cubría el cuerpo de Mac. Bueno, ahora se lo estaba llevando.

Me di cuenta de que estaba pensando en la tímida sonrisa de Mac cuando le había dicho mi nombre. Me sequé las mejillas y parpadeé furiosamente para contener las lágrimas, aunque fue inútil. Lloré por él, por sus padres y su hermano, quienes ni

siquiera sabían que estaba muerto. Seguramente estarían sentados junto al teléfono, esperando su llamada.

En el último tramo de bajada antes de llegar a Spokane, las preocupaciones más acuciantes me obligaron a dejar de lado el dolor y la culpabilidad: Adam se estaba despertando. La inquietud por una recuperación tan rápida sepultó instantáneamente el temor a su posible muerte.

Aún me quedaban por delante más de trescientos kilómetros, durante la mayoría de los cuales circularía a treinta y cinco kilómetros por hora a través de serpenteantes carreteras de montaña que cruzaban multitud de pequeños pueblos. Los mapas definían los últimos cien kilómetros de vía como «otra», en oposición a autopista o carretera. Si no recordaba mal, la mayor parte era de gravilla, por lo que tardaría en recorrerla otras cuatro horas.

Los lobos dominantes se curan más rápido que los sumisos, por lo que, según mis estimaciones aproximadas, Adam tardaría unos dos días en volver a tener control sobre su lobo, lo que le daba un gran margen para crear problemas. Necesitaba a Bran antes de que Adam recuperara la movilidad, y, si ya estaba despertando, iba a necesitar toda la suerte del mundo para conseguir llegar a tiempo.

Cuando llegué a Coeur d'Alene, donde debía cambiar de la interestatal a la autopista, me detuve para llenar el depósito y para comprar treinta hamburguesas de queso en el primer establecimiento de comida rápida que encontré. La sorprendida adolescente que me pasó las bolsas a través de la ventanilla me miró con curiosidad. No le expliqué nada, y las cortinas de la furgoneta le impedían ver a mis pasajeros.

Me detuve en el aparcamiento del restaurante, cogí dos bolsas, pasé por encima de Mac y empecé a separar los panecillos de la carne. Adam estaba demasiado débil y lo único que pudo hacer fue gruñirme y engullir la carne cubierta de queso y kétchup tan rápido como me daba tiempo a lanzársela. Se comió veinte hamburguesas antes de desplomarse y volver a su anterior estado comatoso.

Los primeros copos de nieve empezaron a caer en cuanto me incorporé en la autopista en dirección norte.

Entré en Troy, Montana, maldiciendo la intensa nevada que me había impedido distinguir la señal de la salida varios kilómetros atrás. Volví a llenar el depósito, pregunté por la dirección que debía seguir, puse las cadenas y regresé por donde había venido.

La nieve caía con tanta fuerza que los quitanieves no daban abasto. Las roderas de los vehículos que me precedían se cubrían rápidamente.

Con las indicaciones del dependiente de la gasolinera frescas en mi mente, reduje la velocidad al volver a cruzar el río Yaak, un río relativamente pequeño comparado con el Kootenai, junto al que había estado circulando durante las últimas horas.

Observé atentamente el borde de la carretera, y gracias a Dios que lo hice. La pequeña señal verde que indicaba la salida estaba parcialmente cubierta de nieve.

La carretera ascendía con la marca de unas únicas roderas, las cuales desembocaban en un camino más estrecho y, poco después, me encontré circulando por una carretera que se abría entre los árboles. Por suerte, estos eran suficientemente densos como para indicarme el camino sin problemas.

La carretera serpenteaba a través del valle del río, y agradecí disponer de tracción a las cuatro ruedas. Una pareja de ciervos aparecieron súbitamente frente a la furgoneta. Me observaron irritados y desaparecieron al trote.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había recorrido aquella zona; por entonces, no tenía ni carné de conducir. La carretera me resultaba poco familiar y empecé a pensar que me había saltado el desvío. Entonces se dividió, una mitad perfectamente señalizada y la otra, por la que circulaba, con la anchura mínima para que cupiera la furgoneta.

—Bueno —le dije a Adam, que no dejaba de gimotear—, si acabamos en Canadá y aún no me has comido, supongo que podemos dar la vuelta, regresar e intentarlo de nuevo.

Estaba a punto de decidir que aquello era exactamente lo que tendría que hacer cuando, al final de una cuesta prolongada, me topé con una señal de madera hecha a mano. Detuve la furgoneta.

Aspen Creek, rezaba la señal en una escritura elegante tallada y pintada de blanco sobre un fondo marrón oscuro, *37 kilómetros*. Mientras giraba el volante para seguir la dirección de la flecha, me pregunté la razón por la que Bran habría permitido que alguien colocara aquella señal. Tal vez se había cansado de enviar a guías, aunque la última vez que estuve allí se había mostrado inflexible en lo relativo a llamar mucho la atención.

No sé por qué esperaba que todo siguiera igual. Después de todo, yo había cambiado mucho desde que me marché de allí. Tendría que haber esperado que *Aspen Creek* también lo hubiera hecho. Aunque no tenía que gustarme.

Es probable que los no iniciados pensarán que en *Aspen Creek* tan solo había cuatro edificios: la gasolinera/oficina de correos, la escuela, la iglesia y el motel. Nunca verían las casas ocultas en la parte alta de la montaña o bajo los árboles. Delante de la gasolinera había un par de coches aparcados, pero, aparte de eso, el pueblo parecía desierto. Aunque yo lo conocía bien. Siempre había alguien observando, aunque no me dirían nada a menos que hiciese algo inusual. Como, por ejemplo, sacar a un hombre lobo herido de la furgoneta.

Me detuve frente al motel, justo bajo el letrero de *Aspen Creek Motel*, el cual compartía más de una similitud con la señal que indicaba la dirección del pueblo. El viejo motel estaba construido como la mayoría de moteles de carretera de mediados

del siglo pasado: un edificio largo, estrecho y sin florituras diseñado para que los clientes pudieran aparcar su vehículo frente a la puerta de su habitación.

Aunque no había nadie en la oficina, la puerta estaba abierta. Lo habían reformado desde la última vez que había estado allí, y el resultado transmitía un agradable encanto rústico, mucho mejor que el anterior diseño hortera y deslucido de los años 50.

Salté sobre el mostrador y cogí la llave marcada con el número 1, la que abría la habitación de seguridad del Marrok, diseñada especialmente para contener a hombres lobo poco cooperativos.

Encontré una hoja de papel y un bolígrafo y escribí: *Herido en #1. Por favor no molestar*. Dejé la nota sobre el mostrador, donde pudiera verla todo el mundo, regresé a la furgoneta y la aparqué frente a la habitación. Sacar a Adam de la furgoneta iba a ser complicado. Cuando lo había metido en ella, por lo menos estaba inconsciente. Abrí la puerta de la habitación del motel, de metal reforzado, y eché un vistazo al interior. El mobiliario era nuevo, aunque escaso, solo una cama y una mesita de noche, ambas clavadas al suelo. Nada que pudiera ayudarme a trasladar a un hombre lobo con el doble de mi peso sin acabar los dos heridos. Al contrario que en casa de Adam, allí no había porche, lo que implicaba una caída de aproximadamente un metro desde la parte trasera de la furgoneta al suelo.

Finalmente decidí que sería mejor pedir ayuda que empeorar el estado de Adam. Regresé a la oficina y descolgué el teléfono. No había marcado el número de Sam desde que me marché de allí, pero hay ciertas cosas que llevamos demasiado arraigadas. Pese a que él era la razón por la que me había ido, fue el primero en quien pensé al necesitar ayuda.

—Hola —contestó una voz femenina que me resultó completamente desconocida.

Me quedé sin habla. Hasta escuchar la voz de otra persona no me di cuenta de hasta qué punto me había preparado para oír a Samuel.

—¿Marlie? ¿Ocurre algo en el motel? ¿Quieres que envíe a Cari? —Debe tener identificación de llamada, pensé estúpidamente.

Aunque su voz sonaba desesperada, una oleada de alivio me recorrió el cuerpo cuando finalmente la reconocí. No sabía por qué Lisa Stoval había contestado a aquel número, pero la mención a Cari y la súbita tensión de su voz me dieron la pista que necesitaba. Supuse que mi desconcierto se debía a que nunca me había hablado en un tono tan alegre.

Puede que ciertas cosas hubiesen cambiado, pero otras simplemente las había olvidado. Pese a que Aspen Creek tenía una población de unos quinientos habitantes, de los cuales solo setenta eran hombres lobo, en pocas ocasiones me detenía a pensar en la mayoría humana. Lisa y su marido Cari eran ambos humanos. Como Marlie, por lo menos desde que me fui. Aunque por entonces solo tenía seis años.

—No sé dónde está Marlie —le dije—. Soy Mercedes, Mercedes Thompson. No hay nadie en la oficina del motel. Te agradecería sinceramente si pudieras enviar a

Cari o decirme a quién más podría llamar. Tengo al Alfa de la Manada de la Cuenca del Columbia en mi furgoneta. Está gravemente herido y necesito ayuda para meterlo en la habitación del motel. Y sería fabuloso si pudieras decirme cómo contactar con Bran.

Bran no tenía teléfono en casa, o al menos no lo tenía cuando me marché. Lo que sí sabía es que ahora tenía móvil.

Lisa, como la mayoría de mujeres de Aspen Creek, no me tenía mucho aprecio. Pero no era una de esas personas que dejan que un pequeño detalle como aquel le impida hacer lo correcto.

—Bran y algunos otros han llevado a los nuevos lobos a su primera caza. Probablemente Marlie esté escondida en algún lugar, llorando. Su hermano Lee fue uno de los que intentó la Transformación. No lo consiguió.

Lo había olvidado. ¿Cómo podía haberlo olvidado? En la última luna llena de octubre se permite a todos los que lo desean intentar convertirse en hombres lobo. En una ceremonia formal, son atacados por Bran, o por cualquier otro lobo que los aprecie, con la esperanza de provocar su Transformación. Muchos no lo conseguían. Recordé la tensión en el pueblo durante el mes de octubre y la tristeza de noviembre. Acción de Gracias tenía un significado muy distinto para los habitantes de Aspen Creek que para el resto de los norteamericanos.

—Lo siento —dije inoportunamente y sintiéndome incapaz de afrontar la muerte de otra persona joven. Recordaba a Lee—. Era un buen chico.

—Enviaré a Cari —dijo Lisa tajante, negándome el derecho a la aflicción o la compasión. Colgó sin despedirse.

Mientras esperaba en la furgoneta a que apareciera alguien, intenté no pensar demasiado, ni mirar en dirección a la lona que cubría el cuerpo de Mac. Aproveché para alimentar a Adam con las hamburguesas que quedaban. Estaban frías y duras, pero al lobo no pareció importarle. Cuando terminó, cerró los ojos y continuó ignorándose.

Cari tardó bastante en aparecer, y cuando lo hizo, aparcó su deteriorado Jeep junto a mi furgoneta y se aproximó. Era un hombre grande y siempre había sido más una persona de acción que de palabras. Me abrazó y me dio unos golpecitos en la espalda.

—No pongas esa cara, Mercy —dijo y, a continuación, se rio ante la expresión de sorpresa de mi rostro y me alborotó el pelo. No recordaba que le gustara hacer aquello, ni el afecto natural que mostraba con todo el mundo, incluso con Bran—. Lisa dice que tienes a Adam aquí y que está malherido, ¿es cierto?

Por supuesto que sabía quién era el Alfa de la Manada del Columbia. La manada de Adam era la más próxima a Aspen Creek.

Asentí con la cabeza y abrí la puerta trasera de la furgoneta para que viera a lo que nos enfrentábamos. Adam tenía mejor aspecto que cuando lo metí en la furgoneta, pero la mejoría tampoco era muy evidente. Ya no se veían las costillas

asomando en su costado, pero tenía todo el pelo manchado de sangre y cubierto de heridas.

Cari silbó a través de los dientes y lo único que dijo fue:

—Tendremos que sujetarle las mandíbulas antes de sacarlo. En el Jeep tengo algo que puede servirnos.

Regresó con un rollo de venda y le inmovilizamos el hocico con ella. El lobo abrió los ojos una vez, pero no se debatió.

Nos costó multitud de gruñidos, algunas maldiciones y un poco de sudor, pero finalmente conseguimos sacar a Adam de la furgoneta e introducirlo en la habitación. Una vez lo tuvimos sobre la cama, obligué a Cari a retroceder antes de extraer la venda y liberarlo. Pese a hacerlo con rapidez, Adam me arañó en el antebrazo con un colmillo y empecé a sangrar. Salté hacia atrás al tiempo que él se giraba e intentaba ponerse en pie, dispuesto a defenderse contra el dolor que le habíamos causado.

—Sal de ahí —dijo Cari mientras mantenía la puerta abierta.

Le hice caso y cerramos la puerta rápidamente. Cari la sujetó mientras yo aseguraba el cerrojo con llave. Al contrario que la mayoría de las puertas de motel, aquel cerrojo funcionaba con llave desde ambos lados, precisamente para situaciones como aquella. Las ventanas tenían barrotes y las rejillas de ventilación estaban selladas. Dependiendo de la ocasión, la número uno servía tanto de celda como de hospital; a veces para ambas cosas.

Adam estaba a salvo; por ahora. En cuanto recuperara algo las fuerzas, las cosas aún podían volverse problemáticas a menos que diera con Bran.

—¿Sabes adónde se ha llevado Bran a los nuevos lobos? —le pregunté mientras cerraba la puerta trasera de la furgoneta. Cari no me había preguntado nada acerca de Mac, aunque tampoco tenía olfato de lobo para saber lo que se ocultaba bajo la lona, por lo que decidí que podría acompañarme un rato más. Bran decidiría qué hacer con el cuerpo.

—No es buena idea que vayas tras él, Mercy —dijo Cari—. Es demasiado peligroso. ¿Por qué no vienes a casa conmigo? Puedes comer algo mientras esperamos.

—¿Cuántos lobos quedan en el pueblo? —le pregunté—. ¿Hay alguien que pueda hacer frente al lobo de Adam?

Aquel era el inconveniente de ser un lobo dominante. Si perdías la cabeza, arrastrabas contigo a todos los que eran menos dominantes que tú.

Cari dudó.

—Adam está aún muy débil y Bran regresará esta noche.

Algo golpeó la puerta y ambos nos sobresaltamos.

—Se los ha llevado al Cañón de los Amantes —me dijo Cari aceptando lo obvio—. Ten cuidado.

—Bran controlará a los nuevos lobos —le dije—. Estaré bien.

—No me preocupan ellos. Dejaste enemigos aquí, querida.

Sonreí débilmente.

—No puedo negar lo que soy. Si son mis enemigos, yo no los elegí.

—Lo sé. Pero, si pueden, te matarán.

Los amantes eran un par de árboles que habían crecido enroscados uno alrededor del otro en un lugar próximo a la entrada de un pequeño cañón a unos quince kilómetros al norte del pueblo. Aparqué junto a un par de Land Rovers clásicos, un Chevy Tahoe prácticamente nuevo y un HumVee, la versión cara. Charles, el hijo de Bran, era un genio de las finanzas, por lo que la manada del Marrok nunca tendría que mendigar por las esquinas. Cuando me marché de aquí, tenía diez mil dólares en mi cuenta, el resultado de las inversiones que Charles llevó a cabo con mi salario mínimo.

Me quité la ropa dentro de la furgoneta, bajé para hundirme en la nieve hasta las rodillas y cerré la puerta detrás de mí. Hacía mucho más frío en las montañas que en Troy, y la nieve había formado una capa dura de cristales de hielo que se clavaban en mis pies desnudos.

Me transformé lo más rápido que pude. Hubiera resultado más seguro acercarse en forma humana, pero no disponía de la ropa adecuada para una caminata invernal en Montana. Aunque no estoy muy segura de que exista la ropa adecuada para una caminata invernal en Montana. En forma de coyote, el frío no me afecta tanto.

Estaba acostumbrada a los olores y sonidos de la ciudad. No es que los olores del bosque sean más intensos, solo distintos: abetos, álamos y pinos en lugar de humo, fritos y humanos. Oí el inconfundible rat-a-tat de un pájaro carpintero y el débil aullido de un lobo, demasiado profundo para ser un lobo salvaje.

La nieve reciente, que continuaba cayendo, había ocultado perfectamente su pista, pero podía olerlos. Bran y su compañera, Leah, habían rozado al pasar las ramas de un pino blanco. Charles había dejado sus huellas en un lugar protegido de la nieve por un pedrusco. En cuanto mi olfato me encaminó en la dirección correcta, reconocí las huellas dejadas sobre la nieve vieja antes de que empezara la actual nevada, y la pista no era difícil de seguir.

Tuve un momento de duda cuando las huellas de los lobos empezaron a separarse. Bran se había llevado a los nuevos lobos —parecían ser tres— mientras Leah y sus hijos, Charles y Samuel, se alejaban, probablemente para encontrar presas a las que dirigir hacia el resto de la manada.

A pesar de que necesitaba hablar con Bran para contarle lo que había ocurrido, para que ayudara a Adam, seguí el rastro de Sam. No pude evitarlo. Había estado enamorada de él desde los catorce años.

No es que siga enamorada de él, me convencí a mí misma mientras seguía su pista por un abrupto barranco y después por una pequeña colina donde la nieve no era tan

profunda porque el viento la barría continuamente.

La última vez que le vi solo era una adolescente, pensé. Desde entonces no había vuelto a hablar con él, y él tampoco había intentado contactar conmigo. Pese a todo, había recurrido a su número cuando había necesitado ayuda. Ni siquiera pensé en llamar a otra persona.

Mientras pensaba en aquello, me di cuenta de que el silencio había descendido sobre aquella parte del bosque.

Los bosques invernales estaban en calma. Los pájaros, a excepción de unos cuantos trepadores, picoterías de los cedros y algunos pájaros carpinteros como el que había oído no hacía mucho, se habían marchado al sur. Sin embargo, el silencio que me rodeaba tenía una cualidad siniestra demasiado marcada para poder explicarse únicamente por el silencio invernal. Me estaban acechando.

No miré a mi alrededor ni aceleré la marcha. Los hombres lobo persiguen todo lo que huye de ellos.

No estaba realmente asustada. Bran no estaba muy lejos, y Samuel se encontraba aún más cerca. Percibía su olor almizcleño a tierra y especias tan propio de él; el viento lo traía hasta mí. Las huellas que estaba siguiendo tenían unas cuantas horas, por lo que debía de estar regresando por el mismo lugar. De lo contrario, no podría haberle olido.

Los nuevos lobos estaban todos con Bran, y el que me seguía iba solo: si hubiera habido más de uno lo habría oído. Por tanto, no debía preocuparme de morir por error en las garras de los nuevos lobos al confundirme con un simple coyote.

Tampoco creía que el que me acechara fuera Charles. Su dignidad no le permitiría asustarme conscientemente. A Samuel le gustaba gastar bromas, pero el viento no miente, y me decía que se encontraba en algún lugar por delante de mí.

Estaba bastante segura de que era Leah. Pese a las palabras de Cari, lo más probable era que no me matara —sobre todo con Bran cerca—, pero, si podía, me haría daño, ya que no le caía demasiado bien. No le caía bien a ninguna mujer de la manada de Bran.

El viento que arrastraba el olor de Samuel soplaba fundamentalmente desde el oeste. Los árboles de ese lado eran abetos jóvenes, rebrotando probablemente tras un incendio de hacía unos diez años. Los abetos crecían muy juntos, formando una alfombra muy tupida que no me impediría el paso, pero los hombres lobo eran bastante más grandes que yo.

Me rasqué una oreja con la pata trasera y aproveché el movimiento para echar una ojeada hacia atrás. No vi nada, por lo que decidí que mi perseguidor aún no había penetrado en la zona tupida de abetos. Volví a apoyar la pata en el suelo y desaparecí entre los árboles.

El lobo a mi espalda aulló su cántico de caza. Cuando está de cacería, el lobo se deja llevar por el instinto. Si Leah hubiera usado la cabeza, habría avanzado en completo silencio. Un coro de aullidos no tardó en contestar a su llamada, lo que me

servió para descubrir que la mayoría de los lobos se encontraban aproximadamente a un kilómetro y medio en el interior de las montañas. Sin embargo, Samuel contestó a su llamada desde unos cien metros por delante de mí. Inmediatamente cambié de dirección y salí al bosquecillo que Samuel había estado recorriendo.

Se detuvo en seco en cuanto aparecí ante él. Supongo que esperaba un ciervo o un alce, no un coyote. No a mí.

Samuel era grande, incluso para ser un hombre lobo. Tenía el pelaje blanco como la nieve y unos ojos de la misma tonalidad, de un gélido blanco azulado más fríos que la nieve que pisaba, y el círculo negro que bordeaba su iris le daba una apariencia aún más inquietante. Dispuse del espacio suficiente para pasar bajo el cuerpo de Samuel y dejar a este frente a mi perseguidor.

Antes de que Samuel pudiera hacer poco más que mirarme sorprendido, apareció Leah, una depredadora dorada y plateada que, a su modo, resultaba tan hermosa como Samuel: luz y fuego frente a hielo. Al verlo, se detuvo bruscamente con un resbalón poco elegante. Supuse que había estado tan pendiente de la caza que no habría prestado atención a su llamada.

Percibí claramente el instante en que Samuel se dio cuenta de quién era yo. Bajó la cabeza y dejó el cuerpo prácticamente inmóvil. Pese a estar convencida de que me había reconocido, no supe decidir qué pensaba al respecto. Tras un profundo resuello, se dio la vuelta para encarar a Leah.

Esta se encogió y rodó sobre su lomo, aunque, como mujer de Bran, debería superar en categoría a Samuel. Poco impresionado por el espectáculo, Samuel mostró los colmillos y emitió un gruñido, un sonido profundo y sordo que resonó en mi pecho. Como en los viejos tiempos: Samuel protegiéndome del resto de la manada.

Se oyó el aullido de un lobo, más próximo que la última vez, y Samuel dejó de gruñir para contestar a la llamada. Se quedó mirando expectante hacia el norte y al cabo de unos minutos aparecieron dos lobos más. El primero era de color canela, con las pezuñas negras, y más grande incluso que Samuel.

El otro hombre lobo era considerablemente más pequeño. Desde lejos podría confundirse con uno de los lobos que durante la última década habían empezado a regresar a Montana. Su pelaje tenía todas las tonalidades entre el blanco y el negro, y combinadas le daban un aspecto grisáceo. Sus ojos eran de un dorado pálido, y la cola, blanca.

Charles, el lobo color canela, se detuvo en el límite de los árboles y empezó a transformarse. Era una rareza entre los licántropos: un hombre lobo de nacimiento. El único de su especie de que había oído hablar.

La madre de Charles era del pueblo de los Salish, la hija de un chamán. Cuando Bran la encontró, poco después de llegar a Montana, estaba agonizante. Según mi madre adoptiva, la que me contó la historia, Bran quedó tan impresionado por su belleza que no pudo dejarla morir, por lo que la Transformó y la convirtió en su

pareja. Nunca había podido imaginar a Bran abrumado por el amor a primera vista, pero tal vez había cambiado mucho en los últimos doscientos años.

En todo caso, cuando se quedó embarazada, utilizó los conocimientos mágicos que su padre le había entregado para evitar la transformación durante la luna llena. Las mujeres licántropo no pueden tener hijos: la transformación es demasiado violenta para permitir que el feto sobreviva. Pero la madre de Charles, como hija de su padre, disponía de su propia magia. Aunque consiguió cumplir toda la gestación, cuando dio a luz estaba tan débil que murió poco después del parto. Le dejó a su hijo dos dones. El primero, la capacidad de transformarse más fácil y rápidamente. El segundo, el don de la magia, que es muy poco habitual entre los hombres lobo. La manada de Bran no tenía que contratar a una bruja para deshacerse de las pruebas; ya tenía a Charles.

Bran, el lobo más pequeño, se acercó hasta donde yo me encontraba. Samuel se apartó a regañadientes, aunque seguía interponiéndose precavidamente entre Leah y yo.

Al contrario que sus hijos o el propio Adam, Bran no transmitía ninguna sensación de poder; no sé muy bien cómo lograba contenerlo. Me habían dicho que, en ocasiones, su tamaño hacía que lo confundieran con un lobo de verdad o con algún tipo de híbrido entre lobo y perro, incluso algunos hombres lobo cuyos sentidos eran superiores a los míos.

No sé qué edad tiene. Lo único que sé es que ya era mayor cuando llegó a este continente para trabajar como trampero a finales del siglo XVIII. Viajó hasta aquella parte de Montana junto al cartógrafo gales David Thompson y se estableció aquí con su pareja salish.

Se pegó contra mi cuerpo y me tocó detrás de la oreja con el hocico. Aunque no tenía necesidad de agacharme sumisamente para quedar por debajo de él, lo hice de todos modos. Me cogió el hocico entre sus garras y lo soltó, un saludo de bienvenida y una cordial reprensión en un solo gesto, aunque no estaba muy segura del motivo de la reprimenda.

En cuanto me soltó, pasó junto a Samuel y se dirigió con paso seguro hacia donde se encontraba su mujer, que seguía tendida sobre la nieve. Ella emitió unos aullidos ansiosos y él le mostró los colmillos de un modo poco apaciguador. Parecía como si el hecho de haberme pedido que me marchara en el pasado no significara que pudieran considerarme una presa.

Bran se dio la vuelta para mirar a Charles, quien, completada su transformación, mostraba toda su altura humana. Sus facciones eran típicamente salish, como si lo único que hubiera heredado de su padre fuera la habilidad para transformarse.

Según me habían dicho, a los nativos americanos no les gustaba mostrar su desnudez. Era cierto en el caso de Charles, ya que utilizó su magia para cubrir su cuerpo con unos pantalones de ante que parecían salidos de otro siglo.

En mi caso, como les ocurre a la mayoría de caminantes, me siento tan cómoda desnuda como vestida, excepto a mediados de noviembre y en el corazón de las Rocosas con un gélido viento canadiense soplando desde el noroeste y con la temperatura en descenso porque la nevada finalmente remitía. Y en cuanto Charles empezara a hablar, tendría que recuperar la forma humana para poder comunicarme con él.

—Mi padre te da la bienvenida al territorio del Marrok —dijo Charles con un acento que conservaba los tonos bajos de la lengua de su madre junto al leve deje gales que Bran ya no utilizaba a no ser que estuviese realmente molesto—. Sin embargo, se pregunta por qué has elegido este momento para regresar.

Recuperé la forma humana, me deshice rápidamente de la nieve que cubría mi cuerpo y me agaché para quedar por debajo de Bran. Contuve el aliento al sentir el azote del viento y la punzada de la nieve bajo mis espinillas. Samuel se colocó frente a mí para protegerme de las rachas de viento más violentas. Ayudó, pero no lo suficiente.

—He venido por asuntos de la manada —les dije.

Charles levantó las cejas.

—Hueles a sangre y a tierra. —Charles siempre había tenido un buen olfato.

Asentí.

—He traído al Alfa de la Manada del Columbia. Está gravemente herido. También he traído el cuerpo de otro lobo con la esperanza de que alguien me diga cómo murió y quién lo hizo.

Bran emitió un sonido suave y Charles asintió.

—Cuéntenos lo más importante. Deja los detalles para más tarde.

De modo que les conté lo que sabía, tan sucintamente como pude, empezando por la historia de Mac tal y como me la había contado a mí, y acabando con su muerte, las heridas de Adam y el secuestro de Jesse. Cuando terminé, los dientes me castañeteaban y apenas podía entenderme a mí misma. Volví a transformarme en coyote, pero ni de ese modo conseguí deshacerme del frío.

Bran miró a Samuel, y este dio un ladrido y salió corriendo a toda velocidad.

—Bran terminará de cazar con los nuevos —me dijo Charles—. Es su primera caza, por lo que no debe ser interrumpida. Samuel se ocupará de Adam. Cogerá un atajo por donde no pueden circular los automóviles, de modo que llegará allí antes que nosotros. Te acompañaré en el vehículo y nos encargaremos del cadáver.

Antes de que Charles terminara de hablar, Bran se internó de nuevo en el bosque sin volver a dirigirme la mirada. Leah se incorporó de su pose sumisa, me gruñó —como si yo fuera la causa de sus problemas— y siguió los pasos de Bran.

Charles, aún en forma humana, se dirigió a grandes zancadas hacia donde se encontraban los coches. En circunstancias normales ya no era una persona muy locuaz, por lo que estando yo aún a cuatro patas y muda, no hizo intención alguna de

dirigirme la palabra. Esperé pacientemente junto a la puerta de la furgoneta, la del pasajero, mientras yo volvía a transformarme y me vestía.

Samuel lo hubiera hecho, pero él no hizo ninguna objeción a que condujera yo. Nunca le había visto conducir un coche; prefería cabalgar a caballo o correr como un lobo. Se metió en el coche y miró una única vez en dirección al cuerpo cubierto con la lona. Se colocó el cinturón de seguridad sin hacer ningún comentario.

Cuando llegamos al motel, aparqué frente a la oficina. Cari estaba allí con una mujer de ojos enrojecidos. Supuse que era la desaparecida Marlie, aunque no reconocí en ella a la niña de seis años que conocía.

—Mercedes necesita una habitación —les dijo Charles.

Cari no preguntó nada, sino que se limitó a entregarme una llave.

—Está al otro lado de la carretera. La más alejada a la #1 que tenemos.

Observé el #18 estampado en la llave.

—¿No se supone que las llaves no deben llevar el número de la habitación? —pregunté.

—No tenemos muchos robos por aquí —dijo Cari con una sonrisa—. Además, sé que trabajaste en el motel un par de años. Aparte de la número uno, solo hay tres cerraduras diferentes para el resto de las habitaciones.

Le sonreí, lancé la llave al aire y volví a cogerla.

—Cierto.

Charles me abrió la puerta cuando nos marchamos.

—Si coges tu equipaje y me das las llaves, yo me ocuparé del cadáver.

Debí de poner cara de sorpresa porque añadió secamente:

—No te preocupes. Conducirá Cari.

—No tengo equipaje —le dije. Saqué las llaves y se las entregué, pero le cogí la mano antes de que se diera la vuelta para marcharse—. Mac era un buen chico. —No sé por qué dije aquello.

Habitualmente, Charles no solía tocar a la gente. Siempre había creído que no me tenía mucha estima, aunque me trataba con la misma distante cortesía con la que trataba a todo el mundo. Pero, en aquella ocasión, colocó su mano en la parte de atrás de mi cabeza y recostó brevemente mi frente contra su hombro.

—Me ocuparé de él —me prometió mientras daba un paso atrás.

—Su nombre completo era Alan MacKenzie Frazier.

—Haré que lo traten bien.

—Gracias —le dije. Me di la vuelta y me encaminé a mi habitación, donde podría volver a llorar.

Capítulo 6

Sobre la mesita de noche se apilaban ordenadamente unos cuantos *National Geographic* y una novela de misterio. Recordé que, en un principio, el material de lectura pretendía suplir la ausencia de un aparato de televisión. Cuando trabajé allí limpiando habitaciones, las emisiones aún no habían alcanzado aquella parte de las montañas. Ahora había una antena en el techo del motel y un pequeño televisor colocado en una posición que permitía verlo tanto desde la cama como desde la mesita de la reducida cocina.

No me apetecía ver viejas reposiciones ni telenovelas, de modo que me puse a hojear las revistas sin demasiado interés. Me resultaron familiares. Quizá ya estaban allí la última vez que había limpiado aquella habitación; la más reciente era de mayo de 1976, por lo que era bastante probable. O tal vez el *National Geographic* pasea una cierta similitud obtenida tras años de presencia en salas de espera.

Me pregunté si Jesse estaría ingresada en algún hospital, y mi mente viajó inmediatamente a una morgue, aunque me obligué a recuperar el control. El pánico no ayudaría a nadie. Estaba haciendo todo lo que estaba en mi mano.

Cogí el único libro y me senté en la cama. La portada no era muy atractiva, un boceto de un establo al estilo Wisconsin, pero de todos modos lo abrí y empecé a leer. Lo cerré antes de acabar la primera frase. No pude soportar la idea de estar allí sola, sin hacer nada.

Salí de la habitación. Hacía más frío que antes, y solo llevaba puesta mi camiseta, de modo que corrí hasta la habitación número uno. Llevaba la llave en el bolsillo de los tejanos, pero cuando empujé la puerta, esta se abrió.

Adam estaba tendido de costado sobre la cama, con el hocico envuelto con una correa que parecía bastante eficiente. Samuel, vestido únicamente con tejanos y guantes de goma, estaba inclinado sobre él. El hecho de que mis ojos no se detuvieran mucho en su cuerpo era una buena muestra de la preocupación que sentía por Adam. Charles, apoyado en la pared, me observó sin decir nada.

—Cierra la puerta —me dijo Samuel bruscamente sin levantar la mirada—. Maldita sea, Mercy, tendrías que haber colocado bien el hueso roto antes de meterlo en el coche y conducir durante todo el día. Tú mejor que nadie sabe lo rápido que nos curamos. Ahora tendré que volver a romperle la pierna.

Hasta entonces, Samuel jamás me había gritado. Era el hombre lobo menos inestable que había conocido.

—No sé cómo colocar huesos —le dije mientras me envolvía el cuerpo con mis propios brazos. Pero tenía razón. Sabía que los hombres lobo se curan con asombrosa rapidez; no había pensado en lo que ocurriría con los huesos rotos. Ni siquiera sabía

que tenía una pierna rota. Había sido una estúpida. Tendría que haber llamado a Darryl.

—No es tan difícil enderezar una pierna —continuó Samuel tras una breve pausa—. Solo hace falta ponerla recta. —Sus manos extendieron con cuidado la pierna de Adam—. En su manada debe de haber alguien con conocimientos médicos. Tendrías que haberle llamado si no tenías agallas para hacerlo tú misma. —Y a continuación le dijo a Adam—: ¿Preparado? —Desde mi posición junto a la puerta no vi lo que hizo, pero oí el crujido del hueso, y Adam se sacudió y emitió un grito que no deseo volver a oír.

—Temía que alguno de su manada estuviese implicado en el ataque —dije en un susurro—. Adam estaba inconsciente. No podía preguntarle. Y no tienen a nadie lo suficientemente fuerte como para controlar a su lobo.

Samuel me miró por encima del hombro y maldijo.

—Si lo único que puedes hacer es lloriquear, será mejor que te largues de aquí.

A pesar de su estado, Adam consiguió gruñir y girar la cabeza para mirar a Samuel.

—Lo siento —dije, y me marché, cerrando bien la puerta a mi espalda.

Llevaba veinte minutos con la vista clavada en la primera página del libro cuando alguien llamó a mi puerta. El olfato me indicó que se trataba de Samuel, de modo que tardé un poco en contestar.

—¿Mercy? —Su voz era suave, tal y como la recordaba, con un ligero acento celta.

Mientras observaba la puerta, pensé que si me marchaba de allí a primera hora de la mañana podría empezar a buscar a Jesse de nuevo. Otro podría encargarse de llevar de vuelta a Adam cuando se recuperara lo suficiente para viajar. Si me marchaba muy temprano evitaría incluso tener que hablar de nuevo con Samuel.

—Mercy. Sé que estás ahí.

Me quedé mirando la puerta, pero no contesté. No quería hablar con él. Tenía razón. Había sido una estúpida: obligar a viajar a Adam durante seis horas por un simple comentario de Darryl, un comentario que empezaba a considerar poco significativo. Aunque, como le había dicho antes, la manada hubiera tenido que enviar a Adam a Montana o, como mínimo, llamar a un dominante hasta que este pudiera controlar por sí mismo a su lobo. Pero le hubieran enderezado la pierna inmediatamente. Si no hubiese sido tan estúpida, Darryl y la manada estarían buscando a Jesse, y Adam ya se estaría recuperando.

En mi mundo de motores y transmisiones era muy competente. Si Adam hubiese sido un coche, habría sabido qué hacer. Pero en Aspen Creek nunca había sido lo suficientemente buena; algunas cosas parecían no haber cambiado mucho.

—Mira, Mercy, lo siento. Si no sabes primeros auxilios y no podías confiar en su manada, era lo único que podías hacer.

Su voz era suave y dulce como la melaza; pero mi madre me dijo en una ocasión que lo primero que decía una persona siempre era la verdad. Cuando les das tiempo a reflexionar, tienden a adaptar el discurso con lo que resulta más socialmente aceptable, con lo que saben que te hará sentir mejor, con lo que les hará conseguir sus objetivos. Sabía lo que él quería, lo que siempre había querido de mí, incluso si, mientras atendía a Adam, él mismo lo había olvidado.

—Adam me ha pegado la bronca por haber sido tan duro contigo —dijo con un tono persuasivo—. Tiene razón. Me he puesto así porque no me gusta hacer daño a la gente innecesariamente, y lo he pagado contigo. ¿Puedo pasar y hablar cara a cara en lugar de hablar a la puerta?

Me froté la cara para deshacerme del cansancio. Ya no tenía dieciséis años; no podía huir de las dificultades, por muy atractiva que resultara la idea. A regañadientes, reconocí que también tenía unas cuantas cosas que decirle.

—De acuerdo —dijo él—. Muy bien, Mercy. Te veré por la mañana.

Cuando abrí la puerta, ya se había dado la vuelta para marcharse.

—Entra —dije, y temblé cuando el viento me atravesó la camiseta—. Date prisa, hace un frío del demonio.

Volvió a acercarse, sacudió los zapatos con fuerza en la alfombrilla y dejó un montoncito de nieve antes de entrar en la habitación. Cuando se quitó el abrigo y lo dejó sobre la mesa que había junto a la puerta, me di cuenta de que había encontrado una camiseta en algún lugar. Disponían de alijos de ropa distribuidos por la ciudad para cuando alguien necesitara vestirse rápidamente, sobre todo ropa unisex, como tejanos, camisetas y sudaderas. La camiseta que llevaba puesta le quedaba un poco ajustada, como una segunda piel. Si le hubieran sobrado unos kilos o hubiera tenido menos músculo, le habría quedado ridícula, pero Samuel tenía el físico de un artista de *striptease*.

Aunque tenía un buen cuerpo, no creo que nadie pudiera considerarlo atractivo. Evidentemente no poseía las notables facciones de Adam. Tenía los ojos demasiado profundos, la nariz demasiado larga y la boca demasiado grande. En forma humana, su color no resultaba tan sugestivo: ojos gris azulados y pelo castaño con ligeros reflejos provocados por el sol.

Aunque yo no era la persona más adecuada para decidir si era atractivo o no: para mí era solo Sam, mi amigo, mi defensor, mi amor.

Aparté la mirada para que no pudiera leer la rabia en mis ojos —o cualquier otra emoción que pugnara por salir— hasta que pudiera ponerla bajo control. Si él interpretaba el gesto erróneamente, no era problema mío. No lo había dejado entrar para discutir.

—Pensé que no querías hablar conmigo —dijo él con un rastro de su cálida sonrisa en la voz.

—Yo también —reconocí sombría con los ojos clavados en mis zapatos. Si le miraba a los ojos no podría seguir con aquello—. Pero también te debo una disculpa.

—No —dijo con cautela. Era demasiado listo para tragarse mi mirada sumisa—. No tienes que disculparte por nada. No tendría que haberte hablado de ese modo.

—No pasa nada —le dije—. Probablemente tuvieras razón. Encontré a Mac muerto y a Adam casi en el mismo estado, y me asusté. —Me acerqué a la cama y me senté en ella. Era el lugar más alejado al que podía ir dentro de la habitación. Solo entonces me atreví a mirarlo nuevamente a los ojos—. Yo sí que tengo que pedirte perdón, aunque ya es un poco tarde. Debí hablar contigo antes de irme. Debí decirte que había decidido marcharme a Portland. —*Pero tenía miedo de hacer algo estúpido como dispararte o, aún peor, llorar.* Aunque no era necesario que supiera esa parte.

La alegría que habitualmente iluminaba su rostro se desvaneció, dejando únicamente una neutra cautela, como si hubiera detectado una trampa.

—Mi padre me dijo que había hablado contigo y que te convenció para que te fueras con tu madre en lugar de huir conmigo —dijo.

—¿Cuánto tiempo me esperaste? —Después de que Bran nos descubriera abrazados en medio del bosque y me dijera que me enviaba de regreso a Portland, Samuel decidió que nos escaparíamos juntos. Tenía que escabullirme y encontrarme con él en el bosque, a un kilómetro y medio de mi casa. Pero, como era habitual en él, el Marrok se enteró y me contó la razón por la que Samuel deseaba convertirme en su pareja. Una razón que yo jamás podría haber aceptado.

De modo que, aquella mañana, mientras Samuel esperaba mi llegada, Charles me acompañó a Libby para coger un tren con destino a Portland.

Samuel desvió la mirada sin responder.

A su modo, Samuel era la persona más íntegra que había conocido. Por tanto, el hecho de traicionarlo había sido aún más doloroso porque sabía que jamás había pretendido hacerme creer que me amaba. Me había dicho que me esperaría, y sabía que lo había hecho incluso tras descubrir que no acudiría.

—Eso creía —dije en un susurro. *Maldita sea, esto ya no tendría que afectarme tanto.* Descubrí que estaba respirando con más intensidad de la habitual para aspirar su olor.

—Tendría que haberte dicho que había cambiado de idea —le dije, aferrándome desesperadamente a lo que necesitaba decirle—. Siento mucho haberte abandonado sin decirte nada. No estuvo bien.

—Mi padre te obligó a marcharte sin volver a hablar conmigo —dijo Samuel. Parecía objetivo, pero me había dado la espalda y tenía los ojos clavados en una mancha de la alfombra junto a sus botas.

—No pertenezco a su manada —dije bruscamente—. Eso es algo que siempre he tenido muy claro. Lo que significa que no estaba obligada a obedecerle. No debería haberlo hecho, y por entonces ya lo sabía. Lo siento. No por marcharme, porque fue la decisión correcta, sino por no contártelo. Me comporté como una cobarde.

—Mi padre me contó lo que te dijo. —Al principio su voz parecía sosegada, pero, a medida que continuó, percibí un rastro de ira en sus palabras—. Aunque por entonces ya tendrías que haberlo sabido. No te oculté nada.

Ni su voz ni su postura revelaban que estuviera a la defensiva. Simplemente no entendía lo que me había hecho, por mucho que eso lo convirtiera en un estúpido ante mis ojos. De algún modo, agradecí que el dolor que me había causado no hubiese sido a propósito.

Se dio la vuelta y, cuando sus ojos se encontraron con los míos, sentí la punzada que en el pasado había sido tan familiar como su rostro. En parte se debía a la atracción, pero también tenía que ver con el poder del lobo dominante. La atracción hizo que me pusiera en pie y que cruzara media habitación antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo.

—Mira, Samuel —dije deteniéndome en seco antes de tocarlo—. Estoy cansada. Ha sido un día muy duro y no quiero discutir contigo sobre cosas que sucedieron hace mucho tiempo.

—De acuerdo. —Su voz era suave y asintió con la cabeza más para sí mismo que para mí—. Podemos seguir hablando mañana.

Volvió a ponerse el abrigo, se encaminó hacia la puerta y se dio la vuelta.

—Casi lo olvido. Charles y Cari se han llevado el cuerpo...

—Mac —dije bruscamente.

—Mac —dijo él con un tono de voz más afable. Deseé que no lo hubiera hecho, porque su compasión hizo que los ojos se me llenaran de lágrimas—. Se han llevado a Mac a nuestro hospital y han traído de vuelta la furgoneta. Charles me ha dado las llaves. Te las hubiera devuelto él mismo, pero te fuiste de la habitación demasiado rápido. Le he dicho que venía a disculparme, así que me las ha dado a mí.

—¿Ha cerrado la furgoneta con llave? —le pregunté—. Tengo un par de armas dentro, cargadas para hombres lobo. —La mención de las armas me hizo pensar en otra cosa, en algo extraño—. Ah, y hay una especie de dardo tranquilizador que encontré junto a Adam cuando lo trasladé.

—La furgoneta está cerrada —dijo él—. Charles encontró el dardo y lo dejó en el laboratorio porque, según dice, olía a plata y a Adam. Ahora que sabemos dónde lo encontraste, me aseguraré de que lo analicen bien.

—Mac dijo que alguien lo estaba utilizando para experimentar con él —le dije—. Que dieron con una droga que afectaba a los hombres lobo.

Samuel asintió.

—Ya nos dijiste eso.

Me alargó las llaves y las cogí con cuidado. No quería tocar su mano. Sam sonrió como si hubiera hecho algo interesante y me di cuenta de que no tendría que haber sido tan cuidadosa. Si no hubiese sentido nada por él, no me habría preocupado tanto el hecho de tocar su piel. Al vivir durante tanto tiempo entre humanos, había olvidado lo difícil que resulta ocultarle algo a un hombre lobo.

—Buenas noches, Mercy —dijo.

Y se marchó, dejando la habitación mucho más vacía sin su presencia. *Será mejor que me marche por la mañana*, pensé mientras oía crujir la nieve bajo sus pies.

Mientras leía por tercera vez la página catorce, alguien más volvió a llamar a mi puerta.

—Te he traído algo de cena —dijo una agradable voz de tenor.

Dejé el libro sobre la cama y abrí la puerta.

Un joven de cabello rojizo y un rostro anodino sujetaba una bandeja de plástico con dos bocadillos de jamón y mostaza, dos tazas de poliestireno con chocolate caliente y un abrigo azul para el invierno. Tal vez fuera la comida, aunque pensé que si el aspecto de Bran se aproximaba tanto al cliché del chico de los repartos, es que aquella había sido su intención. Le gustaba pasar desapercibido.

Me dirigió una tímida sonrisa al ver que no me apartaba del umbral.

—Charles me ha dicho que Adam se recuperará y que Samuel se ha puesto en ridículo.

—Se ha disculpado —le dije mientras me apartaba para dejarle entrar en la habitación.

La pequeña cocina tenía dos fogones, una nevera de dimensiones reducidas y una pequeña mesa de fórmica con dos sillas. Tras lanzar el abrigo sobre la cama, Bran dejó la bandeja sobre la mesa y cambió de lugar el contenido de la misma hasta dejar un bocadillo y una taza en cada extremo.

—Charles me ha dicho que no tenías abrigo, por eso te he traído uno. También he pensado que querrías comer algo —dijo—. Después podemos discutir lo que haremos con tu Alfa y su hija desaparecida.

Se sentó en una de las sillas y con un gesto me indicó que ocupara la otra. Cuando me senté, recordé que no había comido nada en todo el día, aunque tampoco había tenido hambre. Seguía sin tenerla.

Fiel a su palabra, no dijo nada mientras él comió y yo piqué un poco. El bocadillo sabía a nevera, pero el chocolate caliente era sabroso y tenía nubes y vainilla auténtica.

Aunque Bran comió más rápido que yo, esperó pacientemente a que yo terminara. El bocadillo era uno de esos enormes emparedados diseñados para alimentarte durante una semana. Comí parte de él y envolví el resto en el plástico en el que venía. Bran se lo había comido todo, pero los hombres lobo necesitan comer mucho.

Mi madre adoptiva solía decir: «Nunca hagas pasar hambre a un hombre lobo porque puede invitarte a comer». Siempre le daba un golpecito en la cabeza a su marido tras decir aquello, incluso si estaba en forma humana.

No sé por qué me acordé de aquello justo en aquel momento, ni por qué el pensamiento me llenó los ojos de lágrimas. Mis padres adoptivos llevaban casi diecisiete años muertos. Ella murió intentando convertirse en un licántropo, porque, como ella misma me dijo, cada año que pasaba la distancia de edad entre ambos

parecía mayor. Son pocas las mujeres que experimentan la llamada de la luna, simplemente porque no superan la Transformación tan bien como los hombres. Mi padre adoptivo murió de pena un mes más tarde. Yo tenía catorce años.

Di un sorbo de chocolate y esperé a que Bran empezara a hablar.

Suspiró pesadamente y se recostó en la silla, dejando solo dos patas apoyadas en el suelo y balanceando las piernas.

—La gente no suele hacer eso —le dije.

—¿Hacer qué? —dijo tras levantar una ceja.

—Balancearse de ese modo. A no ser que sean adolescentes tratando de impresionar a su novia.

Bruscamente, volvió a apoyar las cuatro patas de la silla en el suelo.

—Gracias. —Aunque Bran se esforzaba mucho por comportarse como un humano, su agradecimiento me pareció demasiado mordaz. Di un apresurado sorbo de chocolate para que no percibiera mi regocijo.

Bran puso los codos sobre la mesa y se frotó las manos.

—¿Cuáles son tus intenciones ahora, Mercy?

—¿A qué te refieres?

—Adam está a salvo y se está recuperando. Averiguaremos cómo murió tu joven amigo. ¿Cuáles son tus planes?

Bran da miedo. Tiene cierta habilidad psíquica; por lo menos eso es lo que suele decir cuando le preguntas. Lo que significa es que puede hablar con cualquier hombre lobo que conozca, de mente a mente. Por eso Charles pudo hacerle de intérprete en el bosque. Bran utiliza su habilidad, entre otras cosas, para controlar las manadas de Norteamérica. Según dice, solo funciona en una dirección, o sea que puede hacer que la gente le escuche pero que él no puede escuchar a los demás.

Las habladorías en la manada sugieren que dispone de otras habilidades, aunque nadie sabe exactamente en qué consisten. El rumor más extendido afirma que puede leer la mente. Lo que es evidente es que siempre sabía quién era el responsable de cualquier travesura que se produjera en el pueblo.

Mi padre adoptivo siempre se reía y decía que era su reputación de saberlo todo lo que le otorgaba su aura de infalibilidad: lo único que hacía era entrar en una habitación y ver quién parecía más sospechoso. Tal vez tuviera razón, pero en la siguiente ocasión intenté aparentar inocencia y no me funcionó.

—Me marcharé por la mañana. —*Temprano, pensé. Para no tener que volver a hablar con Samuel... pero también para empezar a buscar a Jesse cuanto antes.*

Bran negó con la cabeza y frunció el ceño.

—Por la tarde.

Noté cómo levantaba las cejas.

—Bueno —le dije amablemente—, si ya sabías lo que pretendía hacer, ¿por qué no me lo has dicho en lugar de preguntarme?

Esbozó una pequeña sonrisa.

—Si te quedas hasta la tarde, Adam ya podrá viajar y tal vez Samuel sepa algo más sobre cómo murió tu joven... Alan MacKenzie Frazier. Esta noche se quedará en el laboratorio para hacer la autopsia y los análisis.

Se inclinó sobre la mesa.

—No es culpa tuya, Mercy.

Me derramé el chocolate sobre la camiseta.

—Mier... —Me mordí la lengua. A Bran no le gustaban las palabrotas—. Puedes leer la mente.

—Sé cómo funciona la tuya —dijo Bran con una tímida sonrisa que consiguió no parecer demasiado engreída. Con gran rapidez, cogió un rollo de papel de cocina que había bajo el fregadero y me lo entregó mientras yo intentaba mantener la camiseta separada de mi cuerpo. El chocolate estaba aún caliente, pero no ardiendo.

Mientras me limpiaba en el fregadero, él continuó:

—A no ser que hayas cambiado más de lo que imagino, si sucede algo, si alguien resulta herido, siempre crees ser la responsable. Adam me lo ha contado todo, y no tiene nada que ver contigo.

—Ajá, de modo que sí puedes leer la mente. Adam está en forma de lobo y no puede hablar —le dije. Hice todo lo que pude con la camiseta, pero me hubiera gustado disponer de un recambio.

Bran sonrió.

—Ya no. En ocasiones la transformación nos ayuda a curarnos más rápido, y normalmente pasamos de humano a lobo, pero a la inversa también funciona. No estaba muy contento con Samuel. —La sonrisa de Bran se amplió—. Se pasó los primeros minutos maldiciéndolo. Le dije que criticar al médico era un error de aficionado, y él me contestó que no quería que alguien que no sabía lo que ellos hacían «chapupear» con sus heridas. También me dijo que a veces tenías más agallas que cerebro. —Bran me señaló con su taza de poliestireno—. Y da la casualidad que estoy de acuerdo con él; por eso le pedí a Adam que te vigilara cuando te trasladaste a su territorio.

Ah, pensé mientras intentaba no mostrar toda la desolación que sentía. ¿De modo que le habían encargado a Adam que me vigilara? Siempre había pensado que la extraña relación que teníamos se basaba en otra cosa. Descubrir que Bran le había encargado aquello transformó el matiz de todas y cada una de las conversaciones que habíamos mantenido, rebajando su importancia.

—No me gustan las mentiras —dijo Bran, y supe que no había conseguido que el dolor provocado por aquella revelación aflorara en mi rostro—. Ni siquiera las mentiras por omisión. Las verdades difíciles pueden superarse, dominarse, pero las mentiras acaban por destruirte el alma. —Lo dijo como si tuviera experiencia personal en el tema—. Esta aversión me recuerda algo que tal vez debería haberte contado antes.

Se detuvo, como si esperara que yo dijera algo, pero no tenía ni idea de a qué se refería.

Se volvió a sentar y tomó un sorbo de chocolate.

—Algunos consideraron que no debías conocer la verdad sobre la muerte de Bryan. —Bryan era mi padre adoptivo.

Recordaba haberme despertado poco después de Navidad al oír la apagada voz de Bran en la cocina. Cuando salí de mi habitación, me dijo que la policía había encontrado el cuerpo de Bryan en el río Kootenai.

El suicidio no es una tarea fácil para los hombres lobo. Incluso las balas de plata no siempre evitan la habilidad del lobo para curarse a sí mismo. La decapitación es efectiva, pero difícil de conseguir en el marco de un suicidio. El ahogamiento funciona bastante bien, ya que los hombres lobos tienen mucho músculo. Tienen dificultades para nadar incluso cuando quieren hacerlo porque, como los chimpancés, tienen demasiado músculo y muy poca grasa para flotar.

—Parte de la manada pretendía decirte que Bryan había tenido un accidente. —Su voz sonaba contemplativa—. Pensaban que a los catorce años eras demasiado joven para enfrentarte a un suicidio, sobre todo tras la muerte de la pareja de Bryan.

—Se llamaba Evelyn —le dije. Bran tendía a ignorar a los humanos que vivían a su alrededor. Samuel me había dicho en una ocasión que lo hacía porque los humanos eran demasiado frágiles, y Bran había visto morir a muchos. Pensé que si yo pude superar la muerte de Evelyn a los catorce años, Bran también podía hacerlo ahora.

Me dirigió una mirada abatida. Cuando no bajé los ojos como exigía el protocolo, sus labios se crisparon y se los cubrió con la taza.

—Evelyn, por supuesto —dijo él con un suspiro—. Cuando elegiste vivir por tu cuenta en lugar de ir con tu madre, también lo acepté. Habías demostrado tener entereza, por lo que merecías tomar tus propias decisiones. —Recorrió con la mirada la habitación—. ¿Recuerdas nuestra última conversación?

Asentí y, finalmente, volví a sentarme. Aunque aquella noche no parecía insistir demasiado en el protocolo, me resultó extraño estar de pie mientras él continuaba sentado.

—Tenías dieciséis años —dijo él—. Demasiado joven para él, y también para saber lo que él quería de ti.

Cuando Bran nos descubrió besándonos en el bosque, me había enviado a casa y, a la mañana siguiente, vino para decirme que ya había hablado con mi madre y que esta me esperaba para finales de la siguiente semana. Me estaba echando, y yo debía recoger todo lo que deseaba llevarme.

Hice las maletas tal y como me dijo, pero no para ir a Portland, sino para escaparme con Samuel. Me dijo que nos casaríamos. En aquel momento no se me ocurrió que, a los dieciséis años, tendría problemas para casarme sin un permiso paterno. Sin duda, Samuel tendría también alguna solución para aquello. Planeamos trasladarnos a una ciudad y vivir al margen de la manada.

Amaba a Samuel; lo había amado desde que mi padre adoptivo había muerto y él ocupó su rol como mi protector. Bryan me había ayudado mucho, pero Samuel se erigió en un defensor mucho más efectivo. Incluso las mujeres dejaron de molestarme en cuanto Samuel empezó a cuidar de mí. Era una persona divertida y encantadora. El optimismo no es una característica muy extendida entre los hombres lobo, pero Samuel tenía en abundancia. Bajo su protección, aprendí lo que era la alegría, una emoción muy seductora.

—Me dijiste que Samuel no me amaba —le dije a Bran. La boca me sabía a serrín. No sé cómo había descubierto los planes de Samuel—. Me dijiste que necesitaba una pareja que pudiera dar a luz a sus hijos.

Aproximadamente, más de la mitad de las mujeres humanas fecundadas por hombres lobo pierden al bebé, y solo consiguen dar a luz a los que son completamente humanos. Las mujeres licántropo lo pierden durante la primera luna llena del embarazo. Sin embargo, los coyotes y los lobos pueden cruzarse sin dificultades, por tanto, ¿por qué no Samuel y yo? Samuel creía que alguno de nuestros hijos sería humano, tal vez unos cuantos serían caminantes como yo y otros tantos, hombres lobo, pero todos sobrevivirían.

Solo cuando Bran me lo explicó todo, entendí la hostilidad que Leah sentía hacia mí, una hostilidad que también compartían el resto de mujeres.

—No debería habértelo dicho de ese modo —dijo Bran.

—¿Estás intentando disculparte? —le pregunté. No entendía qué intentaba decirme—. Tenía dieciséis años. Puede que Samuel parezca joven, pero ya era una persona adulta cuando le conocí. ¿Cuántos años tiene? ¿Cincuenta? ¿Sesenta?

En aquel entonces, cuando le amaba, no me había importado. Por su comportamiento nadie hubiera dicho que era mayor que yo. Los hombres lobo no suelen hablar mucho sobre el pasado, al menos no del modo en que lo hacen los humanos. Casi todo lo que sabía de Bran se lo había arrancado a mi madre adoptiva, Evelyn.

—Era joven y estúpida —le dije—. Necesitaba escuchar lo que tenías que decirme. De modo que no hace falta que busques mi perdón. Gracias.

Bran inclinó la cabeza. En forma humana, sus ojos eran de color avellana, como la hoja de un roble iluminada por el sol.

—No estoy pidiendo perdón —dijo él—. No a ti. Te lo estoy explicando. —Entonces sonrió, y el parecido con Samuel, habitualmente remoto, se hizo repentinamente evidente—. Y Samuel tiene algo más de sesenta años. —En ocasiones, el regocijo, como la ira, confería a su voz un deje de su tierra natal, Gales—. Samuel es mi primogénito.

Me quedé mirándolo fijamente, aturdida por la sorpresa. Samuel no tenía ninguna de las características de los viejos lobos. Conducía un coche, tenía un aparato de alta fidelidad y un ordenador. Sentía un aprecio auténtico por la gente —incluso por los

humanos— y Bran lo utilizaba para comunicarse con la policía y los agentes gubernamentales cuando era necesario.

—Charles nació pocos años después de que llegaras aquí con David Thompson —le dije a Bran como si no lo supiera—. ¿Cuándo fue...? ¿En 1812? —Dada su relación con Bran, había investigado bastante sobre la figura de David Thompson en la universidad. El cartógrafo y trampero gales había escrito varios diarios, aunque jamás mencionó a Bran por su nombre. Cuando los leí, me pregunté si Bran habría utilizado otro nombre, o si Thompson lo había dejado fuera de los mismos porque conocía su auténtica naturaleza. De todos modos, la función de los diarios era más comercial que personal.

—Vine con Thompson en 1809 —dijo Bran—. Charles nació en la primavera de, creo, 1813, momento en que abandoné a Thompson y la Compañía del Noroeste. Los salish no se guiaban por el calendario cristiano, pero Samuel es hijo de mi primera esposa, cuando yo era todavía humano.

Aquella era la primera vez que le escuchaba hablar tanto sobre su propio pasado.

—¿Y cuándo fue eso? —le pregunté, envalentonada por su inusual franqueza.

—Hace mucho tiempo —se limitó a decir con un encogimiento de hombros—. Cuando hablé contigo aquella noche, le hice un flaco favor a mi hijo. He llegado a la conclusión de que quizá estaba demasiado obsesionado con la verdad cuando, en realidad, solo te conté la mitad de la historia.

—¿Cómo?

—Te dije lo que sabía, lo que creí necesario en aquel momento —dijo—. Pero en vista de los acontecimientos posteriores, subestimé a mi hijo y permití que tú hicieras lo mismo.

Siempre había odiado que se volviera críptico. Empecé a protestar airadamente, y entonces descubrí que ya no me miraba a la cara, sino que había bajado los ojos. Estaba acostumbrada a vivir entre humanos, cuyo lenguaje corporal es menos determinante para la comunicación, por lo que estuve a punto de pasar por alto aquel detalle. Los alfas —en especial aquel Alfa— jamás apartan la mirada cuando alguien los observa. El hecho de que lo hiciera en aquel momento era una señal inequívoca de lo mal que se sentía.

De modo que mantuve la voz baja y dije simplemente:

—Explícamelo ahora.

—Samuel es viejo —dijo él—. Casi tanto como yo. Su primera mujer murió de cólera, la segunda, de vieja. Su tercera mujer murió dando a luz. Entre todas ellas, perdieron a dieciocho hijos. Unos cuantos murieron cuando aún eran pequeños, y solo ocho llegaron a cumplir los tres años. Uno murió de viejo, cuatro de la peste y tres cuando intentaron la Transformación. No tiene ningún hijo vivo, y solo uno, nacido antes de que Samuel se transformara por primera vez, alcanzó la edad adulta.

Se detuvo y volvió a mirarme a los ojos.

—Tal vez esto te sirva para hacerte una idea de lo mucho que significó para él el hecho de encontrar en ti a una pareja capaz de darle hijos menos vulnerables a los caprichos del destino, hijos que podrían nacer como hombres lobo, como Charles. He pensado mucho sobre nuestra última conversación, y he llegado a la conclusión de que también debería haberte dicho esto. Tú no fuiste la única que confundió a Samuel con un lobo joven. —Esbozó una pequeña sonrisa—. En los tiempos en que Samuel caminaba como un humano, no resultaba extraño que una chica de dieciséis años se casara con un hombre mucho mayor que ella. A veces el mundo evoluciona demasiado rápido para nosotros, y con él las ideas sobre lo que está bien y mal.

¿Habrían cambiado mis sentimientos si hubiese sido consciente de las auténticas necesidades de Samuel? ¿Una adolescente apasionada y necesitada de amor enfrentada a la fría realidad? ¿Habría visto, más allá de los simples números, el dolor asociado a cada una de esas muertes?

No creo que hubiera cambiado de idea. Lo sabía porque seguía pensando que jamás me casaría con alguien que no me amara; aunque creo que habría mejorado un poco la idea que tenía de él. Le habría escrito una carta o le habría llamado al llegar a casa de mi madre. Si no hubiera estado tan herida y enfadada, tal vez incluso habría reunido el suficiente coraje para hablar con él.

Me negué a analizar hasta qué punto las palabras de Bran afectaban mis actuales sentimientos por Samuel. De todos modos, no tenía mucha importancia, porque mañana me marchaba a casa.

—También había algunas cosas que no sabía. —Bran sonrió, pero no era una sonrisa alegre—. A veces soy demasiado impulsivo y me olvido que no lo sé todo. Dos meses después de marcharte, Samuel desapareció.

—¿Estaba enfadado por tu intromisión?

Bran negó con la cabeza.

—Al principio quizá sí, pero resolvimos eso el mismo día en que te fuiste. Habría estado más molesto si no se hubiese sentido tan culpable por intentar aprovecharse de los sentimientos de una niña. —Alargó la mano y me dio un golpecito en la mía—. Sabía lo que estaba haciendo, y también cómo te sentirías cuando lo descubrieras, independientemente de lo que crea o de lo que te haya dicho. No permitas que se haga la víctima.

No hay problema.

—No lo haré. Entonces, si no estaba enfadado contigo, ¿por qué se marchó?

—Sé que entiendes nuestra naturaleza porque te criaste entre nosotros —me dijo Bran lentamente—. Sin embargo, a veces, incluso yo mismo no llego a entender todas las implicaciones. Samuel vio en ti la respuesta a su dolor, no la respuesta a su corazón. Pero eso no era todo lo que Samuel sentía por ti. Creo que ni él mismo lo sabía.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Cuando te marchaste, languideció —dijo Bran, y la anticuada expresión sonó algo extraña pronunciada por el joven que aparentaba ser—. Perdió peso, no podía dormir. Durante el primer mes, pasó la mayor parte del tiempo como lobo.

—¿Qué crees que le ocurría? —pregunté con precaución.

—Lloraba por la pérdida de su pareja —dijo Bran—. En ciertos aspectos, los hombres lobo no somos tan distintos a nuestros primos salvajes. No obstante, tardé demasiado tiempo en darme cuenta, y, antes de eso, ya había desaparecido sin decir palabra. Esperé durante dos años a que los periódicos informaran sobre un cuerpo encontrado en el río, como le había ocurrido a Bryan. Charles consiguió localizarlo cuando finalmente recurrió al dinero de su cuenta bancaria. Compró algunos documentos y volvió a matricularse en la universidad. —Por lo que sabía, Samuel ya había ido a la universidad anteriormente, a la facultad de medicina—. Volvió a sacarse el título de médico, montó una clínica en Texas durante una temporada y, hará unos dos años, regresó a nosotros.

—No me amaba —le dije—. No como un hombre ama a una mujer.

—No —reconoció Bran—. Pero te escogió como pareja. —Levantándose apresuradamente se puso el abrigo—. No le des más vueltas. Solo quería que lo supieras. Esta noche debes descansar.

Capítulo 7

A la mañana siguiente me aventuré hasta la gasolinera envuelta en el abrigo prestado y me compré un burrito para desayunar. Estaba caliente, aunque no muy sabroso, pero tenía tanta hambre que me habría comido cualquier cosa.

Me dio la impresión que el chico tras el mostrador tenía cierto interés en preguntarme algo, pero le intimidé con la mirada. La gente de por aquí sabe que no debe involucrarse en luchas de miradas. No sabía que yo no era un licántropo, porque él tampoco lo era. No estaba bien intimidarlo, pero me sentí bien haciéndolo.

Necesitaba hacer algo, cualquier cosa, y lo único que me ofrecía aquella mañana era quedarme en el motel, esperando. Esperar significaba preocuparse por lo que estaría sufriendo Jesse a manos de sus captores y pensar en Mac y sobre lo que debería haber hecho y no hice para evitar su muerte. Significaba revivir la vieja humillación cuando Bran me dijo que el hombre al que amaba me estaba utilizando. Quería largarme de Aspen Creek, donde los recuerdos de los dieciséis años insistían en regresar pese a todo mi empeño por que no fuese así. Sin embargo, la obediencia a Bran estaba demasiado arraigada en mí, especialmente cuando sus órdenes tenían lógica. Aunque no tenían que gustarme.

Estaba regresando a mi habitación, con mi aliento formando nubes de vapor y la nieve crujiendo bajo los zapatos, cuando alguien me llamó por mi nombre.

—¡Mercy!

Miré al otro lado de la carretera, donde se había detenido un camión verde, lógicamente al verme a mí, aunque no reconocí al camionero. La intensa luz de la mañana reflejada sobre la nieve tampoco ayudaba mucho a apreciar los detalles, de modo que me cubrí los ojos con la mano y me acerqué más a él para obtener una mejor perspectiva.

En cuanto cambié de posición, el camionero apagó el motor, bajó de él y cruzó la carretera al trote.

—Me acabo de enterar que estabas aquí —dijo él—. Pensé que te habrías marchado temprano, si no habría pasado antes.

Definitivamente, la voz me resultaba familiar, pero no pegaba con aquel cabello rizado y rojizo ni con aquel rostro sin arrugas. Él pareció sorprendido por un instante, incluso herido, cuando no le reconocí de inmediato. Entonces se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Lo había olvidado, aunque cada vez que me miro en el espejo me da la impresión que estoy mirando a un extraño.

Los ojos, azul claro y compasivos, hacían juego con la voz, pero lo que me dio la pista definitiva fue su risa.

—¿Dr. Wallace? —pregunté—. ¿Es realmente usted?

Se metió las manos en los bolsillos, inclinó la cabeza y me regaló una amplia sonrisa.

—El mismo, Mercedes Thompson, el mismo.

Cárter Wallace era el veterinario de Aspen Creek. No, normalmente no atendía a los hombres lobo, pero en el pueblo había los suficientes perros, gatos y ganado como para mantenerlo ocupado. Su casa era la más próxima a la de mis padres adoptivos, y él me había ayudado a superar los primeros meses tras la muerte de ambos.

El Dr. Wallace que había conocido de niña era un hombre de mediana edad y calvo, con una tripa que tapaba la hebilla del cinturón y con un rostro y unas manos curtidos por el sol tras pasar tanto tiempo a la intemperie. El hombre que tenía delante era delgado y raquítico, con la piel pálida y perfecta como la de un chico de veinte años. Sin embargo, la diferencia más importante no estaba en su aspecto físico.

El Cárter Wallace que conocía era una persona dulce y de movimientos lentos. Le había visto convencer a una mofeta de que saliera de una pila de ruedas sin que esta recurriera a su perfume y mantener calmado a un caballo asustado mientras lo liberaba del alambre de espino en el que había quedado atrapado. Transmitía una sensación de paz, de solidez y verdad, como un roble.

Ya no. Pese a que sus ojos eran aún brillantes y amables, al mirarme fijamente descubrí algo más en ellos, un rastro de depredador. También percibí en él la promesa de la violencia, y entonces olí la sangre.

—¿Desde cuándo eres un lobo? —le pregunté.

—El mes que viene hará un año —dijo él—. Ya lo sé, ya sé que te prometí que no lo haría. Pero hace dos años tuve que jubilarme porque mis manos dejaron de funcionar bien. —Bajó la mirada y se miró las manos con demasiada ansiedad, aunque se relajó un poco tras mostrarme que podía mover todos los dedos sin dificultad—. No me importó mucho. Si hay algo a lo que se acostumbra un veterinario —especialmente por aquí— es a la edad y a la muerte. Gerry volvió a insistir, pero me mantuve firme. Hizo falta un poco más de artritis y de Gerry para hacerme cambiar de idea. —Gerry era su hijo, otro hombre lobo.

—¿Qué ocurrió? —le pregunté.

—Cáncer de huesos. —El Dr. Wallace meneó la cabeza—. Dijeron que estaba muy extendido. No me quedaba mucho más que esperar en una cama a morir antes de que la morfina dejara de hacerme efecto. Todo el mundo tiene su precio, y aquello era más de lo que podía soportar. De modo que se lo pedí a Bran.

—La mayor parte de la gente no sobrevive a la Transformación si está muy enferma —dije.

—Bran dice que soy demasiado testarudo para morir. —Volvió a dirigirme una amplia sonrisa, y aquella expresión empezó a preocuparme, ya que poseía una mordacidad que el Dr. Wallace, mi Dr. Wallace, jamás había tenido. Había olvidado lo extraño que resultaba conocer a una persona desde ambos lados de la

Transformación, el modo en que el lobo altera la personalidad humana. Especialmente si el humano no tenía el control.

—Pensé que a estas alturas ya estaría trabajando otra vez —dijo el Dr. Wallace—. Pero Bran dice que todavía es pronto. —Se balanceó ligeramente sobre los talones y cerró los ojos, como si pudiera ver algo que yo no veía—. Es el olor a sangre y carne. Estoy bien a menos que empiece a sangrar. —La última frase la dijo en un susurro y pude percibir el deseo en su voz.

Logró controlarse respirando profundamente y, cuando me miró, sus ojos tenían un matiz solo un poco más oscuro que la nieve.

—¿Recuerdas que durante años dije que los hombres lobo no son muy distintos a otros depredadores salvajes? —Como la gran ballena blanca, me había dicho, o el oso pardo.

—Lo recuerdo —dije.

—Los osos pardos no atacan a sus familias, Mercy. No anhelan la violencia ni la sangre. —Cerró los ojos—. Hace unos días casi mato a mi propia hija porque dijo algo con lo que no estaba de acuerdo. Si Bran no hubiese pasado por allí... —Sacudió la cabeza—. Me he convertido en un monstruo, no en un animal. Nunca podré volver a ser un veterinario. Mi familia no estará nunca a salvo, no mientras siga con vida.

Las últimas dos palabras quedaron suspendidas entre nosotros.

Mierda, mierda y más mierda, pensé. Ya debería tener más control. Si hacía un año que era un lobo y aún no podía controlarse a sí mismo cuando se enfurecía, jamás conseguiría el control necesario para sobrevivir. Los lobos que no pueden controlarse a sí mismos son eliminados por la seguridad de la manada. De hecho, la única pregunta importante era por qué Bran no se había ocupado aún del problema, aunque ya conocía la respuesta: el Dr. Wallace era uno de los pocos humanos que Bran consideraba su amigo.

—Espero que Gerry pueda venir para Acción de Gracias —me dijo el Dr. Wallace—. Pero me alegro de haberte visto antes de que te marcharas otra vez.

—¿Por qué no está Gerry aquí? —le pregunté. Gerry siempre había viajado para resolver asuntos en nombre de Bran, pero seguro que podría volver para ver a su padre antes de...

El Dr. Wallace me rozó la mejilla con la mano, y me di cuenta de que las lágrimas mojaban mis mejillas.

—Está muy ocupado. Se encarga de vigilar a los lobos solitarios que viven donde ninguna manada puede controlarlos. Es importante.

Lo era. Pero sabiendo que el Dr. Wallace moriría pronto, Gerry debería estar aquí.

—En muchas ocasiones, vivir es más fácil que morir, pequeña Mercy —me dijo con dulzura, citando el dicho favorito de mi padre adoptivo—. Baila cuando cante la luna, y no llores por problemas que aún están por venir.

Su sonrisa se suavizó, y durante un minuto vi con claridad al hombre que había sido.

—Hace frío aquí afuera, Mercy, y ese abrigo no ayuda mucho. Ve adentro, cariño.

No sabía cómo decirle adiós, de modo que no lo hice. Simplemente me di la vuelta y me alejé de él.

Cuando el reloj del motel dio las doce, me acerqué a la furgoneta. Charles —o Cari— la había aparcado frente a la habitación número uno. *Si Adam no puede viajar aún, tendrá que buscarse otro medio de transporte. No puedo pasar un minuto más en este lugar.*

Abrí la puerta trasera para comprobar el anticongelante, ya que la furgoneta tenía un pequeño escape que no había tenido tiempo de reparar. Cuando volví a cerrar la puerta trasera, Samuel estaba allí plantado, sujetando una voluminosa bolsa de lona.

—¿Qué haces aquí? —pregunté cautelosamente.

—¿No te lo ha dicho mi padre? —Me sonrió con aquel gesto cansado que siempre conseguía que el corazón empezara a latirme más deprisa. Sentí consternación al comprobar que aún lo conseguía—. Me envía contigo. Alguien tiene que encargarse de los matones que atacaron a Adam, y él no tiene mucha movilidad.

Me di la vuelta pero me detuve porque me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba Bran. Y porque Samuel tenía razón, maldita sea. Necesitábamos ayuda.

Por suerte, antes de verme obligada a inventar algo que explicara mi extraño comportamiento, la puerta de la habitación uno se abrió.

Parecía como si Adam hubiese perdido diez kilos en las últimas veinticuatro horas. Llevaba puestos unos pantalones de chándal prestados y una chaqueta sin abrochar sobre su torso desnudo. La mayor parte de la piel visible estaba cubierta de hematomas: cardenales en ténico, violetas, azules y negros con manchas más claras de rojo, aunque no se veía ninguna herida abierta. Aunque Adam era siempre muy meticuloso con su vestimenta y aspecto físico, tenía las mejillas cubiertas por la barba de varios días y el cabello revuelto. Se aproximó cojeando lentamente por la acera apoyado en un bastón.

No esperaba que pudiera caminar tan pronto, y la sorpresa debió de reflejarse en mi rostro porque Adam sonrió ligeramente.

—La motivación favorece la recuperación —dijo—. Tengo que encontrar a Jesse.

—La motivación favorece la estupidez —dijo Samuel entre dientes a mi lado, y la sonrisa de Adam se amplió, aunque ya no era una sonrisa de satisfacción.

—Tengo que encontrar a Jesse —fue todo lo que dijo Adam en respuesta a la evidente desaprobación de Samuel—. Mercy, si no hubieses llegado en aquel momento, ahora sería hombre muerto. Gracias.

Aún no había establecido exactamente qué tipo de relación teníamos, y saber que Bran le había pedido que me vigilara no aclaraba mucho las cosas. Aun así, no pude

evitar la tentación de burlarme de él. Se tomaba la vida demasiado en serio.

—Siempre lista para acudir a tu rescate —le dije a la ligera, y me alegré al descubrir en sus ojos un rastro de cordialidad antes de ponerse a reír.

Tuvo que detenerse y recuperar el aliento.

—Maldita sea —me dijo—. No me hagas esto más.

Samuel se había acercado a él, pero se relajó al comprobar que Adam continuaba caminando sin desplomarse. Abrí la puerta corredera tras el asiento del conductor.

—¿Quieres tumbarte? —le pregunté—. ¿O prefieres ir erguido? Delante no puedes ir, porque es más difícil entrar y salir.

—Iré sentado —gruñó Adam—. Las costillas aún protestan cuando me tumbo.

Cuando llegó junto a la furgoneta, me aparté y dejé que Samuel le ayudara.

—Mercy —dijo Bran por encima de mi hombro. Logró sorprenderme, ya que estaba pendiente de la expresión en el rostro de Adam.

Traía un par de mantas.

—Quería llegar más temprano para decirte que Samuel iba con vosotros —dijo Bran al tiempo que me pasaba las mantas—. Pero ha surgido un asunto que me ha retenido más de lo previsto.

—¿Sabías anoche que lo enviarías conmigo? —le pregunté.

—Era una posibilidad, sí —dijo con una sonrisa—. Aunque después de hablar contigo mantuve con Adam otra charla que me ayudó a aclarar ciertas cosas. Enviaré a Charles a Chicago con un par de lobos de apoyo. —Su sonrisa se amplió, una desagradable sonrisa de depredador—. Descubrirá quién está intentando crear nuevos lobos sin permiso y se ocupará de que en el futuro no vuelva a producirse el problema.

—¿Por qué no envías a Samuel y me das a Charles?

—Samuel tiene un estómago demasiado sensible para sobrellevar Chicago —dijo Adam casi sin aliento. Miré en su dirección y vi que estaba erguido en el asiento central delantero. Una capa de sudor perlaba su frente.

—Samuel es médico, y lo suficientemente dominante como para evitar que Adam se coma a alguien hasta que se recupere completamente —respondió Samuel saliendo de la furgoneta y arrebatándome las mantas de las manos.

El regocijo de Bran suavizó su sonrisa.

—Samuel estuvo fuera mucho tiempo —explicó—. Aparte de Adam, creo que tan solo le conoce Darryl, el segundo de Adam. Hasta que sepamos lo que ocurre, prefiero que nadie sepa que estamos investigando.

—Hay quien piensa que dentro de muy poco tiempo no podremos seguir ocultándonos de los humanos —dijo Samuel después de envolver a Adam con las mantas—. No obstante, es mejor que controlemos el modo en que ocurre en lugar de permitir que un grupo de lobos asesinos revelen nuestra existencia antes de estar preparados.

Debí de poner cara de sorpresa porque Bran se echó a reír.

—Es solo cuestión de tiempo —dijo—. Los feéricos tienen razón. Con la ciencia forense, la vigilancia por satélite y las cámaras digitales cada vez es más difícil mantenernos en secreto. Por muchos galgos rusos y mastines que cruce y vuelva a cruzar George Brown, no podrán pasar por hombres lobo.

En Aspen Creek había tres o cuatro personas que se dedicaban a criar perros de gran tamaño para explicar la existencia de huellas y apariciones extrañas; George Brown, él mismo un hombre lobo, había obtenido diversos premios nacionales con sus mastines. Los perros, al contrario que la mayoría de los gatos, solían convivir bastante bien con los hombres lobo.

—¿Estás buscando a alguien con el carisma de Kieran McBride? —le pregunté.

—No —gruñó Adam—. Ningún hombre lobo podría hacer lo que él hizo. No somos ni inofensivos ni adorables. No obstante, puede que encuentre a un héroe: un oficial de policía o alguien en el ejército.

—¿Estabas informado de esto? —le pregunté.

—Había oído rumores.

—Lo último que necesitamos ahora es un bastardo asesino deambulando libremente por Tri-Cities, usando hombres lobo para matar a gente —dijo Bran y miró por encima de mi hombro en dirección a Samuel—. Encuentra al canalla y mávalo antes de que implique a los humanos, Samuel. —Bran era la única persona que conocía que podía utilizar una palabra como «canalla» y hacerte creer que era un insulto; aunque si hubiera dicho «conejito» con aquel tono de voz, el mismo escalofrío hubiera recorrido mi espina dorsal.

Aunque el estremecimiento era más culpa del frío que del miedo. En Tri-Cities, la mayor parte de los días estábamos sobre cero. Para un mes de noviembre en Montana, el frío no era exagerado; por ejemplo, las ventanas de la nariz no se bloqueaban cada vez que respiraba, de modo que no debíamos de estar aún a diez bajo cero. Pero el frío era considerablemente más intenso que aquel al que estaba acostumbrada.

—¿Dónde está tu abrigo? —me preguntó Bran al darse cuenta de que me castañeteaban los dientes.

—Lo he dejado en la habitación —dije—. No es mío.

—Puedes quedártelo.

—Pero me voy de aquí ya —dije.

Sacudió la cabeza y dijo:

—Entonces será mejor que lo hagas rápido, porque si no morirás congelada. —Miró a Samuel—. Manténme informado.

—Bran —dijo Adam—. Gracias.

Bran sonrió y me rozó al acercarse a la furgoneta y coger suavemente una de las magulladas manos de Adam.

—Ha sido un placer.

Tras dar un paso atrás, cerró la puerta corredera con la fuerza exacta para que esta no volviera a abrirse. Yo había tardado tres meses en aprender a hacerlo bien.

Se metió la mano en el bolsillo del abrigo y me entregó una tarjeta. Era muy sencilla: fondo blanco y su nombre y sus dos números de teléfono en sencillas letras negras.

—Llámame cuando quieras —me dijo—. El primer número es el del móvil, así no tendrás que hablar con mi mujer.

—¿Bran? —le pregunté impulsivamente—. ¿Qué es eso tan importante que no permite a Gerry regresar a casa para estar con el Dr. Wallace?

—Compadecerse de sí mismo —dijo bruscamente Samuel.

Bran apoyó la mano sobre el brazo de Samuel, pero se dirigió a mí:

—El caso de Cárter es trágico e inusual. Habitualmente, cuando un lobo supera la Transformación pero no sobrevive a su primer año significa que el humano no ha podido controlar los instintos del lobo.

—Pensé que solo era una cuestión de control —le dije a Bran.

Asintió con la cabeza.

—Lo es. Pero en el caso de Cárter, no es una cuestión de autocontrol, sino algo más.

—No quiere ser un hombre lobo —dijo Samuel—. No quiere sentir el fuego del instinto asesino ni el poder de la caza. —Durante un instante, el sol iluminó los ojos de Samuel y estos relucieron—. Es un sanador, no un depredador.

Ah, pensé, eso escuece, ¿no es cierto, Dr. Samuel Cornick? Samuel no había compartido conmigo pensamientos muy profundos, aunque, probablemente, eso se debiera más a mi edad que a sus inclinaciones. De todos modos, recordaba que a veces había tenido problemas porque su instinto de sanador no era tan intenso como su instinto asesino. Me dijo que siempre se aseguraba de comer bien antes de llevar a cabo cualquier tipo de cirugía. ¿Pensaría que el Dr. Wallace era mejor persona al renunciar a vivir con aquel conflicto?

—A menos que Cárter permita que el lobo se convierta en parte de él, jamás podrá controlarlo. —Bran contrajo los labios—. Es peligroso, y cada luna llena que pasa lo es todavía más, Mercy. Para estar bien, lo único que debe hacer es ceder solo una vez en su estricta moralidad y aceptar lo que es. Pero si no lo hace pronto, no lo conseguirá. No puedo permitir que pase otra luna llena.

—Gerry fue quien le convenció para que intentara la Transformación —dijo Samuel con un tono cansado—. Él sabe que se acerca el momento en que alguien tendrá que enfrentarse al problema de Cárter. Si estuviera aquí, sería tarea suya, pero es incapaz de hacerlo.

—Yo me ocuparé —dijo Bran tras respirar profundamente—. Ya lo he hecho otras veces. —Desplazó la mano desde el brazo al hombro de Samuel—. No todo el mundo es tan fuerte como tú, hijo mío.

—Sus palabras y su postura comunicaron un mundo de dolor compartido, y recordé a los tres hijos de Samuel que no habían superado la Transformación.

—Sube a la furgoneta, Mercy —dijo Samuel—. Estás temblando.

Bran colocó ambas manos sobre mis hombros y me besó en la frente. Entonces lo estropeó todo al decir:

—Deja que los chicos se encarguen de esto, Mercedes.

—Claro —le dije mientras me alejaba de él—. Cuídate, Bran.

Rodeé la furgoneta por la parte delantera. La única razón por la que no maldije entre dientes era que los hombres lobo oirían mis palabras.

Puse en marcha la furgoneta. Protestó por culpa del frío pero no demasiado. Dejé que se calentara mientras Bran daba a Samuel unas últimas instrucciones.

—Bran no te conoce muy bien, ¿verdad? —me dijo Adam en voz baja. Supuse que el ruido del motor y de la radio evitaría que los otros dos nos escucharan.

—Evidentemente no si cree que voy a dejar las cosas en tus manos y las de Samuel —le susurré.

—Justo lo que pensaba —dijo él, y su tono de satisfacción hizo que me diera la vuelta para mirarle a la cara. Él sonrió cansadamente—. Samuel es bueno, Mercy. Pero no conoce a Jesse ni se preocupa por ella. Yo no serviré de mucho durante un tiempo, por lo que te necesito para encontrarla.

La puerta del acompañante se abrió y Samuel se acomodó en el asiento y volvió a cerrarla.

—Papá tiene buenas intenciones —me dijo Sam cuando empecé a dar marcha atrás, lo que demostraba que me conocía mejor que su padre—. Está acostumbrado a tratar con gente que le hace caso cuando les dice algo. Pero tiene razón, Mercy. No estás preparada para involucrarte en asuntos de hombres lobo.

—A mí me parece que hasta ahora no lo ha hecho del todo mal —dijo Adam con calma—. Mató a un par con dos días de diferencia y salió sin un rasguño.

—Suerte —dijo Samuel.

—¿De veras? —A través del retrovisor interior vi cómo Adam cerraba los ojos antes de continuar—: Tal vez. Cuando estaba en el ejército, poníamos a los soldados más afortunados donde pudieran sernos de más ayuda.

—Adam quiere que le ayude a buscar a Jesse —le dije a Samuel clavando el pie en el acelerador tras dejar atrás el límite de Aspen Creek.

La conversación perdió bastante fuerza a partir de entonces. Adam abandonó tras unos cuantos comentarios mordaces más, y se acomodó en el asiento para disfrutar de los fuegos artificiales. No recordaba haber discutido mucho con Samuel en el pasado, aunque hacía tiempo que había dejado de ser una adolescente enferma de amor.

Al ver que yo lo ignoraba deliberadamente, Samuel se desabrochó el cinturón de seguridad y se deslizó entre los asientos delanteros para ir a sentarse junto a Adam.

—Jamás discutas con Mercy sobre algo importante para ella —le advirtió Adam. Parecía haberse divertido mucho con la discusión—. Incluso cuando deja de discutir

contigo, acaba haciendo lo que quiere.

—Calla de una vez y come algo —le gritó Samuel de un modo poco habitual en él. Oí cómo destapaba una pequeña nevera y el olor dulzón y metálico de la sangre inundó la furgoneta.

—Mmm —dijo Adam con poco entusiasmo—. Filete crudo.

Pero se lo comió de todos modos. Poco después, Samuel regresó al asiento delantero y se puso el cinturón.

—No recuerdo que fueras tan testaruda —me dijo.

—Tal vez no lo fuera —reconocí—. O quizás no solías darme órdenes continuamente. No soy un miembro de tu manada ni de la de Bran. No soy un hombre lobo. No tienes derecho a imponerme nada que no quiera hacer.

Emitió un gruñido y el silencio se prolongó durante un rato.

—¿Has comido? —dijo finalmente.

Negué con la cabeza.

—Pensaba detenerme en Sandpoint. Ha crecido mucho desde la última vez que estuve por aquí.

—Turistas —dijo Samuel con repugnancia—. Cada año viene más y más gente. —Me pregunté si estaría pensando en la primera vez que había estado allí.

Nos detuvimos y compramos el suficiente pollo frito como para alimentar a un equipo entero de béisbol; o a dos hombres lobo, y un poco para mí. Adam volvió a comer con sobria ferocidad. El proceso de curación requería mucha energía, por lo que necesitaba toda la proteína que podía engullir.

Cuando terminó, de nuevo en la carretera y con Samuel en el asiento delantero, le pregunté finalmente:

—¿Qué ocurrió la noche del ataque? Sé que ya se lo has contado a Bran, y probablemente también a Samuel, pero me gustaría saberlo.

Adam se limpió cuidadosamente los dedos en la toallita húmeda que venía con el pollo; aparentemente, no consideró que la comida fuera para chuparse los dedos.

—Reuní a la manada para presentarles a Mac, y para contarles tus aventuras con sus captores.

Asentí.

—Aproximadamente unos quince minutos después de que se marchara el último de ellos, sobre las tres y media de la madrugada, alguien llamó a la puerta. Mac ya había conseguido recuperar la forma humana y corrió a abrir la puerta. —Se produjo una pausa, que aproveché para ajustar el retrovisor interior para observar el rostro de Adam, aunque no pude interpretar su expresión.

—Yo estaba en la cocina, de modo que no sé qué ocurrió exactamente, pero por los ruidos, diría que le dispararon en cuanto abrió la puerta.

—Lo que fue una estupidez —comentó Samuel—. Tendrían que haber sabido que oírías los disparos; incluso un arma con silenciador produce una pequeña detonación.

Adam empezó a encogerse de hombros, pero se detuvo con una expresión de reproche.

—Maldita sea —perdona, Mercedes—, que me cuelguen si sabía lo que pensaba aquella gente.

—No lo mataron a propósito, ¿verdad? —dije. Yo también había estado pensando. Un arma cargada con balas de plata es algo mucho más fiable que un dardo lleno de drogas experimentales.

—Creo que no —corroboró Samuel—. Parecía más bien una reacción alérgica masiva a la plata.

—¿Había plata en el dardo que encontró Mercedes, como creía Charles? —preguntó Adam.

—Sí —dijo Samuel—. He enviado el dardo al laboratorio junto con una muestra de sangre de Mac para un análisis más detallado, pero me parece que mezclaron nitrato de plata con DMSO y Polvo K.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—El Polvo K es ketamina —dijo Adam—. Se ha estado utilizando como droga de diseño, pero empezó siendo un tranquilizante para animales. No funciona con los hombres lobo. El nitrato de plata se utiliza para fabricar película sensible. ¿Qué es el DMSO?

—El nitrato de plata es un modo eficaz de introducir plata en una solución —dijo Samuel—. También se utiliza para tratar las infecciones oculares, aunque nunca se lo recetaría a un hombre lobo.

—Jamás he conocido a un hombre lobo con infección ocular —dije, pese a entender a qué se refería.

Me dirigió una sonrisa pero continuó hablando con Adam.

—El DMSO es dimetil sulfóxido. Tiene un montón de propiedades extrañas, pero la que más nos interesa a nosotros es que puede transportar las drogas a través de las membranas.

Me quedé mirando fijamente la carretera que se extendía frente a la furgoneta y coloqué la mano delante del calefactor porque la tenía fría. Tenía que cambiar el cierre hermético de las ventanillas, y el calefactor no conseguía estar a la altura del gélido aire de Montana.

Qué extraño, no recordaba haber pasado frío cuando iba en la otra dirección. Supongo que cuando intentas salvar a alguien no hay mucho margen para las incomodidades frívolas.

—El primer año de universidad descubrí algo en el laboratorio de química —dije—. Lo mezclamos con aceite de menta e introduje el dedo: pude saborear la menta.

—Exacto —dijo Samuel—. Es la misma sustancia. De modo que no tienes más que mezclar DMSO con una solución de plata y, presto, la plata circula por todo el cuerpo del hombre lobo, envenenándolo todo y permitiendo que el tranquilizante, en este caso, ketamina, trabaje sin interferencia en el interior del metabolismo del

hombre lobo, cuando en circunstancias normales ese mismo metabolismo impediría que la droga hiciera efecto.

—¿Crees que Mac murió como consecuencia de la plata y no por sobredosis de ketamina? —preguntó Adam—. Solo le dispararon dos veces. Yo recibí como mínimo cuatro disparos, quizá más.

—Cuanto más reciente es la exposición a la plata, peor es la reacción —dijo Samuel—. Supongo que si el chico no hubiera pasado los últimos meses bajo sus atentos cuidados y recibiendo dosis de plata, no habría muerto.

—Obviamente el nitrato de plata y la ketamina se pueden conseguir con facilidad —dijo Adam tras una pausa—. ¿Y el DMSO?

—Yo puedo conseguirlo. El bueno está disponible con receta. Supongo que también se puede comprar a cualquier proveedor de clínicas veterinarias.

—De modo que necesitarían a un médico, ¿no? —pregunté.

Pero Samuel negó con la cabeza.

—No para el proveedor de clínicas veterinarias. Y me parece que también se puede conseguir con facilidad en una farmacia. Es una de esas drogas que no controlan demasiado. Creo que pueden hacer tanta cantidad de su *cocktail* como quieran sin muchos problemas.

—Perfecto. —Adam cerró los ojos, probablemente imaginando un ejército invasor armado con armas de dardos tranquilizantes.

—Así que mataron a Mac —dije cuando quedó claro que Adam no iba a continuar—. ¿Qué ocurrió entonces?

—Salí como una furia de la cocina y también me dispararon a mí. —Adam sacudió la cabeza—. Estaba habituado a ser casi a prueba de balas; aprendí la lección. Fuera lo que fuese lo que había en ese dardo, me dejó grogui, y, cuando desperté, estaba maniatado, con esposas en las muñecas y en los tobillos. Aunque tampoco estaba en condiciones de hacer nada. Estaba tan desorientado que apenas podía mover la cabeza.

—¿Viste quiénes eran? —le pregunté—. Sé que uno de ellos era el humano que acompañaba al hombre lobo que maté en el garaje. Le olí en la habitación de Jesse.

Adam se revolvió en el asiento hasta donde permitía el cinturón de seguridad.

—Adam. —La voz de Samuel era tranquila pero enérgica.

Adam asintió con la cabeza y se relajó ligeramente, estirando el cuello para deshacerse de la tensión acumulada.

—Gracias. Es más difícil cuando me enfado. Sí, conocía a uno de ellos, Mercedes. ¿Sabes cómo me convertí en hombre lobo?

Aunque parecía una pregunta casual, Adam nunca decía nada sin un motivo.

—Solo que fue durante la guerra del Vietnam —respondí—. Eras de las Fuerzas Especiales.

—Exacto —confirmó—. Reconocimiento de largo alcance. Me enviaron junto a otros cinco hombres a eliminar a un señor de la guerra particularmente desagradable,

una operación de asesinato. No fue la primera.

—El señor de la guerra era un hombre lobo —dije.

Se puso a reír sin demasiada alegría.

—Nos hizo pedazos. Fue uno de sus propios hombres quien le mató, mientras se comía al pobre McCue. —Cerró los ojos y dio un suspiro—. Todavía le oigo gritar.

Esperamos, Samuel y yo, y tras un momento, Adam continuó.

—Todos los hombres del señor de la guerra huyeron y nos dejaron solos. Parece ser que no confiaban mucho en que estuviera realmente muerto, pese a que lo habían decapitado. Después de cierto tiempo —bastante tiempo, aunque hasta mucho después no descubrí cuánto— me di cuenta de que podía moverme. Todos habían muerto, excepto el Especialista 4 Christiansen y yo. Ayudándonos mutuamente, conseguimos salir de allí de algún modo, y al estar tan malheridos, nos enviaron a casa: a Christiansen de todos modos no le quedaba mucho para cumplir el servicio, y supongo que creyeron que yo estaba completamente loco, ya que no hacía más que delirar sobre lobos. Nos enviaron a casa tan precipitadamente que ningún médico tuvo tiempo de darse cuenta de lo rápido que nos recuperábamos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Samuel.

Adam estaba temblando y se abrigó mejor con las mantas.

—Lo siento. No suelo hablar de esto muy a menudo. Es más difícil de lo que esperaba. Total, uno de los compañeros del ejército que había regresado a los EE. UU. unos meses antes se enteró de que estaba en casa y vino a verme. Nos emborrachamos, o por lo menos lo intenté. Había empezado a descubrir que necesitaba una gran cantidad de *whisky* para conseguir algo, pero me ayudó a desinhibirme y le conté lo del hombre lobo. Gracias a Dios que lo hice, porque me creyó. Avisó a un familiar y entre los dos me convencieron de que en la próxima luna llena me saldría pelo e intentaría matar a alguien. Me introdujeron en su manada y consiguieron proteger a la gente hasta que pude controlarme por mí mismo.

—¿Y el otro hombre que resultó herido? —pregunté.

—¿Christiansen? —dijo mientras asentía—. Lo encontraron mis amigos. Tendrían que haberlo hecho antes, pero cuando llegó a casa descubrió que su mujer vivía con otro hombre. Entró en casa y se encontró con las maletas hechas y a su mujer y su amante esperando con los papeles del divorcio.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Samuel.

—Los hizo pedazos. —Sus ojos se clavaron en los míos a través del retrovisor interior—. Incluso durante el primer mes, si te enfadas lo suficiente, puede sobrevenirte la Transformación.

—Lo sé —le dije.

Asintió espasmódicamente.

—En definitiva, le convencieron de que se quedara con la manada y le enseñaron lo necesario para sobrevivir. Aunque por lo que sé nunca se unió oficialmente a ninguna manada. Todos estos años ha vivido como un lobo solitario.

Un lobo solitario es un macho que o bien rechaza unirse a una manada o bien no puede encontrar a una que lo acepte. Las hembras, debo añadir, no tienen opción. Por lo que se refiere a las mujeres, los hombres lobo todavía no han llegado al siglo xx, no hablemos ya del xxi. Me alegro de no ser un licántropo. O tal vez sea una lástima, porque alguien tiene que despertarlos.

—¿Christiansen era uno de los lobos que vino a tu casa? —le pregunté.

Adam volvió a asentir.

—Ni le vi ni le oí, ya que en ningún momento se acercó a mí, pero le olí. Había varios humanos y tres o cuatro lobos.

—Tú mataste a dos —le dije—. Yo maté a un tercero. —Intenté recordar los olores que había percibido en su casa, pero solo estaba pendiente de rastrear a Jesse. En la casa habían estado demasiados lobos de la manada de Adam, y yo solo conocía a unos cuantos por el nombre—. Reconocería al hombre, el humano que se enfrentó a Mac y a mí aquella misma noche, pero del resto no estoy segura.

—Estoy convencido de que pretendían dejarme al margen hasta hacer lo que fuera que habían venido a hacer, pero todo su plan no era más que una chapuza —dijo Adam—. En primer lugar, mataron a Mac. Obviamente lo querían vivo, ya que intentaron llevárselo de tu tienda, aunque no creo que pretendieran matarlo en mi casa.

—Lo dejaron en mi puerta —dije.

—¿En serio? —Adam frunció el ceño—. ¿Una advertencia? —Me di cuenta de que daba vueltas a aquello en su cabeza y que llegaba a la misma conclusión a la que yo había llegado—: Aléjate de nuestros asuntos y no acabarás muerta.

—Una rápida decisión para deshacerse de un cuerpo que no esperaban tener —comenté—. Alguien se acercó a mi casa en coche para dejar el cadáver y se largó antes de que yo saliera. Los que se quedaron en tu casa salieron por piernas, seguramente con Jesse.

Llegué a tiempo para matar al último hombre lobo al que te enfrentaste. —Intenté recordar a qué hora había sido aquello—. Me parece que eran las cuatro y media de la madrugada, más o menos.

Adam se frotó la frente y Samuel dijo:

—De modo que dispararon a Mac, después a Adam y esperaron a que Mac muriera. Dejaron el cuerpo frente a tu casa; después despertó Adam, cogieron a Jesse y se largaron, dejando tres hombres lobos en la casa para que hicieran algo. ¿Para matar a Adam? Entonces, ¿por qué llevarse a Jesse? Seguramente no los dejaron allí para sacrificarlos.

—El primer lobo con el que luché era muy reciente —dije lentamente—. Si todos lo eran, es posible que simplemente perdieran el control, y los otros se largaron cuando vieron que no podían calmarlos.

—Christiansen no es nuevo —dijo Adam.

—Uno de los lobos era una mujer —le dije—. El que maté era de color *beige*, como Leah pero más oscuro. El otro tenía un color más normal, gris y blanco. No recuerdo ninguna marca.

—Christiansen es dorado rojizo —dijo Adam.

—¿Tenían la intención de secuestrar a Jesse desde el principio o se le ocurrió a alguien al darse cuenta de que la operación había sido un desastre?

—Jesse —dijo Adam con voz ronca, y cuando le miré descubrí que no había oído la pregunta de Samuel—. Me desperté al oír gritar a Jesse. Ahora lo recuerdo.

—Encontré unas esposas rotas en el suelo del comedor. —Reduje la velocidad de la furgoneta para no conducir pegada a una autocaravana que ascendía pesadamente la misma montaña que nosotros. No tuve que reducir mucho la velocidad—. Las esposas eran de plata, para las muñecas, y el suelo estaba cubierto de vidrio, hombres lobo muertos y muebles. Supongo que las esposas de los tobillos estaban mezcladas con todo eso. —Se me ocurrió algo—. Tal vez solo vinieran a por Mac y para castigar a Adam por acogerle.

Samuel meneó la cabeza.

—Mercy, a ti sí podrían dejarte una advertencia, o intentar que aprendieras la lección. A una manada de hombres lobo inexpertos —especialmente si los dirige un lobo veterano— no se le ocurriría irritar a un Alfa únicamente para «castigarle» por interferir en sus asuntos. En primer lugar, no se me ocurre un modo mejor de irritar al Marrok. Y en segundo lugar está el propio Adam. Él no es solo el Alfa de la Cuenca del Columbia, sino que también es uno de los alfas más fuertes de los EE. UU., exceptuando lo presente, claro está.

Adam gruñó, poco impresionado por las palabras de Samuel.

—No disponemos de la información necesaria para llegar a una conclusión precisa sobre sus intenciones. Mac está muerto, ya fuera intencionada o accidentalmente. Casi acaban conmigo, y se han llevado a Jesse. El humano al que reconociste me hace suponer que todo esto tiene algo que ver con la historia de Mac; y la presencia de Christiansen implica que tiene algo que ver conmigo. No tengo ni la más remota idea de la conexión que puede existir entre Mac y yo.

—Mercy —dijo Samuel.

—He olvidado comentarte que después de marcharme de Aspen Creek me uní a la sociedad secreta de los villanos —le dije a Samuel, exasperada—. Actualmente estoy trabajando para reunir un harén de hombres lobo sementales y musculosos. Por favor. Recuerda que no conocía a Mac hasta que apareció en mi garaje después de que los villanos arruinaran su vida.

Samuel, satisfecho por haber conseguido provocarme, me dio un golpecito en la pierna.

Miré distraídamente a Adam y vi que sus ojos habían pasado del chocolate al ámbar tras fijar la mirada en la mano de Samuel. Me obligué a fijar mi atención de

nuevo en la carretera para comprobar que la autocaravana no hubiera vuelto a reducir la marcha. Llevábamos cuatro coches pegados detrás.

—No la toques —dijo Adam en un susurro. Su voz había dejado un rastro de amenaza, y él también debió de percibirlo porque añadió—: Por favor.

Las últimas palabras evitaron el comentario desagradable que tenía preparado, y además recordé que Adam estaba aún herido y que continuaba luchando por controlar a su lobo. Y la conversación que nos ocupaba tampoco ayudaba mucho a calmarlo.

Aunque no era mi reacción lo que tendría que haberme preocupado.

Samuel abrió la mano hasta que sus dedos cubrieron la parte superior de mi muslo, y apretó, aunque no tan fuerte como para llegar a hacerme daño. No creo que Adam se hubiera dado cuenta, pero Samuel lo acompañó con un gruñido gutural de desafío.

No esperé la reacción de Adam. Di un golpe de volante hacia la derecha y pise el pedal del freno en cuanto la furgoneta salió completamente de la carretera. Me deshice del cinturón de seguridad y me di la vuelta para enfrentar la mirada amarilla de Adam. Respiraba pesadamente por la reacción a la mofa de Samuel templada por el dolor producido por mi súbita sacudida.

—Tú —dije con firmeza señalándole con el dedo—. No te muevas de aquí. —En ocasiones, si hablas con la suficiente seguridad, incluso los alfas hacen caso de tus órdenes. Especialmente si les ordenas que se sienten cuando están demasiado doloridos para moverse.

—Y tú —dije dirigiéndome a Samuel— fuera, ahora mismo.

Entonces di una sacudida con la pierna para deshacerme de su mano y salí de la furgoneta, evitando por muy poco que un camión que pasaba en aquel momento por la carretera se llevara la puerta de recuerdo.

No estaba muy segura de que ninguno de los dos me escuchara, pero al menos no tendría que conducir con un par de lobos intentando destrozarse el uno al otro. Sin embargo, Samuel abrió su puerta mientras yo rodeaba la furgoneta por la parte frontal. Para cuando me alejé media docena de pasos del vehículo, Samuel estaba a mi lado y la puerta cerrada.

—¿Qué es exactamente lo que pretendías? —le grité para que mis palabras no quedaran silenciadas por el ruido del tráfico. De acuerdo, también estaba muy enfadada—. Pensaba que estabas aquí para evitar que alguien desafiara a Adam hasta que estuviera totalmente recuperado, no para hacerlo tú.

—No le pertenezco —me replicó mientras sus blancos dientes chasqueaban con fuerza.

—¡Por supuesto que no! —resoplé exasperada y también desesperada—. ¡Pero tampoco te pertenezco a ti! Por el amor de Dios, Sam, no estaba diciéndote que le pertenecía, solo que sentía que estabas invadiendo su territorio. Te estaba pidiendo ayuda. —Alguien tendría que haberme dado un Doctorado en Psicología y Terapia de los hombres lobo; evidentemente merecía algo por tener que enfrentarme a toda

aquella mierda—. No fue un desafío, estúpido. Adam está intentando controlar a su lobo tras estar casi a las puertas de la muerte. Dos hombres lobo machos sin pareja siempre defienden su territorio en presencia de una hembra; lo sabes mejor que yo. Se supone que eres tú quien debe mantener el control, y te estás comportando peor que él. —Cogí aliento y me llené los pulmones con el aire contaminado por el tráfico.

Samuel se detuvo y después apoyó el peso sobre los talones; una señal de que estaba considerando la posibilidad de retirarse del combate.

—Me llamaste Sam —dijo en un tono extraño que me asustó tanto como la violencia que olía en él, ya que no sabía qué le empujaba a actuar de aquel modo. El Samuel que conocía era despreocupado, sobre todo para un hombre lobo. Estaba empezando a pensar que no era la única que había cambiado en aquellos años.

No supe cómo encajar su comentario. No entendía qué tenía que ver el hecho de haberle llamado Sam con todo lo demás, de modo que lo ignoré.

—¿Cómo pretendes ayudarme a controlarle a él si ni siquiera tú puedes controlarte a ti mismo? ¿Qué te ocurre? —Estaba realmente desconcertada.

A Samuel se le daban muy bien las situaciones complicadas. Uno de sus trabajos era instruir a los nuevos lobos en el control para que se les permitiera seguir viviendo. No es extraño que la mayoría de los hombres lobo sean unos fanáticos del control como Adam. No sabía qué hacer con Samuel, pero lo que sí sabía era que no le dejaría volver a la furgoneta hasta que lograra dominar aquello.

—No es solo que seas una hembra —murmuró finalmente, aunque casi no le oí porque dos motocicletas pasaron a nuestro lado a toda velocidad.

—¿Qué es entonces? —le pregunté.

Me miró con ojos tristes, y me di cuenta de que no había pretendido que yo escuchara aquel comentario.

—Mercedes... Mercy. —Desvió la mirada y observó fijamente la ladera de la montaña, como si los prados que se extendían a sus pies escondieran el secreto que ansiaba descubrir—. Estoy tan inquieto como un cachorro. Tú te comes mi control.

—¿Entonces todo es culpa mía? —pregunté incrédula. Aquello ya pasaba de castaño oscuro. Evidentemente no iba a aceptar que me echara la culpa.

Pero, sorprendentemente, se puso a reír. Y con asombrosa facilidad, la ardiente ira, la deslumbrante violencia y el poder de dominación que había condensado el aire a nuestro alrededor más de lo físicamente posible se desvaneció. Solo quedamos él y yo y el cálido aroma de Samuel, que olía a hogar y a bosque.

—Quédate un rato aquí y disfruta del humo diésel, Mercy —dijo al tiempo que una furgoneta de reparto que necesitaba un cambio de motor pasó a nuestro lado envuelta en una nube de humo negro—. Dame unos minutos para aclarar las cosas con Adam antes de volver a subir a la furgoneta. —Dio media vuelta y caminó dos pasos en dirección a esta—. Te haré un gesto con la mano.

—¿Sin violencia? —dije.

Se puso una mano sobre el pecho y se inclinó.

—Te lo prometo.

Empecé a preocuparme cuando vi que tardaba más de lo esperado, pero finalmente abrió la puerta y me llamó. No había bajado la ventanilla porque yo tenía las llaves y estas eran eléctricas. Por alguna razón que aún no había descubierto, no se podían bajar ni subir las ventanillas al mismo tiempo, ni siquiera cuando el motor estaba en marcha.

Me senté en el asiento del conductor y le dirigí a Adam una mirada cautelosa, pero tenía los ojos cerrados.

Capítulo 8

En cuanto «buscando señal» apareció en la pantalla de mi móvil, llamé a Zee.

—¿Quién es? —respondió.

—Mercy —le dije.

—No me dijiste que la pieza era para la furgoneta del vampiro —dijo secamente. Me froté la cara con la mano.

—No puedo pagarles el porcentaje que les pagabas tú —le expliqué, aunque no por primera vez.

En la Cuenca del Columbia, la cual incluye Richland, Kennewick y Pasco, aparte de las pequeñas localidades de los alrededores como Burbank o West Richland, todos los negocios que los vampiros consideran bajo su jurisdicción (es decir, todos los regentados por alguien con alguna relación con lo sobrenatural lo suficientemente débil como para no enfrentarse a ellos) les pagan por su protección. Y sí, como ocurre con la mafia, los vampiros solo te protegen de sí mismos.

—Aceptaron que podía pagarles reparando sus coches. Y me pagan las piezas. De ese modo mantienen mejor las apariencias, y además solo tengo que reparar la furgoneta de Stefan y algún Mercedes o BMW de vez en cuando. Para ser un vampiro, Stefan no es tan malo.

Se produjo un gruñido en el asiento de al lado.

—No pasa nada —le dijo Adam a Samuel—. La vigilamos de cerca. Y tiene razón. Stefan no es tan malo para ser un vampiro. Según parece, su presencia hace que la dejen en paz.

Desconocía que algún vampiro pretendiera molestarme, ni que Stefan se preocupara lo suficiente de mí como para evitarlo.

—No lo sabía —dijo Zee, quien evidentemente había oído el comentario de Adam, y dudó brevemente—. Los vampiros no son buenos compañeros, Mercy. Cuanto más lejos estés de ellos, mejor; y enviarles un cheque cada mes es más seguro que tratar con ellos cara a cara.

—No me lo puedo permitir —le repetí—. Aún estoy pagando al banco, y lo seguiré haciendo hasta que sea tan vieja como tú.

—Bueno, no importa —dijo finalmente—. No soy yo quien tiene que tratar con él. El nuevo proveedor envió la pieza equivocada. La devolví y llamé por teléfono para quejarme al comercial. La pieza correcta tendría que llegar el viernes. Es lo único que podía hacer, porque mañana es Acción de Gracias. Llamé al número que figuraba en la ficha del vampiro y dejé el mensaje. ¿Qué clase de vampiro tiene la música de Scooby Doo en el contestador? —Era una pregunta retórica, porque

continuó—: Y una mujer se pasó por aquí y dijo que venía de parte de tu amigo *Politzei*.

Me pasé la mano por la frente: me había olvidado de la chica de Tony.

—¿Pudiste averiguar qué le pasaba a su coche?

—¡Mercy! —me contestó, ultrajado.

—No pretendía insultarte. ¿Valía la pena repararlo?

—El sistema eléctrico está muy mal —dijo él—. Mercy...

Sonreí porque ya había comprobado el efecto que aquella mujer había ejercido sobre Tony, «El casado con mi trabajo».

—Te cayó bien —le dije.

Zee emitió un gruñido.

—¿Le hiciste un presupuesto?

—Aún no he hablado con ella —dijo él—. Lleva la falta de dinero y el orgullo escrito en la cara. No me dejó que la acompañara a casa, de modo que se fue andando con sus críos. Ni siquiera tiene teléfono, solo el del trabajo.

Me reí por dentro. Existía más de una razón por la que Zee no disponía del dinero que los viejos feéricos suelen amasar. Bueno, supongo que yo tampoco me haré nunca rica.

—De acuerdo —dije—. ¿De qué tipo de trato estamos hablando?

—Llamé al *Politzei* —dijo Zee. Sabía cómo se llamaba Tony; incluso le caía bien, aunque hacía todo lo posible por ocultarlo. Lo que no le gustaba era que las autoridades humanas se acercaran demasiado. Tenía razón, pero no siempre actuó según las leyes de la prudencia. Si lo hiciese, en aquellos momentos no estaría viajando con dos hombres lobo en mi furgoneta.

—¿Qué te dijo? —le pregunté.

—Que tiene un hijo mayor que busca trabajo para después de clase.

Le dejé hablar; era demasiado divertido ver cómo se retorció. A pesar de que le gustaba interpretar el papel de hombre mayor grosero y desagradable, tenía el corazón de un cervatillo.

—Con mi Tad lejos, te hacen falta un par de manos.

Y con Mac muerto. Perdí interés en seguir burlándome del viejo gremlin.

—Está bien, Zee. Si hablas con ella, dile que su hijo puede pagar la reparación trabajando. Si trabaja bien, le ofreceré el empleo de Tad. Supongo que ya has reparado el coche, ¿no es así?

—*Ja* —dijo él—. Aunque tendrás que hablar tú con la señora, a no ser que quieras que venga también mañana. Trabaja todo el día.

—No, no te necesitaré. Mañana es Acción de Gracias. Cerraré la tienda, si recuerdas colgar el cartel en la puerta.

—No te preocupes. —Volvió a dudar—. Tal vez tenga una pista para ti sobre Jesse. Estaba a punto de llamarte. Una de las feéricas que aún vive oculta me dijo que podría ayudarte, pero no me dirá nada hasta que hable contigo.

«Aún oculta» podía significar tanto que los Señores Grises no conocían su existencia como que formara parte del grupo de desagradables o poderosos.

En aquella ocasión fue Adam quien emitió el gruñido. Aquel era el inconveniente de mantener una conversación telefónica privada en presencia de hombres lobo. Aunque no me molestaba tanto cuando era yo la que escuchaba la conversación ajena.

—Estamos a una hora de la ciudad —le dije—. ¿Podrías fijar una cita para esta noche en un lugar de su elección?

—Muy bien —dijo él, y colgó.

—¿Lo habéis oído todo? —les pregunté a ambos.

—Adam no puede ir —dijo Samuel con tono estricto—. No, Adam, tú también lo sabes.

Adam suspiró.

—De acuerdo. Y también reconozco que no puedo valerme por mí mismo. Pero quiero que Mercy esté allí. Podríamos llamar a Darryl y...

Samuel levantó una mano.

—Mercy —dijo—, ¿por qué decidiste llevar a Adam a Montana en lugar de pedir ayuda a su manada?

—Fue una estupidez —dije.

—Tal vez, pero cuéntanoslo de todos modos.

—Estaba a punto de llamar a Darryl y, de repente, sentí cierta inquietud. Recordé un retazo de conversación entre Ben y Darryl de aquella misma noche, pero después no me pareció tan importante.

—¿Qué hacían Ben y Darryl hablando contigo? —preguntó Adam con la voz que utilizaba cuando quería que la gente pensara que no estaba molesto.

—Sé cuidarme de mí misma, Adam —le dije—. Me topé con ellos cuando sacaba la basura. Lo único que hizo Darryl fue decirle a Ben que me dejara en paz. Le dijo: «Ahora no». No sé por qué llegué a la conclusión de que iba a suceder algo.

—Primero te sentiste inquieta —dijo Samuel—, y después llegaste a esta conclusión tan estúpida.

—Sí. —Noté cómo la sangre inundaba mi rostro.

—¿Cómo te sientes ahora respecto a la manada?

Abrí la boca, pero volví a cerrarla.

—Maldita sea. Algo va mal. Creo que Adam no debería acudir a la manada hasta que pueda defenderse solo.

Samuel volvió a acomodarse en el asiento con una sonrisa débil y engreída.

—¿Qué? —pregunté.

—Percibiste algo —dijo Adam—. Un olor o algo en mi casa que te hizo pensar que alguno de mi manada estaba implicado. —Parecía sombrío—. Me resultó extraño que vinieran poco después de que se hubieran marchado mis lobos.

Meneé la cabeza.

—Mira, yo no sé nada.

—No mataremos a nadie —dijo Samuel—. Por lo menos no lo haremos guiándonos solo por tus instintos. Pero ¿qué mal hay en ser precavidos? Vuelve a llamar a tu amigo. Veremos a su informante mañana, cuando Adam pueda valerse por sí mismo.

—No —dijo Adam.

—Ni hablar. —Me resultó extraño estar de acuerdo con Adam—. Cuanto antes encontremos a Jesse, mejor.

—No puedo estar en dos sitios al mismo tiempo —dijo Samuel—. Y no permitiré que vayas sola para hablar con un feérico desconocido.

—Tenemos que encontrar a Jesse —dije.

—Mi hija es lo primero.

Samuel se dio la vuelta para mirar a Adam.

—¿Tienes algún lobo dominante en tu manada en quien puedas confiar? ¿Alguien que no tenga ambiciones de liderazgo?

—Warren. —Adam y yo dijimos el nombre al unísono.

Warren era mi miembro favorito de la manada de Adam, el único lobo al que recurría regularmente. Le conocí poco después de llegar a Tri-Cities, antes de saber siquiera que existía una manada en la ciudad. No había conocido a ningún hombre lobo después de salir de Montana, y evidentemente no esperaba encontrar a uno trabajando en el turno de noche del Stop and Rob local. Me observó con mirada cautelosa, pero en la tienda había más gente, de modo que aceptó mi dinero sin decir nada. Recogí el cambio con un asentimiento y una sonrisa.

Después de aquello, nos ignoramos mutuamente, hasta una noche en que una mujer con un ojo morado entró en la tienda para pagar la gasolina mientras su marido llenaba el depósito. Entregó a Warren el dinero y después agarró con firmeza la mano del niño que la acompañaba y le preguntó a Warren si el local tenía puerta trasera. Warren le sonrió amablemente y los acompañó a los dos, que parecían terriblemente asustados, a una pequeña oficina en la parte de atrás de la tienda en la que nunca me había fijado. Me dejó a cargo de la caja, salió de la tienda y mantuvo una breve conversación con el hombre del vehículo. Cuando regresó, llevaba doscientos dólares para la mujer; su marido se largó de allí con una velocidad que solo podía ser indicativa de miedo o de ira.

Esperé con Warren a que apareciera la señora que dirigía el refugio local para mujeres, quien se llevó de allí a sus nuevos clientes maltratados. Cuando se marcharon, me di la vuelta para mirar a Warren a los ojos y me presenté finalmente. Warren era uno de los buenos, un héroe. También era un lobo solitario. Le costó bastante confiar lo suficiente en mí como para contarme la razón.

Tal vez en otra época, o en otro lugar, no hubiera importado que Warren fuera gay. Pero la mayor parte de los hombres lobo con poder en los EE. UU. nacieron en

una época en que la homosexualidad era tabú, e incluso en algunos lugares se castigaba con la muerte.

Un profesor me dijo en una ocasión que, en el último acto oficial de la monarquía británica, la reina Victoria se había negado a firma una ley que convertía en ilegales los actos entre personas del mismo sexo. Aquello hubiera conseguido que tuviera una mejor opinión de ella, pero la razón de su negativa era que no creía que las mujeres hicieran nunca eso. El Parlamento reescribió la ley para especificar que iba dirigida a los hombres, y la reina la firmó. La Reina Victoria no era precisamente una entusiasta de la Ilustración. Aunque hacía tiempo que sabía que las manadas de licántropos tampoco lo eran. Era absolutamente comprensible que Warren no hubiera salido aún del armario, al menos no entre el resto de hombres lobo. Como Adam y Samuel habían demostrado hacía unas horas, los hombres lobo son muy sensibles a la excitación. No solo perciben los olores, sino también el aumento de la temperatura y el ritmo cardíaco. La excitación suele incitar el instinto de lucha entre los machos próximos. No es necesario añadir que un lobo macho atraído por otro macho se mete en muchas peleas. Decía mucho sobre las habilidades combativas de Warren el hecho de que hubiera sobrevivido durante tanto tiempo. Sin embargo, una manada no podía aceptar a un miembro que causara tantos problemas, de modo que había pasado su siglo de vida alejado de los de su especie.

Fui yo quien los presenté, a Adam y a Warren, aproximadamente cuando Adam se mudó junto a mi casa. En una ocasión, invité a Warren a cenar a casa y cuando nos pusimos a reír sobre algo, ya no recuerdo qué era, uno de los lobos de Adam emitió un aullido. Jamás olvidaré la desolación en el rostro de Warren.

Desde que era pequeña siempre había escuchado lo mismo: los lobos deben vivir en manada. Aún no lo entiendo del todo, pero el rostro de Warren me dijo que estar solo no era algo tan trivial para un lobo.

A la mañana siguiente fui a ver a Adam. Me escuchó educadamente y cogió el trozo de papel con el número de teléfono de Warren. Me marché de su casa pensando que había sido inútil.

Fue Warren quien me contó lo que había ocurrido a continuación. Adam lo citó en su casa y lo interrogó durante dos horas. A terminar, Adam le dijo que no le importaba si un lobo se follaba a los patos siempre y cuando supiera cumplir órdenes. No exactamente con esas palabras, si podía fiarme de la sonrisa de Warren mientras me lo contaba. Para Adam, la crueldad es un arma más; aunque no recurre mucho a ella, cuando lo hace es bastante efectivo.

Supongo que determinada gente puede considerar extraño que Warren sea uno de los mejores amigos de Adam, aunque Darryl continúa teniendo una posición superior. Pero son héroes, ambos, dos gallos en un gallinero; bueno, excepto que Adam no es gay.

El resto de la manada no aceptó de muy buen grado la llegada de Warren. Ayudó un poco el hecho de que la mayoría de ellos fueran más jóvenes que Adam, porque en

las últimas décadas se han producido grandes avances desde la rígida era victoriana. Y, además, ningún lobo pretendería enfrentarse a Adam. Ni a Warren.

A este no le importaba demasiado la opinión del resto de los lobos mientras tuviera una manada, un lugar al que pertenecer. Si Warren necesitaba amigos, me tenía a mí y tenía a Adam. Era suficiente para él.

Warren jamás traicionaría a Adam. Sin él, perdería toda esperanza de volver a tener una manada.

—Le llamaré —dije con alivio.

Descolgó a la segunda llamada.

—Aquí Warren. ¿Eres Mercy? ¿Dónde has estado? ¿Sabes dónde están Adam y Jesse?

—Adam está herido —le dije—. La gente que lo hizo se llevó a Jesse.

—Dile que no debe saberlo nadie más —dijo Samuel.

—¿Quién es ese? —El tono de Warren sonó súbitamente frío.

—Samuel —le dije—. El hijo de Bran.

—¿Es esto un golpe de Estado? —preguntó Warren.

—No —respondió Adam desde el asiento trasero—. Al menos no por parte de Bran.

—Disculpad —dije—, pero esta llamada es mía. Por favor, ¿podrías fingir que se trata de una conversación privada? Eso también va para ti, Warren. Deja de escuchar al resto de pasajeros de mi furgoneta.

—De acuerdo —aceptó Warren. Tras oír la voz de Adam, su voz se relajó, adoptando su habitual y encantador acento del sur de Texas—. ¿Cómo te encuentras, Mercy? —preguntó con dulzura, aunque cuando continuó su voz se hizo cada vez más mordaz—. ¿Te has enterado de la sorprendente noticia? Según parece, entraron en casa de nuestro Alfa y su hija ha desaparecido. La única pista es un mensaje en el contestador de la maldita bruja rusa. Un mensaje que no ha permitido escuchar a nadie. Según los rumores, el mensaje es tuyo, pero nadie te ha podido localizar.

Samuel echó la cabeza para atrás, cerró los ojos y dijo:

—Dile que se lo explicarás todo en cuanto lleguemos.

Sonreí dulcemente.

—Estoy bien, Warren. Gracias por preguntar. Montana es muy bonito, pero no te lo recomiendo para pasar unas vacaciones en noviembre a menos que te guste esquiar.

—No me he puesto unos esquís en veinte años —murmuró Warren; parecía un poco más tranquilo—. ¿Ha empezado Adam a esquiar durante vuestra excursión a Montana?

—Tiene esquís —le dije—, pero no estaba en muy buena forma. Traigo a un médico, pero los dos han decidido que esta noche tenemos que salir y nos preguntábamos si te apetecería hacer de enfermera.

—Me encantaría —dijo Warren—. Además esta noche no trabajo. ¿Has dicho que habían secuestrado a Jesse?

—Sí. Y por el momento necesitamos que siga siendo un secreto.

—Pasé por vuestras casas esta mañana, cuando volvía de trabajar —dijo Warren—. Ha habido mucho movimiento últimamente. Creo que solo es la manada que anda vigilante, pero si queréis evitarlos, lo mejor es que paséis la noche en mi casa.

—¿Crees que es la manada? —preguntó Adam.

Warren resopló.

—¿Quién iba a llamarme para contarme qué ocurría? ¿Darryl? Me llamó Auriele para decirme que habías desaparecido, pero sin ti, también han dejado al margen a las mujeres. Se supone que el resto de la manada está ocupada buscándote —a los tres— pero eso es lo único que sé. ¿Cuánto tiempo necesitáis evitarlos?

—Un día o dos. —Aunque la voz de Adam sonó neutra, era todo lo que Warren necesitaba saber.

—Venid a mi casa. Excepto tú y Mercy, no creo que nadie más sepa ni dónde vivo. Tengo sitio suficiente para todos, a menos que haya alguien más de quien no me hayas hablado.

Cada una de las ciudades que conforman Tri-Cities tiene su propio sabor, y en Richland es donde la paranoia de la primera era nuclear arraigó con más fuerza. Cuando el gobierno decidió fabricar aquí armas enriquecidas con plutonio, tuvieron que construir también un pueblo. De modo que, repartidos por toda la ciudad, se diseñaron veintiséis tipos distintos de edificios para albergar a los trabajadores de la industria nuclear. A cada edificio se le asignó una letra, de la A a la Z.

No los reconozco todos, pero los grandes dúplex, las casas A y B, son bastante característicos. Las casas A parecen básicamente granjas del Este: dos pisos, rectangulares y sin adornos. Las casas B son rectángulos de un solo piso. La mayoría han sufrido algunas reformas: se han añadido porches, han pasado de dúplex a viviendas unifamiliares, y viceversa. Aunque por mucho que se reformen, todas tienen la misma sobria fealdad que domina las fachadas de ladrillos, las cubiertas y las tablas de madera.

Warren vivía en la mitad de un dúplex A con un enorme arce que ocupaba la mayor parte de su jardín delantero. Cuando llegamos, nos esperaba en el porche. Desde que le conocía, sus ojos siempre transmitían una sórdida mirada de autocomplacencia. Su actual amante le había persuadido para que se cortara el pelo y mejorara un poco su vestimenta. Los tejanos que llevaba ya no tenían agujeros y alguien había planchado su camisa en un pasado no demasiado remoto.

Aparqué justo delante de su casa. En cuanto detuve la furgoneta, Warren bajó rápidamente las escaleras y abrió la puerta corredera.

En un solo vistazo se dio cuenta del estado en que se encontraba Adam.

—¿Y dices que ocurrió hace dos noches? —me preguntó.

—Sí. —Su acento es tan denso que a veces se me acaba pegando, aunque ni siquiera he estado en Texas.

Warren se metió los pulgares en los bolsillos y se balanceó sobre los tacones de sus gastadas botas vaqueras.

—Bueno, jefe —dijo en su acento sureño—, supongo que debo alegrarme de que estés con vida.

—Me sentiría mejor si me ayudaras a salir de aquí —gruñó Adam—. Esta mañana no me sentía del todo mal, pero los amortiguadores de esta cosa dejan bastante que desear.

—No todo el mundo puede conducir un Mercedes —dije a la ligera tras salir de la furgoneta—. Warren, este es el hijo de Bran, el Dr. Samuel Cornick. Ha venido a ayudarnos.

Warren y Samuel se evaluaron mutuamente como un par de vaqueros salidos de una película del oeste de los años cincuenta. Entonces, en respuesta a una señal que no pude percibir, Samuel alargó la mano y sonrió.

—Encantado de conocerte —dijo.

Warren no dijo nada, pero le estrechó la mano con un rostro que mostraba el placer que sentía al hacerlo.

—Me temo que lo más sencillo será que te lleve en brazos, jefe —le dijo Warren a Adam—. Hay escaleras en la entrada y hasta el primer piso.

Adam, contrariado, frunció el entrecejo, pero asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

La imagen de Warren acarreado a Adam resultó algo extraña. Aunque Adam no es muy alto, es bastante ancho, mientras que Warren tiene un físico más parecido al de un corredor de maratón. Es algo que los hombres lobo deben procurar no hacer muy a menudo en público.

Abrí la puerta principal para que entraran en la casa pero me quedé en la sala de estar cuando Warren siguió escaleras arriba. Samuel esperó conmigo.

Pese a que el medio dúplex de Warren tenía más metros cuadrados que mi tráiler, entre las reducidas habitaciones y la escalera, siempre me había dado la impresión de que mi casa era más grande.

La tenía amueblada confortablemente con piezas de saldo y librerías eclécticamente repletas de obras que iban desde los textos científicos a las novelas de bolsillo con las etiquetas de los precios aún en los lomos.

Samuel se acomodó en el lado bueno del sofá afelpado y estiró las piernas. Me di la vuelta y recorrí con el dedo la librería más próxima. Sentía su mirada en la nuca, aunque no sabía en qué estaba pensando.

—Oh, Mercy —dijo una suave voz con un suspiro—. Este es muy mono. ¿Por qué no estás flirteando con él?

Dirigí la mirada hacia la puerta de la cocina y vi a Kyle, el actual amante de Warren, apoyado en el marco de la puerta en la postura que adoptaba siempre que quería mostrar su notable figura y su ropa de diseño.

La postura era engañosa; como los párpados bajos y la expresión apocada, a lo Marilyn Monroe, la postura de Kyle estaba diseñada para ocultar la inteligencia que le había convertido en uno de los abogados de divorcios más reputados de la ciudad. En una ocasión me dijo que el hecho de ser gay era tan beneficioso para su negocio como su reputación de usurero. Las mujeres enzarzadas en un proceso de divorcio solían confiar incluso más en él que en otras mujeres abogadas.

Samuel se puso tenso y me miró fijamente. Sabía lo que aquello significaba: no quería a ningún humano implicado en un asunto de hombres lobo. Le ignoré: por desgracia, Kyle no lo hizo; percibió la mirada desaprobatoria y malinterpretó la causa.

—Me alegro de verte —le dije—. Es un viejo amigo de Montana que ha venido de visita. —No quería darle demasiados detalles, porque creía que debía ser Warren quien decidiera hasta dónde tenía que saber Kyle—. Samuel, este es Kyle Brooks. Kyle, te presento al Dr. Samuel Cornick.

Kyle se separó del marco de la puerta con ayuda de los hombros y se paseó por la sala de estar. Se detuvo a besarme en la mejilla y después se sentó en el sofá lo más cerca que pudo de Samuel.

No es que estuviera interesado en él, sino que, tras percibir la desaprobación en su mirada, había decidido exigir una pequeña venganza. Habitualmente, Warren optaba por retirarse ante la censura de los otros, o simplemente la ignoraba. Kyle pertenecía a una especie completamente distinta. Creía que se debía hacer sufrir a los bastardos.

Me hubiera gustado pensar que estaba acomplejado por algo, pero no había forma alguna de que supiera que la reacción de Samuel no se debía a su orientación sexual. Warren no le había contado que era un hombre lobo. Se desaconsejaba enérgicamente discutir la cuestión con personas que no fueran la pareja permanente —y para los hombres lobo aquello significaba relaciones entre machos y hembras— y el castigo por la desobediencia era severo. Los hombres lobo no tienen cárceles. Los que quebrantan sus leyes reciben castigos físicos o son ejecutados.

Para mi alivio, Samuel parecía más divertido que ofendido con el descarado aliciente de Kyle. Cuando Warren bajaba las escaleras, se detuvo brevemente al observar la mano de Kyle sobre el muslo de Samuel. Pese a que cuando continuó bajándolas parecía más relajado y tranquilo, pude oler un aumento de la tensión en el ambiente. No estaba cómodo, aunque no supe si se debía a los celos o a la preocupación por su amante. Aunque Warren no conocía a Samuel, sabía mejor que nadie cuál sería la reacción de la mayoría de los hombres lobo.

—Kyle, puede que sea una buena idea que te tomes unos días para comprobar el estado de tu casa. —Su tono era sereno, aunque había renunciado a su acento sureño.

Kyle tenía su propia casa, una vivienda cara situada en una de las colinas de West Richland, pero se había trasladado allí cuando Warren se negó a ir a vivir con él. Al oír sus palabras, Kyle se quedó inmóvil.

—Tengo que ocultar a alguien durante unos días —le explicó Warren—. No es nada ilegal, pero hasta que no se marche, las cosas no estarán muy seguras por aquí.

Si Samuel hubiera sido invisible, Kyle le habría prestado la misma atención.

—Cariño, si no me quieres aquí, me iré. Supongo que aceptaré la invitación de Geordi para Acción de Gracias.

—Solo serán un par de días —dijo Warren con el corazón en los ojos.

—¿Tiene esto algo que ver con el hecho de que hayas estado tan preocupado los últimos dos días?

Warren miró a Samuel y después asintió una vez con la cabeza, un gesto rápido.

Kyle lo miró fijamente un instante y le devolvió el asentimiento.

—De acuerdo. Un par de días. Dejaré mis cosas aquí.

—Te llamaré.

—Pobre de ti si no lo haces.

Kyle se marchó, cerrando la puerta tras él con delicadeza.

—Tienes que decírselo —le dije impulsivamente—. Si no se lo cuentas todo, le perderás. —Aparte de que Kyle me gustara, hasta un ciego se daría cuenta de que Warren estaba enamorado de él.

Warren sonrió con cierta ironía en los ojos.

—¿Crees que se sentirá encantado al saber que ha estado durmiendo con un monstruo? ¿Crees que con eso se resolverá todo? —Se encogió de hombros e intentó fingir que no tenía importancia—. Me abandonará de todos modos, Mercy. Él se licenció en Cornell y yo trabajo en el turno de noche de una gasolinera. No tenemos mucho futuro.

—Nunca he visto que eso le preocupe demasiado —le dije—. Hace lo imposible para que seas feliz. Me parece que de vez en cuando podrías corresponderle.

—Está prohibido —dijo Samuel, aunque parecía triste—. No puede contárselo.

—¿Qué creéis que hará Kyle? —dije indignada—. ¿Contarle a todo el mundo que Warren es un hombre lobo? Kyle no lo haría nunca. No ha llegado adonde está hablando más de la cuenta, y tampoco es el tipo de persona que traiciona a los demás. Es un abogado; sabe cómo mantener un secreto. Además, es demasiado orgulloso para convertirse en otro titular de periódico.

—No pasa nada, Mercy —dijo Warren dándome un golpecito en la cabeza—. Aún no me ha abandonado.

—Pero lo hará pronto si continúas mintiéndole —le dije.

Los dos hombres lobo se quedaron mirándome. Warren amaba a Kyle, y lo iba a perder porque alguien había decidido que debías casarte antes de decirle a tu marido lo que eras; como si aquello no fuera el camino más directo al desastre.

También estaba bastante segura que Kyle amaba a Warren. ¿Por qué, si no, iba a vivir con él en lugar de hacerlo en su enorme y moderna monstruosidad con aire acondicionado y piscina? Y Warren iba a echarlo todo por la borda.

—Voy a dar un paseo —anuncié; ya había tenido bastante de hombres lobo por un día—. Volveré cuando llame Zee.

Yo no era tan civilizada como Kyle. Di un portazo al salir y me puse a caminar calle abajo. Estaba tan alterada que estuve a punto de no ver a Kyle, quien estaba sentado en su Jag, con la vista perdida.

Antes de poder reflexionar mucho, abrí la puerta del acompañante y me escabullí en el interior.

—Conduce hasta el Parque Howard Amon —le dije.

Kyle me miró, pero como llevaba puesta su cara de abogado, no pude descifrar sus pensamientos. Sin embargo, mi olfato me proporcionó multitud de informaciones sobre cómo se sentía: enojado, dolido y desanimado.

Lo que estaba a punto de hacer era peligroso, de eso no había duda. No era únicamente la obligación de obedecer a su Alfa lo que hacía que Warren mantuviera la boca cerrada. Si Kyle empezaba a hablarle a todo el mundo de los hombres lobo, le cerrarían el pico. Y si Adam o Bran descubrían que yo era la que se lo había contado, también me lo cerrarían a mí.

¿Conocía a Kyle lo suficiente como para poner nuestras vidas en sus manos?

El Jag circuló a través del escaso tráfico de los viernes por la tarde como un tigre por la selva. Ni su conducción ni su rostro mostraban señal alguna de la ira que había hecho aumentar sus pulsaciones ni del dolor que alimentaba su ira, pero mi olfato lo percibía.

Penetró en el Howard Amon por la parte sur y aparcó el coche en uno de los huecos del aparcamiento. Había multitud de espacios libres: noviembre no es la mejor época para pasear por un parque fluvial.

—Hace frío —dijo él—. Podemos hablar en el coche.

—No —dije, y salí del vehículo. Tenía razón, hacía frío. Pese a que el viento era suave, el río Columbia añadía bastante humedad al aire. Temblé en mi camiseta manchada de chocolate; aunque quizás fuesen los nervios. Estaba decidida a hacer aquello; confiaba en no estar equivocada respecto a Kyle.

Kyle abrió el maletero del coche, sacó una chaqueta ligera y se la puso. También extrajo un impermeable y me lo entregó.

—Ponte esto antes de que empieces a ponerte azul —me dijo.

Me envolví en el impermeable y en el aroma a colonia cara. Éramos del mismo tamaño, de modo que su talla me iba a la perfección.

—Me gusta —le dije—. Tengo que comprarme uno igual.

Kyle sonrió, pero sus ojos estaban cansados.

—Caminemos —dije, y coloqué el brazo debajo del suyo, conduciéndolo a través de desiertos parques infantiles hasta un sendero que discurría junto al río.

Warren tenía razón, pensé. Contarle a Kyle que era un monstruo puede que no ayudara a mejorar las cosas entre ellos, pero tenía la impresión de que aquel podía ser el último día de su relación a no ser que alguien le diera a Kyle una pista.

—¿Quieres a Warren? —le pregunté—. No me refiero al tipo de amor de nos entendemos en la cama y nos lo pasamos bien juntos. Me refiero al del tipo estaré contigo hasta la muerte y más allá.

Me tranquilizó el hecho de que se tomara su tiempo antes de contestar.

—La única persona de mi familia con la que aún hablo es mi hermana Ally. Hace unos meses le conté lo de Warren. No me di cuenta, hasta que me lo dijo, de que jamás le había contado nada sobre mis otros amantes.

Kyle puso su mano sobre la mía, la cual se apoyaba en su hombro. La tenía caliente.

—Mis padres negaron lo que era durante años. Cuando finalmente les obligué a aceptarlo después de que mi madre me preparara la enésima cita con una mujer joven de buen pedigrí, mi padre me desheredó. Mi hermana Ally me llamó en cuanto se enteró, pero después de aquella conversación, evitamos el tema de mi homosexualidad. Cuando hablo con ella, me siento como si tuviera una letra escarlata cosida al pecho y como si lo dos pretendiéramos que no existe. —Kyle emitió una risita amarga y airada que se transformó sutilmente al final. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba apagada—. Ally me dijo que lo llevara de visita. —Me miró a los ojos y compartió conmigo lo que significaba para él aquella invitación.

Habíamos aumentado el ritmo de nuestra marcha y el parque se había estrechado hasta formar una franja de césped a ambos lados del sendero. La orilla del río reemplazó su aspecto floreado por uno más natural compuesto por arbustos y hierba hasta la altura de las rodillas y amarillento por la acción del invierno. Sobre una pequeña elevación había un balancín metálico, de los que suelen colgarse en los porches, para observar la vista del río. Conduje a Kyle hasta él y nos sentamos.

Era muy importante hacer aquello bien. Ahora que había llegado el momento, temía estropearlo todo.

Balanceándonos perezosamente, observamos las aguas fluir ante nosotros, casi negras en la creciente oscuridad de un cielo nublado. Tras un momento, Kyle se frotó la cara para hacerla entrar en calor y para eliminar unas lágrimas incipientes.

—Dios —dijo, y me estremecí. No soy un vampiro, quienes no pueden soportar la mención de Su nombre, pero no me gusta usarlo en vano. Cuando continuó, no obstante, pensé que quizás no había sido tan en vano.

—Le amo. —Me dio la sensación de que las palabras le rasgaron la garganta—. Pero él no me deja participar. La gente le llama en mitad de la noche y se marcha sin decirme adónde va.

Un ciclista solitario, enfundado en el uniforme ajustado de los entusiastas del ejercicio riguroso, apareció por el sendero. Pasó frente a nosotros en un borrón de radios y licra azul al estilo Superman.

—Bonitas piernas —dijo Kyle.

Era un juego habitual: Kyle y yo comparando notas sobre hombres mientras Warren fingía sentirse exasperado.

Apoyé la cabeza en su hombro.

—Demasiado pequeño. No me gusta pesar más que mi hombre.

Kyle levantó la cabeza hasta que sus ojos observaron más el cielo que el río.

—Cuando estuvimos en Seattle, hace un mes, alejé a un grupo de borrachos, unos paletos que se metían con los gays. Los asustó con solo unas palabras. Pero ese Darryl le trata como... como mierda, y Warren lo acepta. No lo entiendo. Y lo que ha ocurrido esta noche... —Aspiró profundamente para tranquilizarse—. ¿Está involucrado en algún tema de drogas?

Negué con la cabeza enérgicamente.

—No. Nada ilegal. —Por lo menos, no todavía.

—¿Es un feérico, entonces? —preguntó como si no le preocupara mucho que así fuera.

—Todos los feéricos salieron a la luz hace años.

—No te hagas la tonta —me dijo con un resoplido—. Conozco a unos cuantos médicos y profesores que aún no han salido del armario, y de lo único que deben preocuparse es de no perder el trabajo, no de que un grupo de idiotas les quemé la casa. —Comprendí que había llegado a la conclusión de que Warren era un feérico, y su inquietud disminuyó apreciablemente—. Eso explicaría muchas cosas, como su fuerza o su habilidad para saber quién viene antes de abrir la puerta.

Bueno, pensé esperanzada, ser un feérico no es lo mismo que ser un hombre lobo, pero si Warren podía aceptar lo primero, tal vez no le resultaría tan extraño lo segundo.

—Warren no es un feérico —dije. Había empezado a decirle lo que era en realidad, pero las palabras se atascaron en mi garganta.

—Debería ser él quien me contara esto —dijo Kyle.

—Es cierto —reconocí—. Pero no puede.

—Dirás que no quiere.

—No. No puede. —Meneé la cabeza—. No tengo muchos amigos —añadí—. Por lo menos no del tipo «ven a casa a comer palomitas y ver una película estúpida». Excepto tú y Warren. Tampoco tengo muchas amigas. Mi trabajo no es muy adecuado para conocer a otras mujeres.

—Qué triste —comentó Kyle, y después añadió—: Tú y Warren también sois los únicos con los que como palomitas.

—Patético. —La broma ayudó. Tomé aire y lo solté—: Warren es un hombre lobo.

—¿Un qué? —Kyle dejó de balancearse.

—Un hombre lobo. Ya sabes. Los llamados por la luna, el tipo de hombre lobo que corre a cuatro patas y que tiene grandes mandíbulas.

Me miró fijamente.

—¿Hablas en serio?

Asentí.

—Y no vas a decir ni una palabra de esto.

—¿Cómo?

—Por eso Warren no podía contártelo. Por eso y porque Adam, el Alfa de la manada, se lo prohíbe. Si se te ocurriera hablar con las autoridades o los periódicos, incluso si no te creyeran, la manada te mataría. —Me di cuenta de que estaba hablando demasiado rápido, pero no podía detenerme. En casa de Warren, con solo Samuel y Warren, no había parecido tan peligroso. Ellos dos me protegerían, pero había muchos hombres lobo en la ciudad a los que les gustaría verme muerta —y a Kyle— solo por haberle contado aquello—. Warren se enfrentaría a ellos, pero son demasiados. Moriría, y tú con él.

Kyle levanto una mano.

—Espera un momento. ¿No crees que te precipitas un poco? ¿Warren y yo muertos?

Respiré hondo.

—Ojalá tengas razón. Pero tienes que creerme; se toman sus secretos muy en serio. ¿Cómo crees que han vivido durante tanto tiempo sin ser detectados?

—Mercy. —Me cogió la mano; la suya estaba fría, aunque debía de ser por culpa del viento—. ¿Un hombre lobo?

No me creía. Aquello podía ser más peligroso.

—Hace veinte años nadie creía en los feéricos. Mira, puedo demostrártelo.

Miré en dirección a unos matorrales formados por arbustos sin hojas. No eran lo suficientemente densos como para poder quitarme la ropa y transformarme tras ellos, pero no había ningún bote en el río y mientras no apareciera otro ciclista de improviso... También podía transformarme con la ropa puesta —me hago más pequeña, no más grande— pero no quería arriesgarme a que me pusieran una multa por exhibición impúdica. Un coyote con ropas humanas es bastante ridículo.

—Espera aquí. —Le entregué el impermeable para no ensuciarlo, bajé del balancín y me acerqué a los arbustos caminando a través de la hierba alta. Me quité la ropa tan rápido como pude y me transformé en cuanto dejé caer al suelo la última pieza.

Me detuve en el sendero y me senté, intentado parecer inofensiva.

—¿Mercy? —Kyle tenía puesta su cara de abogado, la cual me indicó hasta qué punto estaba sorprendido. Evidentemente no me había creído.

Meneé la cola y emití un canturreo. Kyle bajó del balancín como si fuera una persona muy, muy mayor y se acercó a mí.

—¿Un coyote? —me preguntó.

Cuando regresé a los arbustos en busca de la ropa, Kyle me siguió. Me transformé delante a él y me vestí rápidamente al oír acercarse a otro ciclista.

—No soy un licántropo —le dije pasándome los dedos por el pelo—. Pero es lo más parecido que verás hasta que le pidas a Warren que se transforme para ti.

Kyle emitió un sonido de impaciencia, me apartó las manos y se puso a arreglarme el cabello.

—Los hombres lobo son más grandes. —Sentía la necesidad de advertirle—. Mucho más grandes. No parecen lobos, sino más bien lobos enormes que quieren devorarte.

—Muy bien —dijo dando un paso atrás. Pensé que se refería a mi pelo, hasta que continuó—: Warren es un hombre lobo.

Observé su cara de abogado y suspiré.

—Él no podía decírtelo. En cambio, si lo hago yo, siempre y cuando no hagas nada estúpido, los dos estaréis a salvo. Pero si lo hubiera hecho él, independientemente de tu reacción, habría incumplido órdenes directas. Y el castigo es terrible.

Aún no mostraba ningún tipo de reacción. Pese a estar muy cerca de él, no podía percibir sus sentimientos. La mayoría de los humanos no tienen ese tipo de control sobre sí mismos.

—¿No creará su manada —tropezó brevemente con aquella palabra—, no creerán que me lo ha contado él?

—La mayoría de los hombres lobo pueden oler las mentiras —le dije—. Sabrán cómo lo descubriste.

Regresó junto al balancín, recogió el impermeable y me lo entregó.

—Cuéntame más cosas sobre los hombres lobo.

Mientras intentaba explicarle lo peligroso que puede llegar a ser un hombre lobo y por qué no era una buena idea flirtear con Samuel —o Darryl—, mi móvil empezó a sonar.

Era Zee.

—¿Negocios? —respondió Kyle cuando colgué.

—Sí. —Me mordí el labio.

—No pasa nada —dijo él con una sonrisa—. Creo que por hoy ya he escuchado suficientes secretos. ¿Te acompaño a casa de Warren?

—No hables aún con él —le dije—. Espera un poco a asimilarlo. Si tienes otras preguntas, llámame a mí.

—Gracias, Mercy. —Me rodeó los hombros con el brazo—. Pero creo que el resto debe contármelo Warren. Cuando termine con sus negocios.

Capítulo 9

Cuando entré en la casa, me encontré a Samuel y Warren sentados uno en cada extremo del sofá y la atmósfera cargada de tensión. Al mirarlos, no supe decidir si estaban molestos el uno con el otro o con otra cosa. Aunque los hombres lobos siempre están enojados por algo. No recordaba aquel detalle.

Evidentemente, yo no era la única que tenía buen olfato. Warren, sentado más cerca de la puerta, inhaló profundamente.

—Ha estado con Kyle —dijo con voz neutra—. Huele a la colonia que le regalé. Se lo has dicho. —Me insultó, aunque con más tristeza que rabia. Sentí una punzada de remordimientos.

—Tú no se lo ibas a decir —le contesté. No me estaba disculpando—. Y merece saber que toda la mierda que debe aguantar no es todo culpa tuya.

Warren sacudió la cabeza y me dirigió una mirada de desesperación.

—¿Tienes un especial interés en acabar muerta? Adam podría ejecutaros a los dos por esto. He visto cómo ocurría antes.

—Solo yo, Kyle no —dije.

—Sí, maldita sea. Kyle también.

—Solo si tu amante decide hablar con la prensa o con la policía. —Samuel habló con calma, pero Warren lo miró igualmente.

—Te has arriesgado mucho, Mercy —dijo Warren centrado de nuevo su atención en mí—. ¿Cómo crees que me sentiría si os pierdo a los dos? —Toda la ira le abandonó repentinamente, dejando solo un rastro de sufrimiento—. Tal vez tenías razón. Era mi trabajo. Mi riesgo. Si Kyle tenía que saberlo, debería haber sido yo quien se lo contara.

—No. Tú perteneces a la manada y le debes obediencia —dijo Adam tambaleándose en la parte superior de las escaleras, apoyado ligeramente en el bastón. Llevaba puestos unos tejanos y una camiseta blanca de su talla—. Si se lo hubieras dicho tú, me habrías obligado hacer cumplir la ley o arriesgarme a provocar una rebelión en la manada.

Se sentó en el peldaño superior con más brusquedad de la que pretendía, creo, y me dirigió una amplia sonrisa.

—Tanto Samuel como yo podemos testificar que Warren no le dijo nada a Kyle, sino que fuiste tú. A pesar de las objeciones de Warren, podría añadir. Y como no dejas de repetir, tú no perteneces a la manada. —Miró en dirección a Warren—. Hace tiempo que te hubiera dado permiso, pero yo también tengo que cumplir órdenes.

Me quedé mirando a Adam fijamente.

—Sabías que se lo iba a contar, ¿no es cierto?

Adam sonrió.

—Digamos simplemente que pensaba que me obligarías a bajar y ordenarte que no se lo dijeras para conseguir de ese modo que te dieras prisa antes de que Kyle se marchara.

—Cabrón manipulador —dije con un deje de admiración. Decidido: el viejo Rabbit se iba a quedar con tres ruedas.

—Gracias —dijo Adam con una tímida sonrisa.

Y cuando encontremos a Jesse, ella me ayudará con el grafiti.

—¿Cómo se lo ha tomado? —preguntó Warren. Se había levantado del sofá y miraba a través de la ventana. Tenía las manos extendidas y relajadas a ambos lados del cuerpo, ocultando sus sentimientos.

—No ha salido corriendo a avisar a la policía —les dije a Adam y a Samuel. Intenté encontrar algo más esperanzador que decir a Warren, pero tampoco quería que se creara demasiadas expectativas por si me equivocaba respecto a Kyle.

—Dijo que hablaría de ello contigo —le dije finalmente—. Cuando terminemos con este asunto.

Warren se llevó las manos a la cara repentinamente en un gesto muy parecido al de Kyle.

—Por lo menos aún no le he perdido.

Pese a que no se dirigía a nosotros, no pude soportar el desconsuelo que trasmitía su voz. Posé la mano sobre su hombro y le dije:

—Si no metes más la pata, creo que se acostumbrará.

Cuando salí con Samuel para encontrarnos con Zee y su informador, aún no había decidido si debía estar molesta con Adam por haberme manipulado del modo en que lo había hecho. Aunque, pensándolo bien, no había consumado ninguna manipulación. Lo único que había hecho era atribuirse el mérito por mis acciones.

El semáforo se puso en rojo y tuve que detenerme tras un monovolumen más cerca de lo que acostumbro. Samuel se apuntaló con la mano en el salpicadero y cogió aire. Le hice una mueca al niño que viajaba en el asiento trasero del monovolumen cuando se dio la vuelta para mirarnos, y este se bajó con la mano los párpados inferiores y nos mostró la lengua.

—No es que tenga nada en contra de los cacharros —dijo Samuel—. Pero prefiero subirme en uno conscientemente.

—¿Cómo? —Miré a Samuel y después volví a mirar hacia delante. La parte trasera de la otra furgoneta formaba un muro impenetrable a unos sesenta centímetros de nuestro parabrisas. La súbita comprensión me hizo sonreír—. Las Vanagon no tienen morro —le dije divertida—. Tienes el parachoques a unos treinta centímetros del dedo gordo. Podrías caminar entre los dos vehículos.

—Podría tocar a ese niño con la mano —dijo él. El niño había hecho otra mueca y Samuel le contestó con otra: se puso un dedo gordo en cada oreja y extendió los dedos a modo de cuernos de alce—. Una de las tareas de Adam era asegurarse de que no le hablabas a todo el mundo de los hombres lobo.

El semáforo se puso en verde y el niño agitó la mano con tristeza mientras su vehículo aceleraba en dirección a la rampa de la interestatal. Nosotros también aceleramos, pero la rampa se curvaba en pendiente, de modo que tardamos bastante en adquirir la velocidad de autopista.

—Kyle no es todo el mundo —dije con un resoplido, y torcí la cabeza para mirarle a los ojos—. Además, tú también sabías lo que iba a hacer. Si te hubiese parecido tan mal, podrías haberme detenido.

—Tal vez crea que se puede confiar en Kyle.

—Tal vez la luna esté hecha de queso verde. A ti no te importa. Crees que los hombres lobo deben salir a la luz pública como los feéricos. —Samuel nunca había tenido miedo del cambio.

—No podremos permanecer ocultos mucho más tiempo —dijo Samuel, confirmando mis suposiciones—. Cuando volví a la universidad, descubrí hasta qué punto había avanzado la medicina forense. Diez años atrás, cuando solo teníamos que preocuparnos por los laboratorios militares y el FBI, era suficiente con tener unos cuantos lobos en el lugar adecuado. Pero no hay suficientes lobos para infiltrarse en los laboratorios policiales de todas las pequeñas ciudades. Desde que los feéricos se revelaron, los científicos cada vez se fijan más en las anomalías que antes solían atribuir a fallos en el equipo o a la contaminación entre especímenes. Si papá no decide el momento, otros lo decidirán por él.

—Tú eres la razón de que se lo esté planteando, ¿verdad? —Aquello tenía sentido. Bran siempre había tenido muy en cuenta los consejos de Samuel.

—Papá no es tonto. En cuanto entendió a lo que nos enfrentábamos, llegó a la misma conclusión. Ha convocado una reunión de todos los alfas para la próxima primavera. —Hizo una pausa—. Tiene pensado utilizar a Adam, el apuesto héroe de la guerra del Vietnam.

—¿Y por qué no a ti? —le pregunté—. El apuesto y desinteresado doctor que ha cuidado a la gente durante siglos.

—Por eso papá está al mando y tú solo eres una subordinada —dijo él—. Recuerda que, según la cultura popular, para convertirte en un hombre lobo lo único que necesitas es que te muerda uno. Como el sida. La gente tardará un poco en sentirse cómoda codeándose con nosotros en plan personal. Lo mejor es hacerles creer que todos los lobos están en el ejército y en la policía. Ya sabes, «Para Servir y Proteger».

—No soy una subordinada —protesté airadamente—. Los subordinados tienen que ser seguidores.

Samuel se rio, satisfecho por haber vuelto a provocarme.

—¿No te importa que se lo contara a Kyle? —le pregunté después de un rato.

—No, tenías razón. No puede recurrir a la prensa porque tiene mucho que perder, y además es el tipo de persona que nos interesa tener a nuestras espaldas, para mantener a la poli bajo control.

—¿Un abogado culto, buen orador y de buena familia? —probé. Sí, todo aquello encajaba con Kyle—. Pero no es exactamente heterosexual.

Samuel se encogió de hombros.

—Hoy en día el hecho de ser gay te proporciona una distinción especial.

Pensé en la historia que Kyle me había contado sobre su familia y llegué a la conclusión de que Samuel se equivocaba, por lo menos en determinados aspectos. Aunque me limité a decir:

—Le diré a Kyle que ejerce sobre ti una distinción muy especial.

Para mi sorpresa, Samuel sonrió.

—Preferiría que no lo hicieras. Conseguirías que flirteara conmigo aún más.

—Hablando de situaciones incómodas —dije—, ¿por qué estabais tú y Warren tan tensos?

—Era sobre todo culpa de Warren —dijo él—. Soy un extraño, un lobo dominante en su territorio. Y, además, ya estaba disgustado porque creía que iba a perder el amor de su vida. Si hubiese sabido lo dominante que era, habría ido a otro lugar a pasar la noche. Nos las apañaremos, pero no resultará cómodo.

—Warren es el tercero de Adam.

—Hubiera estado bien que alguien considerara la posibilidad de decirme eso antes —se quejó Samuel de buen humor—. Con Adam herido y el segundo en otro lugar, eso deja a Warren en el papel del Alfa. No me extraña que se mostrara tan amigable. Cuando apareciste, estaba a punto de ir a dar una vuelta. —Me dirigió una mirada mordaz—. Me resultó extraño el modo en que se relajó al verte. Como si hubiera aparecido el segundo de Adam... o su pareja.

—No pertenezco a la manada —le dije secamente—. No salgo con Adam. No tengo ningún estatus en la manada. Lo que sí hice fue mantener una conversación largamente atrasada con Kyle, y eso fue lo que distrajo a Warren.

Samuel continuó observándome. Arqueaba la boca en un gesto extraño, pero sus ojos estaban llenos de cosas que no podía leer. Finalmente dijo:

—Adam te reclamó como pareja ante su manada, ¿lo sabías?

No lo sabía. Tuve que respirar hondo antes de descubrir una razón que explicara aquel comportamiento.

—Adam tenía que evitar de algún modo que la manada me matara. Los lobos matan a los coyotes que entran en su territorio. Una reclamación formal como su pareja me mantendría a salvo. Me parece que fue algo que le pidió Bran. Pero eso no me convierte en parte de la manada, ni tampoco en su pareja.

Samuel se rio, pero sin demasiada alegría.

—Piensa lo que quieras. ¿Cuánto tiempo tenemos hasta llegar a ese bar?

—Está a las afueras de Pasco —dije—. Llegaremos en diez minutos.

—De acuerdo —dijo él—, ¿por qué no me hablas sobre Zee y ese feérico con el que debemos encontrarnos?

—No sé mucho —le dije—. Sobre el feérico. Solo que tiene información que nos podría interesar. Y Zee es un gremlin. Me dio mi primer trabajo cuando salí de la universidad, y le compré el garaje cuando se jubiló. Todavía me echa una mano cuando le necesito, o cuando se aburre. Le gusta desmontar cosas y descubrir qué les ocurre, aunque normalmente me deja volver a montarlas.

—Cerca de aquí hay una reserva feérica, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—A unos sesenta y cinco kilómetros de aquí. En las afueras de Walla Walla.

—Adam dice que tantos feéricos menores por las proximidades han atraído a muchos superiores.

—Yo no sé nada de eso —le dije—. Puedo oler su magia, pero no puedo saber si son muy fuertes o no.

—También cree que esa es la razón por la que hay más vampiros, fantasmas y todo eso rondando por Tri-Cities que, pongamos, Spokane, que es una ciudad más grande.

—Procuro mantenerme alejada de los asuntos de las otras especies —le dije—. Con Adam como vecino, no puedo evitar a los hombres lobo, pero lo intento. Los únicos feéricos con los que me he asociado son Zee y su hijo Tad.

—Los feéricos están deseando hablar contigo. —Samuel alargó las piernas y se puso las manos en la nuca, dejando los codos a modo de alas—. Adam dice que tu antiguo jefe es uno de los feéricos más viejos, y para tu información, los herreros —gremlins— no forman parte precisamente de los feéricos menores. Además, Warren me dijo que Stefan, el vampiro, te visita muy a menudo. Y también está ese oficial de policía. Atraer la atención de la policía es muy peligroso.

Por la forma en que dijo aquello, parecía como si tuviera un pie en cada baile.

—Los Señores Grises obligaron a Zee a revelarse —dije—. De modo que alguien le considera un feérico menor. Stefan le tiene mucho cariño a su furgoneta, y dejo que me ayude a repararla.

—¿Cómo?

Había olvidado que no conocía a Stefan.

—No es un vampiro como los otros —intenté explicarle. Pese a que Stefan era el único vampiro que había conocido, sabía qué se podía esperar de ellos: yo también voy al cine.

—Todos los vampiros son como los otros —dijo Samuel lúgubrementemente—. Lo único que ocurre es que algunos saben ocultarlo mejor.

No conseguiría nada discutiendo con él, especialmente cuando estábamos de acuerdo en casi todo.

—Y lo del oficial de policía no fue culpa mía —murmuré mientras tomaba la salida de Pasco. Me pareció un buen momento para cambiar de tema, de modo que añadí—: Los turistas acuden al Montículo de las Hadas, en Walla Walla, para ver a los feéricos. Los que no desean que la gente se quede con la boca abierta frente a ellos, se reúnen en el Tío Mike, aquí, en Pasco. Según Zee, está protegido con un hechizo antihumano. A mí no me afecta, pero no sé si funciona con los hombres lobo.

—No entrarás sin mí —dijo él.

—De acuerdo. —*Nunca discutas con un hombre lobo si puedes evitarlo*, me recordé a mí misma.

El Tío Mike estaba situado en la orilla opuesta del Columbia, justo frente a mi garaje, muy próximo al Polígono Industrial de Pasco. El viejo edificio había sido en otro tiempo un almacén, y a ambos lados de la calle había otros almacenes, todos ellos marcados con grafiti por los chicos del barrio. No estaba segura si era la magia la que mantenía alejados a los chicos, o más bien alguien con mucha pintura y una brocha, pero la fachada del Tío Mike siempre estaba immaculada.

Estacioné en la zona de aparcamiento y apagué las luces. Eran las siete, demasiado pronto para los clientes habituales, por lo que solo había cuatro vehículos más en el aparcamiento, entre ellos, la furgoneta de Zee.

En el interior, el bar estaba tan oscuro que un humano seguramente hubiese tropezado con los escalones que conectaban la entrada con el local propiamente dicho. Samuel dudó en el umbral de la puerta, pero pensé que se trataba más de una cuestión táctica que una reacción al hechizo. La barra ocupaba la mayor parte de la pared a nuestra derecha. En el centro del local había una pequeña pista de baile con grupos de pequeñas mesas a su alrededor.

—Allí están —le dije a Samuel, y me encaminé en dirección al rincón más alejado, donde Zee estaba sentado, bastante relajado, junto a una mujer moderadamente atractiva enfundada en un conservador vestido de ejecutiva.

Jamás he visto perder a Zee su *glamour*; en una ocasión me comentó que hacía tanto tiempo que se revestía con él que se sentía más cómodo con la apariencia humana. El aspecto que había elegido era el de un hombre bastante alto, con entradas pronunciadas y una barriga incipiente. Su rostro tenía unas facciones muy marcadas, aunque no de un modo desagradable; lo justo para darle carácter.

Cuando vio que nos aproximábamos, nos dirigió una sonrisa. Dado que tanto él como la mujer ya se habían acomodado en las posiciones defensivas, con la espalda contra la pared, Samuel y yo tuvimos que sentarnos frente a ellos. No pude decidir si a Samuel le preocupaba tener todo el local a sus espaldas, sobre todo teniendo en cuenta lo vacío que estaba. Giré la silla hasta disponer de una visión parcial del resto de la sala.

—Hola, Zee —dije—. Este es el Dr. Samuel Cornick. Samuel, te presento a Zee.

Zee asintió con la cabeza pero no mostró ninguna intención de presentarnos a su acompañante. En lugar de eso, se volvió hacia ella y le dijo:

—Estos son los tipos de que te he hablado.

La mujer frunció el ceño y tamborileó sobre la mesa con unas uñas largas y cuidadas. Algo en la forma en que las usaba me dijo que, bajo el *glamour*, aquella mujer debía de tener garras. Intenté captar su olor, pero finalmente decidí que o bien no tenía o bien olía a hierro y tierra, como Zee.

Cuando dejó de contemplarse las uñas y levantó la mirada, se dirigió a mí y no a Samuel.

—Zee me ha dicho que ha desaparecido una niña.

—Tiene quince años —dije deseando transmitir sinceridad. A los feéricos no les gusta comprobar que les mientes—. La hija del Alfa local.

—Esto podría traerme problemas —dijo ella—. Pero he hablado con Zee, y lo que voy a decirte no tiene nada que ver con los feéricos, por lo que tengo total libertad para hacerlo. En circunstancias normales no ayudaría a los lobos, pero no me gustan los que meten a inocentes en sus batallas.

Esperé.

—Trabajo en un banco —dijo la mujer finalmente—. No te diré el nombre, pero es un banco que utiliza la comunidad local de vampiros. Sus depósitos siguen un patrón regular. —Lo que significaba que los pagos de sus víctimas eran mensuales. La mujer dio un trago a su bebida—. Hace seis días se produjo un depósito inusual.

—El pago de tributos de algún visitante —dije al tiempo que me enderezaba sobre la silla. Aquello parecía prometedor. El pago de un solo feérico o lobo o lo que fuera no hubiera sido lo suficientemente alto como para atraer la atención.

—Me he tomado la libertad de hablar con el Tío Mike antes de que llegais —dijo Zee con calma—. No sabe nada acerca de nuevos visitantes, lo que significa que esta gente se mueve con sigilo.

—Tenemos que hablar con los vampiros —dijo Samuel—. Adam sabrá cómo hacerlo.

—No tenemos tanto tiempo. —Saqué el móvil y marqué el número de Stefan. Aunque era temprano para que estuviera levantado, a veces me había llamado solo un poco más tarde.

—Mercy —dijo afectuosamente—. ¿Has vuelto de tu viaje?

—Sí. Stefan, necesito tu ayuda.

—¿Qué puedo hacer por ti? —Algo cambió en su voz, pero no tenía tiempo de preocuparme por aquello.

—El martes por la noche o el miércoles a primera hora un grupo de gente, entre ellos unos hombres lobo de otro territorio, secuestraron a la hija del Alfa. Es mi amiga, Stefan. Alguien me ha dicho que quizá tu nido sepa algo sobre una manada de visitantes.

—Ah —dijo él—. Esa no es mi área de responsabilidad. ¿Quieres que me informe por ti?

Dudé brevemente. Lo único que sabía acerca de los vampiros era que la gente inteligente los evitaba. Algo en la formalidad de sus palabras me dijo que se trataba de una pregunta más delicada de lo que parecía.

—¿Qué significa eso exactamente? —le pregunté, recelosa.

Stefan se puso a reír; tenía una risa alegre, muy poco vampírica.

—Buena pregunta. Significa que me eliges como tu representante y que, por tanto, gozaré de ciertos derechos que de otro modo no tendría.

—¿Derechos sobre mí?

—Ninguno que me permita aprovecharme de ti —dijo él—. Te doy mi palabra de honor, Mercedes Thompson. No te obligaré a hacer nada contra tu voluntad.

—De acuerdo —dije—. Entonces sí, me gustaría que te informaras en mi nombre.

—¿Qué sabes?

Miré el rostro inexpresivo de la mujer.

—No puedo contártelo todo, solo que me he enterado que tu nido conoce a un grupo de visitantes en Tri-Cities que puede ser el mismo que ando buscando. Si en ese grupo no hay ningún hombre lobo, entonces no es ese. Puede que estén experimentando con medicinas o drogas.

—Lo preguntaré —dijo Stefan—. Ten el móvil a mano.

—No creo que eso haya sido muy inteligente —dijo Zee cuando hube colgado.

—Dijiste que trataba con hombres lobo. —La mujer me miró con desprecio—. No me dijiste que también lo hacía con los no muertos.

—Soy mecánico —le dije—. No gano bastante como para pagar a los vampiros en metálico, de modo que reparo sus coches. Stefan tiene una vieja furgoneta que está restaurando. Él es el único con el que he tratado en persona.

La mujer no parecía satisfecha, pero su mirada ya no era tan agresiva.

—Agradezco su tiempo —dije evitando el habitual gracias, lo que podría comportar graves problemas. Determinado tipo de feérico puede interpretar tu agradecimiento como la aceptación de una deuda contraída con él. Lo que significa que puede obligarte a hacer lo que desee. Zee se había esforzado mucho para que me deshiciera de aquel hábito—. El Alfa también estará muy satisfecho de recuperar a su hija.

—Siempre es agradable complacer al Alfa —dijo ella; no supe si estaba siendo honesta o sarcástica. Se puso en pie de golpe y se alisó la falda para darme tiempo a que apartara la silla. Antes de marcharse, se detuvo en la barra e intercambió algunas palabras con el barman.

—Huele igual que tú —le dijo Samuel a Zee—. ¿También es un herrero?

—Gremlin, por favor —dijo Zee—. Tal vez sea un nombre nuevo para algo viejo, pero al menos no es una mala traducción. Es un troll; somos de la misma familia, aunque algo lejana. A los trolls les gusta el dinero y la extorsión, por eso muchos de

ellos acaban en la banca. —Enarcó las cejas en mi dirección—. No puedes meterte sola en ese nido de vampiros, Mercy, ni siquiera si Stefan te acompaña. Parece mejor que los demás, pero hace mucho tiempo que estoy por aquí. No puedes confiar en un vampiro. Cuanto más agradables parecen, más peligrosos son.

—Me parece que no iré a ningún sitio —le dije—. Samuel tiene razón, los lobos no pagan tributos aquí. Lo más probable es que no tengan nada que ver con el secuestro de Jesse.

Mi móvil empezó a sonar.

—¿Mercy?

Era Stefan, aunque percibí algo inquietante en su voz. También oí algo más, pero el bar había empezado a llenarse y alguien había puesto música.

—Espera un momento —dije en voz alta, y después mentí—: Lo siento, no te oigo. Voy a salir de aquí. —Hice un gesto con la mano a Samuel y Zee y me dirigí al silencioso aparcamiento.

Samuel salió conmigo. Empezó a hablar pero me llevé un dedo a los labios. No sabía si los vampiros tenían buen oído, pero prefería no arriesgarme.

—Mercy, ¿me oyes ahora? —La voz de Stefan sonaba deliberadamente seca y neutra.

—Sí —dije. Oí una voz de mujer que le decía dulcemente: «Pregúntaselo, Stefan».

Stefan tomó aire como si la mujer desconocida le hubiera hecho algo doloroso.

—¿Hay un hombre lobo extraño contigo en el Tío Mike? —preguntó.

—Sí —dije mirando a mi alrededor. No olía a Stefan en las proximidades, y estaba bastante segura que hubiese notado su presencia. Los vampiros debían de tener un contacto en el Tío Mike, alguien capaz de reconocer a Samuel como hombre lobo y que conocía a los lobos de Adam.

—Mi señora se pregunta por qué no ha sido informada sobre la presencia de un visitante.

—Los lobos no piden permiso para venir aquí, por lo menos no a tu nido —le dije—. Adam está al corriente.

—Adam ha desaparecido y ha dejado a la manada sin liderazgo. —Hablaban al unísono, las palabras de él tan pegadas a las de ella que parecía un eco.

Estaba bastante segura que ella no podía oírme, pero Stefan sí. Él sabía lo que yo era porque se lo había mostrado. Al parecer no había visto la necesidad de informar al resto del nido. Aunque, por supuesto, alguien tan inofensiva como yo resultaba de escaso interés para los vampiros.

—La manada no tiene ningún problema de liderazgo —dije.

—La manada es débil —dijeron ambos—. Y los lobos han sentado precedente. Pagaron por el permiso a entrar en nuestro territorio porque nosotros somos más dominantes que la reducida manada de Adam.

Samuel cerró los ojos y su boca se crispó. Los que habían pagado a los vampiros eran los mismos que habían matado a Mac y que se habían llevado a Jesse.

—De modo que entre los nuevos visitantes hay hombres lobo —dije sin pensar demasiado—. No son lobos de Bran, ni tampoco pueden ser una manada. Son menos que nada. Forajidos sin estatus. Yo misma maté a dos de ellos, y Adam a otros dos. Y tú sabes que no soy demasiado fuerte. Los lobos de verdad, los que viven en manada, jamás habrían sucumbido ante alguien tan débil como yo. —Aquella era la verdad, y confiaba en que los dos lo vieran del mismo modo.

Se produjo una pausa prolongada. Percibí algunos murmullos de fondo, pero no pude entender lo que decían.

—Tal vez tengas razón —dijo Stefan finalmente. Parecía cansado—. Ven a vernos con tu lobo. Nosotros determinaremos si necesita un pase para visitantes. Si no es así, no vemos motivo alguno para no contarte lo que sabemos de esos forajidos que no llegan a manada.

—No sé dónde está vuestro nido —le dije.

—Iré a recogerte —dijo Stefan, y me dio la impresión de que decía aquello por iniciativa propia. Y después colgó.

—Me parece que esta noche haremos una visita a los vampiros —dije. En algún momento de la conversación, Zee se había unido a nosotros en el exterior. No me había dado cuenta de cuándo lo había hecho exactamente, pero ahora estaba de pie junto a Samuel—. ¿Sabes algo de vampiros?

Samuel se encogió de hombros.

—Un poco. Me he cruzado con ellos una o dos veces.

—Os acompañaré —dijo el viejo mecánico en voz baja mientras vertía lo que le quedaba de *whisky* en un vaso de plástico que había cogido para tal efecto—. Nada de lo que soy os servirá de mucho; el metal no es precisamente su perdición. Pero sé algo de vampiros.

—No —dije—. Te necesito para otra cosa. Si no te llamo mañana por la mañana, quiero que llames a este número. —Saqué del bolso un viejo recibo de supermercado y escribí en la parte de atrás el número de teléfono de la casa de Warren—. Es el número de Warren, el tercero de Adam. Dile todo lo que sepas.

Zee cogió el recibo con el número.

—No me gusta esto. —Pero al metérselo en el bolsillo dio su tácita aprobación—. Me gustaría que dispusieras de más tiempo para prepararte. ¿Llevas algún símbolo de tu fe, Mercy? ¿Una cruz, tal vez?

No es tan efectiva como sugirió el Sr. Stoker, pero algo hace.

—Yo llevo una cruz —dijo Samuel—. Bran nos obliga a todos a llevarla. En nuestra parte de Montana no hay muchos vampiros pero hay otras cosas a las que tampoco les gustan mucho las cruces.

—Como algunos feéricos desagradables; pero Samuel nunca mencionaría aquello delante de Zee, porque sería de mala educación. Zee tampoco mencionaría nunca que

la tercera y cuarta balas de la pistola que llevaba eran de plata. Se las había hecho yo misma. No es que él no supiera hacerlo, pero pensé que si alguna vez se veía mezclado en problemas con hombres lobo, lo más probable es que yo fuera la causa.

—¿Mercy? —preguntó Samuel.

No me gustan las cruces. Mi aversión no tiene nada que ver con lo metafísico, como en el caso de los vampiros. De hecho, cuando vivía en la manada de Bran, también llevaba una cruz.

Podía recitar de memoria un discurso entero sobre lo enfermizo que resulta llevar colgado al cuello el instrumento de tortura de Cristo para simbolizar al Príncipe de la Paz, quien nos enseñó a amarnos los unos a los otros. Es un buen discurso; a veces incluso me lo creo.

Aunque la verdad es que las cruces simplemente me producen escalofríos. Recuerdo perfectamente un día que fui con mi madre a la iglesia durante una de sus escasas visitas, cuando tenía cinco o seis años. Mi madre era pobre y vivía en Portland, por lo que no podía permitirse el lujo de venir muy a menudo. De modo que cuando venía, le gustaba hacer algo especial. Íbamos a Missoula para pasar un fin de semana en plan madre-hija y los sábados elegíamos una iglesia al azar para escuchar el sermón. Creo que mi madre lo hacía más porque sentía la necesidad de que yo asistiera a la iglesia que por su ferviente religiosidad.

Cuando se detenía a hablar con el pastor o el reverendo, yo aprovechaba para recorrer los edificios. En una ocasión, me topé inesperadamente en una pared con una estatua descomunal de Cristo clavado en la cruz. Mis ojos estaban justo al nivel de sus pies, sujetos al madero con un enorme clavo. No tendría que haberme impresionado tanto, pero algún artista de talento lo había pintado de forma muy realista, cubierto completamente de sangre. Desde aquel día no volvimos a entrar en una iglesia, y, desde entonces, no puedo mirar una cruz sin imaginar al hijo de Dios agonizando en ella.

Por tanto, no llevo cruces. Sin embargo, al haberme criado en la manada de Bran, llevaba otra cosa. A regañadientes, me saqué la cadena de debajo de la camiseta y se lo mostré a ambos.

Samuel frunció el ceño. La pequeña figura estaba estilizada; supongo que al principio costaba un poco averiguar qué era.

—¿Un perro? —preguntó Zee sin apartar los ojos del collar.

—Un cordero —dije a la defensiva mientras volvía a ocultarlo—. Uno de los nombres de Cristo es «El cordero de Dios».

Los hombros de Samuel se agitaron ligeramente.

—Ya lo estoy viendo: Mercy conteniendo a una habitación llena de vampiros con un reluciente cordero de plata.

Le di un fuerte puñetazo en el hombro mientras notaba cómo la sangre acudía a mi rostro, pero no sirvió de nada. Samuel se puso a cantar en tono burlón:

—Mercy tiene un corderito...

—Según tengo entendido lo importante es la fe del portador —dijo Zee, aunque no parecía muy convencido—. Supongo que nunca has utilizado a tu cordero contra un vampiro, ¿verdad?

—No —dijo simplemente, todavía malhumorada por la canción—. Pero si la Estrella de David funciona, y Bran afirma que sí, entonces esto también tendría que funcionar.

Todos nos dimos la vuelta cuando un vehículo entró en el aparcamiento, pero sus ocupantes salieron y, después de que el conductor se sacara un sombrero imaginario en dirección a Zee, entraron en el Tío Mike. Ningún vampiro en el grupo.

—¿Hay algo más que debemos saber? —le pregunté a Zee, que parecía ser el mejor informado. Todo lo que yo sabía sobre los vampiros empezaba con la frase «Aléjate de ellos».

—Las oraciones no funcionan —dijo—. Aunque parecen tener cierto efecto sobre los demonios y algunos antiguos feéricos oscuros. El ajo tampoco funciona...

—Excepto como repelente de insectos —dijo Stefan apareciendo súbitamente entre dos coches aparcados detrás de Zee—. No hace daño pero huele mal y tiene peor sabor. Si no molestas a uno de los nuestros, y te aseguras de traer a un amigo que no haya comido ajo, por lo menos conseguirás que te ponga el último en la lista del menú.

No le había oído acercarse. Tampoco le había visto ni sentido su presencia hasta que había empezado a hablar. Zee sacó no sé exactamente de dónde una daga de hoja negra del tamaño de mi brazo y se colocó entre el vampiro y yo. Samuel emitió un gruñido.

—Lo siento —se disculpó Stefan humildemente al darse cuenta de que nos había sobresaltado—. Moverse sin ser visto es una de mis habilidades, aunque no suelo utilizarla con mis amigos. Acabo de tener un episodio algo desagradable y aún no he bajado la guardia.

A pesar de que Stefan era alto, siempre daba la sensación de que ocupaba menos espacio del que debería, de modo que no solía considerarlo un hombre grande hasta que se colocaba junto a otra persona. Descubrí entonces que era de la misma estatura que Samuel y casi tan ancho de hombros, aunque le faltaba parte de la corpulencia de los hombres lobo.

Sus facciones eran regulares y, en reposo, supongo que su rostro podría considerarse hermoso. Pero sus expresiones eran tan exageradas que la forma de sus facciones solía quedar oculta por el brillante engranaje de su amplia sonrisa.

Aunque en aquel momento lo que hizo fue fruncir el ceño.

—Si voy a llevarte ante la presencia de la Señora, creo que deberías vestirme un poco mejor.

Bajé la mirada y vi que llevaba puesta la misma ropa que el día en que fui a comprobar lo que ocurría en casa de Adam. Aunque solo hacía dos noches de aquello, me dio la sensación de que había pasado una semana. La camiseta era un

regalo del propio Stefan por enseñarle a corregir la regulación del tiempo en su furgoneta. En la parte de delante tenía escrita la frase «La felicidad es la ingeniería alemana, la cocina italiana y el chocolate belga» y una gran mancha de chocolate caliente. Al pensar en el tiempo que hacía que la llevaba puesta descubrí que desprendía un olor un poco más fuerte del habitual, y no precisamente a detergente y suavizante.

—Hemos llegado a la ciudad esta misma tarde —me disculpé—. No he tenido tiempo de ir a casa para cambiarme. Pero tú no estás mucho mejor.

Stefan también se echó una ojeada, balanceándose sobre los talones y extendiendo los brazos como si fuera un cómico de *vaudeville* exagerando los movimientos para que el público los captara. Vestía una camisa negra de manga larga sin abrochar sobre una camiseta blanca sencilla y tejanos con un agujero en la rodilla. Nunca le había visto vestido con nada más formal, pero, por alguna razón, su ropa informal siempre parecía... la equivocada, como si llevara un disfraz.

—¿El qué? ¿Esto? —preguntó—. Es el mejor traje al estilo vampiro que tengo —añadió—. Tal vez debería haberme puesto tejanos negros y camisa negra, pero no me gusta exagerar.

—Pensaba que venías a recogerlos. —Miré alrededor deliberadamente—. ¿Dónde está tu coche?

—He venido en la forma rápida. —No explicó en qué consistía, sino que continuó—: Veo que tienes la furgoneta. Tendríamos que caber todos en ella.

—Zee se queda aquí —dije.

Stefan sonrió.

—Para reunir las tropas, ¿eh?

—¿Sabes dónde está la gente que atacó a Adam? —le pregunté optando por no comentar su observación.

Negó con la cabeza con tristeza.

—La Señora no consideraba adecuado decirme más de lo que te comuniqué. —Su rostro se quedó inmóvil durante un momento—. Ni siquiera estoy seguro que fuera verdad lo que me dijo. Puede que no sepa nada. Tal vez deberías encontrar una excusa para no ir, Mercy.

—Estos visitantes ya han matado a un hombre y destrozado la casa de Adam —le dije—. Si tu Señora sabe dónde están, debemos preguntárselo.

Me dirigió una inclinación de cabeza extrañamente formal y se dio la vuelta para mirar a Samuel. Cuando le sonrió, consiguió mantener los colmillos ocultos.

—A ti no te conozco. Debes de ser el nuevo lobo en la ciudad.

Hice las presentaciones, y supe que Samuel y Stefan no iban a ser amigos a primera vista, aunque no por culpa de Stefan.

Me produjo cierta sorpresa cuando los dos hombres se comportaron con el despreocupado encanto que suele provocar las risas ajenas. Aunque la actitud de Samuel era anormalmente sombría. Era evidente que no le gustaban los vampiros.

Subí a la furgoneta y esperé a que Stefan y Samuel terminaran su educada discusión sobre quién debía sentarse en el asiento delantero. Deseaba creer que Stefan intentaba ser amable, pero Samuel se negaba a sentarse de espaldas a un vampiro.

Antes de que este renunciara a su cortesía y le dijera a Stefan la auténtica razón, dije:

—Necesito a Stefan delante para que me oriente.

Zee golpeó en la ventanilla. Tras bajarla con el elevavinas eléctrico, Zee me entregó la daga que había hecho aparecer cuando Stefan salió de entre las sombras, y también un montón de cuero que resultó ser una funda y un cinturón.

—Coge esto —me dijo—. El cinturón va atado, de modo que puedes ajustártelo.

—¿Puedo? —preguntó Stefan tímidamente mientras se acomodaba en el asiento delantero. Esperé al brusco asentimiento de Zee para pasarle la daga.

El vampiro la observó desde diversos ángulos bajo la luz interior de la furgoneta. Cuando hizo ademán de devolvérmela, Samuel alargó el brazo entre los asientos y se la arrebató de las manos. Comprobó el filo pasándose la hoja por el dedo gordo. Conteniendo el aliento, apartó la mano del cuchillo y se metió el dedo en la boca.

Durante un instante no ocurrió nada. Entonces el poder recorrió la furgoneta; no era el poder que los alfas podían convocar, ni tampoco se parecía a la magia que usaba Elizaveta Arkadyevna. Era algo parecido al poder feérico del *glamour* y noté un sabor a metal y sangre en mi boca. Tras un momento muy breve, la noche volvió a recuperar su calma.

—Diría que no es muy buena idea manchar hojas antiguas con tu sangre —dijo Stefan suavemente.

Zee se puso a reír, un sonido gutural con la boca totalmente abierta que le hizo echar la cabeza para atrás.

—Escucha al vampiro, Samuel, Hijo de Bran. A mi hija le gusta demasiado tu sabor.

Samuel me devolvió la daga y sus atavíos.

—Zee —dijo Samuel, y, a continuación, como si acabara de darse cuenta de algo, continuó en alemán—: *Siebold Adelbertkrieger ausdem Schwarzenwald*.

—Siebold Adelbertsmiter de la Reserva Feérica Walla Walla —dijo Zee con calma.

—Siebold Adelbert's Smiter del Bosque Negro —traduje recurriendo por primera vez a los dos años obligatorios de lengua extranjera. No importaba; ya fuera en alemán o en inglés, aquellas palabras, que en boca de Sam parecían un título honorífico, continuaban sin decirme nada.

En cualquier pueblo irlandés pueden decirte los nombres de los seres feéricos que han interactuado con sus ancestros. Existen rocas y estanques con el nombre de brownies o kelpies^[4] que vivieron allí. Pero las historias germánicas suelen centrarse en los héroes. Solo unos cuantos feéricos alemanes, como Lorelei o Rumpelstiltskin,

tienen historias donde aparecen sus nombres y que te informan sobre el tipo de criatura a la que te enfrentas.

Samuel, no obstante, sabía algo sobre Zee.

Zee percibió lo que ocultaba mi mirada y volvió a soltar una risotada.

—No empieces, cariño. Vivimos en el presente. Deja el pasado en paz.

Estoy licenciada en historia, una de las razones por las que soy mecánico. Satisfago mi ansia por el pasado leyendo sobre todo novelas y romances históricos. He intentado varias veces que Zee me cuente historias de su pasado, pero, como ocurre con los hombres lobo, no le gusta hablar mucho del tema. El pasado contiene demasiadas sombras. Pero ahora que tenía un nombre, y en cuanto pudiera volver a casa lo buscaría en internet.

Zee miró a Stefan y la sonrisa desapareció de su rostro.

—Seguramente la daga no le servirá de mucho contra vampiros, pero me sentiré mejor si tiene algo con que defenderse.

Stefan asintió.

—Le permitirán conservarla.

La daga descansaba en mi regazo como lo hubiera hecho cualquier otra, pero, al recordar la caricia de poder, la enfundé cuidadosamente en la vaina.

—No les mires a los ojos —me dijo Zee repentinamente—. Eso también va por usted, Dr. Cornick.

—No juegues con vampiros al juego de la dominación —dijo Samuel—. Lo recuerdo.

La segunda parte de ese viejo aforismo de los hombres lobo es «simplemente mátalos». Me alegré de que no lo dijera.

—¿Tienes algún otro consejo, vampiro casi amigo de Mercy? —preguntó Zee a Stefan.

Este se encogió de hombros.

—No habría estado de acuerdo con esto si pensara que las intenciones de la Señora no eran honestas. Su principal problema es que se aburre mucho. Mercy es muy buena con las respuestas fáciles que no comprometen a nada. Si el lobo puede hacer lo mismo, todos estaremos cómodamente en la cama antes del amanecer.

Capítulo 10

No sé dónde esperaba que residieran los vampiros. Supongo que todas aquellas películas de madrugada me habían predispuesto a imaginar una enorme mansión victoriana situada en un barrio de mala reputación. Por el centro de Kennewick deambulan algunos vampiros, lustrosos y maquillados como viejas estrellas de la ópera. Pero, dado que en los alrededores existen barrios algo deteriorados, suelen elegir para vivir casas demasiado pequeñas para cobijar incluso a un nido reducido.

Por tanto, no tendría que haberme sorprendido de estar circulando por una calle con Mercedes, Porsches y BMW aparcados en todos y cada uno de los elegantes caminos de adoquín que conducían a la entrada de las propiedades. La carretera estaba cortada sobre la ladera de una colina con vistas a la ciudad, y, durante los últimos treinta años, médicos, abogados y directores ejecutivos habían levantado sus viviendas de ciento veinte metros cuadrados en aquellos terrenos tan abruptos. Si bien, como nos dijo Stefan, los vampiros habían sido los primeros en establecerse allí.

Al final de la calle principal, un desvío daba paso a una carretera de gravilla más estrecha que pasaba entre dos edificios de ladrillo de dos pisos. Pese a que a primera vista parecía un camino de entrada, continuaba más allá de las casas y se internaba en terrenos vírgenes.

Recorrimos aproximadamente unos cuatrocientos metros de típica vegetación de Washington —hierba alta, arbustos y maleza— y ascendimos una suave colina lo suficientemente grande como para ocultar una extensa hacienda de dos pisos rodeada por un muro de dos metros y medio. A medida que descendíamos de la colina, la visión de la casa se redujo a lo que podíamos ver a través del portalón doble de metal. Pensé que las amplias arcadas de estilo español que dotaban de elegancia a los flancos del edificio conseguían disimular la escasez de ventanas.

Siguiendo las indicaciones de Stefan, detuve la furgoneta en la parte exterior del muro, en una zona de terreno nivelado. El vampiro salió del vehículo y lo rodeó para abrirme la puerta antes de que Samuel tuviera tiempo siquiera de salir de la furgoneta.

—¿Dejo esto? —le pregunté a Stefan mostrándole la daga de Zee. Durante el trayecto hasta allí, había decidido que, dado que su tamaño no me permitía ocultarla sin el *glamour* feérico —que no poseo— lo mejor sería dejarla en la furgoneta.

Stefan se encogió de hombros mientras se golpeaba suavemente con las manos en los muslos, como si escuchara una música que solo él percibía. Era algo habitual en él; pocas veces estaba totalmente inmóvil.

—Puede que llevar encima un artefacto tan antiguo como ese les haga respetarte más —dijo Samuel tras rodear la furgoneta—. Llévala.

—Me preocupa dar una imagen equivocada —expliqué.

—No creo que las cosas se pongan muy violentas esta noche —dijo Stefan—. La daga por sí sola no empezará nada —y me dirigió una sonrisa—. Aunque en este estado es ilegal. Acuérdate de quitártela cuando salgamos.

Rodeé varias veces mis caderas con el cinturón de cuero. Tenía una hebilla hecha a mano sin pasador en el extremo, de modo que introduje el otro extremo del cinturón por ella y lo até.

—Está demasiado suelto —dijo Stefan alargando la mano, pero Samuel se adelantó.

—Sujétalo a la cintura —dijo Samuel mientras lo ajustaba—. Y después pásatelo por las caderas para que el peso de la hoja no te lo tire todo sobre los tobillos.

Cuando quedó satisfecho, dio un paso atrás.

—Yo no soy el enemigo —le dijo Stefan cordialmente.

—Ya lo sabemos —dije.

Stefan me dio un palmadita en el hombro pero continuó:

—No soy tu enemigo, lobo. Me he arriesgado más de lo que imaginas para poneros a los dos bajo mi protección. La Señora quería enviar a otros a recogeros, y no creo que lo hubieses pasado muy bien con ellos.

—¿Por qué te arriesgas, entonces? —preguntó Samuel—. ¿Por qué nos pones bajo tu protección? Sé lo que eso significa. No me conoces, y Mercy es solo tu mecánico.

Stefan soltó una risotada, la mano inmóvil sobre mi hombro.

—Mercy es mi amiga, Dr. Cornick. Mi madre me enseñó a cuidar de mis amigos, ¿no hizo lo mismo la tuya?

Estaba mintiendo. No sé por qué estaba tan segura, pero lo estaba.

Algunos hombres lobo saben si una persona miente. Yo solo puedo hacerlo cuando es alguien que conozco muy bien y estoy prestando atención. Tiene que ver con el cambio en los sonidos habituales de una persona: respiración, pulso y cosas así. Normalmente no presto tanta atención. Nunca he podido averiguar mucho sobre Stefan, ni siquiera las habituales emociones asociadas a olores característicos. Y, además, el pulso y la respiración de Stefan suelen ser bastante erráticos. A veces pienso que tan solo respira porque es consciente de lo que incomoda a la gente cuando no lo hace.

A pesar de todo, supe que mentía.

—Nos has mentido —le dije—. ¿Por qué nos ayudas? —Me deshice de su mano para darme la vuelta y mirarle a los ojos, dejando a Samuel a mi espalda.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Stefan, y parte de su jovialidad desapareció de su rostro.

—Necesito saber si podemos confiar en ti —le dije—. O al menos hasta dónde podemos hacerlo.

Stefan levantó las manos y balanceó la cabeza en uno de sus típicos gestos grandilocuentes de mago, aunque lo que percibí fue un genuino manto de magia rodeándonos. Sabía a tierra, como Zee, pero había cosas más oscuras en el hechizo de Stefan que en todo lo que el gremlin había utilizado conmigo.

—De acuerdo —dijo—. Pero no me culpes si se pone de mal humor por haberla hecho esperar. Esta noche me llamaste con una pregunta.

—¿Qué acabas de hacer? —preguntó Samuel en voz baja.

Stefan emitió un suspiro de exasperación.

—Asegurarme que nosotros tres seamos los únicos que participamos en esta conversación; hay cosas en la oscuridad con muy buen oído.

Volvió a dirigir su atención hacia mí.

—Cuando llamé a nuestro contable me pasó directamente con la Señora, lo que no es exactamente el procedimiento habitual. Obviamente, nuestra Señora estaba más interesada en tu Dr. Cornick que en tu pregunta. Vino a verme y me pidió que te llamara; su intención no era que yo te escoltara. Ni siquiera quería facilitarte protección, pero cuando me ofrecí, no pudo oponerse. Estoy aquí, Mercy, porque quiero descubrir qué ha despertado a mi Señora de su letargo, su estado habitual desde el día en que la desterraron a este lugar. Necesito saber si es algo bueno, o algo muy malo tanto para mí como para mi especie.

Asentí.

—De acuerdo.

—Pero también lo hubiera hecho solo por amistad —añadió.

Sorprendentemente, Samuel se puso a reír con cierta amargura.

—Claro. Todos hacemos cosas por nuestra Mercy en nombre de la amistad —dijo.

Stefan no nos condujo a través de la puerta principal, que era lo suficientemente amplia como para que pasara por ella un vagón de mercancías, sino a través de una pequeña puerta lateral adosada al muro.

En contraste con la vegetación poco desarrollada del exterior, el jardín interior resultaba muy elaborado. Pese a que estábamos en el mes de noviembre, el césped tenía un aspecto oscuro y lustroso bajo la blanquecina luz de la luna. Unas cuantas rosas asomaban la cabeza desde zonas protegidas próximas a la casa, y los últimos crisantemos aún conservaban algunos capullos. Era un jardín de típico estilo francés, con parterres organizados y floraciones meticulosas. Si la casa hubiera sido victoriana —o Tudor—, el conjunto habría sido maravilloso. Si bien resultaba algo extraño enmarcando una casa de adobe de estilo español.

El muro estaba cubierto de parras sin hojas, como era habitual en invierno. A la luz de la luna, parecían un grupo de hombres muertos, colgados con los brazos extendidos y crucificados en la estructura de soporte.

Empecé a temblar y me acerqué más al calor que desprendía Samuel. Este me dirigió una mirada extraña; era evidente que había olido mi inquietud, pero de todos modos puso una mano sobre mi hombro y me atrajo hacia él.

Seguimos un sendero de adoquines que pasaba junto a una piscina cubierta durante el invierno y que rodeaba la casa hasta una amplia franja de césped. Al otro lado de la franja se levantaba una casa de invitados de dos pisos de aproximadamente la tercera parte del tamaño de la casa principal. Stefan nos condujo en dirección al edificio menor.

Golpeó la puerta dos veces con los nudillos, la abrió y nos indicó que entrásemos a un recibidor decorado agresivamente con los colores y texturas del suroeste americano; el conjunto se completaba con jarrones de arcilla y muñecas kachina. Sin embargo, la decoración quedaba abrumada por el aroma a flores y hierbas desconocidas, y no por las esperadas fragancias del desierto.

Yo estornudé y Samuel arrugó la nariz. Tal vez todo aquel popurrí estaba diseñado para confundir nuestro olfato, aunque no era cáustico, sino simplemente intenso. Pese a encontrarlo desagradable, no me impidió reconocer el olor del cuero y de la ropa en descomposición. Eché una rápida ojeada a mi alrededor, pero no pude descubrir nada que pudiera originar aquel olor a putrefacción; todo parecía nuevo.

—La esperaremos en la sala de estar —dijo Stefan mientras nos acompañaba a través de los altos techos de un comedor y nos hacía entrar en un vestíbulo.

Nos llevó a una habitación que era el doble que la mayor habitación de mi tráiler. Sin embargo, y comparada con el resto de la casa, resultaba acogedora. Pese a haber dejado atrás el tema del suroeste, las paredes aún tenían cálidos tonos tierra.

Los asientos eran confortables, aunque demasiado mullidos para mi gusto. Stefan se acomodó en un sillón con aspecto relajante y el mueble se lo tragó. Yo me escabullí hacia la parte frontal del confidente, de aspecto más firme, si bien los cojines también me impedirían moverme con fluidez.

Samuel se sentó en un sillón situado frente al de Stefan, pero se puso de pie en cuanto notó que empezaba a hundirse en él. Finalmente optó por el otro asiento del confidente, y se puso a mirar por el enorme ventanal que dominaba la habitación. Era la primera ventana que veía en la casa.

La luz de la luna penetró en la habitación, formando preciosos brillos sobre su rostro. Samuel cerró los ojos y disfrutó de ella; supe que la luna le llamaba, pese a que aún no era llena. No me dijo nada, pero en una ocasión me describió la canción de la luna con las palabras de un poeta. La expresión de felicidad mientras la escuchaba dotaba a su rostro de una gran belleza.

No era la única que lo pensaba.

—Oh, ¡qué hermoso! —dijo una voz gutural con un ligero acento europeo que precedió a una mujer enfundada en un vestido de seda dorada, de corte alto y casi de etiqueta, que resultaba algo extraño combinado con zapatillas de deporte y calcetines de caña alta.

Sus rizos rubios con reflejos rojizos, recogidos sobre la cabeza con elegancia banal y montones de diminutos alfileres, dejaban ver unos relucientes pendientes de diamantes a juego con un elaborado collar que descendía sobre su pecho. Suaves arrugas rodeaban sus ojos y su boca.

Olía como Stefan, por lo que asumí que era también un vampiro, pero las arrugas en su rostro me confundieron. Stefan aparentaba unos veinte años, y, de algún modo, había llegado a la conclusión de que los no muertos eran como los hombres lobo, cuyas células se reparan a sí mismas y que bloquean el paso del tiempo, las enfermedades y la experiencia.

La mujer entró en la habitación con pasos suaves y se dirigió directamente hacia Samuel, quien se dio la vuelta para mirarla con severidad. Cuando ella se apoyó en él y se puso de puntillas para lamer ligeramente su cuello, Samuel deslizó una mano por su nuca y miró a Stefan.

Me desplacé ligeramente hacia el extremo de mi asiento y me di la vuelta para observar la escena desde el otro lado del confidente. No estaba muy preocupada por Samuel; sabía que podía partirle el cuello al vampiro sin mucho esfuerzo. Tal vez un humano no hubiera sido capaz, pero Samuel no era humano.

—Lilly, mi querida Lilly —dijo Stefan con un suspiro, y su voz perforó la tensión de la habitación—. Querida, lamer a los invitados es de mala educación.

La mujer se detuvo, su nariz apoyada contra Samuel. Agarré la empuñadura de la daga de Zee con la esperanza de no tener que utilizarla. Confiaba en que Samuel pudiera protegerse a sí mismo, pero no le gustaba hacer daño a las mujeres, y la Lilly de Stefan tenía un aspecto muy femenino.

—Ella dijo que podríamos entretenernos con los invitados. —Lilly parecía una niña malhumorada consciente de que la prometida visita a la juguetería estaba a punto de cancelarse.

—Estoy seguro de que se refería a que tú debías entretener a los invitados, cariño. —Aunque Stefan no se había movido de su sillón, tenía los hombros tensos y el cuerpo inclinado hacia delante.

—Pero es que huele tan bien —murmuró ella. Me dio la impresión de que movía la cabeza hacia delante, pero debí de equivocarme porque Samuel continuó inmóvil—. Está tan caliente.

—Es un hombre lobo, querida Lilly. Lo encontrarías algo indigesto. —Stefan se levantó y caminó lentamente alrededor del sofá. Cogió la mano de Lilly entre las suyas y la besó.

—Entreténnos un rato, mi señora.

Stefan la apartó lentamente de Samuel y la acompañó de forma solemne hasta un piano vertical situado en un rincón de la habitación. Retiró la banqueta y la ayudó a sentarse.

—¿Qué puedo tocar? —preguntó ella—. No quiero tocar a Mozart. Era tan grosero.

Stefan le acarició la mejilla con la punta de los dedos.

—Por supuesto. Toca lo que prefieras y nosotros escucharemos.

La mujer suspiró, un sonido exagerado acompañado de una caída de hombros, y después, como si fuera una marioneta, se enderezó de pies a cabeza y colocó las manos sobre las teclas.

No me gusta la música de piano. La única profesora de música en Aspen Creek tocaba el piano. Durante cuatro años aporreé melodías durante media hora al día y cada año odiaba más aquel instrumento. Él también me odiaba a mí.

Con solo unos cuantos acordes descubrí lo equivocada que estaba respecto a aquel instrumento; al menos cuando lo tocaba Lilly.

Parecía imposible que aquel sonido saliera del pequeño piano vertical y de la frágil mujer sentada frente a él.

—Liszt —susurró Samuel mientras se alejaba del ventanal y se sentaba en la parte posterior de mi asiento. Cerró los ojos y escuchó, del mismo modo en que había escuchado a la luna.

Stefan se alejó del piano en cuanto Lilly estuvo concentrada en la música. Se acercó lentamente hasta donde yo me encontraba y alargó una mano.

Miré a Samuel, pero continuaba extasiado con la música. Cogí la mano de Stefan y dejé que tirara de mí hasta ponerme en pie. Cuando me soltó, estábamos en el otro extremo de la habitación.

—No es el hecho de ser un vampiro lo que la ha convertido en eso —dijo Stefan, no exactamente en un murmullo, sino más bien en un tono de voz bajo que no se solapaba con la música—. Su creador la encontró tocando el piano en un prestigioso burdel y decidió que la quería para su nido. De modo que se la llevó antes de darse cuenta de que estaba loca. En circunstancias normales, habría sido ejecutada sin clemencia; un vampiro sin control es algo muy peligroso. Sé que los hombres lobo hacen lo mismo. Sin embargo, como nadie podía soportar el hecho de perder su música, decidieron mantenerla encerrada en el nido y vigilarla como el tesoro que es.

Tras una breve pausa, continuó:

—Aunque normalmente no se le permite deambular a su antojo. Siempre se le asignan guardas para que velen por su seguridad y por la de nuestros invitados. Tal vez la Señora quiera divertirse un rato.

Observé cómo las delicadas manos de Lilly se movían velozmente sobre las teclas, produciendo una música de un poder e imaginación que evidentemente ella no poseía. Pensé en lo que había ocurrido cuando Lilly entró en la habitación.

—¿Y si Samuel hubiera reaccionado de otro modo? —le pregunté.

—No habría tenido opción ante él. —Stefan se balanceó sobre sus talones; parecía inquieto—. Ella no tiene experiencia con presas poco dispuestas, y Samuel es viejo. Lilly es muy valiosa para nosotros. Si le hubiera hecho daño, todo el nido habría reclamado venganza.

—Shh —dijo Samuel.

Lilly interpretó a Liszt durante largo rato. No las piezas líricas de sus primeros años, sino las que compuso tras escuchar a Paganini, el violinista radical. Pero, justo en mitad de una de sus habituales combinaciones de notas algo enloquecidas, pasó a tocar una pieza de *blues* que no reconocí, algo suave y relajante que vagó por la habitación como un enorme gato. También tocó un poco de los Beatles, de Chopin y algo de estilo vagamente oriental antes de desgranar los familiares acordes de *Eine Kleine Nachtmusik*.

—Pensaba que no querías tocar nada de Mozart —le dijo Stefan cuando terminó la pieza y empezó a ensayar una melodía con su mano derecha.

—Me gusta su música —le explicó al teclado—. Pero él era un cerdo. —Golpeó el teclado dos veces con ambas manos—. Aunque él está muerto, y yo no. No muerta.

No iba a discutirle aquello. Sobre todo cuando uno de aquellos delicados dedos partió una tecla. Los otros tampoco dijeron nada.

Lilly se levantó del piano súbitamente y recorrió la habitación a grandes zancadas. Dudó al llegar frente a Samuel, pero cuando Stefan se aclaró la garganta, se acercó a él corriendo y le besó en la mejilla.

—Ahora me voy a comer —dijo—. Estoy hambrienta.

—Muy bien. —Stefan la abrazó y, después, le indicó con un suave empujoncito la dirección de la puerta.

Durante el rato que estuvo allí, ni siquiera me había dirigido una rápida mirada.

—De modo que crees que nos han engañado, ¿no es eso? —dijo Samuel con una perezosa templanza que me pareció fuera de lugar.

Stefan se encogió de hombros.

—A ti, a mí o a Lilly. Elige al que prefieras.

—Me parece demasiado arriesgado —aventuré—. Si Samuel muere, Bran reducirá esto a escombros. No quedaría ni un vampiro con vida en todo el estado. —Miré a Stefan—. Puede que tu Señora sea poderosa, pero los números hablan por sí solos. Tri-Cities no es tan grande. Si hubiera cientos de los tuyos, lo sabría. Bran puede recurrir a todos los alfas de Norteamérica.

—Es agradable saber la estima que nos profesan los lobos. Me aseguraré que la Señora deje en paz a este, por nuestra seguridad —dijo una mujer a mi espalda.

Salté hacia delante y me di la vuelta, dejando rápidamente a Stefan frente al nuevo vampiro, quien, reconocí de inmediato, no era ni etéreo ni seductor. Si aquella mujer no hubiese sido un vampiro, le habría puesto unos sesenta años, cada uno de ellos grabado en las arrugas de adusta desaprobación que recorrían su rostro.

—Estelle —dijo Stefan. No supe decidir si aquello era un saludo, una presentación o una advertencia.

—Ha cambiado de idea. Ya no desea subir para conocer al lobo. Prefiere que sean ellos quienes vayan a verla. —Estelle no pareció reaccionar ante Stefan.

—Están bajo mi protección. —La voz de Stefan se ensombreció de un modo nuevo para mí.

—También ha dicho que podías venir tú, si lo deseas —añadió dirigiéndose a Samuel—. Debéis entregarme todas las cruces y objetos sagrados que llevéis, por favor. No permitimos que la gente vaya armada en presencia de la Señora.

Sostuvo en alto una bolsa de cuero con relieves dorados y Samuel se desabrochó el collar. Cuando se lo sacó de debajo de la camisa, no ardía ni brillaba. Pese a tratarse simplemente de un trozo de metal, percibí en el nuevo vampiro un escalofrío involuntario cuando el collar pasó demasiado cerca de su piel.

Se dio la vuelta hacia mí. Me desabroché la cadenita con el cordero y se lo mostré.

—No llevo cruces —le dije suavemente—. No esperaba tener que hablar con tu Señora esta noche.

Ni siquiera me pidió que le mostrara la daga de Zee; era probable no la consideraba un arma. Tras apretar el cordel con fuerza, dejó que la bolsa colgara de él.

—Seguidme.

—Los acompañaré en un minuto —dijo Stefan—. Ve a decirle que ahora vamos.

El otro vampiro levantó las cejas pero se marchó sin replicar llevándose la bolsa con la cruz de Samuel en su interior.

—Ocurre algo con lo que no contaba —dijo Stefan rápidamente—. Puedo protegeros de la mayoría, pero no de la Señora. Si queréis, puedo sacaros de aquí e intentar conseguir la información por mi cuenta.

—No —dijo Samuel—. Ya estamos aquí. Acabemos con esto.

Las palabras de Samuel quedaron suspendidas brevemente en el aire, y vi cómo Stefan le dirigía una mirada severa.

—Insisto una vez más en sacaros de aquí. —En aquella ocasión Stefan me miraba a mí—. No me gustaría que ni tú ni los tuyos salierais malparados.

—¿Podrías descubrir dónde están esos lobos contra su voluntad? —le pregunté.

Stefan dudó, lo que ya era respuesta suficiente.

—Entonces, hablaremos con ella —dije.

Stefan asintió, aunque no parecía muy satisfecho.

—En tal caso, me veo en la obligación de repetir las palabras del gremlin. Mantén los ojos alejados de los suyos. Probablemente tenga a otros con ella, aunque no sé si te permitirá que los veas o no. No mires a nadie a los ojos. Hay cuatro o cinco aquí que pueden confundir incluso a tu lobo.

Se dio la vuelta y nos mostró el camino a través de la casa hasta llegar a una alcoba con una escalera de caracol de hierro forjado. Mientras descendíamos por ella, pensé que acabaríamos en el sótano, pero la escalera se internó a mucha más profundidad. Pequeñas luces empotradas en los muros de cemento se encendían a medida que Stefan pasaba junto a ellas. Gracias a aquello, pudimos distinguir los peldaños, y también que estábamos descendiendo a través de un tubo de cemento, aunque las luces no eran lo suficientemente potentes como para permitirnos distinguir

mucho más. Pequeños respiraderos bombeaban aire fresco para renovar la atmósfera, lo que me impedía percibir los olores de las profundidades.

—¿Cuánto tenemos que bajar? —pregunté mientras intentaba deshacerme del deseo claustrofóbico que me empujaba a regresar por donde habíamos venido.

—Unos seis metros desde la superficie. —La voz de Stefan creó un pequeño eco, o quizás algo debajo de nosotros emitió un sonido.

Tal vez solo estaba nerviosa.

Al cabo de un rato, la escalera terminó en un bloque de cemento. Incluso con mi visión nocturna, la oscuridad era tan absoluta que solo podía distinguir a unos cuantos metros en todas direcciones. El rastro de lejía bailaba sobre otros olores que no había percibido en toda mi vida.

Stefan se movió y una serie de luces fluorescentes parpadearon. Estábamos en una habitación vacía de suelo, paredes y techo de cemento. El efecto del conjunto era de esterilidad y vacío.

Stefan no se detuvo, sino que continuó avanzando a través de la habitación hasta penetrar en otro túnel estrecho con una ligera pendiente. El túnel tenía, a intervalos regulares, diversas puertas metálicas sin pomos ni tiradores. Al percibir movimientos extraños tras las puertas, me aproximé a Samuel y apoyé la mano sobre su hombro.

Cuando pasamos frente a una, algo la golpeó por dentro, produciendo un sonido hueco que resonó detrás de nosotros. Tras otra puerta, alguien —o algo— empezó a reír a voz en cuello: una risa incontenible y desesperada que terminó en una serie de gritos.

Cuando dejamos atrás la última puerta, estaba prácticamente encima de Samuel, pero él parecía relajado, y su respiración y pulso ni siquiera mostraban signos de aceleración. Maldito lobo. Yo no conseguí respirar con calma hasta dejar atrás la última puerta.

El túnel giró abruptamente y el suelo se convirtió en una empinada escalera compuesta por seis escalones que desembocaban en una habitación de irregulares paredes de yeso, suelo de madera e iluminación escasa. Justo frente a la escalera había un suntuoso sofá de piel color café con unas formas que armonizaban con las paredes.

Una mujer tendida sobre dos cojines tapizados y con demasiado relleno se apoyó en uno de los brazos del sofá. Iba vestida de seda. Percibí el olor residual de los gusanos de seda, así como el olor característico que empezaba a relacionar con los vampiros.

El vestido era sencillo y caro, revelando su figura en un remolino de colores que iban del violeta al rojo. Sus pequeños pies, descalzos y con las uñas pintadas también de rojo y violeta, estaban apoyados sobre el sofá, de modo que las rodillas le servían de apoyo al libro de bolsillo que leía.

Terminó la página, dobló una esquina y lo dejó en el suelo descuidadamente. Bajó las piernas del sofá y se dio la vuelta, por lo que su rostro quedó en nuestra dirección

cuando finalmente levantó la cabeza para mirarnos. Lo hizo con tal delicadeza que casi me olvidé de apartar los ojos de ella.

—Preséntanos, Stefano —dijo ella. Su voz de contralto estaba enriquecida con un ligero acento italiano.

Stefan hizo una reverencia, un gesto formal que sus tejanos agujereados deberían haber deslegitimado, pero que, de algún modo, resultó de una elegancia pasada de moda.

—Signora Marsilia —dijo Stefan—. Permítame presentarle a Mercedes Thompson, una mecánico extraordinaria, y a su amigo el Dr. Cornick, el hijo del Marrok. Mercy, Dr. Cornick, ella es la Signora Marsilia, Señora del Nido del Medio Columbia.

—Bienvenidos —dijo ella.

Había estado algo preocupada desde que descubrí lo humanas que me habían parecido las dos mujeres del piso de arriba con sus arrugas e imperfecciones. En Stefan podía reconocer un rastro de otredad. Desde el día en que lo había conocido, supe que no era humano. Sin embargo, al margen del distintivo olor a vampiro, las dos mujeres me habían parecido humanas.

Esta no.

La miré fijamente, intentando controlar lo que provocaba que se erizara el bello de mi nuca. Tenía el aspecto de una mujer de veinte años. Evidentemente, había muerto y se había convertido en un vampiro mucho antes de que la edad empezara a hacer su trabajo.

Tenía el pelo rubio, un color que no asociaba con Italia, pero sus ojos eran oscuros, tan oscuros como los míos.

Aparté la mirada apresuradamente de su rostro. La respiración se me aceleró al darme cuenta de lo fácil que resultaba olvidarlo. Aunque no me había estado mirando a mí. Como el resto de los vampiros, su atención estaba centrada en Samuel, algo comprensible. Era el hijo del Marrok, el hijo de Bran, una persona con más influencia que una mecánico de BMW. Aunque cualquier mujer se fijaría en él antes que en mí.

—¿He dicho algo divertido, Mercedes? —preguntó Marsilia. Aunque su voz era agradable, ocultaba un gran poder, algo parecido al poder al que podían recurrir los alfas.

Decidí decirle la verdad y comprobar qué hacía con ella.

—Es usted la tercera mujer que me ignora esta noche, Signora Marsilia. De todos modos, lo encuentro totalmente comprensible, dado que a mí también me cuesta mucho dejar de mirar al Dr. Cornick.

—¿Suele ejercer este efecto en las mujeres, Dr. Cornick? —le preguntó a Samuel con aire de superioridad. Sus ojos continuaban clavados en él.

—Yo n... no... —tartamudeó Samuel, el imperturbable Samuel. Se detuvo y cogió aire. Tras recuperar algo la compostura, dijo—: Espero que tenga más suerte con el otro sexo que yo.

Marsilia se puso a reír, y entonces comprendí qué era lo que me preocupaba. Había algo extraño en sus gestos y expresiones, como si estuviese imitando el comportamiento humano. Supuse que sin nuestra presencia, sin la necesidad de llevar a cabo aquella representación, su apariencia no sería en absoluto humana.

Zee me había dicho que los avances modernos en CGI permitían a los directores de cine crear por ordenador personajes animados digitalmente con una apariencia muy próxima al ser humano. Sin embargo, descubrieron que al pasar cierto punto, cuanto más reales eran los personajes, más repulsión sentía el público.

En aquel momento comprendí a qué se refería.

Todo en ella parecía correcto. Su corazón latía, su respiración era regular. Su piel estaba ligeramente sonrojada, como alguien que acaba de dar un paseo en pleno invierno. Pero sus sonrisas no acababan de encajar: se producían demasiado pronto o demasiado tarde. Su imitación de un ser humano era bastante aproximada, pero no lo suficiente como para considerarla real; y esa pequeña diferencia era la que me daba escalofríos.

Normalmente no tengo los problemas de control típicos de los hombres lobo; los coyotes son animales adaptables y afables. Pero en aquel momento, de haber estado en forma de coyote, habría huido de allí tan rápido como me hubieran permitido mis patas.

—Mi Stefano me ha dicho que queréis información sobre los visitantes que me pagaron tan generosamente para que los dejara en paz. —Había vuelto a ignorarme, aunque tampoco me molestó demasiado.

—Sí. —Samuel mantuvo un tono relajado, casi distraído—. De todos modos daremos con ellos, pero agradeceríamos su ayuda.

—Después de daros esta información —dijo con una voz que resonó en su garganta, como la de un gato—, hablaremos un poco sobre el Marrok y sobre lo que me dará a cambio de mi cooperación.

Samuel meneó la cabeza.

—Lo siento, Signora. No tengo autoridad para discutir sobre ese tema. No obstante, transmitiré con mucho gusto a mi padre cualquier mensaje que desee hacerle llegar.

Marsilia hizo un puchero. Percibí el impacto de su mirada sobre Samuel y olí cómo la excitación de este empezaba a aumentar. Las cosas desagradables que hacían ruidos tras las puertas metálicas no habían conseguido acelerarle el pulso, pero la Señora del Nido sí que pudo. Se inclinó hacia delante, y Samuel recorrió la distancia que los separaba hasta que el rostro de ella quedó a escasos centímetros de su ingle.

—Samuel —dijo Stefan con calma—, tienes sangre en el cuello. ¿Te hizo Lilly algún corte?

—Déjame verlo —sugirió la Signora. Respiró profundamente y emitió un sonido hambriento que resonó como el repiqueteo de huesos viejos y secos—. Ya me ocupo yo.

De algún modo, aquello no me pareció la mejor idea. No era la única que lo pensaba.

—Están bajo mi protección, Signora —dijo Stefan con rígida formalidad—. Los he traído hasta aquí para que hablaras con el hijo del Marrok. Su seguridad es mi honor, y casi lo pierdo cuando Lilly acudió a nosotros sin escolta. No me gustaría pensar que sus deseos están en contradicción con mi honor.

Marsilia cerró los ojos y dejó caer la cabeza, apoyando la frente en el estómago de Samuel. Oí cómo volvía a respirar profundamente, y la excitación de Samuel aumentó, como si Marsilia tirara de ella al inhalar.

—Hace tanto tiempo —murmuró ella—. Su poder me llama como el *brandy* en una noche de invierno. Me cuesta pensar. ¿Quién estaba a cargo de Lilly cuando se presentó ante mis invitados?

—Lo averiguaré —dijo Stefan—. Será un placer traer ante su presencia a los malhechores para ver de nuevo cómo cuida de su gente, Signora.

Ella asintió y, cuando Samuel emitió un gruñido, abrió los ojos. Ya no eran oscuros, sino que brillaban con un fuego rojo y dorado bajo la sutil luz de la habitación.

—Ya no tengo el control que solía tener —murmuró Marsilia. Había esperado que su voz se endureciera con la intensidad de las llamas en sus ojos, pero, por el contrario, su voz adquirió un tono seductor más suave y profundo que hizo reaccionar incluso a mi cuerpo. Y normalmente las mujeres no suelen despertar en mí ese tipo de sentimientos.

—Creo que este sería un buen momento para sacar tu cordero, Mercy. —La atención de Stefan estaba tan centrada en el otro vampiro que tardé un momento en comprender que hablaba conmigo.

Me había estado acercando a Samuel. Cinco años dedicados a las artes marciales me habían proporcionado un cinturón violeta, los músculos necesarios para mover piezas de coche como un hombre y la evidencia de que mis irrisorias habilidades no servían de mucho en un enfrentamiento contra un vampiro.

Consideré la posibilidad de arrancar a Samuel de los brazos de Marsilia y llevármelo de allí, pero finalmente reconocí algo que mis sentidos habían estado intentado comunicarme desde hacía rato: había más gente en la habitación, otros vampiros que no podía ni ver ni oír, pero que podía oler.

El consejo de Stefan me ofreció una mejor opción, de modo que tiré de la cadena de mi collar. La cadena era suficientemente larga como para quitármela por la cabeza, y la dejé colgando de mi mano justo cuando Marsilia empezó a moverse.

Pese a criarme entre hombres lobo que corrían más rápido que galgos, y pese a que yo misma soy un poco más veloz que ellos, no vi el movimiento de Marsilia. Pasó, de forma imperceptible, de estar pegada a la parte frontal de los tejanos de Samuel a rodear con las piernas sus caderas y colocar la boca en su cuello. Todo lo

que ocurrió a continuación pareció producirse muy lentamente, aunque supongo que tan solo transcurrieron unos segundos.

La ilusión que ocultaba a los otros vampiros se disipó en cuanto Marsilia empezó a alimentarse frenéticamente de Samuel, y entonces los vi, seis vampiros alineados contra la pared de la habitación. No se esforzaban en absoluto por parecer humanos, y me formé una apresurada impresión de ellos que incluía piel grisácea, pómulos hundidos y ojos brillantes como gemas incandescentes. Pese a que Stefan había rodeado a Marsilia con los brazos en un intento por arrancarla de Samuel, ninguno de ellos hizo ademán de moverse. Y continuaron inmóviles cuando me acerqué a Samuel con el ridículo collar alrededor del puño. Supongo que no nos consideraron una amenaza.

Samuel tenía los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás para que Marsilia tuviera mejor acceso a su cuello. Tan asustada que casi no podía respirar, presioné el cordero de plata contra la frente de Marsilia y recité una rápida pero fervorosa oración con la esperanza de que el cordero tuviera el mismo efecto que una cruz.

La pequeña figura se clavó en su frente, pero Marsilia, concentrada en el cuello de Samuel, no me prestó atención. Entonces ocurrieron varias cosas al mismo tiempo que solo más tarde pude colocar en el orden más probable.

El cordero bajo mi mano lanzó una llamarada semejante al fogonazo azul de un mechero Bunsen perfectamente ajustado. Marsilia se refugió súbitamente en la parte de atrás del sofá, el lugar más alejado de mi collar —y de Samuel— que pudo encontrar, y lanzó un chillido, un sonido agudo justo en el límite de mi capacidad auditiva, mientras hacía un movimiento con ambas manos.

Todos cayeron al suelo, Samuel, Stefan y los guardias de Marsilia, mientras yo me quedaba en pie, con mi resplandeciente corderito como un absurdo cartel luminoso de color azul, frente a la Señora del Nido. Al principio creí que los otros se habían tirado al suelo de forma voluntaria, en reacción a alguna señal secreta que me había pasado inadvertida. Sin embargo, Marsilia sacudió el mentón en un movimiento rápido e inhumano y volvió a gritar. Los cuerpos tendidos en el suelo se retorcieron levemente, como si algo les provocara dolor pero no pudieran moverse para aliviarlo; y, finalmente, me di cuenta de que no era únicamente el miedo lo que me impedía respirar, sino también la magia. Marsilia estaba haciendo algo que provocaba aquel dolor.

—Deténlo —le dije con toda la autoridad de que fui capaz. Mi voz salió débil y temblorosa, no autoritaria.

Me aclaré la garganta y lo volví a intentar. Si había podido enfrentarme a Bran tras empotrar su Porsche contra un árbol sin carné de conducir ni su permiso para conducirlo, también podía relajarme lo suficiente para evitar que me temblara la voz.

—Ya es suficiente. Nadie te ha hecho daño.

—¿Que nadie me ha hecho daño? —siseó mientras sacudía la cabeza de tal modo que su mata de pelo dejó al descubierto su frente y una marca en ella con la vaga

forma de mi collar.

—Estabas bebiendo de Samuel sin su permiso —dije con firmeza, como si supiera que su acto me otorgaba el derecho a defenderle. Aunque no estaba muy segura de que fuera así, los faroles siempre me habían funcionado con los hombres lobo. Y los vampiros parecían más estrictos con las normas.

Marsilia levantó el mentón pero no me contestó. Respiró hondo, y me di cuenta de que era la primera vez que lo hacía desde que la había apartado de Samuel. Sus párpados revolotearon cuando inhaló el olor de la habitación; yo también lo percibía: miedo, dolor, sangre y algo dulce e irresistible mezclado con el olor de los presentes.

—Hacía mucho que no me traían algo semejante —dijo ella—. Ya estaba sangrando y medio seducido. —Su tono no era de disculpa, pero, si nos permitía salir de allí con vida, estaba dispuesta a aceptar una mera explicación.

Stefan consiguió articular una sola palabra:

—Trampa.

Marsilia dibujó un círculo rápido en el aire y movió la mano hacia un lado y la dejó caer. Todos los hombres de la habitación perdieron las fuerzas. Samuel, descubrí con alivio, aún respiraba.

—Explícate, Stefan —dijo ella, y respiré más tranquila al comprobar que desviaba su atención de mí.

—Una trampa contra usted, Señora —dijo Stefan con la voz ronca de un hombre que ha gritado demasiado—. Hacer sangrar al lobo y traerlo ante tu presencia como si fuese un regalo. Lo han hecho muy bien. No he percibido que estaba bajo un hechizo hasta que he visto la sangre.

—Puede que tengas razón —dijo ella. Me dirigió una mirada de irritación—. Guarda eso, por favor. Ya no lo necesitas.

—Está bien, Mercy —dijo Stefan con una voz aún susurrante. No se había levantado del suelo, sino que estaba estirado con los ojos cerrados, como si hubiera llegado al límite de su resistencia.

Volví a ocultar el collar, y la habitación me pareció aún más sombría y mundana con aquella pobre iluminación.

—Háblame sobre esa trampa, Stefano —dijo ella vivamente mientras trepaba por la parte trasera del sofá y se acomodaba en su asiento. No sé si sus ojos se detuvieron un momento más de lo normal en Samuel, quien continuaba inmóvil, pero al menos la llama inhumana se había transformado en un débil parpadeo.

El resto de los vampiros empezaban a dar señales de vida, aunque el único que se movía era Stefan. Se sentó con un gruñido y se frotó la frente como si le doliera. Sus movimientos eran espasmódicos, inhumanos.

—Enviaron a Lilly sin su vigilante. En un principio pensé que lo habían hecho para provocar un incidente. Si Samuel la hubiese matado, habría estallado una guerra entre nuestro nido y el Marrok. Pero tal vez era más que eso. Pensé que nos habíamos deshecho de ella antes de que lo marcara, pero, pensándolo bien, creo que quedó

hechizado desde aquel momento. Lo enviaron hasta aquí sangrando como un filete y te lo ofrecieron. Si hubieses matado a Samuel, lo que no me resultaría tan extraño teniendo en cuenta todo el tiempo que has pasado sin alimentarte —percibí cierta desaprobación en su voz—. Si hubieses matado a Samuel... —Y dejó en el aire sus palabras.

Marsilia se lamió los labios como si aún quedara en ellos algo de sangre. Percibí un rastro de arrepentimiento en su rostro cuando miró a Samuel, como si deseara que no la hubieran detenido.

—Si lo hubiese matado, habría estallado la guerra. —Apartó la mirada de Samuel y nuestros ojos se encontraron, aunque parecía menos sorprendida que yo. Tal vez el corderito que me había protegido hasta entonces seguía haciéndolo. Tamborileó con las uñas de una mano sobre las de la otra; parecía estar dándole vueltas a algo.

—Nos superan en número —dijo Stefan al ver que no añadía nada más. Antes de ponerse en pie, hizo un esfuerzo por recuperar la compostura—. Si empieza una guerra, nos veremos obligados a abandonar este país.

Marsilia se quedó inmóvil, como si aquellas palabras tuvieran una gran importancia.

—Abandonar este desierto maldito y regresar a casa —y cerró los ojos—. Un gran premio por el que muchos se arriesgarían a enfrentarse a mi ira.

Los otros vampiros empezaron a desperezarse. Me coloqué entre ellos y Samuel, confiando en que Stefan mantuviera a su Señora alejada de nosotros. A medida que se ponían en pie, mostraban más interés en Samuel que en Marsilia. Como casi todos aquella noche, me ignoraron mientras se iban aproximando.

—Despierta, Sam —dije golpeándole con el tacón.

Stefan dijo algo en un tono líquido con la inequívoca cadencia del italiano. Dado que estaban inmersos en el juego de «las estatuas humanas», los otros vampiros se detuvieron en seco, algunos en posturas insólitas.

—¿Qué le ocurre a Samuel?

Se lo pregunté a Stefan, pero quien contestó fue Marsilia.

—Está bajo el hechizo de mi mordisco —dijo—. Algunos mueren por el Beso, pero es probable que no le cause muchos daños a un hombre lobo. Si no hubiera sido yo, no habría sucumbido.

—Entonces, ¿cómo lo consiguió Lilly? —preguntó Stefan—. Pese a no ser un beso completo, consiguió convertirlo en su esclavo.

Marsilia se agachó junto a mis pies y tocó a Samuel en el cuello. No me gustaba el modo en que aparecía en los sitios, especialmente cuando lo hacía junto a Samuel, que no podía defenderse.

—Esa es una buena pregunta —murmuró—. ¿Es un dominante este hijo de Bran?

—Sí —respondí. Sabía que a los humanos les costaba diferenciar a un dominante de un lobo sumiso, pero no pensaba que a los vampiros también les pasara lo mismo.

—Entonces Lilly no pudo hacerlo. Pero... quizás le prestaron el poder. —Se llevó los dedos a los labios y lamió la sangre de Samuel. Sus ojos volvían a brillar con intensidad.

Metí la mano en el interior de la camiseta para recurrir nuevamente al cordero, pero una mano pálida me cogió por la muñeca y me atrajo hacia un cuerpo que era todo huesos y tendones fríos.

Antes de darme cuenta de que alguien me sujetaba, ya me había deshecho de él. Si hubiera dispuesto de tiempo para pensar, jamás habría intentado deshacerme de un vampiro como si fuera un humano, pero era un acto reflejo tras cientos de horas en el *dojo*.

Aterrizó justo encima de Samuel porque Marsilia se había movido hacia un lado. La criatura se retorció, y pensé que venía de nuevo a por mí, pero estaba más interesado en Samuel. Se lanzó sobre su cuello sangrante.

Marsilia lo apartó bruscamente de un tirón, dejando piel desgarrada donde los colmillos se habían clavado en la carne. Sin esfuerzo ni emoción aparente, lanzó al vampiro contra la pared. El yeso se desprendió, pero el vampiro cayó en pie con un gruñido que se desvaneció en cuanto vio quién le había lanzado por segunda vez.

—Fuera, queridos. —Vi que la marca de su frente se estaba curando—. Fuera de aquí antes de que perdamos todo nuestro honor, abrumados por semejante manjar que yace aquí ante nosotros cual tentador festín.

Finalmente, conseguí sacar de nuevo el cordero, pero, antes de que empezara a brillar, me di cuenta de que estábamos solos, Stefan, Samuel y yo.

Capítulo 11

Había un ascensor oculto tras una de las puertas del pasillo.

Stefan, exhausto, se apoyó contra la pared; acarreaba a Samuel, que estaba cubierto de sangre y muy débil pero que aún respiraba.

—¿Seguro que está bien? —le pregunté, no por primera vez.

—Sobrevivirá —dijo él, lo que no era exactamente lo mismo.

El ascensor se detuvo con suavidad y las puertas se abrieron para revelar una cocina. Luces brillantes fulguraron sobre muebles de madera de arce y encimeras de mármol color crema. Pese a no tener ventanas, quedaba compensado por una hábil disposición de los espejos y paneles de vidrio con iluminación interior. Junto a la nevera había algo por lo que sentía mucho más interés: una puerta exterior. Sin esperar a Stefan, abrí la puerta y salí al cuidado jardín. Mientras respiraba hondo y disfrutaba de un aire que olía más a tierra y a gases de combustión que a vampiro, descubrí que había salido de la casa principal.

—Las casas están conectadas por túneles —dije mientras Stefan bajaba los peldaños de servicio.

—No es momento de charlas —gruñó Stefan.

Le miré y vi que hacía grandes esfuerzos por acarrear el peso de Samuel.

—Pensaba que los vampiros podían arrancar árboles de cuajo —dije.

—No después de que Marsilia juguetea con ellos —dijo Stefan. Movié a Samuel en un intento por agarrarlo mejor.

—¿Por qué no utilizas la posición del bombero? —le pregunté.

—Porque no quiero llevarlo de ese modo cuando despierte. No va a ser un lobo muy feliz. Así puedo tirarlo al suelo y salir corriendo si es necesario.

—Yo lo llevaré —dijo una voz desconocida.

Stefan se dio la vuelta con un gruñido y, por primera vez desde que le conocía, vi sus colmillos, blancos y relucientes en la noche.

Otro vampiro estaba frente a nosotros, vestido con tejanos y una de esas camisas blancas de pirata abierta hasta la cintura típica de las ferias del Renacimiento y de las películas de Errol Flynn. No le quedaba bien. Sus hombros eran demasiado estrechos y su estómago plano resultaba más cadavérico que *sexy*; aunque lo más probable era que estuviera saturada de vampiros por una noche.

—Paz, Stefan. —El vampiro levantó una mano—. Marsilia ha pensado que podrías necesitar ayuda.

—Querrás decir que prefiere no tener al lobo cerca cuando despierte del lazo del Beso. —Stefan se relajó un poco—. De acuerdo.

Pasaron a Samuel de los brazos de un vampiro a los del otro. Al parecer, el recién llegado no compartía la preocupación de Stefan, ya que se colocó al hombre lobo sobre el hombro.

Aunque la noche parecía tranquila, los años de caza me permitieron percibir una sensación de acecho. Alguien nos estaba observando. No sé por qué no me sorprendía. Recorrimos en silencio el jardín y cruzamos la puerta principal, que alguien había abierto mientras estábamos en el interior de la casa.

Deslicé la puerta de la furgoneta y señalé el largo asiento trasero. El vampiro-pirata descargó a Samuel en la parte del asiento más alejada de la puerta. Decidí que la fuerza resultaba mucho más inquietante en los vampiros que en los hombres lobo. Al menos estos últimos solo parecían hombres muy fuertes.

Tras acomodar a Samuel, el vampiro se dirigió a mí.

—Mercedes Thompson —dijo—. Mi señora agradece tu visita, que nos ha servido para descubrir problemas que de otro modo hubiesen permanecido ocultos. También agradece que le permitieras conservar su honor y el de su vasallo, Stefano Uccello. —Al reconocer el escepticismo pintado en mi rostro, sonrió—. Me ha dicho que jamás se había sentido rechazada por una oveja. Cruces, escrituras y agua sagrada, pero nunca por ovejas.

—El cordero de Dios —le explicó Stefan. Casi había recuperado su aspecto habitual, y estaba apoyado con el hombro en la furgoneta—. Yo tampoco pensaba que funcionaría. Si lo hubiese sabido, lógicamente, le habría pedido que se lo entregase a Estelle.

—Por supuesto. —El otro vampiro me dirigió otra breve sonrisa encantadora—. En cualquier caso, debo transmitarte las disculpas de la Signora Marsilia por cualquier incomodidad que tú o los tuyos hayáis podido sufrir esta noche y confía en que extiendas las disculpas también al Sr. Cornick. Por favor, explicadle que la Señora no pretendía hacerle ningún daño, pero que su reciente indisposición ha permitido que alguna de su gente se volviera... revoltosa. Serán castigados.

—Dile a la Signora que agradezco sus disculpas y que también siento mucho las contrariedades que ha sufrido esta noche —mentí. Debí de hacerlo bien porque Stefan asintió a modo de aprobación.

El vampiro hizo una reverencia y me entregó la cruz de Samuel, sujetándola por la cadena, y una pequeña hoja de papel, de las gruesas y hechas a mano. Desprendía el mismo olor a hierbas que perfumaba la casa y, en ella, en una elaborada letra de alguien que ha aprendido a escribir con pluma, estaba escrita una dirección de Kennewick.

—Su intención era entregarte esto en persona, pero me ha pedido que te diga algo más. Los lobos nos pagaron algo menos de diez mil dólares por el derecho a residir en esta dirección durante dos meses.

Stefan se enderezó.

—Es demasiado. ¿Por qué les cobró tanto?

—No fue ella. Nos pagaron sin negociar. Expresé a la Signora mi preocupación por una transacción tan extraña, pero... —Miró a Stefan y se encogió de hombros.

—Marsilia no ha vuelto a ser la misma desde que la desterraron de Milán —me dijo Stefan. Y dirigiéndose al otro vampiro, añadió—: Lo que ha ocurrido esta noche es una buena señal. Es maravilloso comprobar que nuestra Señora ha recuperado su avidez, André.

«Maravilloso» no es exactamente la palabra que yo habría elegido.

—Eso espero —dijo el otro severamente—. Pero ha estado dormida los dos últimos siglos. ¿Quién sabe qué ocurrirá una vez despierta? Puede que por esta vez hayas tenido suerte.

—No fui yo —murmuró Stefan—. Alguien intenta volver a crear problemas. Nuestra Señora me ha pedido que lo investigue.

Los dos vampiros se miraron fijamente; ninguno de los dos respiraba.

—Sea cual sea su propósito —dijo Stefan finalmente—, han conseguido despertarla. Si no hubiesen puesto a mis invitados en peligro, creo que no me apetecería demasiado darles caza.

Política de vampiros, pensé. No importa la especie, humanos, hombres lobo o, aparentemente, vampiros; en cuanto se juntan más de tres, empieza la lucha por el poder.

Comprendía parte del problema. Los lobos viejos suelen retirarse del mundo cuando este cambia demasiado, y algunos de ellos terminan por convertirse en eremitas que solo salen al exterior para alimentarse y, al cabo de cierto tiempo, incluso pierden interés en eso. Parecía como si Marsilia hubiera sufrido un tipo de enfermedad similar. Evidentemente, algunos vampiros se sentían cómodos con la desatención a la que los tenía sometidos su Señora, aunque Stefan no era uno de ellos. Me dio la impresión de que André no sabía aún a qué bando pertenecía. Yo era del bando que se mostrara favorable a dejarme en paz.

—La Señora también me ha pedido que te entregara algo —le dijo André a Stefan.

Se produjo un sonido, similar a la detonación de un revólver, y Stefan se tambaleó hasta quedar apoyado en la furgoneta con una mano sobre el rostro. No me di cuenta de lo que había ocurrido hasta que apareció en la mejilla de Stefan la tenue marca de una mano.

—Un anticipo —le dijo André—. Hoy está muy ocupada, pero mañana al atardecer vendrás a informarle. Deberías haberle contado lo que era Mercedes Thompson en cuanto lo supiste. Deberías haber alertado a la Señora, y no dejar que lo descubriera cuando la caminante opuso resistencia a su magia. No deberías haberla traído aquí.

—No llevaba estaca ni agua sagrada. —La voz de Stefan no reveló preocupación alguna por el golpe—. No representa ningún peligro para nosotros. Ni siquiera

comprende totalmente su naturaleza, y no tiene a nadie que la adiestre. No caza vampiros ni ataca a aquellos que la dejan en paz.

André torció la cabeza a una velocidad poco natural y clavó sus ojos en los míos.

—¿Es cierto eso, Mercedes Thompson? ¿No das caza a los que simplemente te dan miedo?

Estaba cansada, preocupada por Samuel y, en cierto modo, asombrada por haber sobrevivido a mi encuentro con la Signora Marsilia y sus acólitos.

—Solo cazo algún que otro conejo, ratón o faisán —le dije—. Hasta esta semana, eso era todo lo que hacía. —Si no hubiese estado tan cansada, no habría añadido aquella última frase.

—¿Qué ha ocurrido esta semana? —preguntó Stefan.

—He matado a dos hombres lobo.

—¿Has matado a dos hombres lobo? —André me regaló una mirada que tenía poco de adulatora—. Supongo que actuabas en defensa propia y que tendrías un arma a mano.

Negué con la cabeza.

—Uno de ellos estaba descontrolado; habría matado a todo aquel que se cruzara en su camino. Le desgarré la garganta y murió desangrado. Al otro le disparé antes de que matara al Alfa.

—¿Le desgarraste la garganta? —murmuró Stefan. André no sabía si creerme o no.

—Me transformé en coyote para que me persiguiera, para distraer su atención.

Stefan frunció el ceño.

—Los hombres lobo son muy rápidos.

—Ya lo sé —dije irritada—. Yo lo soy más. —Recordé la desenfundada persecución a que me sometió la pareja de Bran y añadí—: Por lo menos la mayor parte de las veces. No pretendía matar...

Me detuve porque alguien había gritado. Esperamos, pero todo continuó en calma.

—Será mejor que vaya a atender a la Signora —dijo André, y desapareció. Simplemente desapareció.

—Yo conduciré —dijo Stefan—. Tú siéntate detrás con el Dr. Cornick. Cuando despierte será mejor que tenga a su lado a alguien en quien confíe.

Le di las llaves y subí a la parte de atrás.

—¿Qué ocurrirá cuando despierte? —le pregunté mientras me acomodaba en el asiento y levantaba la cabeza de Samuel para apoyarla en mi regazo. Le alisé el cabello y le recorrí el cuello con la punta de los dedos. Las marcas de los vampiros, ásperas al tacto, me indicaron que ya habían empezado a secarse.

—Quizás no ocurra nada —dijo Stefan mientras se sentaba en el asiento del conductor y ponía en marcha el motor—. Pero, a veces, no reaccionan muy bien ante

el Beso. La Signora Marsilia solía preferir los lobos a otras presas más mundanas. Por eso perdió su posición en Italia y fue enviada a este lugar.

—¿Alimentarse de hombres lobo es tabú? —pregunté.

—No. —Dio marcha atrás a la furgoneta y se dirigió hacia el camino—. Es tabú alimentarse de la amante licántropo del Señor de la Noche.

Dijo Señor de la Noche como si diera por hecho que le conocía, de modo que le pregunté:

—¿Quién es el Señor de la Noche?

—El Señor de Milán, o al menos lo era la última vez que le vi.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace doscientos años, más o menos. Desterró aquí a la Signora Marsilia con todos aquellos que le debían la vida o vasallaje.

—Hace doscientos años no había nada en este lugar —dije.

—Según cuentan, se limitó a clavar una aguja en un mapa. Tienes razón, no había nada. Solo desierto, polvo e indios. —Ajustó el retrovisor interior para verme y clavó sus ojos en mí cuando continuó—: Indios y algo desconocido para nosotros, Mercy. Cambiantes que no necesitaban la llamada de la luna. Hombres y mujeres que podían tomar la forma de un coyote cuando querían, inmunes a la mayor parte de la magia que nos había permitido vivir entre los humanos sin ser detectados.

Le miré fijamente.

—No soy inmune a la magia.

—No he dicho que lo fueras —respondió él—. Pero determinado tipo de magia no te afecta. ¿Por qué crees que has sido la única capaz de hacer frente a la ira de Marsilia?

—Por el cordero.

—No ha sido el cordero. En el pasado, Mercedes, lo que eres habría significado tu sentencia de muerte. Matábamos a los de tu especie dondequiera que dábamos con ellos, y ellos nos devolvían el favor. —Stefan sonrió. La expresión en sus fríos ojos consiguió helarme la sangre—. Los vampiros están por todas partes, Mercedes, y tú eres la única caminante que queda por aquí.

Siempre había considerado a Stefan un amigo. Ni siquiera en el corazón del nido de vampiros me había cuestionado su amistad. Qué estúpida había sido.

—Puedo llegar a casa sola —le dije.

Stefan volvió a dirigir la mirada hacia la calle que se extendía frente a él y sonrió débilmente mientras detenía la furgoneta. Bajó pero dejó el motor encendido. Solté el hombro de Samuel y me obligué a abandonar la seguridad del asiento trasero.

No vi ni olí a Stefan cuando salí de la furgoneta y me dirigí hacia el asiento del conductor, aunque sentí su mirada en el pescuezo. Avancé unos metros al volante pero no tardé en levantar el pie del acelerador y pisar el freno.

Bajé la ventanilla y dije a las sombras:

—Sé que no vives aquí. Hueles a chimenea y palomitas. ¿Quieres que te acompañe a casa?

Le oí reír y me sobresalté. Volví a sobresaltarme cuando se apoyó en la ventanilla y me dio un golpecito en el hombro.

—Vete a casa, Mercy —dijo, y desapareció. Aquella vez de verdad.

Mientras recorría barrios residenciales y suburbios, me puse a pensar sobre lo que acababa de descubrir.

Sabía que los vampiros, como los feéricos, los hombres lobo y especies similares eran todos ellos criaturas preternaturales del Viejo Mundo. Vinieron a este continente por las mismas razones que lo hicieron la mayoría de humanos: en busca de riqueza, poder o tierras, y para escapar de las persecuciones.

Durante el Renacimiento, los vampiros fueron un secreto a voces; ser considerado un vampiro otorgaba prestigio y poder, y las ciudades italianas y francesas se convirtieron en sus refugios. Pese a todo, su población no era demasiado numerosa. Como ocurre con los licántropos, la mayor parte de los humanos que desean convertirse en vampiros suelen perecer en el intento. Muchos de los príncipes y aristócratas que afirmaban ser vampiros eran únicamente hombres astutos que utilizaban la reputación de estos para desalentar a sus rivales.

La Iglesia, sin embargo, tenía una idea muy distinta. Cuando la invasión española del Nuevo Mundo llenó las arcas de la Iglesia, permitiendo que esta se independizara del favor de la nobleza, iniciaron una caza de vampiros y del resto de las criaturas preternaturales.

Cientos, miles de personas murieron acusadas de vampirismo, brujería o licantropía. Pese a que únicamente un porcentaje muy reducido de los que sucumbieron a la persecución de la Iglesia eran realmente vampiros, las pérdidas fueron igualmente graves, ya que los humanos (afortunadamente para ellos) se multiplican mucho más rápido que los no muertos.

De modo que los vampiros llegaron al Nuevo Mundo, salvando las distancias, víctimas de la persecución religiosa, como los cuáqueros o los puritanos. Los hombres lobo y sus parientes convocados por la luna vinieron en busca de territorios de caza. Los feéricos escaparon del frío hierro que originó la Revolución Industrial, aunque poco después los acabaría alcanzando al otro lado del Atlántico. Todos estos inmigrantes exterminaron a casi todas las criaturas preternaturales nativas del continente americano, y junto con ellas, las historias que daban fe de su existencia.

Y parece ser que también a mi pueblo.

Mientras ascendía por la rampa de acceso a la autopista de Richland, me vino a la memoria algo que me había dicho mi madre. Ella no había conocido muy bien a mi padre. En mi caja de joyas, prácticamente vacía, guardaba una hebilla de plata que mi

padre le había regalado tras ganarla en un rodeo. Me dijo que tenía los ojos del color de la zarzaparrilla y que roncaba cuando dormía boca arriba.

Solo sabía otra cosa de él, que si alguien hubiera encontrado antes su camioneta accidentada, tal vez se habría salvado. No murió en el accidente, sino que algo afilado le seccionó una arteria y se desangró hasta morir.

Se produjo un sonido en la parte de atrás de la furgoneta. Orienté el retrovisor interior para encuadrarlo en el asiento trasero. Samuel había abierto los ojos y temblaba violentamente.

Stefan no me había contado en qué consistía la mala reacción al Beso, pero me dio la sensación de que no iba a tardar mucho en averiguarlo. Casi me paso la salida de Columbia Park, pero finalmente la cogí sin provocar un accidente.

Conduje hasta un pequeño aparcamiento junto a un cobertizo de mantenimiento. Aparqué, apagué las luces y me deslicé entre los asientos, aproximándome a Samuel con cautela.

—¿Sam? —dije, y se relajó momentáneamente.

Los ojos le brillaban en las sombras interiores de la furgoneta. Olía a adrenalina, terror, sudor y sangre.

Tuve que hacer un esfuerzo por no salir corriendo. Parte de mí sabía que todo aquel miedo debía tener una causa. El resto se preguntó por qué los hombres lobo reaccionaban negativamente al Beso del vampiro. Cuando despertaban, eran incapaces de mover un músculo y su último recuerdo, algo que les chupaba la sangre, accionaba todos los resortes del pánico en su arsenal particular.

—Shhh —dije mientras me ponía en cuclillas entre el asiento trasero y la puerta corredera—. Ya no hay vampiros. Lo que sientes es algo que tiene que ver con su mordisco. Hace que sus víctimas se vuelvan pasivas para poder alimentarse de ellas sin llamar la atención. Está desapareciendo; Stefan me dijo que no dejaba secuelas.

Estaba empezando a escucharme. Podía percibirlo por la forma en que relajaba los hombros. Entonces sonó el móvil.

Respondí, pero el ruido repentino fue excesivo. La furgoneta se sacudió y se balanceó cuando Samuel saltó por encima del asiento y se refugió en el portaequipajes.

—Hola —dije en voz baja.

—Mercy. —Era Warren; por su tono deduje que era urgente—. Tienes que venir aquí en cuanto puedas. Y trae a Samuel.

Samuel emitía sonidos discordantes tras el asiento. En el mejor de los casos, la Transformación suele ser bastante dolorosa: cuando se sienten cómodos y ávidos de caza. Transformarse cuando la atmósfera está cargada de miedo y sangre no es uno de esos casos. No resulta nada agradable.

—Samuel está indispuerto —dije entre sus gritos de agonía y desesperación. Estaba luchando contra la transformación.

Warren lanzó una maldición.

—Entonces dime una cosa. ¿Sospecha Adam de alguien de su manada? ¿Alguien que pudiera haberlo traicionado?

—Eso es culpa mía —dije—. Warren, ¿se dirige la manada hacia tu casa?

Warren dio un gruñido. Interpreté aquello como un sí.

—Díselo a Adam.

—Preparé filetes y le di de comer hará cosa de una hora. Ahora duerme. Intenté despertarle antes de llamarte, pero está profundamente dormido en un sueño curativo. No sé cuánto tardaré en despertarle.

—El Dr. Cornick podría hacerlo —murmuré con una mueca provocada por el ruido procedente de la parte de atrás de la furgoneta—. Pero ahora mismo no puede ponerse al teléfono.

—No pasa nada, Mercy. —Parecía súbitamente calmado—. Ya me ocuparé yo. Si eso es Samuel en mitad de una transformación involuntaria, lo mejor es que te alejes de ahí y le des algo de tiempo para calmarse.

—¿Qué? ¿Y dejar que cace libremente en mitad de Kennewick? No me parece buena idea.

—Si está transformándose de ese modo, no te reconocerá. No será Samuel el hijo de Bran, solo será un lobo.

Los sonidos tras el asiento empezaban a ser cada vez más caninos y menos humanos.

—Mercy, sal de ahí.

—No pasará nada, Warren —dije confiando en que así fuera.

Los lobos, los de verdad, no suelen ser animales despiadados a menos que estén asustados, heridos o acorralados. Los hombres lobo son siempre despiadados, siempre están dispuestos a matar.

—Si esto no funciona, dile que lo hicieron los vampiros —dije—. No creo que lo recuerde, y tampoco se aleja mucho de la verdad. Fueron los vampiros quienes provocaron esta transformación. Dile eso —y colgué el teléfono.

Ya era demasiado tarde para huir, aunque tampoco lo habría hecho. ¿Dejar que Samuel se enfrentara solo a las secuelas provocadas por la pérdida de control de su lobo? Samuel era un sanador, un defensor de los débiles. No estaba muy segura que pudiera seguir viviendo con las manos manchadas de sangre inocente.

Ya le había abandonado una vez, hacía mucho tiempo. No volvería a hacerlo.

Los sonidos se extinguieron hasta que solo percibí el discordante jadeo de su respiración, pero oí su ira. No me molesté en quitarme la ropa antes de transformarme; no tenía tiempo. Cuando la nívea cabeza de Samuel apareció por la parte superior del asiento, me estaba deshaciendo de la camiseta y del sujetador.

Me detuve y me agaché en el suelo de la furgoneta con la cola entre las patas. No levanté la mirada, pero noté cómo cedían los muelles cuando él trepó lentamente por la parte de atrás y se quedó inmóvil en el asiento.

Estaba tan asustada que no podía ni respirar. Pese a saber lo que debía hacer a continuación, no estaba muy segura de conseguirlo. Si alguna parte de mí hubiera tenido la más mínima duda de que Sam, mi Sam, jamás me haría daño, no habría podido hacer lo que hice.

Él estaba totalmente inmóvil. En Montana, durante la caza, los lobos aúllan y gritan, pero en la ciudad la caza es silenciosa. Los aullidos, los chillidos y los ladridos son solo un farol; el lobo silencioso es el que te matará.

Con Samuel sentado en el asiento trasero, me di la vuelta y me quedé patas arriba, exponiendo mi estómago a sus fauces. Aparté el mentón para que mi cuello también fuera vulnerable a él. Es una de las cosas más difíciles que he hecho nunca. Habría podido matarme con la misma facilidad de haber optado por otra posición, pero había algo intrínsecamente negativo en el hecho de exponer mi estómago sin protección: la sumisión es propia de los perros.

La furgoneta volvió a oscilar cuando Samuel saltó y aterrizó casi sobre mí. Olí su ira; el olor avinagrado del miedo había desaparecido con el humano, y ahora solo quedaba el lobo. Su cálido aliento agitó mi pelaje cuando me olfateó con su hocico pegado a mi piel. Lentamente, la ira fue desapareciendo junto a la intensidad que me había permitido reconocer sus sentimientos.

Ladeé la cabeza y me arriesgué a mirar en su dirección. Samuel ocupaba todo el espacio entre el asiento y la puerta corredera. Atrapada bajo su cuerpo, con una pata delantera a ambos lados de mis hombros, me sobrevino una súbita claustrofobia e intenté darme la vuelta.

Detuve el movimiento casi inmediatamente, pero Samuel embistió con un aullido de advertencia y un chasquido de dientes a escasos centímetros de mi rostro. Intenté consolarme con el aullido, ya que, teóricamente, si empezaba a aullar existían bastantes probabilidades de que no me matara. De todos modos, había sido testigo demasiadas veces de la naturaleza volátil de los hombres lobo.

Se movió súbitamente, cerrando la boca sobre mi garganta; aunque era un movimiento demasiado amplio para tratarse de un ataque en la yugular. Sentí sus colmillos a través del pelaje de mi cuello; se detuvieron en cuanto entraron en contacto con la piel.

Recé por que Bran tuviera razón y que el lobo de Samuel me considerara su pareja. Si estaba equivocado, entonces tanto Samuel como yo pagaríamos el precio.

Me mantuve completamente inmóvil mientras mi corazón pugnaba por salir del pecho. Entonces me soltó, me dio un suave mordisco en el hocico y se apartó silenciosamente.

Me puse de cuatro patas y me sacudí el pelaje para colocarlo en su sitio, con lo que finalmente conseguí deshacerme del sujetador. Samuel estaba estirado a lo largo del asiento trasero y me observaba con sus hermosos ojos blancos. Parpadeó una vez, recolocó el hocico sobre la pata delantera y cerró los ojos, diciendo, tan claramente

como si lo hubiera expresado en palabras, que las dos mitades de su alma volvían a ser una.

Oí el sutil ronroneo de un potente motor aproximándose por la calle del parque. Adopté la forma humana lo más rápido que pude y me puse a gatear en busca de la ropa. Lo primero que encontré fue la ropa interior; era de color verde pálido. Me puse los sujetadores deportivos con más eficacia que la que había utilizado al quitármelos y encontré la camiseta al pisarla.

El coche redujo la velocidad a medida que se aproximaba y las luces brillaron a través de la ventanilla de mi furgoneta.

—Pantalones, pantalones, pantalones —recité mientras recorría el suelo con las manos. Mis dedos dieron con ellos al tiempo que los neumáticos mordían la grava y el coche aparcaba detrás de nosotros.

También encontré la daga de Zee. La oculté bajo la alfombrilla de goma, al otro lado de la puerta corredera.

Febrilmente, me introduje en los pantalones, subí la cremallera y los abotoné justo cuando se abría la puerta del conductor del otro coche. Zapatos. Afortunadamente, eran blancos. Me los puse sin preocuparme por abrocharlos.

Miré con desesperación el corpulento animal que ocupaba toda la superficie del asiento trasero. Samuel aún tardaría un poco en poder transformarse de nuevo, probablemente unas cuantas horas. Cuesta bastante recuperarse de una transformación forzada, incluso para un lobo de la fuerza de Samuel, y además ya era demasiado tarde para intentar ocultarlo.

—Sé un buen perro, Samuel —le dije severamente—. No asustes al simpático oficial de policía. No tenemos tiempo de que nos escolte a la comisaría.

Una linterna me golpeó en los ojos, hice un gesto con la mano y abrí lentamente la puerta corredera.

—Estoy corriendo un poco, agente —dije. La luz me impedía distinguir su cara. Se produjo una larga pausa.

—Es la una de la madrugada, señora.

—No podía dormir —y le regalé una sonrisa de disculpa.

—Correr por la noche no es muy seguro, señora. —Bajó la linterna y parpadeó frenéticamente, confiando en que las imágenes residuales desaparecieran pronto.

—Por eso siempre lo llevo conmigo —dije con el dedo señalando hacia la parte trasera de la furgoneta.

El policía soltó un taco.

—Lo siento, señora. Es el perro más jodidamente grande que he visto en mi vida, y eso que crecí con San Bernardos.

—No me pregunte qué es —le dije mientras salía de la furgoneta para estar a su lado en lugar de bajo él—. Me lo llevé de la perrera cuando era un cachorro. El veterinario dice que puede ser un cruce extraño de un perro lobo irlandés, tal vez con algo con sangre de lobo, como el Husky o el Samoyedo.

—O un Tigre Siberiano —murmuró para sí. Y en un tono más alto, añadió—: Déjeme su carné, licencia y seguro, señora. —Estaba relajado; no esperaba tener problemas.

Abrí la puerta del conductor y cogí el bolso de la guantera, donde lo había dejado cuando paramos en el Tío Mike. Justo al lado de la licencia, el seguro y mi SIG.

La vida sería mucho más sencilla si el simpático policía no veía aquello; ni tampoco la Marlin.444 en la parte de atrás. Tenía un permiso de armas, pero no me gustaba alardear de ello. Especialmente cuando, según Stefan, la daga de Zee no era legal.

Cogí el seguro y la licencia del vehículo y después cerré la guantera con cuidado, para no revelar la presencia de la SIG. No tendría que haberme preocupado. Cuando me di la vuelta, el policía estaba sentado en el suelo de la furgoneta acariciando a Samuel.

Si se hubiera tratado de cualquier otro hombre lobo que conocía, me habría preocupado; no son animales de compañía y a algunos les molesta ser tratados como tales. Samuel inclinó la cabeza para permitir al policía introducir sus dedos justo en la zona posterior de las orejas y emitió un gruñido de placer.

A Samuel le gustaban los humanos. Recuerdo que solía acudir a la escuela de primaria para jugar con los niños —todos humanos— durante el recreo. La mayoría de hombres lobo evitan a los niños, pero Samuel no. Evidentemente, todos sabían lo que era, y cuando le veían en forma humana, le llamaban Dr. Cornick y le trataban con el mismo respeto que dedicaban a los otros adultos. Pero cuando venía a la escuela como lobo, montaban sobre él como si se tratase de un poni y jugaban al perro fugitivo o al feroz, pero leal, amigo-lobo. Samuel participaba con el mismo placer intenso típico de los niños.

—Es precioso —dijo el policía levantándose por fin de la furgoneta y cogiendo mis documentos—. ¿Cómo es de grande de pie?

Chasqueé los dedos y dije:

—Samuel, sal.

Cuando se puso en pie sobre el asiento, la parte superior de su lomo rozó el techo de la furgoneta. A continuación se desperezó y saltó del asiento hasta la calle de gravilla sin tocar el suelo de la furgoneta. Se movió deliberadamente como un perro grande, torpe y pausadamente. Su grueso pelaje invernal y la noche ayudaron a camuflar las diferencias que ninguna mezcla de razas podría haber ocultado.

Las patas delanteras de los hombres lobo se parecen más a las de un oso o un león que a las de un lobo salvaje. Como los dos primeros, los hombres lobo suelen utilizar las garras para desgarrar y arrancar la carne, y eso significa que su musculatura también es distinta.

El policía silbó mientras daba vueltas alrededor de Samuel, y tuvo la precaución de no apuntar la linterna directamente a sus ojos.

—Fíjate —murmuró—. Ni una gota de grasa y debe pesar sus buenos noventa kilos.

—¿Eso cree? Nunca lo he pesado —dije—. Lo único que sé es que pesa más que yo.

El agente me devolvió el carné de conducir y el resto de documentos sin ni siquiera haberles echado una ojeada.

—Aunque continúo pensando que sería mejor que corriera por el día, señora. De todos modos, este parque está cerrado por la noche, por cuestiones de seguridad.

—Le agradezco su preocupación por mi seguridad —le dije muy seria mientras acariciaba la cabeza del lobo.

El oficial de policía movió su coche, aunque esperó a que volviera a meter a Samuel en la furgoneta, y me acompañó hasta que salimos del parque y me incorporé en la autopista, por lo que no pude detenerme para ponerme los calcetines. Odio llevar zapatillas deportivas con los pies descalzos.

Samuel se apoyó en el asiento delantero del acompañante y sacó la cabeza por la ventanilla; el viento le aplastó las orejas.

—No hagas eso —le reprendí—. Mete todas las partes de tu cuerpo en la furgoneta.

Samuel me ignoró y abrió la boca, dejando que el viento arrastrara también su lengua. Tras un rato, volvió a meter la cabeza en el interior y me dirigió una sonrisa.

—Siempre he querido hacer eso —confesé—. Tal vez cuando acabe todo esto, tú conducirás y yo sacaré la cabeza por la ventanilla.

Se dio la vuelta hacia mí y apoyó las patas delanteras en el espacio que quedaba entre los asientos. Después apoyó la cabeza en mi estómago y se puso a lloriquear.

—¡Basta! —grité al tiempo que le golpeaba en el hocico—. No seas grosero.

Samuel apartó la cabeza y me miró inquisitivamente. Aproveché para mirar el velocímetro para asegurarme que no superaba el límite de velocidad.

—Vas a hacer que tengamos un accidente, Samuel Llewellyn Cornick. Mantén tu hocico alejado de mí.

Dio un resoplido y colocó una pata sobre mi rodilla. La golpeó dos veces y después volvió a apoyar el hocico sobre mi estómago. En aquella ocasión fue más rápido que yo y consiguió replegarse en su asiento antes de que le golpeara.

—¿El tatuaje? —pregunté, y Samuel dio un ladrido; un ladrido muy agudo. Justo debajo del ombligo llevaba el tatuaje de una huella. Seguramente Samuel lo había visto cuando intentaba recuperar mi ropa. También llevo unos cuantos en los brazos.

—Karen, mi compañera de universidad, estudiaba arte y se sacaba algo de dinero haciendo tatuajes. Le ayudé a aprobar las asignaturas de química, y ella se ofreció a hacérmelo gratis.

Durante los siguientes dos años viví con mi madre, aparentando ser una persona normal para no perder mi segundo hogar tan rápidamente como había perdido el

primero. Jamás se me habría pasado por la cabeza hacer algo tan escandaloso como llevar un tatuaje.

Mi madre aún culpa a Karen por haber dejado ingeniería por historia, lo que la convertía en la responsable directa de mi actual ocupación: reparar coches viejos. Es probable que mi madre tenga razón, pero soy mucho más feliz ahora de lo que lo hubiera sido como ingeniera mecánica.

—Me mostró un libro de tatuajes que había hecho ella y aproximadamente en la mitad del libro encontré a un tipo con huellas de lobo tatuadas por toda la espalda, desde una cadera hasta el hombro contrario. Yo quería algo más pequeño, así que lo dejamos en una sola huella.

Pese a que tanto mi madre como su familia sabían lo que yo era, jamás hicieron preguntas, por lo que, ante ellos, oculté mi naturaleza de coyote y me comporté del modo más adecuado para encajar en sus vidas. Fue mi decisión. Los coyotes son muy adaptables.

Recuerdo que al observar la espalda de aquel hombre, me di cuenta de que, aunque podía ocultarme ante los demás, no podía seguir engañándome a mí misma. De modo que hice que Karen colocara el tatuaje en el centro de mi cuerpo, donde podría proteger mi secreto y mantenerme íntegra al mismo tiempo. Finalmente empecé a disfrutar de mi naturaleza en lugar de desear ser un hombre lobo o un humano para encajar mejor.

—Es una huella de coyote —le dije con firmeza—. No la de un lobo.

Me sonrió y volvió a sacar la cabeza por la ventanilla; aquella vez también sacó los hombros.

—Te vas a caer —le dije.

Capítulo 12

—La manada se acerca —le dije a Samuel mientras inspeccionaba la casa de Warren circulando lentamente frente a ella—. No sé si recuerdas algo de lo que ha ocurrido mientras te transformabas, pero Warren ha llamado pidiendo ayuda. Adam dormía y no podía despertarlo. —Con Samuel a salvo, podía preocuparme de nuevo por Adam—. ¿Es normal?

Samuel asintió, y sentí una oleada de alivio. Tras aclararme la garganta, continué:

—Como no podemos confiar en la manada, creo que Warren intentará mantenerlos alejados de Adam... lo que no sería mala idea si Darryl no fuera su segundo. —Aquello significaba que habría una pelea.

Samuel me había dicho en una ocasión que, pese a las ventajas físicas que obtienen, la esperanza de vida media de un hombre lobo desde el momento de la primera transformación hasta su muerte es tan solo de diez años. Los que debían ser eliminados durante el primer año, como mi viejo amigo el Dr. Wallace, hacían bajar bastante la media, pero la mayoría de hombres lobo morían en luchas de dominio con otros lobos.

No deseaba que Warren o Darryl muriesen aquella noche, porque si alguno de los dos moría, sería por mi culpa. Sin aquel instante de intuición o paranoia que me hizo pensar que algo no funcionaba del todo bien en la manada, ahora mismo Warren no estaría intentando ocultar a Adam de Darryl.

Pese a la calma aparente en Richland, la calle de Warren estaba llena de coches aparcados. Reconocí el Mustang del 67 de Darryl cuando pasamos junto a él: la manada ya estaba allí. Aparqué a una manzana de la casa y me acerqué a ella al trote, con Samuel a mi lado.

Una mujer estaba de pie bajo el porche que dominaba la entrada. Llevaba el pelo, negro como el azabache, recogido en una cola de caballo. En cuanto me vio, cruzó los brazos, lustrosos y musculosos, y se puso más rígida. Era la profesora de química del Instituto de Richland y la pareja de Darryl.

—Auriele —dije, y subí las escaleras hasta situarme a su lado bajo el porche.

Me frunció el ceño.

—Le dije que nunca le harías daño a Adam, y él me creyó. Le dije que jamás actuarías en contra de la manada. Tendrás que dar algunas explicaciones.

En tanto pareja de Darryl, Auriele tenía una posición alta dentro de la manada. En una situación normal, habría hablado del tema con ella educadamente, pero en aquel momento necesitaba apartarla de en medio y entrar en casa de Warren antes de que alguien resultase herido.

—Perfecto —le dije—. Pero tengo que explicárselo a Darryl, no a ti ni ahora.

—Darryl está ocupado —dijo ella. No había picado el anzuelo. Sabía desde hacía tiempo que dar clases a adolescentes la convertía en un hueso duro de roer.

Abrí la boca para intentarlo de nuevo pero ella se adelantó:

—Mantenemos el Silencio.

La magia de los lobos es bastante limitada, como la mayor parte de la gente sabe. De vez en cuando nace uno, como Charles, que tiene un don, pero la gran mayoría se limita a la propia transformación y a unos cuantos trucos para mantenerse ocultos. Uno de ellos es el Silencio.

Miré a mi alrededor y vi a cuatro personas (aunque de haberlo hecho con más detenimiento, seguramente habría localizado a más) discretamente dispuestas en las inmediaciones del dúplex de Warren, con los ojos cerrados y recitando un cántico que dotaba de Silencio a todo lo que quedaba dentro del círculo que formaban.

Su función consistía en ocultar la batalla que se desarrollaba en el interior. Aquello significaba que la lucha ya había comenzado; la manada no aceptaría de buena gana quebrar el Silencio para dejarme entrar.

—Esta lucha no tiene ningún propósito —le dije en un tono urgente—. No es necesaria.

Auriele abrió mucho los ojos.

—Al contrario. Es totalmente necesaria, Mercy. Darryl es el segundo, y el desafío de Warren no puede quedar sin respuesta. Puedes hablar con él en cuanto acabe de disciplinarlo. —Miró fijamente a Samuel con sus móviles cejas entornadas y, en un tono completamente distinto, preguntó—: ¿Quién es ese? En casa de Adam encontramos a varios lobos muertos que no conocíamos.

—Es Samuel —dije impaciente al tiempo que seguía subiendo los escalones—. Voy a entrar.

Auriele hizo un amago de interceptarme, pero se detuvo al percatarse de la coloración poco habitual del pelaje de Samuel.

—¿Samuel qué? —preguntó.

Dos veces al año, los alfas se reúnen con Bran en el cuartel general de este, en Colorado, y, en algunas ocasiones, acuden con sus segundos o terceros; nunca con las mujeres. En parte, aquello se debía a una cuestión práctica. Los alfas se encuentran incómodos fuera de su territorio e interactúan bastante mal con otros alfas. Con sus parejas junto a ellos, toda esa incomodidad y territorialismo tendría una mayor tendencia a terminar violentamente.

Lo que significaba que Auriele no conocía a Samuel, aunque había oído hablar de él. No hay muchos lobos blancos que se llamen Samuel.

—Es el Dr. Samuel Cornick —le dije con firmeza—. Déjanos pasar. Tengo información sobre la gente que atacó a Adam.

Estaba cansada, y preocupada por Warren... y por Darryl; si no hubiera sido así, no habría cometido aquel desliz: dudo que oyera nada excepto mi orden.

Auriele no era estúpida. Sabía que yo no era la pareja de Adam, por mucho que este me hubiese reclamado ante la manada. Yo no era un licántropo, ni pertenecía a la manada, ni era su dominante, por lo que no podía permitirse el lujo de cumplir mis órdenes y esperar seguir conservando su posición.

Cuando se aproximó a mí, su actitud me dijo que se había deshecho de las dudas que la atenazaban. Yo era un poco más alta, pero aquello no la detuvo. Era un licántropo, y cuando colocó sus manos sobre mis hombros y empujó, me lanzó tres o cuatro pasos hacia atrás.

—Tú no estás al mando aquí —dijo en un tono de voz que probablemente le funcionara muy bien en sus clases.

Intentó empujarme de nuevo. Gran error. Ella era mucho más fuerte que yo, pero no tenía experiencia luchando en forma humana. Me eché a un lado y, básicamente, dejé que su impulso hiciera el resto. Le ayudé a caer por las escaleras con un sutil empujoncito que la hizo perder el equilibrio y el control sobre la caída, por lo que se desplomó en mala posición sobre la acera y se golpeó la cabeza con un escalón.

No me quedé a comprobar si se encontraba bien. Hacía falta mucho más que un cabezazo contra un escalón para detener a un hombre lobo. El lobo más cercano hizo un amago de aproximarse pero tuvo que detenerse porque habría arruinado el hechizo de Silencio.

La puerta no estaba cerrada, de modo que la abrí. Samuel pasó a mi lado como una exhalación, y el airado gruñido de Auriele fue todo lo que necesité para seguir sus pasos.

El salón de Warren estaba cubierto de libros dispersos y trozos de mobiliario, pero tanto Warren como Darryl estaban en forma humana. Aquello me dijo que Darryl aún intentaba que la lucha no se convirtiera en un combate a muerte. Y Warren también. Los licántropos en forma humana tienen bastante fuerza, pero no son ni la mitad de peligrosos que cuando aparece el lobo.

Warren levantó una silla y la partió contra el rostro de Darryl. El sonido del impacto quedó absorbido por el hechizo de la manada así que únicamente pude juzgar la fuerza del golpe por el número de piezas en que se partió la silla y por la sangre derramada.

Tras un movimiento rápido que casi no pude distinguir, vi que Darryl sujetaba a Warren por el cuello en el suelo.

Samuel se abalanzó sobre Darryl, cerró la boca sobre su muñeca y volvió a alejarse. Lo inesperado del ataque —Darryl no nos había oído entrar— hizo que Darryl aflojara las manos, momento que aprovechó Warren para deshacerse de él y alejarse para conseguir algo de espacio.

Aquello permitió a Samuel colocarse entre ambos. Warren, respirando pesadamente, se apoyó contra una pared y se limpió la sangre de los ojos. Darryl había dado dos pasos adelante antes de reconocer a Samuel y casi se cae de espaldas

en un intento por evitar entrar en contacto con él. Su rostro tenía una expresión de asombro absoluto.

En cuanto estuve segura que ni Darryl ni Warren pretendían continuar con la pelea, le di un golpecito a Samuel en el hombro para atraer su atención. Cuando me miró, me señalé la boca y las orejas. No había forma de que los hombres lobo del exterior me hicieran caso y detuvieran su cántico, y lo que más necesitábamos en aquel momento era hablar.

Esperaba que Samuel saliera al exterior, pero hizo otra cosa. Su poder recorrió toda la casa con la fuerza de una tormenta de fuego, como las que algún idiota suele provocar cuando abre una puerta y deja entrar oxígeno en una habitación que ha estado ardiendo lentamente durante horas. El aire se llenó de él, de su olor y de su poder; reventó y crujió hasta que me sentí como si estuviera respirando las bengalas que los niños suelen encender para el Cuatro de Julio. Descargas de poder destellaron en mi piel y esta empezó a volverse áspera; perdí el control de las extremidades. Caí al suelo de rodillas y mi visión empezó a centellear. Remolinos negros y repentinos destellos brillantes me obligaron a ocultar la cabeza entre las piernas mientras intentaba conservar la conciencia.

—Ya basta, Samuel —dijo una voz que parecía la de Adam—. Ya has conseguido lo que pretendías, sea lo que sea.

Continué con la cabeza entre las rodillas. Debía recuperar el aliento, y si Adam estaba allí, todo lo demás podía esperar.

Asocié los pasos en la escalera con los movimientos rápidos y ligeros de Adam; ciertamente su curación iba por buen camino. Levanté la cabeza demasiado pronto y tuve que volver a bajarla. Adam apoyó la mano sobre mi cabeza y se alejó.

—¿De qué va todo esto? —preguntó.

—Llevamos dos días buscándote, Adam. —La voz de Darryl sonó algo distorsionada—. Lo único que teníamos era un mensaje en el contestador de Elizaveta Arkadyevna que, según nos dijo ella, era de Mercy y tu casa destrozada con tres hombres lobo muertos que nadie conocía. Tú, Jesse y Mercy habíais desaparecido. Hemos estado vigilando tu casa, aunque fue por pura casualidad que alguien de la manada viera a Mercy en el coche de Kyle. Cuando llamé a Warren, no admitió que estuviera aquí, aunque tampoco lo negó, de modo que reuní a la manada y vinimos.

Volví a levantar la cabeza y en aquella ocasión el mundo no daba vueltas. Darryl y Warren estaban arrodillados en el suelo, cerca del lugar donde los había encontrado en plena lucha. Descubrí el motivo de la extraña pronunciación de Darryl: un feo corte en el labio que ya estaba curándose.

—No podía mentir a Darryl —explicó Warren—. Estabas en un sueño de curación y no conseguía despertarte. Tampoco podía permitir que te encontrara la manada mientras eras vulnerable.

Samuel se sentó a mi lado y me lamió la cara mientras aullaba débilmente.

—Au —dije, apartándolo—. Qué bruto eres. Basta ya, Samuel. ¿Bran no te enseñó modales?

Fue una distracción deliberada, diseñada para que todos tuviéramos algo de tiempo para decidir cómo resolver la situación sin más derramamiento de sangre.

—Warren actuaba siguiendo mis órdenes —dijo Adam lentamente.

—Ya veo —dijo Darryl. Su rostro iba perdiendo parte de la expresividad.

—No contra ti. —Adam hizo un gesto con la mano a la altura del pecho: *no te sientas herido*, decía el gesto, *no era personal*.

—Entonces, ¿contra quién?

—No lo sabemos —dije—. Algo me preocupaba.

—Cuéntales lo que sucedió aquella noche —dijo Adam.

Y lo hice.

Para mi sorpresa, cuando les hablé del presentimiento que me había impedido avisar a la manada, Darryl se limitó a asentir.

—¿Cómo sabían dónde vivía Adam? ¿O cuándo terminó la reunión? ¿Cómo sabían que Adam no tenía un arma en su casa como la mayoría de alfas? Jesse no es estúpida. Seguro que no gritó al oír la detonación de las armas tranquilizantes. ¿Cómo sabían dónde encontrarla?

Reflexioné sobre todo aquello.

—Solo enviaron a un humano en su busca... y subió directo a su habitación.

Darryl hizo un gesto dramático.

—No digo que la única opción sea una traición de algún miembro de la manada, pero tomaste la decisión correcta.

No tendría que haberme sentido bien, pero me gustan las palmaditas en la espalda como a cualquier hijo de vecino.

—Sigue, Mercy —dijo Adam.

De modo que continué con la explicación tan sucintamente como me fue posible, lo que significa que dejé a un lado los detalles que no eran de su incumbencia como, por ejemplo, la antigua relación con Samuel.

El resto de la manada fue llegando durante mi relato y se fue sentando en el suelo, apartando a un lado el mobiliario destrozado cuando era necesario. Aunque no estaba toda la manada, se congregaron unos diez o quince.

Auriele se sentó junto a Darryl con la rodilla pegada a la de él. Tenía un buen cardenal en la frente, lo que me hizo preguntarme si continuaría tratándome con la misma fría cordialidad que siempre había utilizado conmigo o si, como todas las hembras en la manada de Bran, me consideraría un enemigo a partir de entonces.

Warren, concluí, acababa de cimentar su lugar en la manada con ayuda de Adam; al menos por lo que se refería a Darryl, cuyo lenguaje corporal comunicaba al resto que Warren no había caído en desgracia. Darryl valoraba la lealtad, pensé, repentinamente convencida de que Darryl no había traicionado a Adam.

¿Entonces quién? Observé todas las caras; algunas me resultaban familiares, otras menos. Pero Adam era un buen Alfa, y aparte de Darryl, no había ningún otro lobo lo suficientemente dominante como para reclamar el título.

Llegué a la parte en que habíamos tomado la decisión de llevar a Adam a casa de Warren, y les dije simplemente que pensábamos que aquel lugar sería un mejor escondite que su casa o la mía. Me detuve al notar que Darryl estaba ansioso por hacerme preguntas.

—¿Por qué se llevaron a Jesse? —preguntó en cuanto dejé de hablar.

—Warren me ha dicho que no han llamado pidiendo un rescate —dijo Adam, quien había empezado a deambular por la habitación en algún punto de mi relato. Aunque no pude reconocer ninguna señal de sus heridas, sospeché que en parte estaba actuando: un Alfa nunca admite su debilidad delante de la manada—. He estado pensando en ello, pero, honestamente, no lo entiendo. Hace treinta años conocí a uno de los lobos que vino a mi casa. Nos transformamos al mismo tiempo. Su experiencia fue... horrorosa, ya que se Transformó sin ayuda. —Varios de los presentes hicieron una mueca de dolor—. Puede que sienta cierto rencor por ello, pero treinta años es mucho tiempo de espera para que la venganza sea la única razón del secuestro de Jesse.

—¿Pertenece a alguna manada? —preguntó Mary Jo desde el fondo de la habitación. Mary Jo era bombero de Kennewick, una mujer bajita, de aspecto duro y que siempre se disculpaba porque debía aparentar ser más débil que el resto de los hombres de su equipo. Me caía bien.

Adam meneó la cabeza.

—David es un lobo solitario por elección propia. No le gustan los hombres lobo.

—Has dicho que había humanos entre ellos, y nuevos lobos —dijo Warren.

Adam asintió, pero yo aún le daba vueltas a lo del lobo solitario. ¿Qué hacía un hombre que había sido un lobo solitario durante treinta años actuando en una manada de nuevos lobos? ¿Los habría Transformado él? ¿O eran solo víctimas, como Mac?

Samuel apoyó su hocico sobre mi rodilla. Se lo acaricié distraídamente.

—Has dicho que utilizaron nitrato de plata, DMSO y ketamina —dijo Auriele, la profesora de química—. ¿Significa eso que disponían de un médico? ¿O tal vez un camello? La ketamina no es tan común como la metanfetamina o el *crack*, pero en el instituto la vemos de vez en cuando.

Me enderecé.

—Un médico o un veterinario —dije. Samuel se puso tenso y le miré—. Un veterinario tiene acceso a todo eso, ¿verdad, Samuel?

Samuel emitió un gruñido. No le gustaba lo que estaba pensando.

—¿Adónde quieres ir a parar con eso? —preguntó Adam. Aunque miraba a Samuel, se dirigió a mí.

—El Dr. Wallace —dije.

—Cárter tiene problemas porque no puede aceptar haberse convertido en hombre lobo, Mercy. Es demasiado violento para él, y preferiría morir a aceptar su nueva naturaleza. ¿Pretendes decir que está involucrado en un complot donde se encierra a jóvenes lobos en jaulas para experimentar con ellos? ¿Has escuchado alguna vez sus diatribas sobre la experimentación con animales o sobre la industria cosmética?

Por un momento me sorprendió que Adam supiera tantas cosas del Dr. Wallace. Aunque, por las reacciones de los habitantes de Aspen Creek, sabía que Adam había pasado allí bastante tiempo, por lo que me pareció lógico que estuviera informado sobre los problemas del Dr. Wallace. Sin embargo, por los rumores a mi alrededor, me di cuenta de que el resto de la manada no sabía nada.

Adam aparcó nuestra discusión para explicar a los demás quién era el Dr. Wallace. Me dio tiempo para reflexionar.

—Mira —dije en cuanto terminó—, todos los productos químicos para la droga que te dispararon son fáciles de conseguir, pero ¿a quién se le ocurrió cómo combinarlos y por qué? ¿Quién querría tranquilizar a un hombre lobo? El Dr. Wallace corre peligro de perder el control; yo misma fui testigo esta semana. Está preocupado por su familia. No crearía una forma de administrar drogas a hombres lobo para secuestrar a Jesse, pero tal vez desarrolló un tranquilizante para que la gente lo usara con él en el caso de que perdiera el control y su lobo atacara a alguien.

—Tal vez —dijo Adam lentamente—. Llamaré a Bran mañana y le pediré que se lo pregunté al Dr. Wallace. Nadie puede mentir a Bran.

—Pero, ¿qué pretenden obtener secuestrando a Jesse? —preguntó Darryl—. A estas alturas, el dinero queda descartado. Parece que este ataque iba dirigido más al Alfa de la Manada del Columbia que a Adam Hauptman, hombre de negocios.

—Estoy de acuerdo —dijo Adam con el ceño fruncido—. Es probable que alguien desee controlar a la manada. Saben que haría cualquier cosa por recuperar a mi hija.

Controlar a la manada o controlar a Adam, me pregunté, si es que existe alguna diferencia entre ambas cosas.

—Sea quien sea y quiera lo que quiera, debemos averiguarlo antes de que anochezca. Sabemos dónde están —dije introduciendo la mano en el bolsillo de los tejanos y entregándole a Adam el papel que me habían dado los vampiros.

—Según el informador de Zee, nuestros enemigos pagaron a los vampiros casi diez mil dólares para que los dejaran en paz mientras estuviesen aquí —le dije a Adam.

Los ojos de Adam se inyectaron en sangre, aunque los dedos que agarraban el papel estaban blancos.

—Diez mil es demasiado —dijo—. ¿Por qué harían algo así?

Examinó el papel y después recorrió con la mirada toda la habitación.

—¿Darryl? ¿Warren? ¿Estáis listos para otra aventura esta noche?

—No tengo nada roto —dijo Darryl.

—Yo ya no —coincidió Warren—. Estoy a punto.

—¿Samuel?

El lobo blanco le dirigió una sonrisa.

—Podemos ir en mi furgoneta —ofrecí.

—Gracias —dijo Adam—, pero tú te quedas aquí.

Levanté el mentón y él me dio una palmadita en la mejilla; capullo machista. Adam se rio de mi expresión, no como si se estuviese burlando de mí, sino más bien como si estuviera disfrutando de algo... de mí.

—No eres prescindible, Mercedes, y no estás preparada para una guerra de manadas. —Cuando terminó de hablar, la sonrisa se había desvanecido de su rostro y miraba al resto de gente congregada en la habitación.

—Escucha, colega —le dije—. He matado a dos hombres lobo, por lo que esta semana mi hoja de servicios puede competir con la tuya, y tampoco lo hice tan mal obteniendo la información de los vampiros.

—¿Que tú conseguiste la dirección de los vampiros? —exclamó Adam en un tono de voz peligrosamente bajo.

—Capullo machista —murmuré mientras conducía la furgoneta a través de las calles desiertas de East Kennewick—. No pertenezco a la manada. No tiene ningún derecho a decirme lo que puedo hacer ni cómo hacerlo. No tiene derecho a gritarme por haber hablado con los vampiros. No es mi vigilante.

Aunque tuve que aceptar que tenía razón en algo: no resultaría de mucha ayuda en una lucha contra otra manada de hombres lobo. Warren había prometido llamarme en cuanto hubiese concluido.

Bostecé y me di cuenta de que llevaba más de veinte horas sin dormir; y aquella última noche la había pasado dando vueltas en una cama de motel extraña, soñando o bien con un Mac agonizando por algo que yo no había hecho o con Jesse, sola y pidiendo ayuda a gritos.

Entré en el camino de entrada a mi casa pero no me molesté en aparcar la furgoneta en el lugar habitual, en la seguridad del garaje de madera. Por la mañana lavaría y guardaría los calcetines y las medias. La daga de Zee, que me había vuelto a colgar antes de salir de casa de Warren para asegurarme de no olvidarla en la furgoneta, se enganchó en el cinturón de seguridad. Me sentía tan agotada que me puse a llorar mientras intentaba soltarla.

O tal vez lloraba como la niña a la que eligen en último lugar para el equipo de fútbol de la escuela y le dicen que se aparte para no molestar a los demás mientras juegan.

Recordé coger las armas de la furgoneta y el bolso. Cuando subí los peldaños, descubrí que Elizaveta Arkadyevna no había pasado por allí para limpiar el porche. Aún olía a Mac y al inequívoco olor de la muerte.

No, decidí mientras asomaba los dientes con un gruñido, lloraba porque quería participar en la matanza. Aquella gente había venido a mi territorio y había hecho daño a gente que me importaba. Tenía el deber, el derecho, de castigarlos.

Aunque poco podía hacer contra una manada de hombres lobo. Dejé caer la mano sobre la barandilla y partí la seca madera tan fácilmente como si hubiera estado apoyada en bloques de hormigón en el *dojo*. Una presencia pequeña y suave se restregó contra mis piernas y me dio la bienvenida con un exigente maullido.

—Hola, Medea —dije mientras me secaba los ojos antes de cogerla y colocármela bajo el brazo que no sujetaba las armas. Abrí con la llave la puerta, pero no me molesté en encender la luz. Guardé las armas. Enchufé el móvil al cargador junto al teléfono fijo, me senté en el sillón con la ronroneante Medea y me quedé dormida esperando la llamada de Warren.

Me desperté cuando el sol me golpeó los ojos. Durante unos instantes, fui incapaz de recordar qué hacía durmiendo en el sillón. El reloj del DVD anunciaba que eran las nueve de la mañana, lo que significaba que en realidad eran las diez. Nunca lo reprogramo cuando cambian el horario.

Comprobé el contestador y el móvil. Había una llamada de Zee, pero eso era todo. Le devolví la llamada y dejé un mensaje en su contestador.

Llamé al teléfono fijo de Adam, a su móvil y a su busca. A continuación, llamé a casa de Warren. Busqué el número de teléfono de Darryl en el listín y le llamé, escribiendo todos los números que vomitó su contestador. Tampoco me contestó al móvil.

Tras reflexionar un instante, puse el canal local, pero no había ninguna noticia de emergencias. Nadie había informado de un baño de sangre en West Richland durante la pasada noche. Aunque tal vez no habían encontrado aún los cuerpos.

Cogí el móvil, subí en el Rabbit y conduje hasta la dirección que me habían proporcionado los vampiros. Puede que entregara a Adam el papel, pero recordaba la dirección. La casa estaba completamente vacía, con un letrero de en venta en el jardín delantero. Percibí la tenue presencia de la manada en los alrededores pero no había señales de sangre ni de violencia.

Si la dirección era falsa, ¿dónde estaba todo el mundo?

Me dirigí en el Rabbit hacia mi tienda pero, antes de llegar, recordé que era Acción de Gracias y que nadie llevaría su coche para repararlo. Aun así, aquello era mejor que estar en casa preguntándome qué había ocurrido. Abrí una de las grandes puertas del garaje y me puse a trabajar en uno de mis actuales proyectos.

Me resultó difícil concentrarme, ya que no podía llevar el móvil encima mientras trabajaba, para no romperlo, y me dio la sensación de que lo oía sonar continuamente. Pero no llamó nadie, ni siquiera mi madre.

Un vehículo desconocido se detuvo frente al garaje y bajó de él una mujer menuda vestida con una sudadera roja y zapatillas de tenis. Me miró a los ojos, asintió y, tras haber fijado el objetivo, se acercó caminando ágilmente.

—Soy Sylvia Sandoval —dijo mientras alargaba la mano.

—No te gustaría darme la mano ahora mismo —dije con una sonrisa profesional—. Mercedes Thompson. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Ya lo has hecho. —Bajó la mano e hizo un gesto con la cabeza en dirección al vehículo, un viejo Buick immaculado pese a las manchas de óxido y una abolladura en el lado derecho del parachoques frontal—. El Sr. Adelbertsmiter lo dejó como nuevo. Me gustaría saber cuánto le debo, por favor. El Sr. Adelbertsmiter me comentó que podría estar interesada en cobrarse su tiempo y esfuerzo con el trabajo de mi hijo.

Encontré un trapo limpio y me dediqué a eliminar la grasa más visible de mis manos mientras pensaba sobre aquello. Me gustó que se hubiera molestado en aprender el nombre de Zee. No era el nombre más sencillo del mundo, especialmente si tu lengua materna es el español.

—Tú debes de ser la amiga de Tony —dije—. No he tenido tiempo de comprobar la factura que preparó Zee, pero necesito ayuda en el garaje. ¿Sabe tu hijo algo de coches?

—Sabe cambiar el aceite y desmontar ruedas —dijo ella—. Aprenderá lo demás. Es un buen trabajador y aprende rápido.

Como le había ocurrido a Zee, empecé a admirar su fortaleza y determinación.

—De acuerdo —dije con un asentimiento—. Hagamos una cosa. Dile a tu hijo que venga. —¿Cuándo? No tenía ni idea de lo que haría los próximos dos días—. El lunes después de clase. Puede trabajar para pagar la reparación y, si lo hace bien, le daré el trabajo.

Cuando salga del instituto y todo el sábado.

—El instituto es lo primero —dijo ella.

Asentí.

—No hay problema. Veremos cómo se las apaña.

—Gracias —dijo—. Aquí estará.

Mientras observaba cómo subía nuevamente al coche pensé que Bran tenía suerte de que aquella mujer no fuera un licántropo, porque de haber sido así, habría tenido problemas para conservar el puesto de Alfa.

Me detuve para mirarme las manos. Anoche, alguien había preguntado por las intenciones de los secuestradores. Si tenían una manada propia, no necesitaban el puesto de Adam. Si les hacía falta dinero, existían objetivos más sencillos que la hija del Alfa. Por tanto tenía que existir otro elemento que convirtiera a Adam en alguien especial. Entre los hombres lobo, el conocimiento de la posición que ocupas en la manada es una cuestión de seguridad. Aunque en la jerarquía del Marrok no era tan importante, siempre y cuando todo el mundo recordara que Bran ocupaba el puesto superior, la gente establecía el orden más probable.

Tenía una imagen muy vívida de mi padre adoptivo, cuando yo debía de tener unos cuatro o cinco años, en cuclillas frente a mi silla mientras iba recitando nombres por cada uno de mis dedos.

—Uno es Bran —decía—. Dos es Charles y tres, Samuel. Cuatro es Adam de la Manada de Los Álamos. Cinco es Everett de la Manada de Houston.

—Uno es Bran —dije en aquel momento—. Dos es Charles y tres, Samuel, los dos hijos de Bran. Cuatro es Adam, ahora de la Manada del Columbia.

Si Adam era especial por algo, era por aquello. Al margen de los hijos de Bran, era el candidato mejor situado para el puesto de Marrok.

Al principio intenté descartarlo. Una cosa estaba clara: si yo hubiese pretendido que Adam se enfrentara a Bran, mi primera opción no habría sido secuestrar a la hija de Adam. Aunque quizás ellos no lo tenían tan claro.

Me senté al volante del Escarabajo y el viejo vinilo crujió bajo mi peso. ¿Y si pretendían hablar con Adam en lugar de atacarle? Cerré los ojos. Supongamos que fuera alguien que le conocía, como su antiguo camarada del ejército. Adam tenía un temperamento fuerte, incluso explosivo; aunque si conseguías calmarlo, no resultaba complicado que te escuchara.

Dado que el enemigo era un hombre lobo, tendría miedo de Adam, o al menos se mostraría cauto. Así funciona el juego de la dominación. Reunirse con un Alfa en su territorio le otorga a este la superioridad. Sacar un arma cargada con munición de plata se convertiría en una declaración de guerra, por lo que no le quedaría más remedio que matarlo o morir. Supongamos que el enemigo en cuestión disponía de una droga, algo para calmar a un hombre lobo. Algo que impediría a Adam matarle si las negociaciones se ponían feas.

Pero las cosas se complicaron. A alguien le entra el pánico y dispara a la persona que abre la puerta. Los hombres lobo poco dominantes suelen perder el control cuando invaden la casa de un Alfa. Supongamos que le dispararon varias veces. Un error, aunque no irreparable.

Pero todo se complica cuando Adam los ataca. De modo que también le disparan a él, y después lo esposan para obligarle a escuchar en cuanto se calme. Pero cuando Mac muere, Adam pierde las ganas de hablar. Consigue deshacerse de las esposas y para cuando consiguen administrarle la suficiente droga como para detenerlo ya es demasiado tarde.

Se asustan. Necesitan dar con otro plan. ¿Cómo pueden conseguir que Adam coopere?

—Jesse está en el piso de arriba —dije chasqueando los dedos a la misma velocidad que mis pensamientos.

Deciden coger a Jesse para obligar a que Adam les escuche. Y cuando no lo hace, le amenazan con matarla.

Aquello tenía mucho más sentido que todo lo que se me había ocurrido hasta entonces. Sin embargo, ¿dónde encajaba en todo aquello Mac y los experimentos con

drogas?

Salí apresuradamente del Escarabajo y fui corriendo a la oficina para coger un bloc de notas. No tenía ninguna prueba, solo mi instinto, pero a veces el instinto me funciona muy bien.

En una página escribí: *¿Experimentos con drogas/comprar nuevos lobos?* Y en la siguiente: *¿Por qué sustituir a Bran por Adam?*

Apoyé la cadera en un taburete de tres patas y me puse a tamborilear con el bolígrafo sobre el bloc. Aparte de los tranquilizantes que habían matado a Mac, no había evidencia de ninguna otra droga, pero las experiencias de Mac parecían indicar lo contrario.

Tras un instante, escribí: *¿La ketamina/el nitrato de plata/y el DMSO eran las únicas drogas?* Y, a continuación, añadí los nombres de las personas que podían conocerlas. Samuel, el Dr. Wallace y, tras una pausa para reflexionar, escribí el nombre de Auriele, la profesora de química. Con un suspiro, admití: *podría ser cualquiera*. Entonces, tercamente, tracé un círculo alrededor del nombre del Dr. Wallace.

Disponía de la habilidad y del móvil para fabricar un tranquilizante que lo haría inofensivo ante la gente que amaba. Dejé de jugar con el bolígrafo. *¿Era aquello cierto?*

¿No era el Beso de los vampiros también un tranquilizante? Era probable que un hombre lobo sumiso tuviera la misma reacción al despertar de él que con cualquier otro tranquilizante para animales: grogui y relajado. Stefan había dicho que solo algunos lobos se volvían problemáticos. La reacción de Samuel había sido violenta; su lobo estaba listo para acatar, como si se encontrara atrapado.

Pensé en las esposas destrozadas en casa de Adam. Habría reaccionado de aquel modo por el secuestro de Jesse, pero tal vez había algo más. Aunque, por el momento, aquel era un tema secundario.

Observé la segunda página. *¿Por qué sustituir a Bran por Adam?*

Recorrí con el dedo aquellas palabras. No estaba segura de que aquel fuera el móvil, pero era el tipo de móvil que dejaría cadáveres a su paso sin desanimar a los perpetradores. Dejaron a Adam con vida cuando podrían haberlo matado fácilmente, de modo que querían algo de él.

Bran había sido Marrok durante casi dos siglos. ¿Por qué alguien se mostraría tan desesperado por cambiar las cosas justo en aquel momento?

Escribí: *deseo de cambios*.

Bran podía ser un capullo. Era un líder a la antigua usanza, en el sentido despótico de la palabra, pero aquello era algo que a los hombres lobo parecía gustarles. Bajo su liderazgo, los lobos de Norteamérica habían prosperado, tanto en poder como en número, mientras que en Europa cada vez eran más débiles.

Pero ¿actuaría Adam de otro modo? Bueno, sí, aunque no de ningún modo que pudiera beneficiar a alguien en particular. Estaba convencida que Adam sería aún más

despótico. Pese a que Samuel dijo que Bran pensaba utilizar a Adam como reclamo publicitario de los hombres lobo, aquello no funcionaría nunca. Adam tenía un carácter demasiado irritable. Algún periodista le pondría una cámara en las narices y acabaría con sus huesos en el suelo.

Lo era.

Contuve el aliento. No eran cambios lo que querían, sino que todo continuara igual. Bran pretendía sacar a la luz pública a los hombres lobo.

De repente, no me pareció tan extraño que uno de los lobos de Adam pudiera haberle traicionado. (Pese a lo que todo el mundo pudiera pensar, yo no estaba muy convencida de mis instintos). Aunque, dada la situación, tal vez pensara que unirse al enemigo no significaba una traición. Estaban preparándole el camino para que se hiciera con el liderazgo del Marrok. No pretendían causar ningún daño en el asalto a su casa, aunque tampoco se habrían desanimado por las muertes que se produjeron. Los hombres lobo mueren, y los suyos lo habían hecho por una buena causa. Un lobo como Mac, que ni siquiera pertenecía a la manada, no representaba una baja demasiado significativa teniendo en cuenta lo que estaba en juego.

El traidor podía ser cualquiera. Ningún miembro de la manada de Adam le debía a Bran lealtad personal.

Saqué la tarjeta que me había dado Bran y llamé al primer número. Lo cogió a la segunda llamada.

—Bran, soy Mercy. —Ahora que lo tenía al teléfono, no estaba segura de lo que debía decirle. La mayor parte de mis conclusiones eran simples especulaciones. Finalmente, le pregunté—: ¿Sabes algo de Adam?

—No.

Me di un golpecito en el dedo gordo.

—¿Está... está el Dr. Wallace aún ahí?

—Sí —dijo Bran tras un suspiro.

—¿Podrías preguntarle si desarrolló un tranquilizante para hombres lobo?

Su voz se hizo más cortante.

—¿Qué sabes?

—Nada. No sé absolutamente nada, ni siquiera dónde están ahora mismo Adam y tu hijo. ¿Cuándo pretendes hacer pública exactamente la existencia de los hombres lobo?

—¿Samuel ha desaparecido?

—Tampoco diría eso. Toda la manada ha ido a su encuentro, pero no se han molestado en mantenerme informada.

—Bien —dijo Bran, obviamente poco sorprendido de que no me hubieran dicho nada—. En respuesta a tu pregunta anterior, creo que es algo que debe hacerse pronto. No esta semana ni la próxima, pero tampoco el año que viene. Mis contactos en los laboratorios del FBI me informan que actualmente nuestra existencia es un

secreto a voces. Como los Señores Grises, he llegado a la conclusión que, dado que es algo inevitable, resulta imperativo controlar la forma en que se lleva a cabo.

Confirmado. Los hombres lobo son unos maniáticos del control.

—¿Cuánta gente... cuántos lobos lo saben? —le pregunté.

Se produjo una pausa.

—¿Tiene esto algo que ver con el ataque a Adam?

—Creo que sí.

—Casi todos los lobos de aquí lo saben —dijo él—. No lo he mantenido en secreto. El mes que viene haré el anuncio oficial en el Cónclave.

No dijo nada más, sino que se limitó a esperar que le contara mis suposiciones. Eran simples especulaciones, y era probable que me pusiera en ridículo al expresarlas abiertamente. Me senté en el taburete y recordé que yo también tenía mis lealtades. No era un hombre lobo, pero Bran seguía siendo mi Marrok. Debía advertirle.

—No tengo pruebas —le dije—. Es solo una teoría. —Y le conté lo que creía que había ocurrido aquel día y por qué.

—No tengo ni idea de quién es —le dije al silencio al otro lado del teléfono—. Ni tampoco si estoy en lo cierto.

—Si es un hombre lobo descontento por tener que revelarse ante los humanos, me resulta extraño que trabaje precisamente con ellos —dijo Bran, aunque su tono no indicaba que considerara estúpida mi teoría.

Casi me olvido de los humanos.

—Es verdad. Y tampoco tengo una explicación para los experimentos con drogas de los que nos habló Mac. Tal vez les preocupaban las sobredosis o los efectos secundarios. Aunque comprar a hombres lobo recientes me parece un riesgo demasiado alto para tan poco beneficio.

—Se puede influir bastante en el resultado de una pelea entre dos hombres lobos si uno de ellos está drogado —dijo Bran—. Me gusta tu teoría, Mercedes. No es perfecta, pero me parece que estás en el buen camino.

—Él no tendría que preocuparse por las lealtades de los humanos —dije pensando en voz alta.

—¿Quién?

—Adam dice que uno de los lobos que atacó su casa era alguien que conocía, un lobo que compartió su renacimiento.

—David Christiansen.

—Sí. —No me sorprendió que el Marrok supiera de quién hablaba. Bran siempre conseguía dar la impresión de conocer a todos los hombres lobo, fueran de donde fuesen. Tal vez era verdad.

—David trabaja con humanos —dijo Bran lentamente—. Pero no con otros licántropos. Jamás hubiera pensado que estaría implicado en un complot que incluía el secuestro y Transformación de personas como Alan MacKenzie Frazier. Aun así, no debemos descartarlo. Llamaré a Charles para conocer su opinión.

—¿Sigue en Chicago?

—Sí. Tenías razón: era Leo. Parece ser que su sueldo no era suficiente para el tipo de vida que pretendía llevar. —El tono de Bran era neutro—. No conocía al lobo al que le vendió las seis jóvenes víctimas, entre ellas, tu amigo Alan MacKenzie Frazier. Tampoco sabía para qué los querían. Viejo idiota. Su segundo fue el que cerró el trato, aunque Charles tiene algunas dificultades para extraerle más información porque en estos momentos no está en la ciudad. Nos costará un poco dar con él. Aunque parece ser que el resto de la manada no sabía lo que estaba ocurriendo, los estamos separando de todos modos.

—¿Bran? Si sabes algo de Samuel o de Adam, ¿puedes decirles que me llamen?

—Por supuesto —dijo él gentilmente y colgó.

Capítulo 13

No estaba de humor para trabajar en el Escarabajo después de hablar con Bran, así que cerré la tienda y me fui a casa.

Pese a que Bran había valorado positivamente mis ideas aquello no me ayudó a deshacerme del nudo en el estómago que me decía que tendría que haber recibido ya una llamada. Mi olfato también me decía que Adam no había encontrado a Jesse en la casa de West Richland, aunque no me decía nada sobre adónde se habían dirigido después.

El olor a muerte que aún impregnaba el porche de mi casa me obligó a detenerme de nuevo. Llegué a la conclusión de que Elizaveta Arkadyevna me estaba castigando por no contarle lo que ocurría. Tendría que limpiar el porche yo misma si no deseaba estar condenada a recordar la muerte de Mac cada vez que llegara a casa los próximos meses.

Cuando abrí la puerta, pensando todavía en Mac, descubrí demasiado tarde lo que mis sentidos habían estado intentando decirme. Solo tuve tiempo de bajar el mentón para que el hombre tras la puerta no lograra su objetivo: estrangularme desde atrás. Aun así, logró apretar con fuerza su brazo contra mi cabeza y mi cuello.

Me di la vuelta bruscamente mientras él me sujetaba hasta que conseguí verle la cara, entonces descargué toda la fuerza que pude acumular en un golpe breve pero súbito justo en el centro nervioso de la parte exterior del gran músculo que formaba su muslo. Me maldijo y aflojó su abrazo, y en cuanto me deshice de él, emprendí un ataque desesperado.

Mi estilo de karate, Shi Sei Kai Kan, fue creado para soldados que debían enfrentarse a varios oponentes al mismo tiempo, lo que me venía de perlas porque había tres hombres en mi sala de estar. Uno de ellos era un hombre lobo, aunque en forma humana. No tenía tiempo de pensar, solo de reaccionar. Logré dar algunos golpes afortunados, pero rápidamente quedó claro que aquellos hombres habían dedicado mucho más tiempo que yo a la violencia.

Justo cuando averigüé que todavía seguía en pie y luchando porque mis oponentes procuraban no causarme daño alguno, el hombre lobo me golpeó con fuerza, un solo golpe directo en el diafragma. Mientras intentaba recuperar el aliento, me tiró al suelo y me inmovilizó.

—Me ha roto la jod...

—Hay damas en la sala —gritó el hombre que me sujetaba en un abrazo implacable pero tan tierno como una madre sosteniendo a su bebé. Su voz tenía el mismo acento suave que a veces utilizaba Adam—. No quiero palabrotas.

—Me ha roto la maldita nariz, entonces —dijo la primera voz desdeñosamente, aunque sonó algo sordo, probablemente por la nariz rota.

—Se curará —dijo mientras ignoraba mis intentos por deshacerme de su abrazo—. ¿Alguien más está herido?

—Mordió a John-Julian —dijo el primer hombre de nuevo.

—Una caricia, señor. Estoy bien. —Se aclaró la garganta—. Lo siento, señor. No pensé que pudiera estar entrenada. No estaba preparado.

—Agua pasada. Aprende de ello, chico —dijo mi captor. Entonces se inclinó sobre mí y, con una voz de poder que rebotó en mi espina dorsal, me dijo—: Hablemos un rato, ¿de acuerdo? No pretendemos hacerte daño. Si no te hubieses resistido, ni siquiera tendrías esos hematomas. Si hubiésemos querido, podría haber sido mucho peor. —Supe que tenía razón, pero eso no nos convertía en buenos amigos.

—¿Qué quieres? —le pregunté en el tono más razonable de que fui capaz, sobre todo teniendo en cuenta que me encontraba inmovilizada en el suelo y con un hombre lobo encima.

—Buena chica —dijo en tono aprobatorio mientras yo miraba en dirección al suelo entre mi sillón y la mesita, a unos sesenta centímetros de mi mano, donde debía de haber caído la daga de Zee cuando me quedé dormida la noche anterior.

—No hemos venido a hacerte daño —me dijo—. Eso es lo primero que debes saber. Lo segundo es que han retirado a los hombres lobo que han estado vigilando tu casa y la de Sarge, de modo que no puede ayudarte nadie. La tercera es... —Dejó de hablar e inclinó la cabeza para respirar hondo—. ¿Eres un lobo? No, un lobo no. No es el mismo olor. Al principio pensé que era el gato, jamás he tenido uno, pero eres tú quien huele a pelo y a caza.

—¿Abuelo?

—No pasa nada —respondió el hombre lobo—, no me hará daño. ¿Qué eres, chica?

—¿Tiene importancia? —pregunté. Había llamado «Sarge» a Adam. ¿«Sargento»?

—No —dijo él. Levantó su peso de mí y me liberó—. Ninguna.

Rodé en dirección al sillón, cogí la daga y me deshice de la funda y del cinturón. Uno de los intrusos hizo ademán de avanzar, pero el hombre lobo levantó la mano y el otro se detuvo.

Continué moviéndome hasta quedar arrodillada detrás del sillón, con la daga en la mano y la espalda contra la pared.

La piel del hombre lobo era tan oscura que los reflejos eran azules y violetas en lugar de marrones. Se agachó en el mismo lugar al que se había movido en cuanto me liberó. Vestía pantalones sueltos de color caqui y una camisa azul claro. Hizo otro gesto y los dos hombres se alejaron un poco más, dándome todo el espacio que pudieron. Eran delgados y de aspecto duro, con un parecido suficiente como para ser

gemelos. Como el hombre lobo, eran muy oscuros de piel. Entre el color de piel, el físico y aquel «abuelo», empecé a apostar por el parentesco.

—Eres el camarada de ejército de Adam —le dije al hombre lobo, intentando parecer relajada, como si creyera que estaba de mi lado, como si no supiera que había participado en la debacle en casa de Adam—. El que se Transformó con él.

—El mismo —dijo él—. David Christiansen. Estos son mis hombres. Mis nietos, Connor y John-Julian. —Asintieron cuando dijo sus nombres. John-Julian se frotaba el hombro que le había mordido con fuerza y Connor sujetaba con una mano un pañuelo de papel contra la nariz mientras que en la otra sostenía mi paquete de Kleenex.

—Mercedes Thompson —le dije—. ¿Qué quieres?

David Christiansen se sentó en el suelo, mostrándose tan vulnerable como podía llegar a serlo un hombre lobo.

—Verás, señora —dijo—, nos hemos metido en una especie de aprieto y esperamos que tú nos ayudes a salir de él. Si sabes quién soy, es probable que también sepas que he sido un lobo solitario desde la primera Transformación.

—Sí —dije.

—No terminé el Instituto, y lo único que conocía era el ejército. Cuando un viejo amigo me reclutó para un grupo de mercenarios, no me lo pensé dos veces. Con el tiempo, me cansé de recibir órdenes y formé mi propio grupo. —Sonrió abiertamente—. Cuando mis nietos renunciaron a sus puestos y se unieron a nosotros, decidí dejar de luchar las guerras de otros. Nuestra especialidad es extraer víctimas secuestradas, señora. Hombres de negocios, miembros de la Cruz Roja, misioneros, lo que sea. Los liberamos de los terroristas.

Me empezaban a doler las piernas, de modo que me senté en el respaldo del sillón.

—¿Qué tiene que ver todo eso conmigo?

—Nos sentimos algo avergonzados —dijo el hombre lobo.

—Estamos en el bando equivocado —dijo el hombre que había contestado a John-Julian.

—Gerry Wallace fue a veros —dije en un susurro, como si el más leve sonido amenazara con destruir lo que acababa de comprender. Se me había ocurrido en cuanto David comentó lo del lobo solitario. Tanto estos como el Dr. Wallace apuntaban a Gerry, el enlace entre el Marrok y los lobos sin manada—. Os dijo que Bran pretendía hablarle al mundo de los hombres lobo. —Gerry estaba muy ocupado; ahora comprendía por qué no podía ir a visitar a su padre.

—Es cierto, señora —reconoció David con el ceño fruncido—. Tú no eres un hombre lobo, de eso estoy seguro, así que ¿cómo sabes tanto sobre nosotros...? —Y detuvo su pregunta mientras la súbita comprensión iluminaba su rostro—. Coyote. Eres la chica que se transforma en coyote, la que crío el Marrok.

—La misma —dije—. De modo que Gerry te habló sobre la decisión de Bran de sacar a la luz pública a los hombres lobo, ¿no?

—Bran está dejando a los hombres lobo en manos de los humanos, como hicieron los Señores Grises con su gente —dijo Connor el de la nariz sangrante. Resultó evidente que mi sorpresa no podía competir con la indignación que sentía hacia Bran—. Se supone que debe proteger a su gente. Alguien tenía que detenerlo antes de que lo lleve a cabo.

—¿Y sugeristeis a Adam?

—No, señora. —Aunque la voz de David era dulce, imaginé que en forma de lobo tendría las orejas pegadas a la cabeza—. Fue Gerry. Me pidió que viniera a hablar con él, una charla entre viejos amigos.

—Bran no es uno de los Señores Grises. Jamás abandonaría a sus lobos. Supongo que no se te ocurrió llamar a Bran para hablar directamente con él, o a Adam, ¿no? —dije.

—Acabábamos de regresar de una misión —dijo David—. Teníamos tiempo. Ciertas cosas funcionan mejor si se hacen en persona.

—¿Como los secuestros? —pregunté bruscamente.

—Eso no figuraba en el plan —dijo Connor con cierta irritación en la voz.

—¿De verdad? —murmuró David—. He estado reflexionando sobre ello. Todo salió tan mal, con cuatro lobos de Gerry muertos, que no puedo evitar pensar que en realidad el plan era ese.

—Tres lobos muertos —dije—. Mac era nuestro.

David sonrió, más con los ojos que con los labios.

—Sí, señora. Entonces, murieron tres de sus lobos y uno de Adam.

—¿Por qué querría matar a sus propios lobos? —preguntó Connor.

—Tendríamos que analizar a los lobos que murieron —dijo David, pensativo—. Me pregunto si serían dominantes. No conocía a ninguno de ellos muy bien, excepto Kara. Ella no hubiera aceptado las órdenes de Gerry durante mucho tiempo. El chico, Mac, le traicionó al pedir ayuda a Adam.

—Hablas como si Gerry fuera un psicópata —dijo John-Julian—. No me dio la impresión de que estuviera loco.

—Es un hombre lobo —le dijo David—. Somos más conscientes de la línea de mando que los humanos. Si desea conservar el control, debe deshacerse de los lobos más dominantes, y, con el tiempo, de los que traicionen a la manada.

Miré a David.

—No conozco muy bien a Gerry, pero si tuviese que hacer una suposición, diría que tú también eres más dominante que él.

David hizo una mueca.

—Yo tengo a mi propia gente. No necesito la de Gerry, y él lo sabe mejor que nadie, porque me ha vigilado durante años.

—Por tanto, sabía que era seguro llamarte —dije con cierta vacilación en la voz—, que no desafiarías su liderazgo.

—Gerry le dijo al abuelo que Adam no quería oponerse a Bran, pero que escucharía a un viejo amigo —dijo John-Julian animadamente—. Nos pagó el avión hasta aquí, de modo que aceptamos. No tardamos mucho en descubrir que las cosas eran algo distintas a como nos las habían presentado.

—Investigué un poco. —David siguió con el relato—. Llamé a algunos amigos y descubrí que, efectivamente, Bran pretende decirles a los alfas en la reunión de diciembre que hará pública nuestra existencia. De modo que vinimos a hablar con Adam. No pensaba que sirviera de mucho porque Adam aprecia demasiado al Marrok como para desafiarlo.

—Pero las cosas no eran exactamente como nos habían hecho creer —dijo Connor—. Gerry no nos dijo que estaba reuniendo a un ejército de mercenarios y hombres lobo.

—¿Un ejército? —dije.

—Un pequeño ejército. Dos o tres lobos solitarios como Kara, gente que no podía encontrar una manada —explicó John-Julian—. Un grupo reducido de mercenarios, inadaptados a los que, según parece, ofreció convertir en hombres lobo.

—Debí detenerle cuando el maldito loco armó a un puñado de idiotas asustados con armas tranquilizantes. —David meneó la cabeza—. Si hubiese sabido que Gerry había dado con algo que podía hacer daño a los hombres lobo... Da igual, a partir de aquel momento todo siguió el guion del desastre clásico.

—Adam dice que dispararon a Mac en cuanto este abrió la puerta —dije.

—Gerry les había repetido tantas veces lo peligroso que era Adam que dispararon antes de comprobar quién era. —La voz de John-Julian dejó entrever cierto pesar, aunque sospeché que se debía más a la estupidez de los disparos que a la muerte de Mac.

—¿Conocías a Mac? —pregunté dirigiendo la mirada hacia la daga de Zee para que no descubrieran mi enfado. Aunque, evidentemente, el lobo se dio cuenta.

—No, no le conocían —dijo David—. Llegamos el lunes pasado por la tarde. —Me dirigió una mirada calculadora—. Estábamos allí cuando uno de los mercenarios de Gerry, un humano, llegó completamente horrorizado.

—El hombre dijo que alguien había matado a su compañero —dijo John-Julian clavándome los ojos—. Un demonio.

—No fue ningún demonio —dije con un encogimiento de hombros—. No hace falta uno para matar a un hombre lobo inexperto y sin entrenamiento demasiado idiota para seguir viviendo.

Me tragué la ira. No era culpa suya que no conocieran a Mac. Al volver a mirarlos, empecé a dudar. Tal vez deberían saber algo.

Mi primera reacción fue confiar en ellos. En parte se debía a que su historia parecía bastante plausible, aunque no les conocía lo suficiente como para estar

completamente segura. Y en parte porque recordaba la voz de Adam al hablar sobre David Christiansen.

—Dejadme que os cuente algo de Mac, el chico que murió en mi porche —dije, y les hablé de su Transformación, del Alfa de Chicago que lo vendió a Gerry y de los experimentos con drogas.

—Lo único que vimos fueron las armas tranquilizantes —dijo John-Julian lentamente—. Pero el joven lobo murió tras dos disparos, y a Adam tuvieron que darle cinco antes de poder maniatarlo.

—¿La plata hace que nuestros metabolismos dejen de funcionar mientras ese DMSO lleva la droga más rápidamente a nuestro sistema sanguíneo? —preguntó David—. ¿Significa eso que alguien podría haber sustituido la ketamina por otra cosa?

—No soy médico —le dije—. Aunque no parece descabellado.

—Tal vez Gerry pensara lo mismo y lo estuviera probando —dijo David—. Con una manada real no hubiese funcionado, pero con aquella mezcla de lobos solitarios pervertidos y nuevos lobos nacidos de mercenarios que además debían trabajar solos, nadie consideraría necesario proteger a los prisioneros.

Aquello era el equilibrio natural asociado al papel de dominante. El instinto del lobo a seguir a los dominantes era muy fuerte, pero también lo era el instinto de los dominantes a proteger a los más débiles.

—No todos los lobos solitarios son unos pervertidos —protestó Connor.

David sonrió.

—Gracias. Pero los hombres lobo necesitan una manada. Es necesario algo más poderoso para mantenerlos alejados. Unos cuantos son como yo: odiamos demasiado lo que somos para poder vivir en una manada. La mayoría, no obstante, son marginados, hombres que la manada no puede aceptar.

Su sonrisa se transformó, se hizo más sombría.

—Yo tengo mi manada, Connor. Lo que ocurre es que no es de hombres lobo... —Miró en mi dirección—. He dejado al resto de miembros de nuestro equipo con Gerry para que controlen la situación. Somos seis. Una manada pequeña, pero me funciona. La mayoría de los lobos que viven mucho tiempo fuera de la manada pierden un poco la cabeza. Y con los mercenarios ocurre algo parecido. Normalmente, un mercenario que siempre trabaja solo lo hace porque su locura o su estupidez ahuyentan a los demás; y los estúpidos son los más peligrosos.

—No me gustaría toparme con alguien así que, además, es hombre lobo —dije mientras empezaba a sonar mi móvil—. Disculpad un momento —añadí, y busqué el aparato en todos los bolsillos. Milagrosamente estaba intacto.

—¡Feliz Día de Acción de Gracias, Mercy!

—Feliz Día de Acción de Gracias, mamá —dije—. ¿Puedo llamarte dentro de un rato? Ahora mismo estoy algo ocupada.

—Tu hermana nos acaba de decir que está prometida... —dijo ignorándome despreocupadamente. De modo que me senté a escuchar su cháchara sobre mis hermanos y mi padrastro mientras tres mercenarios me observaban desde el otro extremo de mi sala de estar.

—Mamá —le dije en cuanto percibí cierta vacilación en su voz—. Mamá, tengo compañía.

—¡Ah, muy bien! —dijo ella—. Me preocupaba que pasases sola el Día de Acción de Gracias. ¿Es Warren y ese hombre suyo tan simpático? Espero que no pierda a este. ¿Te acuerdas del último? La primera impresión era buena, de eso no cabe duda, pero no era alguien con el que podías mantener una conversación, ¿no es cierto?

—No, mamá —dije—. Son nuevos amigos. Pero tengo que colgar, porque si no pensarán que los estoy ignorando.

Colgué el teléfono con delicadeza unos minutos después.

—Había olvidado que era Acción de Gracias —dijo David, aunque no supe si aquello le preocupaba o no.

—He estado pensando en esos experimentos con drogas, señor —dijo Connor—. La mayor parte de los hombres que intentan asesinar a un líder pretenden hacerse con el puesto.

—Estamos tratando con hombres lobo —dijo su abuelo—. No con humanos. Gerry nunca podría convertirse en Marrok. Pese a ser un dominante, no creo que sea lo suficientemente fuerte como para llegar a convertirse en el Alfa de una manada, y mucho menos de todas las manadas. Él también lo sabe.

—Pero ¿cómo le hace sentir eso? —preguntó Connor—. ¿Le has observado cuando está entre sus lobos? ¿No te has dado cuenta de que los mercenarios que aún son humanos muestran ciertas características de dominantes? Él les dice que ahora mismo no puede arriesgarse a perderlos, pero creo que únicamente está siendo cauteloso. No le gusta cuando tú das órdenes a sus lobos y ellos obedecen.

—No puede cambiar lo que es —dijo David, aunque no dio a entender que estuviese en desacuerdo.

—No, señor. Pero ahora tiene a Adam bajo su control, ¿no es así? Entre la combinación adecuada de drogas y la hija de Adam, podría tenerlo bajo su control todo el tiempo que quisiese.

David inclinó la cabeza y después hizo un gesto de negativa.

—No funcionaría. Por lo menos no durante mucho tiempo. Un Alfa preferiría sacrificarse en un combate antes que someterse indefinidamente. Rechazaría las drogas o moriría.

Yo no estaba tan segura. Tenía la sensación de que nadie sabía exactamente cómo funcionaba el *cocktail* de drogas, ni siquiera Gerry, quien había estado experimentando con nuevos lobos y no con poderosos, como Adam.

—No importa lo que pensemos. ¿Puede que Gerry creyera que funcionarían con Adam? —preguntó John-Julian.

Por alguna razón, los tres me miraron a mí, pero lo único que pude hacer fue encogerme de hombros.

—No conozco a Gerry. No pasaba mucho tiempo con la manada, y viajaba mucho por culpa de su trabajo. —Dudé brevemente—. Bran no pondría a un estúpido en un puesto de esa importancia.

David asintió.

—Gerry nunca me pareció una persona estúpida. Aunque desde la matanza he estado reconsiderando mis opiniones.

—Mira —dije—. Me encantaría hablar sobre Gerry, pero por qué no me dices antes qué haces aquí y qué quieres de mí.

—Sigue sin gustarme lo que está haciendo Bran —bramó David—. No me gusta nada. Pero aún me gusta menos lo que está haciendo Gerry.

—Gerry nos pidió que dejáramos el cuerpo del chico en tu puerta —explicó John-Julian—. Nos dijo que te hacía falta una advertencia para que no te implicaras en asuntos de lobos. Volvimos a encontrarnos con él en la casa que utilizaba como cuartel general y fue entonces cuando descubrimos que había secuestrado a la hija de Adam y que había abandonado a su suerte a tres de sus lobos.

—No puedes abandonar a tus hombres —dijo Connor.

—No puedes atacar a inocentes —me dijo John-Julian. Parecía un credo.

David me dirigió una cínica sonrisa.

—Y, aunque creo que alguien debe atar corto a Bran, solo un loco pensaría que puede obligar a Adam a hacer algo que no quiere. Dejaría que Gerry aprendiera la lección, pero nuestro honor está en juego. No hacemos daño a inocentes, de modo que esta noche nos llevaremos a Adam y a su hija.

—¿Tienen a Adam? —Tampoco me sorprendió demasiado. ¿Qué otra cosa podría haber mantenido a la manada alejada de los teléfonos todo el día? Incluso fue un alivio descubrirlo, porque se me habían ocurrido un puñado de opciones mucho peores.

Lo que sí me sorprendió fue cuando se abrió la puerta, porque no había detectado ninguna presencia en el porche delantero. Samuel, de nuevo en forma humana, entró en mi casa. Solo vestía unos tejanos, ni siquiera llevaba zapatos y cojeaba ligeramente mientras se acercaba a mí.

—Tienen a Adam —confirmó.

Puede que yo no le hubiera oído ni olido, pero David no parecía sorprendido. Les hizo un gesto a sus hombres para que se mantuvieran donde estaban, aunque me di cuenta de que estaban listos para actuar.

—David Christiansen, te presento al Dr. Samuel Cornick —dije—. Samuel, este es David, el viejo compañero de ejército de Adam. Está aquí para liberar a Adam y a Jesse.

—Eso he oído —dijo Samuel sentándose en el sillón junto a mis pies.

—¿Qué te ha ocurrido? —pregunté.

—Fuimos a la dirección que teníamos donde se suponía que estaban los otros lobos y encontramos algún rastro, pero nada definitivo. Deambulamos por los alrededores durante un rato hasta que Darryl se percató de que Adam no nos informaba de la caza porque había desaparecido, y su coche también. Alguien le vio con un teléfono móvil, aunque no llevaba ninguno cuando salimos de casa de Warren. Varios lobos vieron cómo se marchaba en el coche, pero ninguno pensó en preguntarle adónde se dirigía.

—Espera un momento —dije, porque estaba empezando a tener un mal presentimiento—. Espera un momento. Los vampiros debieron comprobar la dirección. Según Bran, no existe nadie más paranoico que un vampiro. Se habrían asegurado que había hombres lobo donde se suponía que los había, ¿no creéis? Aunque solo fuera para asegurarse de que los lobos acudirían. Pero cuando se presenta la mitad de nuestra manada, ¿el rastro no es suficiente para dar con ellos? —Miré a David—. Y cuando encontré a Mac en mi porche, no reconocí ningún tipo de olor, no te olí, David. —Doblé los hombros—. Tendría que haberme dado cuenta entonces. No es solo Gerry, ¿verdad? —Al ver que Samuel se ponía tenso, recordé que no sabía nada—. Gerry Wallace está trabajando con nuestra bruja.

Existían cientos de brujas capaces de esterilizar un cadáver para que no lo reconociera ni el olfato más fino ni el grupo de forenses mejor equipado y más profesional. Sin embargo, Elizaveta Arkadyevna era una de las pocas brujas que podría haber eliminado el olor de David y sus hombres sin eliminar también el rastro de la casa de Adam.

—Hay una bruja rusa —dijo David.

—Si las manadas de lobos salen a la luz pública, las brujas perderán buena parte de su negocio —dije—. Vivir en la clandestinidad se traduce en un alto precio, y las brujas se benefician de ello, como muchos otros. Ni siquiera sé si eso significará una rescisión de contrato, sobre todo teniendo en cuenta que Gerry pretende convertir a Adam en el Marrok.

—¿Qué? —La voz de Samuel sonó tan controlada que me puso nerviosa.

—Gerry no quiere que los lobos salgan a la luz pública —le expliqué—. Llegó a la conclusión de que Adam era el único que podía evitarlo; matando a Bran.

Samuel levantó una mano, sus ojos helados mientras miraba a los otros hombres.

—Creo que el señor Christiansen debería darme su opinión sobre lo que está ocurriendo. —Para así poder saber si mentía. Samuel era uno de los lobos que podía hacerlo.

David también lo sabía; lo vi en su sonrisa.

—Gerry Wallace me dijo que Bran estaba abandonando a su gente. Me pidió que hablara con Adam para ver si podía convencerle de que se opusiera a él.

—O lo que es lo mismo: enfrentarse al Marrok por el liderazgo —aclaró Samuel.

—Sí. Para eso nos llamó a mí y a mis chicos. Me sorprendió el método que utilizó. Yo nunca habría optado por hombres armados para enfrentarme al Alfa en su propia casa, pero no podía hacer muchas objeciones si no quería acabar peleándome con Gerry y haciéndome cargo de sus lobos, una pandilla especialmente triste. Sabía que Adam podía defenderse solo, de modo que le seguí la corriente.

David se encogió de hombros.

—Conversando con la señorita Thompson, hemos llegado a la conclusión de que Gerry pretendía un derramamiento de sangre porque los lobos que murieron podrían haber sido problemáticos. Creo que sus intenciones desde el principio tenían más que ver con el chantaje que con la negociación.

Samuel inclinó la cabeza.

—Gerry conoce a Adam, y Adam jamás desafiaría a mi padre, incluso si no estuviera de acuerdo con sus ideas. Adam no desea ser Marrok.

—No conoce a Adam muy bien si cree que puede controlarlo amenazando a su hija —dijo David.

—Creo que estás equivocado —dije—. Adam haría cualquier cosa por salvar a Jesse.

—Parece como si todos aceptarais que Adam sería capaz de matar a mi padre.

Reflexioné sobre aquello.

—Gerry es quien lo cree. Tal vez pretende hacer algo que asegure la muerte de Bran. Todavía piensa que es el único que sabe lo de los tranquilizantes.

Samuel emitió un gruñido y yo le di unos golpecitos en la cabeza. El respaldo del sillón no era tan cómodo como el asiento, pero me gustaba ser más alta que los dos hombres lobo. Samuel bajó mi mano hasta su hombro y la mantuvo ahí.

—Entonces ¿a qué has venido? —le preguntó a David—. ¿No podías dar con la manada de Adam?

—No estaba buscando a la manada —dijo David—. Gerry tiene a Adam completamente drogado. Fui a hablar con él y casi destroza las cadenas. Cree que hay un traidor en la manada, y creo que tiene razón. Sospecho que así fue cómo lo capturaron. Aun así, me parece que las drogas lo están volviendo más paranoico. Para sacarlo de allí a salvo con su hija humana vamos a necesitar su colaboración. En mí no confía, y siento decir que entiendo sus razones. —Dirigió una mirada a Samuel—. No creo que confíe tampoco en ti. No aceptaría la presencia de otro macho estando allí su hija. —Se dio la vuelta para mirar en mi dirección—. Pero tú tienes su olor por toda la furgoneta, y tiene una foto tuya en su dormitorio.

Samuel me miró con recelo.

—¿En su dormitorio?

Para mí también fue una sorpresa, aunque en aquellos momentos me preocupaba más Adam y Jesse que una fotografía.

—De acuerdo —dije—. ¿Dónde lo tienen?

Salvo dos excepciones, a Samuel no pareció importarle que David se encargara del plan. En primer lugar, insistió en avisar a la manada, aunque aceptó que al principio solo actuarían como fuerza de apoyo, por lo que esperarían a unos minutos de distancia. Únicamente informarían de todo a Darryl, y el resto no sabría nada hasta el último momento.

También insistió en llamar a su padre para contarle lo que sabíamos.

—Adam no se enfrentará a él —dijo Samuel al impassible rostro de David—. Sé que no le gusta la idea de salir a la luz pública, pero entiende sus razones —añadió con un suspiro—. Mira, a nadie le hace mucha gracia, ni siquiera al Marrok. Pero varios lobos le han informado de que una agencia del Gobierno les está amenazando con revelar su secreto si se niegan a cooperar.

La expresión que cruzó el rostro de David fue demasiado rápida, por lo que no pude interpretarla, pero Samuel asintió.

—No sabía si alguien había hablado también contigo. Todos pertenecían al ejército. Nos hemos convertido en un secreto a voces, una situación muy poco segura. Francamente, me sorprende que Bran haya conseguido mantenernos ocultos todo este tiempo. Pensaba que en cuanto el público aceptara a los feéricos, nos acabarían descubriendo a todos.

—No quieren saber —dije—. La mayoría se agarra a su pequeño mundo.

—¿Qué hará tu padre con el abuelo? —preguntó Connor.

Samuel enarcó las cejas.

—No creo que haya hecho nada malo. No le ha jurado lealtad a Bran ni a nadie más, ni tampoco ha hecho nada que traicione sus secretos. Todo lo contrario.

Empezó a sonar mi móvil; era Bran. Aquel hombre lobo era realmente un misterio.

—Mercedes, déjame hablar con mi hijo.

Miré a Samuel y dije:

—No está aquí. Ya te he dicho antes que no sabía nada de él desde anoche.

—Basta ya de juegos —me dijo Bran—. Pásale el teléfono a Samuel.

Levanté las cejas en dirección a David Christiansen y a sus hombres, entregué el teléfono y escuché cómo Samuel le ponía al día. Probablemente Bran había descubierto la mentira en mi voz al decirle que Samuel no estaba allí. Pero David, que había oído las dos partes de la conversación, estaría convencido de por vida que el Marrok sabía que Samuel estaba sentado a mi lado.

Oculté mi satisfacción. Cuanto más poderoso creyeran los hombres lobo que era Bran, más a salvo estaría.

Capítulo 14

Fuimos con Christiansen y sus nietos durante casi todo el trayecto, yo en forma humana y Samuel, de lobo. Volvió a transformarse en mi casa porque los otros lobos podían percibir la transformación.

David nos dejó aproximadamente a un kilómetro y nos indicó cómo llegar hasta el lugar en cuestión. Según el plan, Samuel y yo debíamos acercarnos sigilosamente, y, cuando llegáramos, yo debía encontrar una brecha en el lateral del almacén para colarme en él y llegar hasta el lugar donde retenían a Adam y Jesse. Samuel se reuniría con la manada de Adam y esperarían hasta el momento de entrar en acción.

Tenían a Adam y Jesse en una granja de árboles frutales enclavada en los ondulados campos en las afueras de Benton City, un pueblecito a unos veinte minutos de Richland.

Pese a que la granja estaba cerrada, aún había muchos acres de árboles por recolectar. Cuando pasamos a su lado, reconocí varios arces y robles, y también algún que otro pino.

El enorme almacén de madera del que me había hablado David se levantaba junto a una casa prefabricada. La casa estaba atrancada con tablas y un letrero de Realtor junto a ella proclamaba orgullosamente que estaba en venta.

Con Samuel a mi lado, me agaché en una acequia rodeada de matorrales de cinamomo para examinar el lugar con detenimiento. Desde donde estaba, no veía ningún vehículo, por lo que debían de estar aparcados al otro lado del almacén.

Christiansen nos había dicho que la granja había sido adquirida por una bodega local con la intención de cultivar en ella viñas. Como no podrían plantar hasta la próxima primavera, era de suponer que los edificios —tanto la vivienda como el almacén— estuviesen vacíos hasta entonces.

El letrero de Realtor me confirmó la sospecha de que uno de los lobos de Adam le había traicionado, y me dio un nombre.

Saqué el móvil y llamé a Darryl. Por entonces, ya me lo sabía de memoria.

—¿Has hablado ya con John Cavanaugh? —le pregunté. John Cavanaugh era uno de los lobos que no conocía demasiado bien; había estado en casa de Warren durante el consejo de guerra.

—Todavía no le hemos localizado.

Emití un suspiro de alivio que Darryl ignoró. Continuaba molesto porque no le habíamos contado exactamente lo que pretendíamos hacer. Tampoco le hacía mucha gracia tener que obedecer las órdenes de Samuel.

—Tal y como me han ordenado, no estoy dejando mensajes en los contestadores, lo que significa que iremos un poco cortos de efectivos.

—Estoy viendo el nombre de John Cavanaugh en un letrero de Realtor justo al lado de la casa donde tienen encerrado a Adam —le dije.

Se produjo una pausa prolongada.

—Entiendo —dijo pensativamente, y colgó. Nuestro Darryl no era muy dado a las despedidas, pero era un tipo listo. No avisarían a John Cavanaugh para aquel rescate, ni para ningún otro. Tal vez tendría que haberme afectado más el hecho de acabar de firmar una sentencia de muerte, pero decidí que antes de eso esperaría a comprobar cómo salían de aquello Adam y Jesse.

Samuel aulló suavemente a mi lado.

—De acuerdo —le dije, y empecé a desvestirme. Hacía mucho frío. No tanto como en Montana, pero lo suficiente como para deshacerme de todas las prendas lo más rápido que pude mientras procuraba no clavarme las púas del cinamomo. Doblé la ropa de cualquier manera y apagué el teléfono móvil.

—No me esperes para entrar —le repetí.

Samuel se limitó a mirarme.

Antes de transformarme emití un suspiro de desaprobación. En cuanto volví a sentir un agradable calor en todo el cuerpo, me desperecé, meneé la cola a Samuel y me encaminé hacia el almacén. Todavía era de día, de modo que tomé una ruta de aproximación para que no nos descubrieran. Aunque era consciente de que Samuel me seguía, no le vi en ningún momento, lo que resultaba muy impresionante dado el color de su pelaje. El blanco es bueno para el invierno de Montana, pero el invierno del este de Washington suele ser bastante gris y marrón.

Una esquina del aluminio que recubría el almacén sobresalía ligeramente, justo en el lugar donde Christiansen me había indicado. Tuve que forzarlo, pero logré colarme en el interior perdiendo en el proceso solo un poco de pelo. Mi olfato me dijo que, los últimos meses, otro coyote y varios bichos más habían utilizado la misma ruta. Si Gerry o alguno de sus lobos percibía mi olor, es probable que pensarán que se trataba simplemente de otro de aquellos coyotes.

El interior del almacén era cavernoso y la temperatura no difería mucho de la exterior. A pesar de que Christiansen me había asegurado que no tendría dificultades para hallar un lugar en el que ocultarme, lo había imaginado vacío. Por el contrario, estaba lleno de cajas, cientos, tal vez miles, amontonadas sobre palés recubiertos de un contrachapado de un metro de alto y combado por la humedad y el uso. Las cajas estaban apiladas de tres en tres en columnas que llegaban hasta el techo, a aproximadamente unos nueve metros sobre mi cabeza.

El aire olía a humedad. Cuando miré a mi alrededor, vi un sistema de riego por aspersión y desagües en el suelo. Supuse que aquello tenía sentido. Cuando el almacén estuviese lleno de árboles, tendrían que mantener las plantas húmedas hasta el momento de transportarlas.

Encontré una pila cuya caja inferior estaba etiquetada con la leyenda: «*Hamamelis Virginiana* – *Avellano de la Bruja 3'-4'*». Aunque estaba vacía, el olor

astringente del arbusto aún seguía pegado a la madera gris. Podría haberme ocultado en el interior de la caja superior, pero sería un blanco fácil cada vez que saltara para entrar o salir. En lugar de eso, me acurruqué sobre el cemento en el espacio que quedaba entre la caja inferior y la pared metálica, tan segura como permitían las circunstancias.

El plan consistía en esperar a que viniera a recogerme uno de los hijos de David. Ellos «harían la extracción» (en palabras de David) al caer la noche, para lo que aún quedaban unas horas.

Gerry había tenido problemas con Adam. A pesar del tranquilizante, habían descubierto que mantener guardas en la habitación donde le tenían encerrado le ponía demasiado tenso. Recordaban el modo en que se deshizo de las ligaduras en su casa, de modo que hacían todo lo que podían para mantenerlo en calma: lo que significaba que la mayor parte del tiempo él y Jesse estaban a solas, y el único guarda estaba apostado en la puerta de la habitación. El olor de Gerry molestaba de tal modo a Adam que aquel se veía obligado a mantenerse completamente alejado de la casa.

Aunque aún faltaban unas horas para sacar de allí a Adam y Jesse, podía entrar en la habitación y asegurarme que Adam estuviese listo para cuando llegara el momento.

Habíamos discutido sobre aquello. David quería que esperase en el exterior hasta el momento en que su hombre empezase la guardia, al atardecer, pero yo no quería dejar a Adam y Jesse solos ni un minuto más del necesario. David pensaba que el riesgo de ser descubierta era demasiado alto.

Samuel había puesto fin a la discusión.

—Deja que vaya. De todos modos lo hará, y así podremos reducir los riesgos.

A David no le había gustado, pero se inclinó ante la autoridad superior de Samuel, y a su mejor juicio. Samuel tenía razón. No iba a dejar que Adam y Jesse esperasen sin protección cuando podía estar junto a ellos. Gerry era el único lobo que conocía mi olor, y estaba a varios kilómetros del almacén. El resto pensaría que era un simple coyote, y había muchos en los alrededores.

Pese a todo, debía esperar a la escolta, para lo que aún quedaban unas cuantas horas, pero aquello era más seguro que deambular por el almacén hasta dar con la habitación donde ocultaban a Adam y Jesse.

Es imposible mantenerse alerta mientras esperas inmóvil. Al cabo de cierto tiempo, caí en un estado de letargo que se prolongó durante aproximadamente una hora. Me despertó el por entonces familiar olor de John-Julián.

Me arrastré cautelosamente, pero estaba solo, con mi mochila al hombro. No dijo nada, se limitó a dar media vuelta y dirigirse a través de las pilas de cajas hasta una sección del almacén donde debían de haber estado las oficinas. De igual modo que las cajas, las tres oficinas estaban apiladas una encima de la otra.

Subió las escaleras hasta el piso de en medio, donde la puerta más alejada tenía un brillante y reluciente cerrojo ciego que lo diferenciaba del resto. Cuando giró el cerrojo y abrió la puerta, me precipité al interior y me detuve en seco.

Comprendí por qué Gerry solo apostaba a un guarda. No existían muchas posibilidades de que Jesse o Adam escaparan por su propio pie.

Jesse estaba tendida en un colchón sin sábanas. Alguien le había colocado cinta adhesiva alrededor de la parte inferior del rostro, cubriéndole la boca, el pelo y el cuello. Arrancarle aquello no iba a resultar sencillo. Tenía esposas en las muñecas y una cuerda de escalada las aseguraba a la estructura de la cama. Tenía los tobillos pegados y atados al pie de la cama, lo que únicamente le permitía moverse ligeramente de lado.

Miró a John-Julián con ojos apagados y ni siquiera reparó en mi presencia. Llevaba puesto el pijama, probablemente el mismo que llevaba la noche en que se la llevaron, uno de esos conjuntos de algodón suave con camiseta de top. En la parte interior del brazo izquierdo tenía un cardenal tan oscuro que parecía negro en lugar de morado.

Adam estaba sentado en una silla fabricada, obviamente, por el mismo carpintero que había montado la estructura de la cama. Era un mueble ordinario, hecho de madera de cincuenta por cien centímetros y escuadras, aunque sospechaba que sus captores no estaban demasiado interesados en el diseño. Pesadas esposas, como las que esperarías encontrar en un museo de cera o en una cámara de tortura medieval, mantenían sus manos pegadas a los brazos de la silla y un segundo juego fijaba sus tobillos a las patas. Sin embargo, no hubiera logrado liberarlo ni destrozando la silla, ya que había tantas cadenas alrededor de su cuerpo que con ellas se podría haber financiado el sistema escolar público durante todo un año.

—Gerry no vendrá —me dijo John-Julian. Adam abrió los ojos, una fracción insignificante, lo que me permitió comprobar que sus iris tenían un color dorado intenso y que ardían de ira—. Su presencia tiene el mismo efecto que la de mi abuelo. Ni siquiera las drogas consiguen calmarlo, de modo que Gerry no aparecer por aquí. Nuestro hombre solo estará de guardia durante cinco minutos más. El próximo es el enemigo; pero después de él, Shawn, otro de nuestros hombres, le sustituirá durante las dos horas siguientes.

John-Julian continuó proporcionándome información que ya conocía, repitiéndola para asegurarse de que lo entendía.

—Shawn vendrá a ayudarte en cuanto pueda. Los guardas deben permanecer abajo, excepto cuando empiezan el turno. Pero debes dejarlos maniatados hasta el turno de Shawn por si cambian de parecer. Hay un guarda que vigila a los prisioneros y cuatro hombres que patrullan el edificio. En principio, uno de esos hombres tiene que vigilar los accesos del almacén. La casa tiene electricidad y televisión por satélite, de modo que la mayoría de los hombres se queda allí cuando no están de servicio. En realidad, nadie espera que la manada dé con ellos tan pronto, por lo que no estarán muy alerta.

Los hombres de David llevaban a cabo la mayor parte de las guardias porque Gerry no disponía de mucha gente a la que confiar una indefensa niña de quince años;

aquella no era una tarea con mucha demanda en el mundo de los mercenarios y lobos solitarios paranoicos. David dijo que Gerry les había pagado por quedarse a trabajar en los turnos de guardia. Según parecía, Gerry pensaba que David no lo traicionaría si le pagaba por el trabajo.

Mientras John-Julian hablaba, eché un vistazo a la habitación y descubrí que no disponía precisamente de muchos lugares en los que esconderse. A menos que entraran hasta el fondo, podía ocultarme tras la puerta o en el gran armario con puerta corredera. Algunos tópicos lo son porque funcionan. El guardia no tendría razones para registrar la habitación mientras Adam y Jesse siguieran en ella.

Jesse empezó finalmente a moverse al descubrir que John-Julian no hablaba con ella. Se retorció en una posición extraña hasta obtener una buena perspectiva y, a continuación, emitió un sonido áspero a través de la mordaza.

—Shh —le dijo John-Julian, y dirigiéndose nuevamente a mí, añadió—: Dispones de unas cuatro horas. Crearemos una distracción; no sé de qué se trata, pero lo sabrás cuando empiece. Tu tarea es llevar a estos dos escaleras abajo hasta la habitación junto a la gran puerta del garaje. El abuelo os esperará allí y nosotros os escoltaremos.

Asentí con la cabeza y él dejó la mochila en el suelo.

—Buena suerte —dijo rápidamente, y se marchó, cerrando la puerta con llave tras él.

Me transformé en cuanto la puerta se cerró y abrí la mochila. Saqué del interior la ropa interior, una camiseta oscura y un par de viejas sudaderas. Me vestí, me coloqué al hombro la funda del arma y deslicé en ella la SIG. Estaba amartillada y lista para disparar. También había traído la Smith & Wesson de mi padre adoptivo. Era demasiado grande para una funda de hombro, y no podía dispararla tan a menudo, pero la munición de la mágnum.⁴⁴ tenía un mayor factor de penetración que la de 9 mm. Si todo iba bien, no necesitaría ninguna de las dos.

Oí cómo alguien subía las escaleras y me di cuenta de que no había oído a John-Julian bajarlas, lo que decía mucho de él como humano. Asumiendo que se trataba del nuevo guardia, cogí la mochila y me oculté en el armario con la SIG de nuevo en la mano. Aunque el armario tenía una puerta corredera, dejé entreabierta la parte más alejada de la puerta, tal y como la había encontrado.

Vi a Jesse tironeando las cuerdas mientras alguien daba vueltas al cerrojo y abría la puerta.

—Hola, cielo —dijo el guardia. Hacía poco que había comido ajo, y también olí algo avinagrado y malsano. No era un hombre lobo, pero tampoco era alguien que me gustara ver cerca de Jesse—. He venido a acompañarte al baño. Si te portas bien, incluso dejaré que comas algo. Seguro que estás hambrienta.

Mientras se aproximaba a Jesse tuve un ángulo perfecto para dispararle por la espalda. La tentación de aprovechar aquella oportunidad se vio incrementada por el pánico en los ojos de Jesse y el olor a miedo que le recorrió todo el cuerpo.

Adam gruñó, y el guardia sacó su arma y se dio la vuelta. Cuando apretó el gatillo, Jesse emitió un sonido horrible e incrédulo. Deslicé mi arma fuera del armario y empecé a tensar el dedo, pero me di cuenta de que el arma del guardia había producido una suave descarga, no un disparo. Era un arma de aire comprimido cargada con tranquilizantes. Si aquel hombre hubiese tenido el oído de un hombre lobo, tendría que haberle disparado, ya que no había sido capaz de contener un sonoro jadeo cuando disparó a Adam.

—Eso te calmará durante un rato —dijo, presumiblemente a Adam. Se guardó el arma en la pistolera y se agachó para deshacer los nudos que sujetaban los pies de Jesse a la cama. Si se hubiera dado la vuelta, me habría visto, como hacía Jesse en aquellos momentos.

Negué con la cabeza, me llevé la mano a los ojos y señalé al guardia. Supuse que me había entendido, porque dejó de mirarme y dirigió la mirada al techo.

Alguien más subía por las escaleras, posiblemente atraído por la detonación del arma, por muy suave que esta hubiese sido, aunque el guardia no pareció darse cuenta. Como la puerta estaba abierta, el otro hombre entró directamente. Aquel sí era un hombre lobo. No podía verlo, pero le oía.

—Huele a animal aquí dentro —dijo con una voz tan profunda que parecía amortiguada.

Al principio tuve la certeza de que hablaba de mí.

El guardia en mi ángulo de visión se dio la vuelta, obviamente pillado por sorpresa. Si hubiese desviado los ojos diez grados, me habría descubierto, pero el segundo guardia atrajo su atención.

—¿Eres un animal, Jones? —dijo el segundo hombre con una ligera impaciencia en la voz—. ¿Como yo?

Jones dio un paso atrás, y cuando sintió la cama tras las rodillas, se sentó en ella con la mitad del cuerpo encima de Jesse. Si hubiera podido, le habría dicho que aquello era una estupidez. Nunca huyas de un depredador; pueden llegar a la conclusión equivocada.

Jones no dijo nada y el hombre lobo se echó a reír.

—Creía que el jefe te había dicho que no quería que te acercaras a la niña. ¿No lo recuerdas?

No sé qué hacía el hombre lobo, pero debía de ser algo espantoso porque Jones no dejaba de balbucear. El hombre lobo se movió por fin: era un hombre corpulento, pelirrojo y con una barba oscura pegada al rostro. Agarró a Jones con una mano sobre cada hombro de su camisa y lo levantó de la cama con un gruñido producido por el esfuerzo. Se dio la vuelta en dirección a la puerta y lanzó al hombre hasta el otro extremo de la habitación. No vi a Jones golpear el suelo, pero le oí emitir un grito sofocado.

—Lárgate —le dijo el hombre lobo.

Oí a Jones bajar las escaleras precipitadamente, aunque no estaba segura de que aquello fuera una mejora. Aquel hombre era infinitamente más peligroso. ¿Había hecho el comentario sobre el olor animal por mí? ¿O simplemente pretendía mofarse de Jones?

A excepción de un leve temblor que no podía controlar, me quedé completamente inmóvil, intentando concentrarme en pensamientos positivos. El miedo desprende un olor característico e intenso, pero como Jesse estaba tan asustada, confiaba en pasar desapercibida.

—Muy bien, Ángel, vamos a quitarte esas cuerdas —le dijo el hombre lobo a Jesse en una amable voz que habría resultado mucho más tranquilizadora de no haber percibido su lujuria. Jesse era incapaz de hacerlo, por lo que vi cómo se relajaba ligeramente.

Sus grandes manos desataron con facilidad los nudos y la ayudó a sentarse sobre la cama como un caballero, dándole algo de tiempo para que se deshiciera de la rigidez en los hombros y la espalda. Jesse, como la chica lista que era, se colocó en una posición en la que los ojos de él quedaban muy lejos del armario.

El hombre lobo le dio un empujoncito para que se pusiera en pie y le ayudó a mantener el equilibrio mientras se encaminaba hacia la puerta de la habitación. Perdí a ambos de vista. Me apoyé en la pared, cerré los ojos y recé. Recé por haber tomado la decisión correcta y por que aquel hombre no hiciera más que acompañarla al baño.

Mientras tanto, debía comprobar el estado de Adam.

El dardo aún colgaba de su cuello, por lo que se lo arranqué y lo tiré al suelo. Adam abrió los ojos cuando le toqué, aunque creo que no me vio.

—No pasa nada —le dije mientras le frotaba suavemente la mancha de sangre de su cuello—. Estoy aquí, y vamos a sacaros, a ti y a Jesse. Conocemos la identidad de uno de los traidores, y el resto no podrá hacer más daño.

No le dije quiénes incluían ese «nosotros». De todos modos, no creía que me estuviera escuchando, pero prefería tranquilizarlo en lugar de irritarlo. Le saqué otro dardo que tenía enredado en la manga de su mano derecha, inclinándome sobre él para hacerlo. Su cabeza cayó hacia delante hasta quedar enterrada entre mi hombro y mi cuello. No supe si había sido un movimiento consciente por su parte o si lo había provocado yo. Cada vez respiraba más pesadamente.

—Muy bien —le dije—. Duerme y deshazte del veneno.

Me quedé allí, sosteniéndole contra mi cuerpo, hasta que volví a oír a alguien subiendo las escaleras. Coloqué a Adam en la misma posición en que había estado antes de que se marcharan de la habitación, menos los dardos, y retrocedí silenciosamente a mi escondite.

Esperé, preocupada, mientras escuchaba a una sola persona subiendo las escaleras. Cuando entró en mi campo visual, descubrí que el guardia llevaba a Jesse en brazos, rígida y con los ojos clavados en el techo.

—Lo siento, Ángel —canturreó mientras volvía a atarla eficientemente—. Si hubiera sido por mí, habrías tenido intimidad, pero no podía arriesgarme, ¿no es cierto?

Era hombre muerto, pensé mientras memorizaba sus rasgos y el modo en que se movía para reconocerlo más tarde, incluso si Gerry tenía en su manada a dos gigantes pelirrojos de más de metro ochenta. Percibí la satisfacción en su voz, y estaba bastante segura de que Jesse también. Pretendía asustarla.

Adam se removió en la silla. Le oí, ya que estaba fuera de mi campo de visión.

—Mercy —dijo Adam con voz ronca.

El guardia se echó a reír.

—Mercy, ¿verdad? No encontrarás mucho de eso por aquí. —Se agachó y acarició el rostro de Jesse—. Hasta la próxima, Ángel.

Recordé que Adam llamaba a su hija Ángel y empecé a sentirme mal. La puerta se cerró y el cerrojo se deslizó en su lugar. Esperé a que el guardia hubiera llegado al piso de abajo para salir del armario. Jesse seguía con la vista clavada en el techo.

A Adam le había vuelto a caer la cabeza hacia delante. No pude evitar tocarle de nuevo para comprobar que continuaba respirando, y después me aproximé a su hija.

Estaba en la misma posición en que la había dejado el guardia. Mientras me sumergía en la mochila en busca de algo con lo que cortar las cuerdas de Jesse, intenté convencerme a mí misma de que hacerlo dos horas antes era seguro. De todos modos, no iba dejarla en aquella posición durante todo aquel tiempo.

No sabía por qué había traído la daga de Zee, ni por qué la cogí en lugar de la navaja de bolsillo, pero cuando la noté en mi mano supe que aquel era su lugar.

Jesse se movió bruscamente cuando apoyé una rodilla en la cama, de modo que le puse la mano sobre el hombro.

—Soy yo, Mercy. Nadie va hacerte daño. Aún tenemos que esperar un poco más, pero vamos a sacarte de aquí. Tienes que estar muy callada. Si puedes hacer eso por mí, intentaré quitarte estas cuerdas y ver qué puedo hacer con la cinta adhesiva.

5. Juego de palabras intraducible. En inglés, Mercy, aparte de ser diminutivo de Mercedes, también significa clemencia, compasión (N. del T.).

En cuanto empecé a hablar con ella, pasó de estar completamente pasiva a empezar a temblar como si estuviese congelada. En la habitación hacía frío, y no la habían tapado con nada, de modo que supuse que aquello era parte del problema. De todos modos, descubrí que hacía grandes esfuerzos por respirar, ya que solo podía hacerlo por la nariz.

Comprobé el filo de la daga con el pulgar. Pese a estar afilada, no resultaría sencillo cortar con ella la cuerda de escalada. Deslicé la hoja entre una hebra de la cuerda y la estructura de la cama y casi me apuñalo a mí misma al ejercer una presión que no encontró resistencia. Al principio creí que la daga se había escurrido de debajo de la cuerda, pero no tardé en descubrir que en realidad la había cortado limpiamente.

Observé la daga con respeto. Tendría que haber sabido que cualquier daga que Zee llevara para su protección personal guardaría algún secreto. Cuando corté la cuerda que sujetaba sus pies, Jesse se llevó las rodillas hasta el pecho y se rodeó el estómago con los brazos. Las lágrimas empezaron a inundar su rostro y le acaricié la espalda durante un minuto. Cuando dio muestras de empezar a calmarse, saqué de la mochila una lata de WD-40, una de las que suelo llevar en el coche.

—Después del vinagre y del bicarbonato, el WD-40 es el descubrimiento más milagroso del siglo —le dije—. Lo utilizaré para aflojar la cinta adhesiva.

Aunque lo había utilizado para limpiar los restos de cinta adhesiva en los coches, no estaba muy segura de que funcionara en aquella situación. A medida que el aceite soltaba los extremos de la cinta, pude empezar a arrancarla con cuidado de su piel. Cuando se liberó la suficiente superficie, deslicé la daga de Zee por debajo y corté la cinta a la altura de la oreja. No me molesté en quitársela del pelo; por el momento solo necesitaba despejar su cara.

Salió con la misma facilidad con la que la elimino de los vehículos. No tardé demasiado en liberarle la boca, y corté la cinta sobrante dejando únicamente una franja pegada en su cabello.

—Esto sabe fatal —dijo Jesse con voz ronca mientras se limpiaba la boca con la parte baja de la camiseta.

—A mí tampoco me gusta —corroboré. La había saboreado una o dos veces al olvidar que tenía las manos manchadas—. ¿Cuánto hace que no bebes nada?

—Cuando trajeron a papá —murmuró con la vista clavada en sus rodillas—. Por mucha droga que le inyectaran, cada vez que yo decía algo, se despertaba. Por eso me amordazaron. Pensaba que los hombres lobo eran inmunes a las drogas.

—No a esta —le dije mientras sacaba de la mochila los termos con café—. Aunque creo que no está funcionando como esperaban.

—Tendría que haber traído agua —le dije mientras sostenía la taza del termo llena de un líquido negro de olores nocivos cerca de su cara. Sé que a la mayor parte de la gente le gusta su olor, pero por alguna razón yo no puedo soportarlo.

Cuando no hizo ademán de moverse, le espeté:

—Venga, ahora no tenemos tiempo de lamentarnos. Esta noche, cuando estés en casa, si quieres puedes ponerte catatónica. Ahora tienes que ayudarme a poner a tu padre en pie y sacarlo de aquí.

Me sentí como si estuviera golpeando a un perro que no dejaba de gimotear, pero Jesse se enderezó sobre la cama y cogió la taza metálica con una mano trémula. Había contado con ello, por eso la había llenado solo hasta la mitad. Hizo una mueca al probarlo.

—Bébetelo —le dije—. Te ayudará a ponerte mejor. Cafeína y azúcar. Yo nunca bebo café, así que fui a tu casa y me llevé un paquete bastante caro de la nevera. No debería estar tan malo. Samuel me dijo que lo hiciera fuerte y que echara azúcar. Debe de saber a jarabe amargo.

Jesse me regaló una tímida sonrisa, y después otra menos tímida. Se tapó la nariz antes de bebérselo todo de un único trago.

—La próxima vez —dijo con voz ronca—, yo prepararé el café.

—Hecho —le dije con una amplia sonrisa.

—¿Hay alguna manera de quitar estas esposas? —me preguntó.

—Dentro de un par de horas vendrá un conspirador —le dije—. Él tiene las llaves.

—De acuerdo —dijo Jesse, pero le temblaban los labios—. Aunque quizá puedes intentar abrirlas. No son de las buenas, como las que llevan los polis, sino más bien como las que venden en los *sex shops*.

—Jessica Tamarind Hauptman —dije en un tono de sorpresa—. ¿Cómo sabes eso?

Jesse emitió una risita tonta.

—Un amigo compró unas en una liquidación. Se las puso y después no encontraba la llave. Le entró el pánico, pero su madre consiguió abrirlas.

Observé detenidamente la cerradura. Parecía bastante chapucera. No tenía a mano ninguna horquilla ni el alambre de una percha, pero la daga de Zee tenía una punta bastante estrecha.

Cogí una de las esposas e intenté introducir la punta de la daga. Al principio me dio la impresión de que no entraría, pero con una ligera presión se introdujo perfectamente.

—Ay. —Jesse levantó los brazos.

Aparté la daga e inspeccioné el arañazo de su muñeca. A continuación, observé la esposa que la daga había atravesado con la misma facilidad con que había cortado la cuerda.

—No cabe duda de que es un mago del metal —murmuré.

—¿Qué tipo de cuchillo es ese? —preguntó Jesse.

—Una daga. Me la han prestado. —La coloqué contra la cadena que unía las esposas y observé cómo esta se separaba limpiamente del filo gris oscuro—. Mmm. Supongo que la próxima vez que un feérico me preste algo le haré alguna pregunta más.

—¿Puede cortar las esposas? —Jesse mantuvo en alto la parte dañada, que ya estaba medio partida.

La mantuve apartada de su magullada piel y deslicé cuidadosamente la daga entre la muñeca y las esposas. El metal se separó ante la daga como un efecto especial defectuoso. Un cineasta habría añadido chispas o un destello rojo brillante; lo único que yo percibí fue un tenue tufillo a ozono.

—¿Quién te la ha prestado? —preguntó Jesse mientras yo le cortaba las segundas esposas—. ¿Zee? —Vi cómo su estatus pasaba de viejo amigo malhumorado a intrigante misterio—. Qué guay. —Casi parecía la misma de siempre, lo que

contrastaba todavía más con el moratón violeta de la mejilla y las marcas alrededor de las muñecas.

No recordaba haber visto el moratón del rostro antes de que el hombre lobo se la llevara al baño.

—¿Te acaba de golpear? —le pregunté al tiempo que le tocaba la mejilla y recordaba la imagen del guardia llevándola en brazos mientras ella intentaba parecer lo más pequeña posible.

Jesse se retrajo, la sonrisa desapareció de su rostro y los ojos perdieron su brillo.

—No quiero pensar en eso.

—De acuerdo —acepté rápidamente—. Ya no tienes que preocuparte por él.

Ya me encargaría yo si era necesario. No me costaba mucho bajar el telón de la civilización, concluí mientras cogía la taza vacía y volvía a colocarla en el termo. Simplemente con ver el moratón en su mejilla ya estaba lista para la matanza.

—Deberías tomar un poco más —le dije—. Pero necesito la cafeína para tu padre. Tal vez Shawn traiga más cuando venga a buscarnos.

—¿Shawn?

Le hablé de David Christiansen y de su promesa de ayudarnos a salir de allí de una pieza.

—¿Confías en ellos? —preguntó, y cuando asentí, añadió—: De acuerdo.

—Echemos una ojeada a tu padre.

Una vez liberada Jesse, existían pocas ventajas en dejar encadenado a Adam, y, además, toda aquella plata no debía de ayudarle mucho. Volví a empuñar la daga de Zee, pero Jesse me cogió la mano.

—¿Mercy? —me dijo en un susurro—. Cuando empieza a despertar, es...

—¿Temible? —Le di un golpecito en la mano. De vez en cuando pensaba que su experiencia con los hombres lobo hacía que los considerase una especie de animales de compañía más que predadores peligrosos. No me dio la sensación de que aquello fuera a representar un problema para ella. Recordaba que David dijo que Adam se había vuelto loco cuando entró en la habitación, y también recordaba el estado ruinoso en que quedó la sala de estar de Adam. Tal vez a Jesse le había caído el velo de los ojos demasiado bruscamente.

—¿Qué esperas que haga cuando está indefenso y en manos de sus enemigos? —le dije razonablemente—. Intenta defenderse lo mejor que puede. Hace falta una gran fuerza de voluntad para sobreponerse a todo lo que le han inyectado. No puedes esperar que el resultado sea muy agradable.

Mi primera intención había sido empezar con una de las cadenas, pero la inquietud de Jesse me hizo descubrir que yo también sentía cierta intranquilidad por el hecho de liberar completamente a Adam.

Tenía que deshacerme de aquella sensación si lo quería en pie y en movimiento. Si percibía mi miedo, el depredador se haría con el control.

Presioné con decisión el cuchillo contra los pesados grilletes sujetos a su muñeca izquierda. Tuve que ir con cuidado porque estaban mucho más apretados que las esposas de Jesse. No había espacio suficiente para deslizar la daga entre el metal y la piel, por lo que, teniendo muy presente la reacción de la daga ante Samuel, decidí que no era muy buena idea intentarlo. Así que me limité a apoyar el cuchillo sobre el metal sin añadir presión alguna para poder apartarlo rápidamente antes de llegar a la piel.

Al principio creí que era el calor de mis manos lo que estaba calentando la empuñadura, pero, en cuanto el filo cortó el grillete, tuve que soltar la daga porque estaba ardiendo. Adam se llevó rápidamente la mano al regazo.

Me costó casi una hora cortar el resto de grilletes y cadenas. Cada vez el cuchillo se calentaba antes y tardaba más en volverse a enfriar.

Para cuando Adam quedó finalmente libre de las cadenas de plata, había unas cuantas marcas en el suelo de linóleo y unas cuantas llagas en mi mano.

Jesse me ayudó a recoger todas las cadenas y a amontonarlas sobre la cama. Tuvimos que hacerlo con cuidado para evitar que cayeran al suelo, ya que el sonido del metal sobre las superficies duras suele resonar.

Estábamos colocando el último trozo de cadena cuando oí el sonido de los pasos de un guardia subiendo las escaleras. Dejé la daga de Zee sobre la cama, junto a toda la plata, empujé a Jesse hasta el armario y saqué la pistola. La apunté a aproximadamente un metro ochenta del suelo y me quedé completamente inmóvil, esperando a que se abriera la puerta.

El guardia silbó mientras introducía la llave y yo estabilicé el arma. Planeaba dispararle primero en mitad del pecho y después dos tiros en la cabeza. Si no estaba muerto después de eso, estaría lo bastante incapacitado como para rematarlo. Atraería la atención de todo el mundo, pero no tenía otra opción: no disponía ni del tiempo ni de la inclinación para volver a atar a los prisioneros.

Mientras respiraba hondo, oí la voz de un hombre, distorsionada por la puerta y la distancia, lo que me impidió distinguir con claridad sus palabras. Pero sí oí la respuesta del hombre al otro lado de la puerta. Si debía matar a alguien, me habría gustado que fuera el que había golpeado a Jesse.

—Estoy comprobando cómo están los prisioneros —dijo—. Ya es hora de disparar otra vez a Hauptman.

El otro hombre dijo algo más.

—No me hace falta ninguna orden para mirar el reloj —dijo—. Hauptman necesita más droga. No va a estirar la pata por un poco más de plata. Olvídate de lo que diga Wallace.

Contuve el aliento al sentir una presencia poderosa subiendo las escaleras. No era un poder del calibre del de Adam o Samuel, pero de todos modos era poderoso. Supuse que el hombre con el que hablaba el guardia era David Christiansen.

El guardia se quejó pero extrajo la llave de la cerradura y bajó las escaleras a trompicones. Oí los sonidos de una breve pero desagradable discusión, y, cuando nadie más hizo ademán de subir las escaleras, llegué a la conclusión que Christiansen se había salido con la suya. Volví a guardar el arma.

—Bueno —le dije a Jesse mientras intentaba recuperar el aliento—, no ha sido muy divertido.

Jesse estaba hecha un ovillo en el fondo del armario. Durante un instante pensé que iba a quedarse allí, pero era una chica dura. Reunió el suficiente coraje y se puso en pie.

—¿Y ahora qué?

Miré a Adam, que continuaba inmóvil.

Crucé la habitación y le toqué la cara. Estaba frío, lo que no era una buena noticia, ya que, dado su alto metabolismo, los hombres lobo suelen tener una temperatura corporal más alta que la de los humanos. Me pregunté cuánta plata habrían inyectado en su sistema sanguíneo.

—Tengo que hacerle beber algo de ese café —le dije a Jesse—. Y también tengo algo de comida, que debería ayudar.

Jesse se colocó a mi lado. Primero miró a su padre y después a mí.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Yo lo haré. ¿Cómo conseguiremos que trague el café?

Al final decidimos bajarlo de la silla a rastras y apoyar su cabeza en el muslo de Jesse. Vertimos el café, que todavía humeaba, directamente en su boca. Ninguna de las dos sabía cómo conseguir que tragara, pero tras escupir los primeros sorbos, consiguió hacerlo por sí mismo.

Tras el tercer trago, abrió los ojos, y vi que tenían el color del terciopelo negro. Alargó el brazo y agarró la mano de Jesse, la cual seguía apoyada en su hombro, pero sus ojos estaban clavados en los míos.

—Mercy —masculló—. ¿Qué demonios habéis hecho con mi Tostado Francés?

Durante un instante pensé que todas mis inquietudes no habían tenido razón de ser, pero repentinamente Adam soltó la mano de Jesse y curvó la espalda, enterrando la cabeza entre sus muslos. Su piel adoptó un tono grisáceo, después moteado, y sus manos se crisparon. Los ojos giraron en sus órbitas hasta quedar completamente en blanco.

Dejé caer el café, cogí a Jesse por los hombros y la alejé de Adam lo más rápido y lo más lejos que pude.

—Se golpeará la cabeza —dijo Jesse mientras se debatía, consciente, como yo, que Adam estaba teniendo un ataque.

—Él puede curarse, tú no —le dije—. Jesse, es un hombre lobo. No puedes acercarte a él cuando está así. Si te golpea, te romperá los huesos. —Agradecí sinceramente al Señor Todopoderoso por que hubiera soltado la mano de Jesse antes de destrozarla.

Como si hubiera despertado con los mismos demonios que le provocaban las convulsiones, sentí cómo se elevaba la oleada de poder, algo que también percibirían todos los hombres lobo de los alrededores. Doce en total, si Christiansen estaba en lo cierto.

—¿Sabes disparar? —le pregunté.

—Sí. —Jesse no apartaba los ojos de su padre.

Saqué la SIG y se la entregué.

—Apunta con esto a la puerta —le dije mientras introducía el brazo hasta el fondo de la mochila para coger la .44—. Si te digo que dispires, aprieta el gatillo. La primera vez estará algo rígido. Está cargada para hombres lobo. Tenemos aliados, así que espera hasta que te diga que dispires.

Encontré el revólver. No tenía tiempo de comprobarlo, pero lo había cargado antes de meterlo en la mochila. Con eso serviría. La Smith & Wesson era mucho más pesada que la SIG, y podía hacer mucho más daño.

—¿Qué ocurre? —dijo Jesse en un susurro, y entonces recordé que era humana y que no podía percibir la canción de poder de los Alfa.

La música ascendió, se redobló repentinamente, y su origen se debilitó hasta el extremo de no poder asegurar si provenía de Adam o no. Pies ligeros resonaron en las escaleras y el cerrojo de la puerta se desbloqueó. Jesse seguía mirando en mi dirección, pero yo tenía el revólver en alto y amartillado cuando la puerta se abrió.

—No dispires —dije levantando el arma y poniendo la mano sobre la suya para que el cañón de la automática mirara hacia el suelo—. Es uno de los nuestros.

El hombre bajo el umbral de la puerta tenía la piel del color del chocolate, una camiseta verde con la inscripción los dragones mataron a los dinosaurios y ojos color avellana. Fue la camiseta lo que me dijo que era un hombre de David. Estaba inmóvil, dándonos tiempo para decidir que estaba de nuestro lado.

—Soy Shawn —dijo, y a continuación miró a Adam—. Maldita sea —añadió al tiempo que entraba en la habitación y cerraba la puerta silenciosamente—. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó sin apartar la mirada de Adam, que estaba tendido de espaldas y enfrascado en una extraña y espasmódica danza con los brazos y piernas.

—Creo que se está transformando —respondió Jesse.

—Convulsiones —dije—. No soy médico, pero creo que hay demasiada plata en su sistema nervioso y que ha dañado algo importante.

—¿Se pondrá bien? —dijo Jesse con voz temblorosa.

—Es muy fuerte —le dije, confiando en que no descubriera que no había respondido a su pregunta. ¿Cuánta plata es necesaria para matar a un hombre lobo? Normalmente era una cuestión de poder, pero algunos hombres lobo eran más sensibles a ella que otros.

—Estaba haciendo el cambio de guardia con Hamilton cuando el capitán se metió con Connor y me hizo una señal para que subiera mi culo hasta aquí —dijo Shawn—. Cuando iba por el tercer escalón, todos los hombres lobo del lugar empezaron a

reunirse alrededor del capitán. Supongo que este ataque tiene algo que ver con eso, ¿no?

Asentí con la cabeza y se lo expliqué a ambos lo mejor que pude.

—No sé cómo lo hace Christiansen —le dije—, pero está atrayendo el poder de Adam y enturbiándolo. Supongo que todos pensarán que es él.

—Por la pelea —dijo Shawn en un tono de confirmación.

Sin embargo, había dejado de interesarme la rápida intervención de Christiansen, porque Adam dejó de moverse y se quedó flácido. Tuve que detener a Jesse para que no se acercara a él.

—Espera —dije aprovechando la oportunidad para quitarle la automática. No quería que se le disparara accidentalmente—. Asegúrate de que haya terminado.

—¿No está muerto? —preguntó Jesse.

—No. Todavía oigo su respiración. —Era débil y superficial, pero regular.

Guardé la Smith & Wesson en el bolsillo superior de la mochila y volví a colocar la SIG en la cartuchera. Gracias a Christiansen, no tendríamos a una manada de hombres lobo aproximándose hacia nosotros, pero aquello podía cambiar en cualquier momento.

Adam no se movió, pero su respiración se hizo más profunda. Cuando empezaba a asegurarle a Jesse que todo iría bien, Adam se giró repentinamente de lado y sacudió todo el cuerpo con un gemido hasta quedar en posición fetal.

Capítulo 15

—¿Se está transformando? —preguntó Jesse.

—No sería una buena noticia —dijo Shawn—. No debería transformarse hasta haberse deshecho de los efectos de las drogas. He hablado con algunos de los hombres que estuvieron en tu casa cuando se liberó y entonces también le habían suministrado tranquilizantes.

—No la asustes más —le recriminé—. Se pondrá bien. Y, además, no creo que esté transformándose. —De hecho, ya no percibía la sensación de poder que asociaba a los hombres lobo. No tenía ni idea de qué le estaba ocurriendo.

La camisa que llevaba Adam, sucia, rasgada y manchada de sangre, parecía más gris que blanca. Mucho más gris. Estaba sudando copiosamente, y la tela empezó a pegarse a su piel, perfilando los tensos músculos de sus hombros y espalda. Incluso podía distinguir las protuberancias de su columna vertebral. La camisa brillaba ligeramente bajo la fría luz de los fluorescentes y un temblor incontrolable recorría todo su cuerpo. No pude decidir si estaba consciente o no.

Guardé el revólver en la funda y me acerqué a él lentamente.

—Adam —dije, ya que estaba de espaldas y no es muy recomendable sorprender a un hombre lobo—. ¿Te encuentras bien?

No respondió, lo que no resultaba muy sorprendente.

Cuando me agaché para tocar la tela húmeda, Adam me agarró de la muñeca. Fue un movimiento tan rápido que ni siquiera vi cómo se daba la vuelta. Simplemente estaba allí, boca arriba. Tenía los ojos amarillos y dorados, pero su apretón no era firme.

—Estás a salvo —le dije, intentando mantener la calma—. Jesse está aquí, y también está a salvo. Vamos a ponerte en pie y a sacarte de aquí.

—Es la plata —dijo Shawn, sobrecogido—. Por eso su camisa se está poniendo gris. Jod... quiero decir, maldición. Maldita sea. Está sudando plata. Maldita sea.

Aunque Adam continuaba mirándome, parpadeó ligeramente al oír la voz de Shawn. Sus resplandecientes ojos dorados se clavaron en los míos, y percibí una sensación al tiempo ardiente y helada. Tendría que haber apartado la mirada, pero aquello no me pareció una lucha por el dominio. Me dio la sensación de que utilizaba mis ojos para emerger a la superficie, para salir del pozo en el que le habían hecho caer las drogas. Me esforcé por no parpadear y romper así el hechizo.

—¿Mercy? —Su voz era un ronquido susurrante.

—*C'est moi, c'est moi*, soy yo —le dije. Parecía apropiadamente melodramático, aunque no estaba segura de que hubiese captado la referencia. No tendría que haberme preocupado.

Sorprendentemente, Adam sonrió.

—Imaginaba que citarías a Lancelot antes que a Ginebra.

—Los dos eran estúpidos —le dije—. Arturo tendría que haber dejado que se casaran como castigo y largarse de allí para vivir felizmente por su cuenta. Solo me gusta *Camelot* por la música. —Y canturreé un poco.

La charla mundana estaba funcionando. Su pulso era menos acelerado, y su respiración más profunda y regular. En cuanto sus ojos volvieran a la normalidad, estaríamos fuera de peligro. A excepción, por supuesto, del pequeño detalle de un almacén rodeado de enemigos. Un problema después de otro: ese es mi lema.

Adam cerró sus amarillentos ojos y durante un instante me sentí abandonada y perdida, hasta que me di cuenta de que continuaba sujetándome la muñeca, como si temiera que le abandonara si la soltaba.

—Tengo el dolor de cabeza del siglo —dijo—, y me siento como si me hubiera pasado por encima una apisonadora. ¿Jesse está a salvo?

—Estoy bien, papá —dijo ella, aunque obedeció a mi imperiosa señal que le hice con la mano libre para que no se acercara. Puede que Adam pareciera calmado, pero su olor y el modo compulsivo con que sujetaba mi muñeca contradecían su aparente control.

—Magullada y asustada —dije—. Pero no tiene nada serio. —Descubrí que, en realidad, no estaba segura de ello, por lo que le dirigí a Jesse una mirada de preocupación.

Ella sonrió en una pálida imitación de su expresión habitual.

—Estoy bien —dijo de nuevo, en aquella ocasión a mí.

Adam suspiró aliviado.

—Cuéntame qué ha ocurrido.

Pese a ofrecerle la versión abreviada, tardé bastante tiempo. A excepción de cuando le hablé de la invasión de mi casa por parte de David Christiansen, el resto del tiempo mantuvo los ojos cerrados, como si el hecho de abrirlos le resultara doloroso. Antes de terminar, empezó a retorcerse incómodamente.

—Siento un hormigueo en la piel —dijo.

—Es por culpa de la plata. —Tendría que haber pensado antes en eso. Le toqué la camiseta con la mano libre y le mostré el metal gris en la punta de mi dedo índice—. He oído hablar de gente que ha sudado balas, pero nunca plata. —Empecé a ayudarlo a quitarse la camiseta pero me di cuenta de que no podía quedarse desnudo con Jesse allí—. Supongo que no habrás traído algo de ropa, ¿no, Shawn? Si la plata se le queda pegada a la piel se la quemará.

—Puede ponerse mi camisa —dijo él—. Pero no puedo ir a buscar ropa; estoy de guardia.

—Le daré mis pantalones de chándal —dije con un suspiro. La camiseta me llegaba hasta la mitad de los muslos.

Con la ayuda de Shawn, desvestí a Adam lo más rápido que pude y limpié la plata de su piel con su camiseta antes de ponerle mis pantalones y la camiseta verde de Shawn. Cuando terminamos, Adam temblaba incontroladamente.

La taza del termo había vertido su pegajoso contenido por el suelo, pero tanto la una como el otro estaban intactos. Hice que Jesse le administrara a su padre tanto café caliente como pudiera tragar, y, con algo en lo que concentrarse, logró calmarse. Cuando se terminó el café, le dio de comer sin pestañear el rosbif que había traído en bolsas herméticas.

Me preocupaba que Adam estuviese tan pasivo, un estado poco habitual en él. Samuel había dicho que la exposición prolongada a la plata aumentaba la sensibilidad. Pensé en el dolor de cabeza y en los ataques, confiando en que la licantropía resultara suficiente para recuperarse.

—¿Sabes una cosa? —dijo Shawn pensativamente—. Para pretender que este se enfrente al lobo jefe dentro de un mes, Gerry no está cuidando de él demasiado bien.

Estaba mirando a Shawn con el ceño fruncido cuando se abrió la puerta.

—Oye, Morris —dijo el desconocido mientras abría la puerta—, el jefe quiere verte y... —Dejó de hablar cuando sus ojos se fijaron en Adam y Jesse y desenfundó el arma.

Si hubiese estado sola, habríamos muerto todos. Ni siquiera pensé en el revólver; me quedé inmóvil, conmocionada, mientras descubría, demasiado tarde, que Shawn no había atrancado la puerta al entrar. El arma de Shawn produjo tres descargas sordas en rápida sucesión, con un sonido similar al que produce una lata al abrirse, que formaron un triángulo rojo sobre el corazón del intruso. Era un arma automática de pequeño calibre con silenciador.

El hombre herido cayó lentamente de rodillas y después sobre su rostro. Por fin saqué la SIG y le apunté.

—No —dijo Adam—. Espera. —Miró a su hija—. ¿De verdad que no estás herida?

Jesse asintió con decisión.

—Solo unos cuantos moratones.

—De acuerdo —dijo Adam—. Mercy, vamos a intentar dejar con vida a todos los que podamos. Los hombres muertos no pueden cantar, y quiero saber exactamente lo que está ocurriendo. Cuando este hombre se recupere, ya no estaremos aquí. Déjalo como está.

—¿No está muerto? —preguntó Shawn—. El capitán dice que se puede matar a los hombres lobo con plomo.

Al no estar habituados a enfrentarse a licántropos, los hombres de Christiansen no llevaban munición de plata, y mis reservas eran limitadas. Las balas de plata son caras, y no suelo cazar licántropos en mi tiempo libre. De todos modos, Connor era el único con un arma capaz de utilizar cualquier calibre, por lo que le había entregado media docena de balas de 9 mm.

—Si quieres matar a un hombre lobo sin plata tienes que arrancarle la columna vertebral —le dije—. E incluso así... —Me encogí de hombros—. La munición de plata provoca heridas que no se curan tan rápido, por lo que es más fácil que mueran desangrados.

—Maldición —dijo Shawn echando un último vistazo al hombre lobo que se desangraba a sus pies. Sacó el teléfono móvil y marcó varios números.

—Ahora todos saben que estamos en movimiento —me dijo cuando terminó e introdujo de nuevo el pequeño aparato en el bolsillo de los pantalones—. Hemos de salir de aquí ya. Con suerte pensarán que hay alguien en el campo de tiro y no se fijarán en mis disparos. Pero echarán en falta a Smitty, y tenemos que estar lejos de aquí cuando eso ocurra. —Se puso a la tarea de organizar nuestra retirada.

Guardé la SIG en la funda y saqué la mágnun.44. No tenía funda para ella, de modo que tenía que llevarla en la mano. Encajé la munición extra de la SIG en el sujetador porque no disponía de ningún otro lugar donde hacerlo.

Apartamos al hombre lobo herido del umbral de la puerta y después Shawn y Jesse pusieron en pie a Adam. Shawn porque era el más fuerte de los tres y Jesse porque yo sabía disparar mejor que ella. Fui la primera en salir de la habitación.

Aquella parte del almacén estaba aislada del resto. Habían dispuesto las oficinas en una sección con la mitad de la anchura del edificio, y bajo mis pies divisé una zona con el suelo de cemento donde podían aparcar fácilmente dos camiones uno al lado del otro. Me apoyé en la barandilla para comprobar la parte inferior de la escalera, y, aunque no vi a nadie, no tenía una buena perspectiva del resto del edificio por culpa de las columnas de cajas apiladas.

En cuanto los otros salieron de la habitación, bajé delante de ellos hasta el segundo tramo de escaleras, desde donde podía observar su descenso. El plan de Shawn consistía en intentar llegar con Adam hasta los coches. Uno de los hombres de Gerry conducía una camioneta Chevy clásica, a la cual, según Shawn, era más fácil hacerle un puente que encender el motor con la llave.

Intenté controlar mi respiración para aguzar el oído, pero el único sonido que perturbaba el silencio del almacén procedía de los pasos de mis compañeros bajando las escaleras y el zumbido en mis oídos, que podría haber competido con los movimientos de un ejército.

Junto a las oficinas había una puerta de garaje, una de esas puertas dobles por las que puede entrar un tráiler. Shawn me había dicho que estaba cerrada con un candado por la parte exterior y que Gerry había disparado al motor de apertura cuando decidió encerrar a Jesse en las oficinas, para controlar mejor el acceso a ella. Tendríamos que llegar al otro extremo del almacén y salir por una puerta estándar, ya que aquella era la única salida que no habían bloqueado.

Mientras esperaba al pie de las escaleras, intentando ver más allá de un laberinto imposible de cajas a doce hombres lobo con multitud de lugares en los que ocultarse, reflexioné sobre el último comentario de Shawn. Tenía razón. Si Gerry quería que

Adam matara a Bran, lo necesitaría en mejores condiciones. En su estado actual, Bran solo tardaría unos segundos en acabar con él.

Gerry no era estúpido, o eso me había dicho Samuel. De modo que tal vez eso era precisamente lo que pretendía.

Pensé que había multitud de cosas que perdían su sentido en el caso de que Gerry no fuera estúpido, y Samuel era muy bueno analizando el carácter. David creía que la matanza en casa de Adam había servido a Gerry para deshacerse de una serie de competidores indeseables, aunque también había atraído la atención del Marrok. Y Bran se habría enterado aunque yo no le hubiera llevado a Adam. Un ataque en casa del Alfa era un asunto importante. Y también estaba el pago realizado a los vampiros. Puede que lo hubiera descubierto antes de lo esperado, pero si Bran hubiese asomado el hocico, estaba bastante segura de que también habría acabado por descubrirlo.

Si yo pretendiera encontrar a alguien que se enfrentara al Marrok, no provocaría su ira secuestrando a su hija. Si pretendía utilizar métodos solapados para forzar un enfrentamiento de resultado imprevisible, me aseguraría de cubrir mi rastro para que Bran jamás se enterara, y Bran tenía una merecida reputación de enterarse de todo.

Gerry no solo no había hecho nada de eso, sino que había escrito una valla publicitaria con el lema «¡Mirad lo que estoy haciendo!» y, si no era estúpido, lo había hecho a propósito. ¿Por qué?

—Mercy. —El susurro de Shawn me trajo de vuelta al presente. Ya habían llegado al último tramo de escaleras y yo les bloqueaba el paso.

—Lo siento —dije también en un silencioso susurro.

Me puse en marcha, encabezando la marcha y comprobando cada pila de cajas a medida que pasaba junto a ellas. Íbamos muy lentos. Adam estaba teniendo problemas con la pierna maltrecha durante el primer ataque, y Jesse era demasiado bajita para servir de sostén eficiente, sobre todo teniendo en cuenta que en el otro brazo estaba Shawn, que debía de pasar del metro ochenta.

Oí algo, o eso me pareció, y me detuve. Pero cuando no se produjo ningún otro sonido, decidí que se trataba del zumbido en mis oídos, el cual empezaba a ir y venir. No había dado ni tres pasos cuando el poder me atravesó como un viento cálido y dulce.

—La manada está aquí —dijo Adam.

Nunca los había percibido de aquel modo, aunque supongo que jamás me había encontrado en una situación en la que todos ellos acudían llevados por un mismo propósito. Puede que aquello fuera todo, o tal vez se debió a que me encontraba muy próxima al Alfa de la manada.

Adam se detuvo y cerró los ojos, respirando pesadamente. Casi pude ver la fuerza convergiendo en él. Se enderezó, cargando por sí solo con todo el peso de su cuerpo.

Jesse también observaba a su padre. Únicamente Shawn mantenía los ojos y la mente en el trabajo, y me di la vuelta súbitamente al comprobar que sus pupilas se dilataban.

Si el hombre lobo hubiera ido a por mí, ya estaría muerta. Sin embargo, arremetió en primer lugar contra el más peligroso, pasando a mi lado como una exhalación y lanzándome contra una caja. La Smith & Wesson voló de mi mano, pero no se disparó al golpear contra el suelo. Oí cómo se me partía el antebrazo y una oleada de dolor me recorrió todo el cuerpo. El impulso sobrenatural me hizo girar y aterrizar frente a Adam justo cuando el lobo saltaba sobre él.

Jesse gritó. Shawn vació el arma pero no consiguió detenerlo, y a continuación desenfundó un cuchillo de aspecto temible y se aproximó a él con la intención de usarlo, pero el licántropo le alcanzó con uno de aquellos rápidos golpes de costado propios de un felino que ningún canino tendría que ser capaz de llevar a cabo. Como me había ocurrido a mí, Shawn se golpeó contra una caja y cayó al suelo.

Me puse en pie con dificultad y extraje la daga de Zee con la mano izquierda. No sé por qué no desenfundé la SIG; supongo que la espantosa velocidad del ataque me dejó aturdida. Exceptuando aquella semana, suelo mantener la violencia confinada en los límites del *dojo*.

Me lancé hacia delante, pero algo rojo pasó frente a mí en un borrón de movimiento. Otro hombre lobo. Tuve el tiempo justo para pensar que se nos había terminado la suerte, pero el nuevo lobo agarró al primero por el pescuezo y lo envió hasta el otro extremo de la nave, lejos de Adam.

El lobo rojo no se detuvo, sino que saltó sobre el animal gris y canela incluso antes de que tocara el suelo. Adam estaba cubierto de sangre, pero, antes de llegar hasta él, las heridas ya se habían cerrado con una ráfaga de poder que olía a manada. Cuando se puso en pie comprobé que su aspecto se asemejaba bastante al que había tenido antes de la noche del lunes.

Recordé, probablemente algo tarde, que disponía de otra arma, por lo que dejé caer la daga de Zee para poder desenfundar la SIG, y esperé a que los dos lobos se separaran lo suficiente para poder disparar. Desde aquella posición, vi que el lobo rojo era más alto y delgado de lo habitual, como si lo hubiesen criado para correr y no para combatir.

—No quiero que mueran si podemos evitarlo —dijo Adam, aunque no hizo ademán de quitarme el revólver.

—Ese merece morir —dije, ya que había reconocido su olor. Era el que había golpeado a Jesse.

Adam no pudo seguir discutiendo porque en cuanto el lobo gris y canela se colocó encima del otro apreté tres veces el gatillo. Pese a no ser una .44, una 9 mm causa bastante daño cuando se dispara contra la parte posterior de un cráneo a menos de cuatro metros.

Adam estaba hablando. Le veía mover los labios, pero mis maltrechos oídos zumbaban con un sonido parecido al de las olas del mar. Uno de los inconvenientes del sentido del oído desarrollado es la extrema sensibilidad, algo que no preocupa mucho a los lobos gracias a sus habilidades curativas.

Adam debió de darse cuenta de que tenía dificultades para oírle, ya que dio un golpecito a mi arma y levantó una ceja, a modo de pregunta. Miré en dirección al hombre lobo tendido en el suelo y después a Jesse. Adam siguió mi mirada y su rostro se tensó y se tornó más frío. Cuando alargó la mano, le entregué la SIG.

Se acercó a los dos hombres lobo sin ningún rastro de cojera. Se agachó, agarró al lobo muerto con una mano y lo arrastró para liberar al otro, quien se puso en pie y se quedó inmóvil, con la cabeza gacha y aspecto de estar aún aturdido. Adam agarró por la mandíbula al lobo rojo para comprobar si estaba herido. Aparentemente satisfecho, se volvió hacia el oponente derrotado y vació el cargador en su cuerpo inerte.

Vi cómo chasqueaba los dedos, y el lobo rojo sacudió todo el cuerpo, como si acabara de salir de una piscina, y después se sentó a los pies de Adam como un perro bien entrenado. Jesse recogió la daga del suelo y la enfundó mientras Shawn se ponía lentamente en pie. Colocó un nuevo cartucho en su arma y apoyó la mano en mi brazo roto.

Debí de emitir algún sonido, pero lo único que recuerdo es que poco después estaba de rodillas con la cabeza agachada y una mano grande y cálida apoyada en mi nuca. El intenso y exótico olor de Adam me rodeaba completamente, dándome la fuerza necesaria para calmar mi descompuesto estómago. No creo que perdiera del todo la conciencia, pero me faltó poco.

Cuando levanté la cabeza, el lobo rojo pegó su hocico a mi rostro y me lamió la mejilla antes de que Adam lo abofeteara suavemente. Me puse en pie con la ayuda de Adam, pero me sostuve por mí misma.

Adam recargó la automática tras entregarle un cartucho nuevo. Su rostro se iluminó al ver que lo extraía del sujetador. Me alegré de no oír demasiado bien, así no tuve que descifrar sus palabras. Enfundó la SIG en mi pistolera, recogió el revólver y me lo entregó. A continuación, dirigió su atención a Shawn, quien hizo un gesto para tranquilizarlo.

Mientras nos aproximábamos a la puerta, decidí que el hombre lobo que estaba de nuestro lado era mucho más tranquilizador que el arma cargada en mi mano. No es que fuese más efectivo que la mágnam.44, pero su presencia indicaba que la manada estaba cerca. Todo lo que debíamos hacer era llegar hasta ellos y estaríamos a salvo.

Miré a Adam. Tenía un buen aspecto, como si nunca hubiera estado herido. Aunque sabía que el Alfa podía obtener fuerza de la manada, no entendía por qué había funcionado aquí cuando no había ocurrido lo mismo en casa de Warren.

Shawn fue el primero en atravesar la puerta, con el lobo rojo pegado a sus talones. Era de noche, solo iluminada por la cerúlea luz de la luna. Adam sostuvo la puerta para que Jesse y yo saliéramos, y después se dirigió hacia la zona donde estaban los coches aparcados como alguien que entra en su propia sala de estar.

Al principio no vi a nadie, pero una silueta oscura no tardó en emerger de detrás de un coche, y después otra, y otra más. La manada de Adam se congregó a su alrededor en un silencio sobrecogedor. La mayoría estaba en forma de lobo, pero

Warren y después Darryl aparecieron en forma humana. Ambos vestían ropas oscuras e iban armados.

Warren miró al lobo rojo, el que nos había rescatado, y levantó una ceja, pero no rompió el silencio. Examinó a Adam y después acarició la magullada mejilla de Jesse.

—Warren. —Adam habló en voz baja, para que solo le oyeran los que se habían congregado a su alrededor—. ¿Podrías llevarte de aquí a mi hija y a Mercedes, por favor?

En otras circunstancias, habría discutido con Adam. Después de todo, ¿quién había rescatado a quién? Pero sentía un dolor insoportable en el brazo y, además, ya había tenido suficiente acción para un solo día. Lo único positivo era que mis oídos habían dejado de zumbiar. Que Adam y los suyos terminaran con aquello; estaba deseando volver a casa.

—No quiero dejarte aquí —dijo Jesse mientras se agarraba con fuerza a la camiseta prestada que llevaba su padre.

—La llevaré a mi casa —dijo Warren con una sonrisa tranquilizadora dirigida a Jesse—. Puedes recogerla de camino a casa. —Y en voz más baja, añadió—: Me quedaré contigo hasta que venga a buscarte. Estarás a salvo conmigo.

—De acuerdo. —Jesse asintió con un movimiento brusco y espasmódico. Me dio la impresión de que acababa de descubrir que su padre quería quitarla de en medio antes de enfrentarse a los hombres que la habían secuestrado.

—Pero no tengo el coche aquí —le dijo Warren a Adam—. Vinimos corriendo a través del campo los últimos cinco kilómetros.

—¿Shawn? —dije intentando hablar también en voz baja—. Dijiste que había una camioneta por aquí a la que era sencillo hacerle un puente. Si me indicas dónde está, podríamos utilizarla para volver a casa.

—Al otro lado del almacén, lejos del resto de los vehículos.

Emprendí la marcha en primer lugar, pero Warren y Jesse no tardaron en alcanzarme. La camioneta, una Chevy del 69 de un brillante color oscuro, era el único vehículo en aquella parte del edificio, y estaba aparcada bajo la pálida luz exterior del almacén. Alguien iba a lamentar la pérdida de su juguete, siempre y cuando sobreviviera a la ira de Adam.

Aunque aquel no era problema mío. Mi problema era hacer un puente con el brazo derecho roto. Lo había mantenido pegado al costado, pero dentro de poco aquello no iba a ser suficiente. A medida que el dolor se intensificaba, la sensación de mareo se hacía más evidente.

—¿Sabes hacer un puente? —le pregunté a Warren mientras nos aproximábamos a la camioneta.

—Me temo que no.

—¿Y tú, Jesse?

—¿Qué? —dijo levantando la cabeza.

—¿Sabes hacer un puente? —volví a preguntar, y ella negó con la cabeza. Olí su miedo, y recordé cómo se había agarrado a su padre.

—El guardia, ¿verdad? —dije.

Durante un instante, el rostro de Jesse reveló su confusión, y después se sonrojó y se encogió de hombros.

—No volverá a molestar a nadie nunca más.

—¿Era el hombre lobo muerto? —No pude leer su expresión—. ¿Por eso le mataste? —añadió enarcando repentinamente las cejas—. Por eso papá le disparó de aquel modo. ¿Cómo lo supo? Estaba inconsciente, y tú no le dijiste nada.

—No hacía falta —le contesté, e intenté explicarle aquel momento de comprensión absoluta, cuando un simple gesto le dijo a Adam todo lo que necesitaba saber—. Supongo que lo vio en mi cara. —Me di la vuelta hacia Warren y le entregué la .44 para poder trabajar más cómodamente en la camioneta.

Arrancar el motor haciendo un puente con una sola mano me costó más tiempo del que hubiera necesitado con la llave, y la posición en la que tuve que colocarme para desmontar el tablero bajo el volante y manipular los cables hizo que me golpeará repetidas veces el brazo roto. Pero cuando finalmente el motor empezó a rugir —con muchos más caballos de los que el motor original debería haber permitido—, descubrí que había recuperado completamente la capacidad auditiva.

—Nunca te había oído decir palabrotas —dijo Jesse. Parecía bastante recuperada—. Al menos no de ese modo.

—Son palabras de poder. Sin ellas, el mundo superior estaría condenado irremediablemente —dijo Warren en un tono ligero mientras me ayudaba a salir de la cabina con manos expertas. Me devolvió el arma, y cuando vio que tenía dificultades para enderezarla, la volvió a coger y se cercioró de que estaba puesto el seguro antes de devolvérmela.

Abrió la puerta del pasajero, ayudó a Jesse a subir y después me tendió la mano a mí. Justo cuando daba un paso hacia él, algo atrajo mi atención.

Al principio pensé que se trataba de un sonido, pero solo fue porque estaba cansada. Era magia. Aunque no la magia de los lobos ni la de los feéricos.

Y entonces me acordé de Elizaveta.

Samuel la conocía, me dije. Pero supe que no podía marcharme de allí. Ningún hombre lobo podía percibir su magia, por lo menos no hasta que ya fuera demasiado tarde, y puede que Samuel no fuera consciente de lo importante que era que Adam supiera que Elizaveta estaba trabajando para Gerry.

Elizaveta Arkadyevna no era una bruja cualquiera. Era la bruja más poderosa del Pacífico Noroeste.

Debía avisar a Adam.

—Lleva a Jesse a tu casa —le dije a Warren—. Dale de comer, haz que beba litros de zumo de naranja, tápala con una manta. Pero yo tengo que quedarme.

—¿Por qué?

—Porque si Bran hace pública la existencia de los lobos, la bruja de Adam perderá buena parte de sus ingresos.

—¿Elizaveta?

Se oyó el disparo de un arma, seguido por el estruendo de dos detonaciones más.

—Saca a Jesse de aquí, yo tengo que avisar a Adam. Elizaveta está aquí y ha puesto en marcha algún tipo de hechizo.

Warren me miró con ojos sombríos.

—¿Cómo apago el motor?

No podía creérmelo. No iba a discutir conmigo.

—Limítate a arrancar los cables.

Oí cuatro disparos al otro lado del almacén que parecían provenir de la casa prefabricada.

—Ten cuidado —le dije. Warren me besó en la frente sin tocar mi cuerpo dolorido y subió a la cabina.

Observé cómo daba marcha atrás, encendía las luces y se alejaba. Jesse estaba a salvo.

Aunque sé que no es algo muy habitual, siempre he sido capaz de percibir todo tipo de magia, tanto la de los licántropos como la de las brujas o la de origen feérico. Cuando Charles se enteró, me recomendó que lo mantuviese en secreto. Tras la reacción de los vampiros, que no tardaron mucho en intentar averiguar qué era yo exactamente, comprendí que el consejo de Charles no era tan inocente como había creído en un principio.

Según Stefan, era inmune a la magia de los vampiros, aunque no era tan estúpida como para suponer que también lo sería a la magia de la bruja. No sabía qué iba a hacer en cuanto diera con ella, pero siempre procuro no preocuparme por las tareas imposibles hasta haber resuelto la primera.

Conseguí orientarme dando una vuelta sobre mí misma. Sentía el pulso de la magia como un viento cálido soplando en mi rostro. Di dos pasos en su dirección... y el hechizo se desvaneció. Lo único que sabía era que Elizaveta estaba allí, en algún lugar frente a mí. Lo más inteligente era encontrar a Adam y avisarle, de modo que me di la vuelta para rodear de nuevo el almacén.

Las cosas habían cambiado bastante desde que me había marchado. Adam, con el lobo rojo aún a sus pies, solo contaba con un puñado de lobos a su alrededor. Shawn, el nieto de David, y un par de humanos que no conocía apuntaban con sus armas a un grupo de hombres que estaban tendidos en el suelo y con los brazos extendidos.

Cuando me aproximaba, David y Darryl custodiaron a otro hombre desde el almacén y lo obligaron a tenderse junto al resto.

—Estos son todos los humanos, Sarge —dijo David—. En la casa hemos dejado un par de cadáveres. Pero los lobos han huido, y no pude seguir el rastro de Gerry. Ni siquiera cuando intenté seguirlo desde el último lugar en que le vi. Su olor simplemente se desvanece.

—Adam —dije.

Se dio la vuelta para mirarme justo en el momento en que el lobo rojo saltaba con el sonido de un disparo. No fue un sonido especialmente fuerte, sino más bien el que produce una pistola de pequeño calibre.

—¡Agachaos! —gritó David mientras se tiraba al suelo. Sus hombres se tumbaron sin dejar de apuntar a los prisioneros.

El lobo que estaba junto a Adam se mantuvo en pie durante un instante más que el resto y después se desplomó, como si obedeciera también a la orden de David. Sin embargo, cuando vi el dardo colgando de su costado, supe que le habían alcanzado con una de las armas tranquilizantes.

Adam no se echó al suelo. En lugar de eso, cerró los ojos y levantó la cabeza. Al principio no supe qué estaba haciendo, y entonces comprendí que la luz que iluminaba su rostro procedía de la luna, la cual colgaba sobre nuestras cabezas casi exactamente a mitad de su ciclo.

Darryl, tendido en el suelo, cubrió rápidamente la distancia que lo separaba de Adam. Se detuvo junto al lobo que se había desplomado y le arrancó el dardo.

—Ben está bien —dijo Darryl mientras levantaba el arma y sondeaba la oscuridad que nos rodeaba.

Ben era el lobo rojo. Ben, el asesino psicópata de Londres, nos había salvado. Había salvado a Adam en dos ocasiones.

Se oyó otro disparo. Adam movió una mano y el dardo cayó al suelo y rodó hasta sus pies, inofensivo. Aún tenía los ojos cerrados.

—Sarge, Mercy —siseó David—. ¡Agachaos!

Entonces me percaté de que yo también seguía de pie, inclinada ligeramente en dirección a Adam mientras este llamaba a la luna. Podría haberme agachado en aquel momento, aunque solo fuera porque David lo había ordenado, pero Adam echó la cabeza para atrás y aulló. La canción del lobo brotó de su garganta humana.

Solo duró un instante: el espeluznante sonido se elevó, resonó y se perdió en el silencio de la noche, aunque no era un silencio hueco, sino más bien como la paz devastadora que precede al inicio de la caza. Cuando aulló de nuevo, todos los lobos de las proximidades contestaron a su llamada.

Noté cómo la canción pugnaba por salir de mi garganta, pero como mis hermanos salvajes, sabía que no era buena idea unirme al canto de los lobos.

Cuando Adam llamó por tercera vez, Darryl y David dejaron caer sus armas y empezaron a transformarse. La llamada de la luna resonó entre los árboles y vi cómo alcanzaba al resto de lobos, obligándoles a adoptar su forma animal. Oí gritos de agonía procedentes de aquellos que se resistían y gemidos de aquellos que se dejaron llevar por la bestia.

Adam estaba de pie bajo la luz de la luna, la cual parecía más brillante desde que había empezado el cántico. Abrió los ojos y la contempló directamente. En aquella ocasión, habló con ella.

—Venid —dijo.

Pese a que habló en voz baja, de algún modo, su voz, como su canción, se extendió por toda la granja abandonada como el estallido de un trueno, poderoso e inevitable. Y los lobos acudieron a él.

Vinieron solos o en parejas. Algunos con alegres pasos de danza, otros arrastrando los pies y con la cola entre las patas. Algunos estaban a medio transformar, con los cuerpos extendidos y doblados de forma poco natural.

La puerta del almacén se abrió de golpe y un hombre salió tambaleándose, con una mano pegada al pecho. Era el guardia al que Shawn había disparado. Pese a estar demasiado débil para transformarse, también respondía a su modo a la llamada de Adam.

Yo no era inmune. Di un paso adelante sin mirar al suelo y tropecé con una rama. Logré mantener el equilibrio, pero el movimiento brusco hizo estallar el dolor en mi brazo, y aquello me despejó la cabeza como una dosis de amoníaco. Me limpié los húmedos ojos con la parte interior de la muñeca y sentí la inequívoca oleada de la brujería.

Haciendo caso omiso a la magia de Adam y al dolor en mi brazo, me puse a correr, porque, en el aire denso de poder de la noche, percibí muerte en el hechizo, y llevaba el nombre de Adam.

No podía perder el tiempo buscando a la bruja; el hechizo ya había sido lanzado. Lo único que podía hacer era intentar colocarme frente a él, como Ben había hecho con el dardo.

No sé por qué funcionó. Alguien me dijo más tarde que no tendría que haber funcionado. En cuanto un hechizo tiene un nombre, se parece más a un misil teledirigido que a un rayo láser. Debería haberme rodeado y alcanzar a Adam.

Pero me alcanzó a mí, atravesándome como un torrente de plumas y haciéndome temblar y perder el aliento. Y se detuvo. Toda la magia penetró en mi interior, como si se tratara de un río de hierro fundido atraído por un imán. La magia de muerte me susurró: *Adam Hauptman*.

Reconocí la voz, y no era la de Elizaveta. Era la voz de hombre, de un hombre que conocía. La bruja no era Elizaveta; era su nieto, Robert.

Mis rodillas se doblaron bajo el peso de la voz de Robert y por la tensión de haber acogido el nombre de Adam para conseguir que la magia se detuviera en mí. Cuando me pareció que mis pulmones respiraban fuego, supe que no podría mantener durante mucho más tiempo aquella interferencia.

—Sam —susurré. Y como si mi voz lo hubiera conjurado a partir de la nada, vi que estaba delante de mí. Pensaba que estaría en forma de lobo, como todo el mundo, pero no era así.

Cogió mi ardiente rostro entre sus manos y dijo:

—¿Qué ocurre, Mercy?

—Brujería —dije, y reconocí la comprensión en sus ojos.

—¿Ella? ¿Dónde está?

Negué con la cabeza y emití un jadeo.

—Robert. Es Robert.

—¿Dónde? —volvió a preguntar.

Pensé que iba decirle que no lo sabía, pero mi brazo se levantó para apuntar en dirección al tejado de la casa prefabricada.

—Allí.

Y Samuel desapareció.

Como si mi gesto hubiera puesto algo en marcha, el flujo mágico se amplificó y se intensificó. Me desplomé y pegué el rostro contra el frío suelo con la esperanza de evitar que el fuego que ardía en mi interior consumiera mi piel. Cerré los ojos y vi a Robert, agachado sobre el tejado. Había perdido parte de su atractivo, su rostro distorsionado por el esfuerzo y su piel cubierta de manchas rojizas.

—Mercedes. —Robert exhaló mi nombre en el hechizo y pude sentir el cambio de dirección, como un sabueso a quien se le da a oler otro pañuelo—. Mercedes Thompson.

Mercedes, susurró el hechizo con satisfacción. Robert había entregado mi nombre a la muerte.

Grité al notar que el dolor me recorría cada fibra del cuerpo, convirtiendo en insignificante la anterior agonía producida por el brazo. Pese al fuego que me consumía, oí una canción, y me di cuenta de que el hechizo de Robert seguía el ritmo de una melodía. Empecé a moverme con ella, tarareando suavemente sus notas. La música llenó mis pulmones, y después mi cabeza, conteniendo el fuego mientras esperaba.

Y entonces Samuel detuvo la magia por mí.

Creo que perdí la conciencia durante unos instantes porque lo siguiente que recuerdo es estar en los brazos de Samuel.

—Están todos menos uno —dijo.

—Sí. —La voz de Adam aún conservaba el poder de la luna.

Me debatí y Samuel me dejó en el suelo. Aún tenía que apoyarme en él, pero al menos me sostenía por mí misma. Samuel, Adam y yo éramos los únicos que estábamos de pie.

Tuve la sensación de que había demasiados. La Manada del Columbia no es tan numerosa, y la de Gerry lo es aún menos, pero todos ellos estaban sentados en el suelo como un grupo de Esfinges esperando las órdenes de Adam.

—Dos de los lobos solitarios, mayores y más dominantes, huyeron cuando los llamaste por primera vez —dijo Samuel—. Los otros acudieron. Ahora son tuyos. Lo único que debes hacer es llamar a Gerry.

—No vendrá —dijo Adam—. Aunque tampoco se marchará. Es todo lo que puedo hacer. Gerry no es un lobo solitario, pertenece al Marrok.

—¿Me dejarías ayudarte?

La luna iluminó los ojos de Adam y, pese a estar en forma humana, vi que sus ojos eran los del lobo. Olí su reacción a la pregunta de Samuel. Un rugido grave se elevó de entre los licántropos cuando también ellos reconocieron el olor. Los lobos son muy territoriales.

Adam estiró el cuello con un crujido.

—Estaría muy agradecido —dijo suavemente.

Samuel alargó la mano y Samuel aceptó el apretón. Se enderezó y levantó la cara hacia la luna una vez más.

—Gerry Wallace de la Manada del Marrok, te ordeno que regreses y te enfrentes a las acusaciones.

Debía de encontrarse bastante cerca, porque no tardó demasiado. Como Samuel, había conservado la forma humana. Se detuvo al llegar junto a los lobos.

—Gerry, viejo amigo —dijo Samuel—. Ha llegado la hora. Ven aquí.

Las palabras amables no me impidieron reconocer el poder subyacente, y a Gerry tampoco. Se puso de rodillas y avanzó con las manos pegadas al suelo hacia los lobos inmóviles, la cabeza sumisamente inclinada.

Se detuvo al llegar junto a nosotros. Tuve la impresión de que estaba enfadado; yo también lo habría estado si me hubieran obligado a hacer algo contra mi voluntad. O tal vez estaba asustado. Aunque al no ser un licántropo, la única emoción que pude captar fue la resignación. Había perdido y lo sabía.

Adam se agachó hasta quedar sentado sobre sus rodillas y le colocó una mano en el hombro.

—¿Por qué?

—Fue por mi padre —dijo Gerry. Parecía sereno; su voz conservaba parte del hechizo provocado por la llamada de la luna, por lo que sonaba algo irreal—. Se estaba muriendo. Dijeron que era cáncer. Hablé y hablé. Supliqué y rogué. Por favor, papá, ser un licántropo es algo maravilloso. Creo que aceptó porque estaba cansado de oírme. Lo hizo Bran porque yo no pude soportarlo. Y al principio todo iba bien. El cáncer remitió y podía correr.

—Lo sé —dijo Adam—. No puede controlar al lobo.

—No quiere. —Resultaba extraño escuchar aquel tono tranquilo mientras las lágrimas inundaban su rostro—. No quiere. Siempre había sido vegetariano, y de repente anhelaba la carne cruda. Intentó curar el ala a un pájaro, pero el animal murió por miedo a lo que él se había convertido. Bran me dijo que ser un hombre lobo le estaba destrozando el corazón. No puede —no quiere— asumir lo que es porque no desea ser un depredador. No quiere ser como yo.

Adam enarcó las cejas.

—Pensé que intentabas evitar que Bran revelara nuestra existencia a los humanos.

Gerry se limpió la cara.

—Bran dijo que si mi padre no hubiera sido tan dominante, no habría conseguido resistirse al lobo. Pero cuanto más te resistes, menos control tienes sobre él. Casi

mata a mi hermana.

—Gerry —dijo Samuel con firmeza—. ¿Qué tiene esto que ver con Adam?

Gerry levantó la cabeza. No podía sostener la mirada de Samuel ni la de Adam, de modo que me miró a mí.

—Cuando luchas —dijo—, el lobo y el hombre se convierten en un solo ser. Solo hace falta una sola vez. Solo una vez y mi padre sería libre.

—No quería que Adam se enfrentara a Bran —dije súbitamente—. ¿No es así, Gerry? Por eso no te preocupaba toda la plata que tus hombres le inyectaban. ¿Querías matarle?

Me miró con los ojos de su padre y dijo:

—Adam debía morir.

—No te preocupaba lo más mínimo que Bran hiciera pública la existencia de los licántropos, ¿verdad? —le preguntó Samuel.

Gerry le miró con una sonrisa en los labios.

—He discutido sobre ello desde que lo hicieron los feéricos. Pero necesitaba dinero para llevar a cabo mi plan, y existen muchos lobos contrarios a esa decisión, lobos dispuestos a pagar para que no sea una realidad.

De repente todo encajaba. Y Samuel tenía razón. Gerry no era un estúpido; era brillante.

—La compra de nuevos licántropos en Chicago, el ataque en casa de Adam... Todo estaba encaminado hacia dos objetivos —dije—. Mostrar a Bran que estabas detrás de esto y demostrar a tu padre que no lo estabas.

Gerry asintió.

—Adam debía morir —dije mientras me dejaba llevar por mi intuición—. Pero no podías matarlo tú. Por eso lo dejaste en manos de tus hombres lobo cuando aún seguía drogado. Por eso no te acercaste al almacén, porque confiabas en que tus hombres le inyectaran la suficiente plata como para matarlo.

—Sí. Debía morir, pero no podía hacerlo yo. Tenía que mirar a mi padre a los ojos y decirle que yo no había matado a Adam.

Estaba temblando porque el aire era frío y porque mi brazo, que llevaba varios minutos sin darme problemas, había empezado a dolerme de nuevo.

—No querías que Adam se enfrentara a Bran, sino tu padre. Contabas con que Bran fuera en busca de tu padre en cuanto se enterara de lo que tenías entre manos.

—Esta tarde me ha llamado mi padre —dijo Gerry—. Bran le ha preguntado sobre los tranquilizantes y le ha dicho que puede que yo esté detrás de los ataques a Adam. Mi padre sabe que estoy a favor del fin de la era de la ocultación. Sabe lo que pienso sobre la experimentación con animales y sobre el modo en que algunos alfas explotan a los nuevos lobos. Sabe que jamás mataría a Adam.

—Si Adam muriera, mi padre se lo diría al tuyo antes de venir a matarte —dijo Samuel.

Gerry se puso a reír.

—No creo. Creo que Bran vendría a matarme por mis crímenes. Espero que lo haga. He matado a demasiados inocentes. Pero cuando le cuente a mi padre lo que he hecho, mi padre no le creerá.

—Si se enterara que el Marrok te ha ejecutado por algo que no hiciste, Cárter tendría que desafiarle —dijo Samuel con admiración—. Y mi padre no podría negarse.

—¿Y qué ocurriría si Bran habla primero con el Dr. Wallace? —pregunté.

—No cambiaría mucho las cosas. —Gerry parecía convencido—. Mi padre acabaría desafiándolo, ya fuera para protegerme o para vengar mi muerte. Incluso antes de ser un lobo, mi padre ya era la mano izquierda del Marrok. Y este le respeta y confía en él. La traición de Bran, y mi padre lo interpretaría de ese modo, solo tendrá una respuesta. Bran es el único que puede unificar a mi padre contra él, reunir al lobo y al hombre, porque mi padre le quiere. Si mi padre y el lobo se enfrentan a Bran en combate, lo harán como un solo ser: Bran me dijo que solo haría falta una vez para que mi padre estuviese a salvo.

—Si el Dr. Wallace desafía a Bran, Bran le matará —dijo Adam.

—Las brujas son caras —susurró Gerry—. Sin embargo, existen muchos lobos que prefieren mantenerse en la oscuridad y que están dispuestos a entregarme su dinero para que sus secretos sigan ocultos.

—Pagaste a Robert, el hijo de Elizaveta, para que hiciera algo que asegurara la victoria de tu padre. —Creí que Robert lo hacía por dinero. Lo que no sabía es que lo obtendría tan rápidamente.

—Todo el mundo se fijaría en las drogas —dijo Gerry—. Pero nadie, excepto otra bruja, podría detectar la magia.

—Yo sí puedo —le dije—. Robert está detrás de esto. Si tu padre se enfrenta a Bran, no será Bran el que muera.

Gerry flaqueó ligeramente.

—Entonces, Samuel, como favor personal, ¿podrías pedirle a Bran que no le dijera nada de esto a mi padre? No quiero causarle más dolor del que ya ha sufrido.

—¿Tienes alguna otra pregunta? —le preguntó Samuel a Adam.

Este negó con la cabeza y se puso en pie.

—¿Esta noche es tuyo o mío?

—Mío —dijo Samuel dando un paso hacia delante.

Gerry levantó los ojos hacia la luna.

—Por favor —dijo—. Que sea rápido.

Samuel presionó los dedos contra el cabello de Gerry en un gesto amable y consolador. El dolor tensaba la boca de Samuel: si el instinto de un lobo sumiso es inclinarse ante la autoridad, el de uno dominante es el de proteger.

Samuel se movió tan rápido que Gerry no debió de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Con una sacudida brusca, Samuel utilizó sus manos de sanador para partirle el cuello.

Le entregué el arma a Adam para tener una mano libre. Entonces desenfundé la daga de Zee y se la di a Samuel.

—No es de plata —dije—, pero funcionará.

Observé cómo Samuel se aseguraba de que Gerry continuara muerto. No resultó agradable, pero era necesario. No habría apartado la mirada para que resultara más llevadero.

—Llamaré a Bran en cuanto consiga un teléfono —dijo Samuel mientras limpiaba la hoja en sus pantalones—. Se asegurará de que el Dr. Wallace no descubra jamás lo que le ocurrió a su hijo.

Unas horas más tarde, Bran y Cárter Wallace se fueron a correr por el bosque. Bran dijo que la luz de la luna brillaba sobre los cristales de nieve que se desintegraban bajo sus zarpas ligeras. Cruzaron el lecho congelado de un lago y sorprendieron a una cierva durmiendo; ella meneó su blanca cola y desapareció entre los arbustos cuando pasaron a su lado. Me dijo que las estrellas cubrían el firmamento, tan lejos de las luces de la ciudad como un manto de joyas doradas.

Poco antes de que los primeros rayos del sol iluminaran el cielo del este, el lobo que había sido Cárter Wallace cayó en un sueño profundo, acurrucado junto a su Alfa, y no volvió a despertar.

Samuel no mató a Robert, de modo que se lo devolvimos a su abuela: un destino que no pareció considerar muy prometedor. Pese a que Elizaveta Arkadyevna no estaba muy satisfecha, no pude descubrir si el motivo de su enfado se debía a la traición a Adam o al hecho de haber dejado que lo atraparan.

Samuel decidió quedarse en Tri-Cities una temporada, y ha dedicado la mayor parte de su tiempo libre al papeleo necesario para conseguir la extensión de su licencia médica al estado de Washington.

Hasta entonces, trabaja en el mismo Stop and Rob en que lo hace Warren, y parece que el trabajo no le desagrada.

Por supuesto, Bran no abandonó a sus lobos tras lanzarlos al mundo. No es como los Señores Grises; no obligó a revelar su identidad a quienes no lo deseaban. Por tanto, y pese a que Bran finalmente encontró a su gancho publicitario, la mayoría de los hombres lobo continúan ocultos.

No puedes encender la televisión ni abrir un periódico sin ver la imagen del hombre que se infiltró en un campamento terrorista para rescatar a un misionero y a su familia, que habían sido secuestrados.

Pese a que el misionero y su esposa ya habían sido ejecutados, logró rescatar a sus tres hijos. Se utilizó una fotografía en color como portada de una revista. En ella aparece David Christiansen abrazando a la más pequeña, una niña rubia con una

marca claramente visible de unos dedos de hombre sobre su rostro de porcelana. Tiene la cabeza apoyada sobre el hombro de David, y la tierna expresión con que este la mira siempre consigue inundar mis ojos de lágrimas.

Sin embargo, lo mejor de la fotografía es el niño que está de pie a su lado, con el rostro pálido y sucio. La primera vez que la vi, pensé que estaba paralizado, como si hubiera sufrido experiencias demasiado terribles, pero entonces descubrí que agarraba de la mano a David. Los nudillos del niño estaban blancos por la fuerza con que agarraba los enormes dedos del hombre.

Capítulo 16

Como lo único que puede hacer un mecánico con el brazo roto es estorbar, Zee me envió a la oficina a trabajar en el papeleo.

Allí tampoco hice demasiado, pero al menos Zee no tenía que escuchar mis gemidos.

Aún no había conseguido que me contara nada sobre la daga ni sobre quién era Adelbert y por qué necesitaba golpear metal; internet tampoco me sirvió de mucho. Cuando insistí, Zee se limitó a decirme que le gustaba más la era moderna, con su acero y su electricidad, que los días antiguos porque un *Metallzauber*, un gremlin, podía ampliar sus actividades y no limitarse a construir espadas para matar a la tribu vecina. A continuación, me exilió a la oficina y continuó reparando coches.

Soy diestra, y el brazo roto era precisamente el derecho. Ni siquiera podía utilizarlo para sostener una hoja de papel porque el médico de urgencias había insistido en que llevara el brazo en cabestrillo. Incluso tenía que escribir en el ordenador con una sola mano, lo que convertía cualquier tarea en laboriosamente lenta. De modo que me puse a jugar al solitario estilo Las Vegas y perdí dos mil dólares imaginarios.

Probablemente no era el mejor momento para que apareciera Gabriel Sandoval. Había olvidado completamente que le dije a su madre que se pasara por allí el lunes después de las clases.

Tuvo que esperar hasta que logré introducir en el ordenador sus datos y el sueldo por hora que me resultó más adecuado. Calculé que tardaría veinte horas en pagar la reparación, de modo que añadí un par de dólares por hora para reducir el tiempo que dedicaría a saldar la deuda.

Lo imprimí y se lo entregué. Tras observarlo detenidamente, tachó el sueldo y lo reemplazó por el original.

—Aún no lo merezco —dijo—. Pero el mes que viene sí.

Volví a examinarlo. Pese a no ser muy alto, y a que nunca sería un hombre muy corpulento, había algo en él que le otorgaba cierta solidez, por muy joven que fuera.

—De acuerdo —le dije—. Trato hecho.

Tardé cinco minutos en mostrarle la oficina. A continuación, lo senté frente al ordenador y le instruí en el funcionamiento del programa de inventario y facturación. Cuando tuve la impresión de que le había cogido el tranquillo, le entregué la pila de papeleo y me marché.

Regresé a la tienda y señalé con el pulgar en dirección a la oficina cuando Zee levantó la vista.

—Creo que he encontrado el sustituto de Tad —le dije—. Le he dado el papeleo y ni siquiera me ha gruñido.

Zee enarcó las cejas.

—Tad jamás te gruñó.

—«Maldita sea, Mercy, ¿no podrías pasarme las facturas el mismo día en que las recibes?» —dije imitando la voz malhumorada de Tad.

—Pensaba que alguien que había crecido entre licántropos conocería la diferencia entre un gruñido y una maldición —observó Zee. Dejó en el suelo la llave inglesa y suspiró—. Estoy preocupado por Tad. Ya sabes que le dieron la beca para disponer de un feérico al que pasear y señalar con el dedo.

—Probablemente —confirmé—. Aunque no saben lo que tienen entre manos.

—¿Crees que estará bien?

—No puedo imaginar ningún lugar donde a Tad no le vaya bien. No le asusta ni le preocupa nada, y es una persona terriblemente competente en todo lo que hace. —Le di un golpecito a Zee en la espalda. Me encantaba cuando se ponía en plan padre protector. Desde que Tad se marchó a Harvard, habíamos tenido aquella conversación bastante a menudo. Una vez a la semana, le mandaba a Tad un correo electrónico con el informe detallado de las mismas.

Oí cómo se abría la puerta de la oficina y le hice un gesto a Zee para que guardara silencio. Quería comprobar cómo se las apañaba mi nuevo dependiente con los clientes.

—¿En qué puedo ayudarle? —dijo en una voz suave y profunda que consiguió sorprenderme. No había esperado que flirteara.

Y entonces reconocí la voz de Jesse:

—Estoy buscando a Mercy. No me dijo que tenía a un nuevo empleado.

Se produjo una breve pausa, tras la cual, Gabriel dijo con un tono de preocupación:

—¿Quién te ha pegado?

Jesse se puso a reír y le contestó alegremente:

—No te preocupes. Cuando mi padre vio el moratón, mató al que me lo hizo.

—Bien. —Gabriel lo dijo como si no le importara que aquella pudiera ser la verdad. Que lo era.

—Me esperan en el coche. Será mejor que vaya a hablar con Mercy.

Jesse entró en la tienda con aspecto meditabundo.

—Me gusta —dijo.

Asentí con la cabeza.

—A mí también. Me encanta tu pelo.

Después de limpiar la granja, nos habíamos detenido en casa de Warren y encontramos a Jesse sin la cinta adhesiva pegada al pelo; y también sin la mayor parte del pelo. Warren estaba... bueno, tendría que haber estado avergonzado, pero sus ojos transmitían más bien regocijo.

Jesse miró al techo del garaje.

—¿Quién habría imaginado que un gay no sabía cortar el pelo? —Se pasó los dedos por un cabello de unos dos centímetros de largo con brillantes mechas rubias. Parecía una mujer de los años 20 con uno de aquellos sombreros de abalorios.

—Te advertió que no sabía cortarlo —le dije mientras se acercaba a Zee y lo besaba en la mejilla.

—Me lo arreglé al día siguiente. —Me dirigió una amplia sonrisa, aunque no tardó mucho en desvanecerse—. Papá llamó ayer a mamá para contarle lo que había ocurrido. Todo lo que había ocurrido.

Conocía a su madre. Ella y Adam solo hacía cuatro años que se habían divorciado, y Adam vivía en la casa de al lado desde hacía siete.

—¿Y qué le dijo?

—Que me metiera en el primer avión a Eugene y que nunca más volvería a pisar su casa. —Se tocó los labios—. Lo hace a propósito, ¿sabes? Para que se sienta culpable por el hecho de ser un animal. Si eso no funciona, saca a relucir sus cuatro abortos, como si a él no le dolieran tanto como a ella. Como si todo fuera culpa suya. Y papá siempre se doblega ante ella. Como ya sabía lo que mi madre iba a decir, le pedí que me dejara escuchar la conversación desde el otro teléfono. Creo que estaba a punto de aceptar sus exigencias y enviarme a casa, así que dije algunas cosas que quizá no debería haber dicho.

No pregunté nada; me limité a esperar. Si quería, podía contármelo. Por lo visto, quería.

—Le hablé a papá del novio de mamá. Le conté que intentó meterse en mi cama cuando tenía doce años. Y también le conté lo que había ocurrido hace dos años, cuando mamá se fue de fin de semana a Las Vegas sin decirme nada. Fue bastante desagradable.

—Lo siento.

Jesse levantó la cabeza.

—Yo no. Mamá aceptó que me quedara aquí durante el resto del curso, y después decidirán qué hacer. Bueno, Warren me espera en el coche... Papá dice que dentro de poco se replanteará el tema de dejarme salir sola. Tal vez la semana que viene. Tengo que pedirte algo.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Papá me pidió que pasara por aquí y te preguntara si aceptarías cenar con nosotros. En algún sitio caro. Te lo debemos.

—Puedes ir a cambiarte si quieres. Yo me encargaré de cerrar —dijo Zee con cierta impaciencia en la voz. Yo no había sido tan quejica. De verdad.

—De acuerdo —dije—. Podéis recogerme a las... —Giré la muñeca derecha, pero hice una mueca al recordar que aquella mañana me había puesto el reloj en la izquierda. Eran casi las cuatro—. A las seis y media.

—Allí estará —dijo, y regresó a la oficina para seguir flirteando con mi empleado.

—Vete —dijo Zee.

Aunque, por supuesto, no resultó tan sencillo. Hice las presentaciones entre Gabriel y Zee, y después deambulé acabando algunas cosas hasta poco antes de las cinco. Cogí el bolso de la caja fuerte y me dirigí hacia la puerta justo en el momento en que mi amigo secreto se detenía en el aparcamiento al volante de un reluciente Mustang negro descapotable de los ochenta.

—Tony —dije.

Mientras bajaba del coche y se acercaba a la puerta, descubrí que continuaba con la identidad de supermacho. Las gafas de sol opacas que ocultaban sus ojos le daban un aspecto amenazador y *sexy*.

—Le pasa algo al motor —le dije.

—Qué extraño —contestó mirando su coche con ojos implacables—, hace un minuto funcionaba perfectamente.

—Ja, ja. —Me dolía el brazo, y no estaba de humor para chistes estúpidos—. Haz que alguien le eche una ojeada.

—¿Qué le ha pasado a tu brazo? —me preguntó.

Recordé el método de Jesse, que consistía en contar toda la verdad, y dije:

—Un hombre lobo me lanzó contra unas cajas de madera apiladas cuando intentaba rescatar a una niña de las garras de una malvada bruja y de un magnate de la droga.

—Ja, ja —se rio él en el mismo tono que yo había utilizado para su chiste—. Ha debido de ser algo realmente ridículo para que te inventes una historia como esa.

—Bueno —rectifiqué-quizá «magnate de la droga» sea algo exagerado. Y quizá tendría que haber mencionado al atractivo y *sexy* padre de la niña. ¿Qué opinas?

—Mercy —dijo él mientras me cogía del brazo bueno y me obligaba a regresar a la oficina—. Tenemos que hablar.

—No puedo —le dije—. Tengo una cita.

—Buen intento. Pero no has tenido ninguna cita desde que te conozco. —Abrió la puerta y me acompañó al interior.

Gabriel levantó la vista de mi... su papeleo y la agradable sonrisa pintada en sus labios desapareció.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —dijo poniéndose en pie y dando la vuelta al mostrador—. Déjala en paz. Ahora.

Perfecto, pensé. Justo lo que necesito: otro macho en mi vida intentando cuidar de mí.

Tony me soltó el brazo y se dejó caer en una de las incómodas sillas que tengo dispuestas para que los clientes encuentren algo que hacer mientras esperan a que les reparen el coche. Enterró el rostro entre las manos y empezó a llorar o a reír. Supuse que estaría riéndose.

Cuando levantó la cabeza, vi que había llevado a cabo una de sus transformaciones, aunque tuve que admitir que la pérdida de las gafas ayudó bastante. Era tanto una cuestión de lenguaje corporal como de expresión facial. De repente, parecía diez años mayor y pese a los pendientes, mucho más respetable.

—¿Tony? —dijo Gabriel, obviamente sorprendido.

—He estado trabajando de incógnito en Kennewick High justo delante de sus narices —me dijo Tony—. No se ha dado ni cuenta. Te dije que la mayor parte de la gente no me reconocía.

—Nunca he dicho lo contrario —dije—. Creo que eres un gran policía secreto.

Tony meneó la cabeza.

—Oye, Gabriel, ¿nos dejarías un momento a solas? Tengo que hacerle algunas preguntas a Mercy.

—Claro. —Gabriel sacudió la cabeza y se marchó. Se dio la vuelta antes de salir de la tienda, como si quisiera asegurarse de que Tony seguía allí.

—Le he estado poniendo las cosas un poco difíciles en la escuela —dijo Tony en cuanto nos quedamos solos—. Pero sabe cómo apañárselas solo.

—Tengo que irme a casa, de verdad —le dije—. ¿Qué quieres?

Levantó una cadera y extrajo una hoja de papel doblada del bolsillo trasero de los pantalones.

—Tengo más información sobre el chico que trabajaba para ti —dijo.

Cogí el papel y lo desplegué. Era una fotografía granulosa en blanco y negro de Mac con un «desaparecido» en la parte superior. Aparte de sus características vitales —tenía dieciséis años—, no ofrecía ningún otro tipo de información.

—Alan MacKenzie Frazier —leí.

—Lo rastrearon hasta aquí por una llamada telefónica que hizo la semana pasada a su familia.

Asentí, le devolví el papel y continué mintiendo a Tony con la verdad:

—Me preguntó si podía realizar una llamada de larga distancia el último día que estuvo aquí, hace una semana. Trabajó todo aquel día, pero no lo he vuelto a ver desde entonces.

Había hablado con Bran sobre Mac. Me aseguró que un excursionista encontraría su cuerpo en la primavera para que de ese modo sus padres no se pasaran la vida pegados al teléfono. Aunque no era mucho, era lo mejor que podía conseguir.

Necesité algo de tiempo y bastante ayuda, pero finalmente conseguí vestirme, lavarme y ponerme guapa para la cena con Adam y Jesse, que acabó siendo una cena solo con Adam porque Jesse le dijo que no se encontraba bien. La dejó en casa viendo una película con Darryl y Auriele porque Warren tenía una cita con Kyle.

Gracias a la apacible influencia de la buena comida y la buena música, Adam logró relajarse, y yo descubrí que bajo la apariencia autoritaria y malhumorada del

Alfa, se ocultaba un hombre encantador, autoritario y malhumorado. Me dio la impresión de que le gustó descubrir que yo era tan testaruda e irrespetuosa con la autoridad como siempre había sospechado.

Pidió los postres sin consultarme. Me habría sentido molesta si no hubiese sido algo que jamás podría haber pedido por mí misma: chocolate, caramelo, nueces, helado, auténtica nata batida y un pastel tan delicioso que probablemente era un *brownie*.

—Bueno —dijo mientras devoraba el último bocado—, ¿estoy perdonado?

—Eres un arrogante y sobrepasas tus límites —dije señalándole con el diáfano tenedor.

—Lo intento —dijo él con un aire de falsa modestia. Entonces sus ojos se oscurecieron y alargó la mano a través de la mesa para pasarme el pulgar por el labio inferior. Me observó fijamente mientras se lamía el dedo para eliminar el caramelo.

Golpeé la mesa con ambas manos y me incliné hacia delante.

—Eso no es justo. Puede que haya comido tu postre y me haya gustado, pero eso no te da derecho a utilizar el sexo para evitar que me enfade contigo.

Adam se puso a reír con una de esas risas suaves que empiezan en el estómago y que van subiendo hasta el pecho: una risa relajada y satisfecha.

Para cambiar de tema, porque las cosas se estaban poniendo más calientes de lo que podía soportar, le dije:

—Bran me dijo que te ordenó que me vigilaras.

Dejó de reír y enarcó ambas cejas.

—Sí. Ahora pregúntame si te observaba solo por Bran.

Era una pregunta trampa y reconocí el regocijo en sus ojos. Dudé, pero finalmente decidí que quería saberlo de todos modos.

—Muy bien, tú ganas. ¿Me observabas solo por Bran?

—Cariño —dijo recurriendo a su acento sureño—, cuando un lobo observa a un cordero, no suele pensar en la mamá del cordero.

Sonreí abiertamente. No pude evitarlo. La imagen de Bran como mamá de un cordero era demasiado tentadora.

—Yo no tengo mucho de cordero —le dije.

Adam se limitó a sonreír.

Momento de volver a cambiar de tema, pensé mientras daba un traguito de agua helada.

—Warren me ha dicho que has aceptado a nuestro violador en serie preferido como miembro permanente de la manada.

—No tuvo nada que ver con las violaciones de Londres.

Parecía convencido, lo que significaba que le había pedido a Ben que le contara la verdad y la había conseguido. Aun así, percibí cierta irritación en su voz, por lo que continué presionando.

—Cuando él se marchó, cesaron las violaciones.

—Acudió al rescate en dos ocasiones, y la segunda vez tuvo suerte de interceptar un dardo tranquilizante en lugar de una bala. Los hombres de Gerry tenían munición de plata —replicó con impaciencia.

Cuando le sonreí, él hizo un ovillo con la servilleta para demostrar su malestar.

—Un punto para ti —dijo.

—Apuesto a que no dejarías que saliera con Jesse —le dije con suficiencia.

Cuando me acompañó a casa, bajó del vehículo y lo rodeó para abrirme la puerta. Tal vez lo hizo porque yo no podía abrirla con el brazo roto, pero pensé que quizá era el tipo de cosa que solía hacer habitualmente.

Caminó junto a mí hasta el porche y me rodeó el rostro con sus manos. Se quedó inmóvil durante un instante, y después miró por encima de mi hombro, en dirección a la luna, la cual estaba prácticamente llena. Cuando volvió a mirarme, reflejos amarillos teñían el marrón de sus ojos.

Sus labios me parecieron muy suaves cuando se posaron con vacilación sobre los míos, e incliné la cabeza contra la presión que ejercían sus manos para conseguir acercarme más a él. Se puso a reír, un sonido bajo y profundo, y entonces me besó de verdad.

Con el brazo en cabestrillo atrapado entre los dos resultaba imposible cualquier tipo de lenguaje corporal, por lo que nos centramos en la boca y las manos. Se había puesto colonia. Algo intenso y sutil que se mezclaba con su exótico olor corporal.

Cuando se separó de mí, dejé la mano en su mejilla, disfrutando de la tenue rugosidad de su barba y de los latidos de mi corazón. El silencio creció entre nosotros; el silencio y algo provisional y nuevo.

Entonces se abrió la puerta y mi nuevo compañero de piso nos observó con una sonrisa pintada en los labios.

—Hola, chicos, ¿habéis acabado ya? He preparado un poco de chocolate caliente porque me daba la sensación de que Mercy no se había puesto mucha ropa... aunque supongo que has hecho todo lo posible para que no coja frío.

Samuel se había puesto como una fiera cuando llegué a casa del garaje y le dije que salía a cenar con Adam. Me vi obligada a recordarle que no tenía ningún derecho sobre mí; ya no. Aunque se quedaría en mi casa hasta que encontrara un apartamento, aquello no le daba derecho a decidir con quién salía a cenar.

Si hubiese sabido que era una cita de verdad, habría sido más amable con él. Sabía que Samuel aún sentía algo por mí, y una parte de mí todavía le amaba.

Cuando Jesse la Casamentera me llamó para decirme que su padre estaba en camino y que no me preocupara por ella, Samuel se encerró airado en su habitación, la más espaciosa aparte de la mía. Sin embargo, mientras intentaba ponerme el vestido, entró decidido en mi habitación para ayudarme. Podría haberlo hecho sola, porque, pese a lo que dijera, no había estado dando gritos de dolor. Aunque entre la ropa, la miríada de misteriosas, aunque eficientes, correas de velero que sujetaban el aparato que me había dado el médico para mantener el brazo inmovilizado y el propio

brazo roto, tenía que admitir que resultaba más práctico manejarlo todo con tres manos en lugar de una.

Cuando salí de casa, Samuel no estaba exultante, pero me negué a que la culpa decidiera con quién debía salir a cenar. No me gusta jugar con la gente a la que aprecio, y tampoco dejaría que ellos jugaran conmigo. Le prometí que no me acostaría con Adam; aunque tampoco lo haría con él. Por lo menos no hasta descubrir qué sentía exactamente y qué sentían ellos por mí. Eso era todo lo que estaba dispuesta a aceptar.

Sabía que había sido un error dejarle reflexionar sobre aquello toda la noche. Probablemente debería haberle dicho a Adam que Samuel seguía viviendo en mi casa en cuanto me di cuenta de que no lo sabía. Pero lo que habíamos estado experimentando aquella noche era aún demasiado frágil para aquello.

De modo que Adam se quedó petrificado ante la imagen de Samuel El Amante Residente.

—No tiene gracia, Samuel —dije, y a continuación me dirigí a Adam—: Está viviendo en mi casa hasta que encuentre un apartamento. —Y de nuevo a Samuel—: Lo que debería ser dentro de poco.

—Pensé que estaba de prácticas en Montana, Dr. Cornick —dijo Adam. Me había soltado en cuanto se abrió la puerta, pero rápidamente volvió a colocarme una mano en la parte baja de la espalda, uno de esos gestos posesivos que los hombres suelen practicar frente a otros hombres.

Samuel asintió con la cabeza y dio un paso atrás, sosteniendo la puerta para que pasáramos. En cuanto los dos estuvieron en el espacio cerrado de la sala de estar, mi olfato percibió el poder de ambos pugnando por salir a la superficie.

—Trabajaba en una clínica, haciendo turnos con tres médicos más —dijo Samuel mientras nos encaminábamos a la cocina—. Dejarán de sufrir. Me marché de Aspen Creek hace bastante tiempo, pero, cuando regresé, descubrí que no podía volver a vivir allí. Así que he pensado establecerme en algún lugar que no esté tan lejos como Texas.

Adam aceptó una taza humeante y sopló pensativamente.

—¿Significa eso que pedirás el ingreso en mi manada?

La sonrisa de Samuel, que no había abandonado su rostro desde el momento en que abrió la puerta, se hizo más evidente.

—Ni hablar. Seré un lobo solitario. Es probable que esta misma semana recibas la carta de Bran en la que se detalla todo.

Los dejé solos. De todos modos tampoco me hacían mucho caso. Como sola no podría quitarme el vestido fácilmente, decidí ponerme un pantalón de chándal por encima y cubrir el brazo roto, con el aparato de tortura incluido, con una sudadera. Los zapatos me dieron más problemas, pero encontré unas zapatillas de deporte viejas a las que no había atado los cordones y me las puse sobre unos calcetines cortos.

Cuando regresé a la sala de estar, los dos hombres seguían absortos en una de aquellas conversaciones agradables pero mortíferas que normalmente terminaban mal. Dejaron de hablar cuando abrí la puerta principal, pero en cuanto la cerré a mi espalda, reanudaron la charla.

Cogí la furgoneta porque el Rabbit no tenía dirección asistida. Tuve que alejarme unos cuantos kilómetros de casa para utilizar el móvil.

—Stefan —dije—. Han llegado tus piezas. Tengo un brazo roto, así que tendrás que hacer tú todo el trabajo, pero puedo darte indicaciones.

—¿Cómo te lo rompiste, Mercy? —preguntó.

—Un hombre lobo me lanzó contra una caja enorme de madera cuando intentaba rescatar a una niña secuestrada por una bruja maligna y un magnate de la droga.

—Parece muy interesante —dijo Stefan—. Nos vemos en el garaje.

Veis. Hay gente que me cree.

Agradecimientos

Como siempre, este libro no hubiera sido posible sin mi equipo editorial habitual: Michael y Collin Briggs, Michael Enzweiler, Jeanne Matteucci, Ginny Mohl, Anne Peters y Kay Roberson. También me gustaría dar las gracias a mi increíble editora de Ace, Anne Sowards, y a mi agente, Linn Prentis. Bob Briggs respondió a innumerables preguntas sobre la fauna y los lobos de Montana. Por último, Mercedes agradece especialmente la ayuda de Buck, Scott, Dale, Brady, Jason y a todas las personas que han trabajado en nuestro VW todos estos años. Gracias a todos. Soy la única responsable de cualquier error que pueda aparecer en este libro.



PATRICIA BRIGGS (Montana, EE. UU., 1965) es una escritora estadounidense de fantasía. Su madre bibliotecaria le inculcó desde pequeña el amor a los libros y los cuentos de hadas. Al crecer, estudió Historia y Alemán en la Montana State University, y trabajó algunos años como profesora suplente. En 1990 comenzó a escribir y en 1993 publicó su primera novela, *Masques*.

En sus primeros años como escritora se dedicó a la fantasía épica con las series *Sianim*, *Hurog* y *Raven*. Sin embargo, animada por su editor, probó suerte en el género de la fantasía urbana. En 2006 publicó *La llamada de la luna*, primera novela de la exitosa serie *Mercy Thompson*, que no tardó en convertirse en un *best-seller*. En 2008 publicó *Cry Wolf*, el primer libro de la serie *Alfa y Omega*, ambientada en el universo de *Mercy Thompson*. También ha escrito relatos cortos para diversas antologías de fantasía urbana.

Actualmente vive en Montana con su marido, sus hijos y seis caballos, y allí se dedica a la escritura a tiempo completo.

Notas

[1] Duende creado por el primer duende Sidhe de Tuatha para resguardar los secretos de los duendes, tales como el dragamm, las fórmulas mágicas y demás secretos que envuelven las dinastías duéndicas. Tiene la virtud de atraer los entornos favorables de la nada, convertir lo desfavorable en favorable y acercar la suerte por medio de la atracción en su estado natural o bien sea por medio del dragammi (N. del T.) <<

[2] Hadas marinas que viven cerca de las islas Oreadas, Feroe y Shetland. Selkie significa *seal* o foca. Cuando las focas miran a los isleños con ojos humanos, se sabe que son selkies. Estos seres adoptan la forma de las focas, pero al llegar a la costa se sacan su capa de piel y tienen una apariencia humana, de increíble belleza (N. del T.) <<

[3] En Europa, el modelo se conoce como VW T1, T2 o T3, dependiendo del año de fabricación (N. del T.) <<

[4] Un kelpie o caballo acuático (*each uisge* en gaélico) es una criatura fantástica perteneciente a la mitología celta (N. del T.) <<